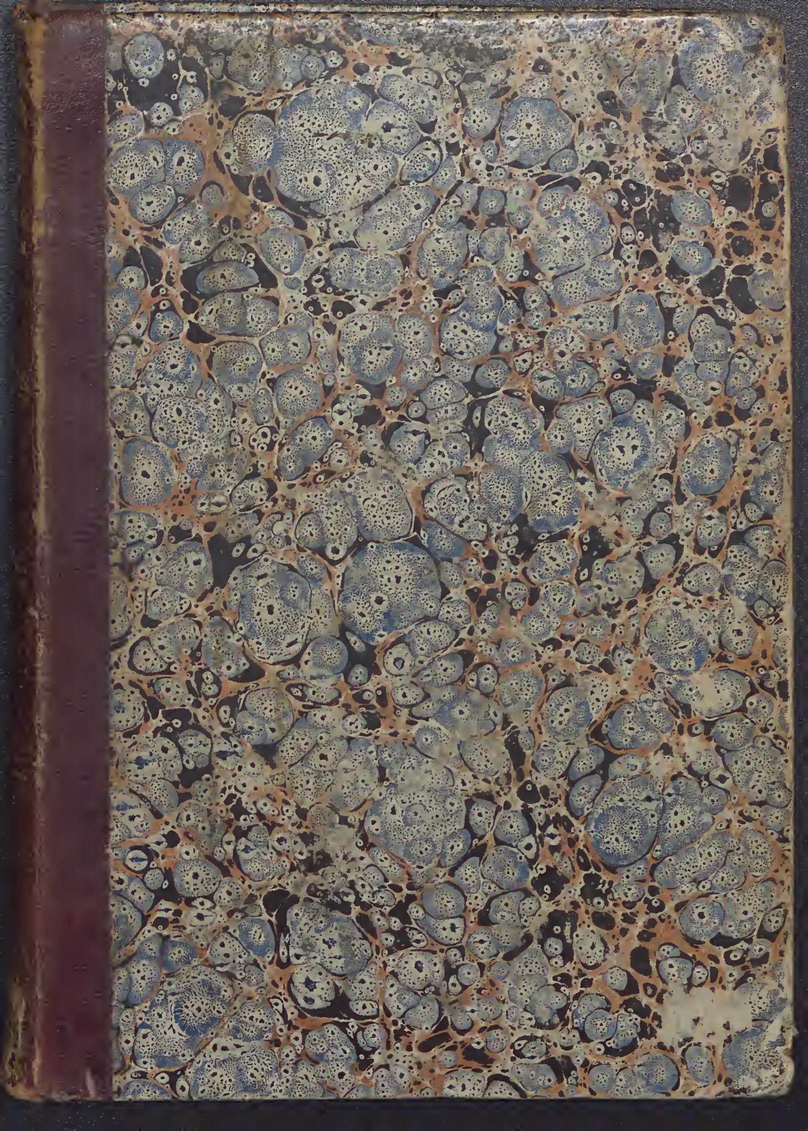




x

Regalado por los Redactores á esta Biblioteca
en el dia 12 de Diciembre de 1849.

Hecho este regalo por mano de

José Benavides.

EL ALBUM
DE LAS BELLAS.



LA MUGER.

> ....y para que imite (la muger) la pureza de los ángeles, es indispensable que sus ideas no se reduzcan á la materia.
>
> F. de Grenaille,
> *La niña bien educada.*



A muger! hé aquí la mas bella de las criaturas; hé aquí la corona de la Creacion. Dios al sacar de la nada al Universo lo llenó de hermosura. Formó un cielo del color mas agradable, tachonado de estrellas de plata; un sol inmenso que vierte torrentes de luz; una luna nacarada que dulcifica la sublimidad de la noche: llenó la tierra de olorosas y delicadas flores, que brillan con magníficos matices; el aire de pintadas y ligeras aves, que hacen resonar armoniosos trinos,.... y todo esto para el hombre! Pero el hombre necesitaba en la tierra un ser que lo amase, necesitaba un ángel á quien adorar: entonces Dios formó la muger, y coronó su obra.

La muger! palabra encantadora, palabra llena de poesía, á cuyo sonido no puede menos el corazon de responder con latidos deliciosos; palabra que encierra una idea celestial, que, aunque no la lleguemos á ver realizada en este mundo por

causas acaso no muy conocidas, forma con su divina ilusion los mas puros é inefables placeres de nuestra juventud.

Hemos dicho que es la corona de la creacion, y creemos que no nos equivocamos. Compárense las cualidades que á los dos secsos distinguen, y quedará demostrado nuestro aserto. Las que mas sobresalen en el hombre, como la energia, la fuerza, el valor, tienen cierto carácter de rudeza, son digámoslo asi, tan propias de la tierra, que ni llevadas á su mayor grado de ecsaltacion, logran elevarse á mas encumbrada altura. Por el contrario, la dulzura de la muger, su debilidad misma, la ternura de su corazon, la delicadeza de su gusto, aquel ambiente en fin suave y embalsamado que junto á ella se respira, cual si estuviera rodeada de una atmósfera celestial, ¿no parece que la elevan á aquellas encantadas regiones que sueña la imaginacion, que nada tienen de terrestre, y en las cuales se desliza la vida entre el amor y la felicidad?..... El hombre es el rey de la tierra, no lo negamos, y la tierra le obedece y yace postrada á sus pies como una esclava; pero la muger es el ángel del hombre, y se eleva hasta el cielo en alas de la belleza, la instruccion y la virtud.

La belleza, la instruccion y la virtud, ya lo hemos dicho. En vano intentará la muger elevarse á la altura á que debe aspirar, sino la adornan las dos últimas cualidades. La belleza fisica logra hacer solamente hermosas estátuas; la instruccion, y sobre todo la virtud, logran hacer ángeles. Pero adviértase que al paso que la primera es debida á la casualidad, al paso que es una cualidad efímera que muere al par que la juventud, la instruccion pende únicamente de la voluntad y dura toda la vida, y la virtud, en vez de morir, desprecia al tiempo, y sube con el alma al trono del Empireo.

Pero ¿podrá la muger adquirir la instruccion de que hemos hablado? ¿tendrá las facultades necesarias para entrar en el campo de la filosofia y de la poesía?.... Sin duda alguna. Ella tiene una inteligencia tan profunda como la del hombre, y es por lo tanto capaz de elevarse á las concepciones mas sublimes. Su imaginacion es ardiente como el sol, y rica como la naturaleza; y su corazon es mas sensible, mas delicado que el tierno cáliz de las flores. Estas verdades, se dirá, son demasiado triviales, y todo el mundo está convencido de ellas: pero yo contestaré con la historia en la mano, y señalaré una

página ignominiosa en que está escrito: «Hubo una época en que los doctores disputaban sobre la existencia del alma de las mugeres.» ¡Epoca triste, época de abyeccion para ellas, que las sumergió en tal abismo de ignorancia, que, para que salieran de él, fué preciso que algun tiempo despues las cubriese Fenelon, como dice un escritor contemporoneo, con la sangre de Jesucristo!

Y sin recurrir á la historia, ¿no tenemos hoy los pueblos del Oriente? ¿qué es en ellos la muger sino un ser degradado y envilecido, que solo sirve para satisfacer los apetitos groseros de aquellos hombres sin sentimientos y sin alma; que se vende como cualquiera otra mercaderia, para ser sepultada en vida en aquellas mansiones de crimenes, de relajacion y de barbarie, sin que brille jamas en ellas un rayo de piedad, de ternura ni de amor? ¿Cuándo han pensado esos hombres en fecundizar su inteligencia, en moralizar debidamente su corazon, y en una palabra, en desarrollar su alma que yace oprimida bajo el peso de la ignorancia y de la degradacion?..,.. ¡Infelices musulmanas! ellas son tratadas en aquellos bárbaros paises como esclavas..... todavia mas; son tratadas como animales, que reciben de su amo el alimento en pago de los fugitivos, de los criminales placeres que le proporcionan. Se ven precisadas á unirse á un hombre que no aman, que acaso aborrecen; mas ¡ay de ellas sin llegan á amarlo! Lo veran á cada instante en los brazos de otras mugeres; los devoradores celos abrasarán su corazon; y si en el colmo de su amargura ecsalan un suspiro ó vierten una lágrima, ese suspiro y esa lágrima tendrán por recompensa....¡. la indiferencia, el desprecio! Y tal monstruosidad es admitida por sus leyes! y tales crímenes son permitidos por el Koran!... Hijos del Profeta, vosotros abatis á la muger hasta el rango de los demas animales,..... pues bien. Dios mismo se ha encargado de vindicarla, haciendo que el anatema de embrutecimiento que contra ella habeis fulminado, caiga terrible y eterno sobre vuestras cabezas. Dios ha querido que no exista la verdadera civilizacion sino en el matrimonio; vosotros, pues, mientras vivais en vuestros serrallos, mientras imiteis la vida de los brutos, jamas sereis civilazados, siempre sereis bárbaros.=J. B.

(Se continuará).

EL AMOR.

Artículo I.

¡Cuan fácil es al amor la adquisicion de la virtud! El que sabe amar es fuerte, el que sabe amar es justo, el que sabe amar es casto, el que sabe amar puede emprenderlo todo y sufrirlo todo.

AIMÉ-MARTIN —*Educacion de las madres de familia.*—Libro I. cap. V.

Vosotras, ó jóvenes, que sois un objeto directo del amor, vosotras, que por medio de él reinais, no estrañareis que se os hable de este poderoso sentimiento que puede ser en vuestras manos un medio de civilizacion y de felicidad. Jamas hubieramos pensado tratar sobre tal materia, si el hacerlo no fuera, á nuestro parecer, de gran utilidad para vuestro secso y de no poca para el nuestro.

Dios ha querido que en el amor consistieran todas nuestras virtudes; de solo una mácsima, de solo un precepto hace derívar todos nuestros deberes; mácsima sublíme, precepto encantador cuyo cumplimiento nos haria verdaderamente virtuosos. *Ama á Dios sobre todas las cosas y á tu prógimo como á ti mismo.* Esta es la ley de Dios: ley de amor y de dulzura, ley general que comprende eu sí todas las demas leyes y ley en fin digna de la Divinidad. Y si volvemos la vista á esa naturaleza, á esa obra del Supremo Hacedor ¿qué encontraremos en ella que no respire amor? Venid, venid conmigo á observar sus prodigiosos fenómenos, y no dudareis de qne el amor es ese vínculo precioso que une á un ser cou otro ser, á una creacion

con otra creacion, al hombre con su autor. En el nacimiento del sol, cuando toda la naturaleza parece que cobra una nueva vida, que se embellece para recibir á su bienhechor, despertad, que todo os espera, acudid al campo, y por todas partes encontrareis mil delicias; quereis olores? la flor de su entreabierto cáliz los exalará para vosotros; quereis complaceros por medio de la vista? estendedla por todo el paisage que se os presenta y quedareis atónitas contemplandolo; quereis aun mas, escuchad el armonioso concierto que forman entre sí las aves, que no solo saludan al sol, sino á tí, muger, á tí reina de la creacion, para tí la flor habia entreabierto su cáliz y ecsalado sus aromas, para tí la naturaleza entera se habia vestido con sus galas. Enmedio de esta escena, no elevariais la vista al cielo? Cuando todo lo que os rodea os rinde un homenage de amor, no dariais en el interior de vuestra alma un tributo de adoracion á ese gran ser, que quiso colocaros en un mundo lleno de bellezas, dotandoos de sentidos para que pudieseis gustarlas? Si, lo hariais, vuestro sensible corazon, encantado con las delicias de la tierra, volaria al cielo y llegando hasta el trono del omnipotente, quedaria completa esa magnífica cadena que entre todos los seres se establece, luego que el amor ha estendido sus influencias.

En nuestra alma hay un sentimiento que aspira á la belleza, que se complace en su contemplacion, y que nos impele á amar á todos los seres, que de esta cualidad están acompañados; este sentimiento es el fundamento del amor. Siempre que amamos á un objeto es porque reconocemos en él algunas cualidades bellas, si encontramos uno, que ni belleza física, ni moral tuviese, en una palabra, que bajo ningun aspecto pudiese agradarnos, no lo amariamos. Ahora bien; el que sepa amar, esto es, el que sepa gustar de lo bello, como no apreciará á la virtud, cuando ella forma por si un género de belleza, la belleza moral? Como podrá amar al vicio, y entregarse á él, cuando, por no gozar de esa divina cualidad, de ese movil único del amor, es imposible que nos agrade? *Si Satanás fuera capaz de amar, dejaria de ser malo*, dice Sta. Teresa de Jesus, en uno de esos súblimes éxtasis, en que por medio del amor se elevaba al cielo. En efecto, ningun vicio es bello, por consiguiente digno de ser amado: la virtud al contrario, ¡como nos agra-

dan las acciones de un hombre virtuoso! Naturalmente nos sentimos impulsados á amarle, y no podemos menos de contemplar con ternura sus abnegaciones. No hay objeto mas bello que la virtud, no hay otro que nos estimule mas á amar. Amad, amad pues, y el amor os hará felices, que nunca en vuestro pecho se abriguen el odio, ni la venganza; estas pasiones degradan demasiado á una muger, y nos la hacen aborrecible. Grande y sublime es ciertamente una religion que, cual la nuestra, nos dice: *ama aun á tu mismo enemigo*, y que establece en el amor toda su doctrina. Seguid, seguid esta mácsima y cuando lleguéis á ser esposas, cuando llegueis á ser madres, grabadla en los corazones de vuestros hijos y de vuestros esposos para que brille el feliz dia, en que dando sus frutos estas semillas sembradas por vuestra mano celestial, los hombres se amen y reine la felicidad en la tierra.

Hemos dado una idea general acerca del amor: en los siguientes articulos nos ocuparemos sucesivamente de el amor de la divinidad, de él de la humanidad, de él conyugal &c.—

M. H. y G.



LAS QUEJAS DE ALMANZOR.

Sobre una yegua alazana
Vestido de rica seda,
Llegose el moro Almanzor
De su cristiana á las rejas,
Y asi temblando la dijo
Con voz dolorosa y tierna:
«Dos años ha que constante
Os consagro mis finezas,
Cuanto mas rendido estoy
Os hallo mas altanera.
Si en las zambras nos reunimos,
Para hacer mayor mi pena,
Aunque no querais á otros
Lo fingis en mi presencia.
Y como siempre el orgullo
A los mortales nos ciega,
Los que alhagados se miran
A tus engaños se prestan.
Con mi constancia os molesto;
Mas que conozcais es fuerza,
Que en el amor los desdenes
Del amor la llama aumentan.
Si de ese Dios que adorais
Cual vos las hurís son bellas,
Desde ahora ya renuncio
A las hurís del Profeta.
Que son dos soles tus ojos,
Y tu boca una azucena,
Y tu aliento es el incienso
Que en las mezquitas se quema.
En otro hallarás sin duda
Mas poder y mas riqueza,
Pero en ninguno hallarás
La pasion que me enajena.
Tu esclavo soy, mi cristiana,
Y si me quieres de veras,
Mañana podrá tu esclavo
Ofrecerte una diadema;
Pues siendo amor su divisa
Los peligros no le arredran,
Si sueña que en los peligros
Está lo que tu deseas.»

—«o»—

Enternecida del moro
A las sentidas querellas,
Abrió la hermosa cristiana
De par en par las maderas,
Y con la risa en los labios
Hablóle de esta manera:
«Abencerraje ó Zegrí,
El que constante á mis rejas,
Cual si fueran un tesoro
Por guardarlas se desvela;
Si en el amor los desdenes
Del amor la llama aumentan,
Y siempre pago en las zambras
Con desdenes tus finezas;
Es moro, no lo conoces,
Porque á tanto mi amor llega,
Que pagada estar no creo
Con el que tú me profesas.
Y si mis ojos son soles,
Y mi boca es azucena,
Y mi aliento es el incienso
Que en las mezquitas se quema;
El valor de las alhajas

El precio lo manifiesta,
Y en él reparar no debes
Sí tanto mi amor aprecias.
No vayas, no, por mi causa
En pos de gloria á esa guerra,
Que en ella verterías sangre
De la que corre en mis venas.
Rasguen mis toscas palabras
De tu ignorancia la venda,
Y adora al Dios que yo adoro...
Si es que me adoras de veras.
Esto solo de ti ecsijo...
—Mucho agradarte me cuesta!
—Conociendo lo que ecsijo
Buscaré la recompensa.
—Una sola hay en el mundo
Que dé fin á mis querellas...
¿Quieres unirte á Almanzor?
—¿Suyas serán mis creencias?
—Lo serán, yo te lo juro.
—Pues he aquí mi recompensa.»
Y alargándole la mano,
Que el moro embriagado besa,
Corrió á dar á su buen padre
Tan innesperada nueva.

Manuel Rodriguez Diez.

Llamamos la atencion de nuestras lectoras sobre la siguiente poesía, lozana produccion del jóven poeta sevillano D. José Nuñez de Prado. La frescura de sus versos, el tinte oriental de sus imájenes y la elevacion de sus pensamientos, al par que revelan genio poético, demuestran que su autor es jóven de fundadas esperanzas.

SEVILLA!

A mi querido amigo Don Enrique Saavedra, Marques de Auñon.

Verum hæc tantum alias inter caput extulit urbes
Quantum lenta se'ent inter viburna cupressi.
Virgilio.

I.

¡Ciudad de amores tesoro,
La que por régio decoro
En el Bétis se retrata
La de los dias de oro,
La de las noches de plata!
En tu rio, ¡cuán galana

Alzas brillante reflejo
De tu beldad soberana,
Como una linda sultana
Que se atavía al espejo!
   Blanca, risueña y brillante,
En medio de las guirnaldas
De tu arboleda fragante,
Destellas como un diamante
Embutido entre esmeraldas.
   ¡Cual brilla en paz y en batallas
Tu corona, hurí de amores,
De torres y miradores,
Tu vestidura de flores,
Tu ceñidor de murallas!
   ¡Y tu Giralda altanera,
Cuando en la frente arrogante
Ostenta roja bandera,
Que parece allá en la esfera
El penacho de un gigante

——

II.

¡Sevilla! lecho de nevadas plumas
Donde reposa la estacion florida,
Blando como las cándidas espumas
Que el Bétis riza en su veloz corrida.
   Concha de perlas, vaso perfumado,
Isla de cisnes, tienda de colores,
Que en medio de un jardin han levantado
El reposo, la gloria y los amores.
   Cuando derramas en precioso alarde
Tus vírgenes de amor en tus vergeles,
Rosadas cual las nubes de la tarde,
Dulces como perfumes de claveles;
   ¡Qué es ver llevar al céfiro en sus alas
De negros rizos aromadas ondas,
Argentado tisú, flores y galas,
Ligeras plumas y nevadas blondas!
   Parecen á los últimos fulgores
De las luces de ocaso que se apagan,
Pájaros matizados de colores
Que en una selva amontonados vagan.
   Tropa gentil de silfas encantadas,
De blanda luz y de perfumes llenas,
Que buscan en la tarde sus moradas
En cálices de lirios y azucenas.

¡Hermosas son tus hijas! Cual palomas
Que se bañan en fuentes cristalinas,
Rociadas de bálsamos y aromas,
Y cercadas de tiernas clavellinas;
Como rosas de aljófares cubiertas,
Como azucenas blancas en guirnaldas,
Como rojas granadas entreabiertas,
Suspendidas en ramos de esmeraldas.
¡Sabrosas son tus hijas! Como el tierno
Fruto de la palmera y delicado,
Como la taza llena de falerno
Despues que mi querida lo ha gustado.
Las estrellas, que alumbran tus placeres
En la alta noche entre azulados velos,
Son los ojos de amor de tus mugeres
En el bruñido espejo de los cielos.

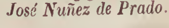
III.

¡Torre del Oro! dame que encantado
Contemple tu belleza peregrína,
El pie en cristales nítidos bañado,
La frente libre al sol que te ilumina;
Asi, al entrar en baño perfumado,
Bella sultana, en la onda cristalina
Mete el pie breve y deja que un momento
Bese su forma delicada el viento.
¡El Alcázar! mansion de serafines
De rica pompa y de belleza suma,
Que en frescos tulipanes y jazmines
Cual dama para fiesta se perfuma;
Encantado palacio entre jardines,
Donde al murmullo de la inquieta espuma
En las pilas de mármol refulgente,
Aun suspiran las hadas del Oriente.
¡Sublime catedral! de resplandores
Los ángeles te llenan y armonia,

Cuando borda tus vidrios de colores
Con débil rayo el moribundo dia;
Busqué al Dios de los bíblicos cantares
En tu seno y lo halló mi fantasia,
¡Ví su lumbre, y allá en mi pensamiento
Tronó su voz como la mar y el viento!

IV.

¡Cuál me placen tus vergeles
Con ruiseñores canoros,
Tus sauces y tus laureles,
Tus bosques de sicomoros,
Tus praderas de claveles!
¡Tus fuentes y surtidores,
Deshaciéndose en cristales,
Tus arroyos bullidores,
Que besan las tiernas flores
Bajo los verdes rosales!
¡Tus celajes de oro y grana,
Tus estátuas y obeliscos,
Tus arcos de filigrana;
Tus torres de porcelana,
Tus minaretes moriscos!
Y entre nubes vaporosas
Reclinadas tus doncellas,
Cuando esparcen voluptuosas
Ambar con labios de rosas,
Lumbre con ojos de estrellas.
¡Oh! dame, ciudad que adoro,
Que muera en tu campo bello,
Atado, por tu decoro,
Con una trenza de oro
A un alabastrino cuello!
Y luce en paz y en batallas
Tu corona, hurí de amores,
De torres y miradores,
Tu vestidura de flores,
Tu ceñidor de murallas.
¡Y tu Giralda altanera,
Cuando en la frente arrogante
Ostenta roja bandera,
Que parece allá en la esfera
El penacho de un gigante.

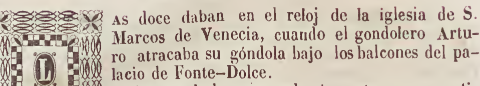

José Nuñez de Prado.



NO HAY BUENA ACCION SIN RECOMPENSA.

I.

La Entrevista.



Las doce daban en el reloj de la iglesia de S. Marcos de Venecia, cuando el gondolero Arturo atracaba su góndola bajo los balcones del palacio de Fonte-Dolce.

Apenas hubo empezado á cantar una sentida bacarola, cuando la inocente Julia, la primogénita de la casa de Fonte-Dolce, abrió temblorosa las maderas de su ventana, para contemplar, á favor de los pálidos rayos de la luna, á el hombre que habia cautivado su corazon; al gondolero Arturo, que venía todas las noches á aquella misma hora, á cantarla la misma cancion.

Era Julia una de las jóvenes mas nobles y hermosas de Venecia, y de la cual pueden tener nuestras lectoras un retrato bastante parecido, si han visto algunas de las vírgenes de Rubens, ó del divino Rafael.

Su tez era blanca como la nieve; sus ojos azules como el azul del cielo de una mañana de prímavera, y su rubia cabellera parecia una madeja de oro rizada por la mano de un ángel.

Apenas hubo concluido el gondolero su bacarola, cuando la infelice Julia, finjiendo ser un descuido, dejó caer sobre su góndola un hermoso ramillete de flores. Precipitóse el jóven á cojerlo con toda la enajenacion del amor, y al tributar á su amada el mas espresivo reconocimiento por esta fineza, esclamó ella vertiendo un mar de lágrimas.

—«Ah! no lo merezco sin duda, por haberte dado unas flores cuya vida será tan poco duradera, como la vida de la flor de nuestra esperanza.

» Mañana á estas horas debo estar unida al marqués de la Stella. Mi padre le ha empeñado su palabra, y yo soy una víctima que sacrifican al vil interes, ó al aumento de un nuevo blason en nuestro escudo de armas. Tú conoces el carácter de mi padre, y conocerás que sería capaz de matarme si me negase á obedecerle, revelándole al mismo tiempo que amo á otro, y que este otro es el gondolero Arturo.

«Sufrir, callar, y olvidar lo pasado..... hé aquí nuestros deberes.»

---Sufrir y callar, replicó el gondolero, no es tan dificil; !pero olvidar lo pasado!... eso es imposible. El verdadero amor solo acaba con la vida, y no es noble el corazon que se presta á ser juguete de nuestros caprichos.

«Mi góndola es lijera como el viento, y por medio de esta escala de cuerdas puedes descender á ella, burlando la vijilancia de los tiranos que te oprimen: y apenas el sol ilumine nuestro horizonte, en vez de unirte al orgulloso marqués de la Stella, podrá un sacerdote bendecir tu union con el gondolero Arturo. A su lado no tendrás deslumbradores palacios, pero tendrás un corazon, del que serás absolutamente Señora; no tendrás criados que te sirvan, ni cortesanos que te adulen, pero tendrás un esclavo que te adore.

«Tú no sabes que el mas delicado manjar amarga como la hiel, cuando hay hiel en el corazon! que la mas rica seda oprime el cuerpo, cuando el corazon está oprimido! y lo que es vivir al lado de un hombre que no se ama, amando á otro!....

--Arturo: ¿de que valdrá que un sacerdote bendiga nuestra union, si un padre la maldice al mismo tiempo?...

«Yo podré sufrir algunos tormentos viviendo al lado de una persona que no amo, pero de lo contrario mi conciencia no estaría tranquila, y bien sabes lo que vale una conciencia tranquila. Sufriré y callaré.... tú mismo has dicho que eso no es tan dificil.

«Adios Arturo, adios...... aléjate de estos sitios; pero no me olvides jamas, ni jamas vuelvas á ellos»—

En los grandes pesares la mejor elocuencia es el silencio, y el desgraciado Arturo, sin proferir una sola palabra, empujó bruscamente su góndola, alejándose desesperado del palacio de Fonte-Dolce.

II.

La boda interrumpida.

Seguido de numerosos pajes entró en el palacio de Fonte-Dolce el marqués de la Stella, donde ya le esperaban sus deudos y los de su prometida esposa.

El palacio estaba magnificamente iluminado, y en el se preparaban danzas, conciertos, fuegos de artificio y cuanto han inventado los hombres para gozar y olvidar en esos goces las amarguras de esta vida.

Fonte-Dolce estaba ébrio de placer, y todo le parecia poco para manifestarlo. Lo mas costoso era para él lo mejor, y á sus criados no les hubiera pesado sin duda, que su señor, en vez de tener una sola hija por casar, hubiese tenido algunas mas, para aprovecharse de las sisas de otras tantas fiestas como aquella.

En el de la Stella, el contento y el orgullo rayaban en locura; pues iba á gozar de las caricias de una muger de las mas hermosas, é iba à enlazarse á una de las familias mas nobles de Venecia.

Era el marques uno de esos hombres á quienes las revoluciones elevan del polvo de la nada á la cumbre del poder, en la que pueden á su capricho enriquecerse con títulos y tesoros.

Habiendo llegado á sus oidos la crítica del vulgo por su improvisada nobleza, habia solicitado la mano de la de Fonte-Dolce, cuya nobleza se perdería en la noche de los tiempos, si la historia de Venecia no hubiese grabado en sus páginas de oro, el nombre del primero que llevó este título, por haber derramado su sangre en cien combates.

Fonte-Dolce, arruinado por sus prodigalidades, estaba vivamente interesado en llevar á cabo este enlace, que á todos produciria inmensas ventajas, menos á la desgraciada Julia, inocente paloma sacrificada en las aras de la ambicion.

Ceñida la frente de una corona de rosas blancas, cualquiera achacaria su tristeza á rubor; pues los ojos, habiendo agotado el manantial de las lágrimas, no podian aliviar al corazon de su enorme peso, vertiendo esas líquidas perlas, único

consuelo de los desgraciados. Asi es, que no inspirando compasion á los mas compasivos, acrecentaban éstos su amargura, ofreciéndola en los mas ricos presentes los mas rendidos parabienes.

Ella, sin ver á los que la rodeaban, sin escuchar lo que la decian, sin pronunciar una sola palabra, ni ecsalar un solo jemido, parecia una de esas estátuas de mármol, emblema del dolor, que acostumbran colocar los escultores sobre las tumbas de los nobles y de los poderosos.

Su padre se acercó á ella, y dándola la pluma para firmar el contrato matrimonial, la dijo sumamente conmovido:

—Estoy satisfecho de tí, hija mia.... Dios te haga venturosa!

Por el profundo silencio que reinaba entonces, pudo escucharse la voz de un gondolero, que cantaba al compas de los remos este sentido romance.

Adios, hermosa adorada,
adios para siempre, adios;
y jamas turben tus goces
los recuerdos de mi amor.
Necio de mí que creyera
en tu mentida pasion,
para vivir como vivo
en un eterno dolor.
Adonde quiera que vaya
tu imágen ha de ir en pos
pues qne gravada la tengo
en mi triste corazon.
Adios, hermosa adorada,
adios para siempre, adios;
y jamas turben tus goces
los recuerdos de mi amor.

El marqués de la Stella, que se habia asomado á la ventana que daba al mar, para escuchar mejor la cancion del gondolero, apenas éste hubo dejado de cantar, sin cuidarse del desmayo que habia acometido á la hermosa Julia, salió precipitadamente de la habitacion, dejando á todos sumidos en la mayor curiosidad.—*M. Rodriguez Diez.* *(Se concluirá)*

GACETILLA DE MODAS.

Artículo remitido por una señorita.

Creo, Sres. Redactores, no habrán Vds. olvidado la palabra de honor que me tienen empeñada de no revelar mi nombre, y bajo este concepto, me atrevo á dirigirles este pequeño artículo, despues de haber ojeado los periódicos franceses que alcanzan hasta el 15 del pasado.

En Paris, á causa de una temperatura mas benigna, se empezaron á llevar los vestidos de telas mas ligeras; pero la estacion ha vuelto á recobrar su imperio y con ella los antiguos.

Las manteletas son de gro de medios colores. Van adornadas con volantes rizados bastante estrechos, y se hacen de la misma tela que la de los vestidos, que son de gro de medios colores.

Los schales de Cachemira y los redingotes ó *visitas*, están muy en voga y se usan bordados.

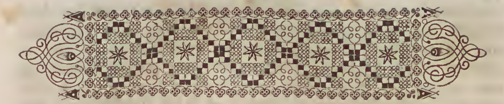
Los sombreros mas elegantes son los de paja lisa ó calada en bandas, alternando cada una con un estrecho volante de cinta lila y blanca, ó blanca y rosa, o bien con un grupo de lirio de los valles. Los guirnaldas de campanillas rosa con vetas blancas están en mucho uso.

Las capotas de mas gusto son las de crespon rizado ó liso, cuyo contorno se adorna con una multitud de blondas estrechas llevando en la cinta que los sujeta una linda flor. Lo mas nuevo que ecsiste en este género, es la llamada *Feuillantine*, que consiste en una capota de crespon blanco con una flor de centro amarillo. Aun está mas en voga la llamada de mil *coulisses*, pero por su estremada sencillez, necesita ir adornada con un grupo de flores.

El peinado se lleva con dos grandes bucles ó con *coclas*.

Ultímamente advertiré ser muy dañoso (como lo prueba Mr. Debai en el tratado de hijiene que acaba de publicar) trenzar el cabello de parte de noche para tenerlo rizado al dia siguiente, pues esto ocasiona las mas veces su caida.

* * *



LA MUGER.

(Continuacion.)

Si entre los sectarios de Mahoma son admitidos por la religion y las leyes abusos, ó mejor diremos, crímenes que deben ser llorados por la humanidad con lágrimas eternas; si la muger yace degradada y envilecida bajo los horrores de la poligamia, sirviendo solo de infeliz instrumento para saciar las mezquinas y brutales pasiones de aquellos hombres que, mirados bajo este aspecto, son el oprobio y el baldon del género humano; ¿qué sucede entre los adoradores de Jesucristo? ¿qué sucede entre los que profesan la divina Religion del Hombre-Dios, del Civilizador del mundo, que tendiendo á la muger su mano paternal y bienhechora, la sacó de la servil degradacion en que yacia, y la sentó con el hombre sobre el trono de la tierra?... ¡Plugiera al Cielo que no nos tuviéramos que hacer esta pregunta!

La muger, un ser inteligente y libre, un ser criado por Dios para que lo conozca y lo ame, para que goce en esta vida de mil felicidades, siguiendo el ameno camino de la virtud y del amor; un ser en fin destinado para otra vida eterna y

venturosa, se encuentra entre los pueblos cristianos sin instruccion que le haga conocer de una manera clara y persuasiva sus derechos y sus deberes, sin un brazo amigo que la sostenga en su debilidad. Abandonada á sus propias fuerzas, sin mas escudo que su inocencia para resistir al combate de las pasiones, crée hallar en el hombre el árbol bienhechor á cuya sombra pueda acogerse, pero cuanto se engaña! Por lo comun no encuentra en él sino un tirano que quiere poseerla, que la apetece como cualquiera otro manjar, y que despues de satisfacer su apetito, la olvida, la abandona para buscar veleidoso otras víctimas, imitando al furioso huracan que marchita y deshoja cuantas inocentes flores llega á tocar con su aliento desvastador.

No faltará quien diga que en algunos paises y entre algunas clases de la sociedad, la muger recibe instruccion; pero qué instruccion! Cantar, bailar, vestir con elegancia, y cuando mas, entender la coleccion de palabras que constituye un idioma estrangero, y aprender de memoria la situacion geográfica de un pueblo, y la fecha de un acontecimiento de la historia. Hé aquí todos los conocimientos, hé aquí todo el saber que en su educacion recibe. ¿Y qué sucede? que no teniendo, fuera de las ocupaciones domésticas, otra cosa en que pensar que estos fútiles conocimientos, la trivialidad se apodera casi siempre de sus ideas, de sus pensamientos,.... de sus conversaciones. Es mas; se le habla de Dios, y solo conoce el Crucifijo que ha visto en el templo; se le habla de religion, y solo conoce las oraciones del devocionario: se le habla de virtud, y solo sabe que la virtud es buena. Pero, ¿por qué ha de amar y adorar al Ser que representa ese Crucifijo? ¿porqué ha de recitar esas oraciones? ¿por qué es buena la virtud?.... casi todas las mugeres lo ignoran, ó por lo menos no tienen de ello el convencimiento que debieran.

Hay una época en la vida en que se desarrollan ciertas pasiones, pasiones que no se deben, ni se pueden del todo sofocar, pero que es preciso, absolutamente preciso que se sepan dirigir las unas, y combatir las otras. Pues bien; una jóven llega á esta época, y esa jóven se encuentra sin una antorcha que la ilumine en la direccion de las primeras, y sin un escudo que la defienda en el combate con las últimas. ¿Po-

drá servirle de escudo su inocencia ? nó, porque ese escudo es de cristal, y al menor choque se hace pedazos: ¿y podrá servirle de antorcha sn virtud?,.... Si la belleza de esa virtud estuviera gravada en su corazon con caracteres de fuego; si su utilidad la conociera profundamente su inteligencia; si esa virtud fuera, digámoslo asi, parte de su ser, de su existencia misma, no hay duda de que seria, no solo la mas clara, sino la única antorcha pue pudiese iluminarla en el camino de la vida. Pero desgraciadamente no sucede siempre asi, y vamos á ver la causa.

A esa jóven se le dice que es muy difícil el ser virtuosa, se le presenta la virtud austera, adusta, luchando por huir del corazon como un vasallo rebelde, que es preciso se sujete con cadenas; se le pinta con colores oscuros y desagradables; no se le habla de su belleza; ¿qué mucho, pues, que esa jóven que naturalmente no puede amar sino lo bello, no diremos la odie, pero si no la ame con todo el ardor, con todo el entusiasmo de su corazon? Ella practicará la virtud, porque asi se lo ordenaron sus padres, y porque el fondo de su corazon es naturalmente virtuoso; pero la practicará como un hábito contraido, hábito que puede debilitarse y aun estinguirse con otro contrario. Otra cosa sucederia si se le enseñara la verdad, y si esa verdad estuviera desnuda de preocupaciones. Si se le probara que es muy fácil el ser virtuosa, que la virtud es agradable, amena, rica de placeres é ínefables delicias, que sin ella es imposible la felicidad, en una palabra, que la virtud no es otra cosa que el amor bien entendido; si se hiciera que estas fuesen las ideas de su inteligencia y los sentimientos de su corazon, entonces su alma entusiasmada abrazaria á la virtud como la mas síncera de las amigas, la amaria ardorosa y espontaneamente sin poder dejar de hacerlo, encontraria en ella una arma eterna é invencible para combatir unas pasiones, y una antorcha luminosa para dirigir otras, hallaria en su cumplimiento el jérmen mas fecundo de puros y duraderos placeres, seria dichosa y feliz, y haria feliz á un hombre, siendo el ángel bienhechor de ese hombre y de sus hijos.—J. B. *(Se concluirá)*





EL AMOR.

Artículo 2.°

Dios! ¡cuántas ideas se despiertan en nuestra mente al pronunciar esta sola palabra! Por una parte se nos presenta el universo, esa infinita reunion de planetas y de soles sometidos todos á una misma ley, de la cual se derivan las mas bellas relaciones y las mas risueñas armonias: por otra ese gran Ser, esa suprema Inteligencia que preside á toda su creacion, que coloca en todos los mundos á una criatura, que sepa, apreciando las bellezas de la naturaleza, bendecir á su Autor y glorificarle. Sí, bellas jóvenes, ¿véis en una noche serena la multitud de brillantes estrellas que tachonan el firmamento? ¿veis esa luna que aparece cual la reina de la soledad, enseñoreándose en medio del azulado cielo? ¿veis ese sol que durante el dia lanza sus ardientes rayos que lo fecundizan todo? pues bien: cada una de esas estrellas, la melancólica reina de la noche, y aun el mismo sol, abrigan en su seno á la muger y al hombre, cada uno de esos astros *es un altar, del cual se eleva hácia la Divinidad el himno vencedor de todo,* (*) himno de amor y de gratitud, himno de ado-

(*) *Aimé-Martin.*

racion que constantemente tributa el universo entero á su sublime Creador. ¡Tal vez, entre los moradores de esos mundos, habrá uno que piense como yo pienso! ¡Tal vez alli se encontrará ese ser que en mis ilusiones me figuro! y tal vez.......! Pero me aparto demasiado del asunto, volvamos á él.

¡Grande y sublime es la obra de Dios! En ella ¿quién podrá desconocer su benéfica mano? ¿Quién no lo adorará? Uno cuyos ojos estén cerrados á la luz, y cuya alma duerma. Que los abra, que sé coloque en el abrasado Ecuador, ó en el helado Polo, bajo la cima de los Andes ó al pie de la catarata del Nilo, junto á un arroyuelo, ó en las riberas del Occéano, que mire á los astros que sobre su cabeza giran, ó á los granos de arena que pisa con sus pies, y es tan natural en el hombre el sentimiento de la Divinidad, que no podrá menos de esclamar con el Adan de Milton: «Sol, árboles, seres todos de la creacion, decidme quién es, y como se llama el que me ha criado.» De este modo por medio de las bellezas del mundo físico, se desarrolla en el hombre el sentimiento de la ecsistencia de un Dios, y el hombre crée en él, porque ve su obra. Esas palabras que pone Milton en boca de Adan, fueron pronunciadas en medio de un arrebato de admiracion, arrebato que debe producir el pasar repentinamente del no ser al ser, de el profundo sueño de la nada á una realidad llena de tantas maravillas: mas que se detenga, que observe el hombre parte por parte esa creacion inmensa, y encontrará en cada ecsistencia un beneficio, en cada ley una prevision. La diestra del omnipotente solo ha producido bienes, nunca males. Dios ha querido que sus hijos sean felices, y ha hecho que todas sus obras conspiren á este fin. Quizas me replicarán á esto, que siendo asi, como es que no hemos llegado á esa felicidad apetecida; pero yo contestaré que no es de Dios de quien proviene esa desgracia, sino del hombre que con su ignorancia y orgullo se lanzó en el camino de los vicios y de la idolatria, dejándose llevar solo de sus pasiones animales, y sin acordarse de que tenia un alma que era destello de la Divinidad, y de que debia seguir sus insinuaciones. ¡Cuán ciegos han sido los que en lugar de ensalzar al Autor admirando su obra, han mirado en una tempestad, en la muerte y en cualquier otro efecto natural de las leyes dadas por Dios á

la materia un terrible castigo! ¡Cuan ciegos y cuan ignorantes! No, nunca os guieis por sus palabras, porque os conducirian á un abismo profundo. Si veis en algunos dias de otoño oscurecerse la atmósfera, brillar el relámpago, sonar el trueno y caer mil torrentes de lluvia, no temais este acontecimiento, no es, como vulgamente se cree, un castigo de la Divinidad; al contrario un beneficio. No habiais notado cuan pesada estaba la atmósfera antes de la tormenta, cuan sofocante era el aire que se respiraba, pues bien? como la pólvora que se quema en una habitacion donde ha muerto alguno de enfermedad pestilencial, depura aquel aire y lo hace respirable, asi la tormenta limpia toda la atmosfera que nos rodea, é impide que nos afiesiemos. La muerte, dicen, tambien es un castigo, lo será en buen hora; pero yo no veo en ella mas que una condicion de la materia organizada, condicion que al verificarse nos abre las puertas de la eternidad y permite que nuestra alma vuele al seno de su Criador. Tras una tempestad, un dia sereno nos parece aun mas bello, y con la consideracion de la muerte, sabemos mejor apreciar la vida. No son pues castigos, no. Vosotros, hombres que no juzgais mas que por las apariencias, no culpeis de ese modo á una Divinidad bienhechora, que siempre y en todos lugares nos colma de tantas bondades. Nacemos y el amor de una madre rodea nuestra debilidad de un fuerte muro, ella nos alimenta con sus pechos, nos lleva en su regazo é inculca en nuestros tiernos corazones las saludables mácsimas que han de dirigirnos toda la vida. Llegamos á la adolescencia y el amor de una muger nos colma de felicidad; y mas tarde, cuando la vejez estiende sobre nosotros su imperio, el amor filial hace que nuestros últimos dias se deslicen tranquilos, hasta que llegue la hora en que, enmedio de las bendiciones de toda una familia, dejemos esta vida por otra á que somos llamados. Pero no es esto todo, no es el amor el único instrumento de que Dios se ha valido para labrar nuestra felicidad, todos los seres contribuyen á nuestra dicha, todos á la satisfaccion de nuestras necesidades y á nuestra comodidad. Si tenemos hambre, estendemos á una y á otra parte nuestro brazo y la naturaleza nos brinda por do quiera con sus dones, si sed, mil riachuelos nacen de otras tantas fuentes para aplacárnosla: en todas las partes del globo hay un animal que nos ayude y

que nos sirva gratuitamente, en todas puede ser el hombre feliz. Se me dirá que si hay tanta prevision de parte de Dios, cómo es que algunas personas mueren por falta de alimento; mas yo replicaré que nunca ha perecido de semejante necesidad un indio de la América ó un salvaje de la Occeania, que el hombre libre jamás puede dejar de satisfacer sus necesidades, hállese en la estéril Irlanda, ó en el fértil Ejipto, que solo en medio dé una sociedad corrompida se ven estos deplorables sucesos.

Ahora pregunto: ¿á qué ser, á qué criatura dotó el supremo hacedor de un alma qué sepa gustar de lo bello, que presienta la eternidad y que lo eléve hasta él? ¿á qué animal concedió el sentimiento moral, que de un ser miserable logra hacer un héroe? A ninguno: solo á nosotros que tanto le debemos, á nosotros que por medio de la razon, de la razon que él nos diera, podemos penetrar en las mas grandes concepciones y en los mas sublimes pensamientos. ¡De cuántos beneficios, Dios mio, de cuantos beneficios te somos deudores! Vosotras, sensibles jóvenes, podríais permanecer indiferentes á tanta bondad? Vosotras que amais lo bello, dejariais de amar al Omnipotente que es el único que os puede ofrecer la verdadera bellezá? ¿apreciando vuestro corazon todo lo bueno, no apreciaríais á Dios, que es el origen de todo bien? ¿Cuando vuestra razon se eleva á la verdad y la tributa un homenage de respeto, vosotras dejaríais de tributarlo al Autor de la naturaleza, que es la verdad misma? El amor de la Divinidad es un sentimiento tan natural en el hombre, que en todas nuestras aflicciones, en todos nuestros padecimientos dirigimos nuestras miradas al cielo, esperando de él el bálsamo consolador que cierre nuestras heridas. El que no ama á Dios deja de ser hombre y se convierte en animal; porque renuncia á su alma, que por todas partes tiene contacto con el eterno. Infeliz ciertamente seria el que de este modo se degradara á sí mismo. **¡Amor, amor eterno pues, á la Divinidad!**

M. H. y G.





Á UN LUCERO.

Dedicada á mi amigo D. Nicolas de la Cuesta.

Dí, Lucero refulgente,
¿Quién te presta ese fulgor
Que esparces tranquilamente
En el cielo transparente,
Al pecho inspirando amor?
¿Eres perla desprendida
De la diadema de oro
En brillantes embutida,
A la Vírgen ofrecida
Por el angélico coro?
Al nacer en el Oriente
La aurora con sus albores,
¿Te dió, Lucero fulgente,
Que iumináras tu frente
Con sus dulces resplandores?
¿Te dió el Sol algun destello
De su ardiento claridad,
O acaso un Arcángel bello,
Colocándote en su cuello,
Te transmitió su beldad?
¿Eres quizás de una maga
La miradá brilladora,
Cuando en el espacio vaga,
Y la mente nos alhaga
Con ilusion seductora?
¿Eres diamante bruñido
En la lejana Stambul,
Por un querube cojido,
Para dejarte prendido
De ese pabellon azul?
¿O eres tal vez la ilusion
Que descendió blandamente
Movida de compasion,
A recoger dulcemente
Mis lágrimas de afliccion?...
Dó quiera que yo he mirado
A esa bóveda turquí,
Siempre, Lucero adorado,

Tus destellos he encontrado
Fulgurando frente á mí.
No te cause, nó, desvelo
Ese brillante fanal
Que alumbra en la noche el cielo,
Dando con su luz consuelo
Al aflijido mortal:
Que aunque su faz nacarada
Oscurece á las estrellas
Con su lumbre plateada,
No te puede robar nada
De la que limpio destellas.
Bendito el foco lumbroso
Que el reflejo de su luz
Te regala generoso,
Para que luzcas hermoso
De la noche entre el capuz.
Nunca con pardo nublado
Oscurezcas tu brillar,
Ni te ocultes rezagado
Tras ese manto azulado
Dó no puedo penetrar.
Y cuando la tarde espire,
Ven al cielo transparente
Porque mi mente se inspire,
Cuando extasiada te mire
Reflejar sobre mi frente.

Carmen de Berróstegui.

Á LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO,

que llora sobre el sepulcro de Anfriso (1).

SONETO.

«Tú, á quien benigna concedió la suerte
Pulsar felice la sonante lira,
Del sabio Anfriso en la funesta pira
Sobre el mústio arrayan lágrimas vierte.»
«Quebrantará tu voz la losa inerte,
Y augusta sombra que en su torno gira,
Por ensalzar al númen que te inspira,
Bañará en luz los ántros de la muerte.»
«El vate, cuya pérdida lamentas,
Ardiendo en gratitud se alzará ufano,
Para mostrarte el templo de la gloria.»
Bétis así te habló; y así acrecientas
Mi dolor con tu acento sobrehumano,
Dobles lauros al par dando á la Historia.

Sevilla Marzo de 1849. FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

(1) Nombre adoptado por el Sr. Lista en algunas de sus composiciones.



MI DESTINO!

Ay! si á llorar me condenó el destino;
Si en el revuelto mundo
Se agrava y crece mi dolor profundo,
Y mi penar contino
Va arrancando las flores
Del risueño pensil de los amores,
Que engalanó el desierto de mi alma
En otros tiempos de placer divino;
Si para siempre huyó la dulce calma
De mi angustiado pecho; si me abraso
En ardiente volcan, y corro ansioso
En pos de un bien, que el corazon no alcanza,
Perdida su esperanza;
¿Por qué no acaba la terrible muerte
De descargar el furibundo golpe,
Que la faz torne de mi triste suerte;
Y no que gimo y por mi mal padezco,
Arrastrando una vida que aborrezco?
Muere luchando contra Marte fiero
En los horrores de homicida guerra
El paladin, cuyo indomable acero,

En sus filos llevando la victoria,
Temblar hizo la tierra:
Muere el vate feliz, que alzando al cielo
Su mente en ráudo vuelo,
Vuelve á la patria su esplendor perdido,
Sus laureles sacando del olvido:
Cubre el sepulcro á la gallarda esposa,
En cuyo seno de jazmin y rosa
El ternezuelo infante
Libaba el néctar que le dió la vida:
Baja á la tumba la gentil doncella,
Que en dulce lecho de aromosas flores,
Del albo rostro la color perdida,
Hace la imágen de la muerte bella,
Cerrados sin enojos
Aquellos lindos ojos,
En cuya lumbre pura
Cifrara enamorado
Quizás un hombre su eternal ventura....
¡Y mientras vivo yo!! Yo, que llorando
Paso las horas del fulgente dia,
Las horas paso de la noche umbria,
Sin encontrar á mi dolor consuelo
Ni en la ancha tierra, ni en el alto cielo!...
Yo, por quien nadie lanzará un suspiro,
Yo, por quien nadie verterá piadoso
Una lágrima sola de ternura!...
!Ay que es triste mi suerte, triste y dura!!!
¡Vivir y padecer! Quizás reposo
La helada tumba me dará en su seno.
¡Ah! si la verde rama
Que respeta del sol la ardiente llama,
Alzándose gloriosa al firmamento,
Creciera en ella con el blanco lirio...
Mas ¿á donde me lanza mi delirio?
Ya vuelvo á la razon; oigo un acento
Que en el alma resuena, y que me dice:
¿QUÉ HA DE ESPERAR EL QUE NACIÓ INFELICE....?!

FRANCISCO J. FERNANDEZ DE SOTO.

Junio de 1848.



Impresa ya parte de nuestro periódico hemos recibido una composicion de la célebre poetisa Coronado, la que insertamos con el mayor placer, porque composiciones como esta, no podrán menos de agradar á nuestras suscritoras.

AL LICEO DE LA HABANA,

por el título de Sócia de Mérito.

Aquí ha vivido al pié de la corriente
Conmigo nada mas la golondrina;
¿Quién pudo en ese vasto continente
El nombre repetir de *Carolina*?
¿Quién os dijo que canto tristemente
Sino fuera del Valle esa vecina
Que os va á contar al cielo Americano
Lo que pasa en mi tierra en el verano?

¿Es esa negra quien mi voz sorprende
Cuando jimo en el valle descuidada,
Y allá mas lejos mi secreto vende
Cuando yo de su amor no cuento nada?
No ha podido ella ser..... ella no entiende

Ni mi suspiro ni mi voz ahogada,
Y aunque á mi lado viva en el estío,
Nada os pudo llevar del canto mio....
¿Cómo, tampoco, el viento que á las olas
Del escondido Gévora murmura
En las últimas tierras españolas
Os pudo trasmitir mi voz cscura?,....
¿Cual, pues, de las marinas banderolas
Que flotan de la mar por la llanura
Agitando en sus alas la poesia,
Americanos, trasportó la mia?
Por que sabeis de mi..... sabeis mi nombre....
Sabeís que canto y repetis mi acento....
Y en alabanza, porque mas me asombre.
Respondeis á mi oculto pensamiento;
Y no adivína el corazon del hombre
Lo que pude sentir, ní lo que siento,
Como en mi propio canto repetido
Mi eterna gratitud no hayais oido.
Sabreis que ha sido mi ventura tanta
Que yo he nacido en la inmortal colina
Donde nacio aquel hombre á cuya planta
El pabellon de América se inclina,
Aquel por quien se eleva la Cruz Santa,
Y la luz evangélica ilumina
En ese mundo hermoso y opulento
A donde fuè á exalar su último aliento.
Y sabreis que me siento en una peña
A ver al toro derrivar la Cuna
De aquel grande Cortés que nuestra enseña
Clavó sobre las torres de la luna;
Que en la cóncava piedra berroqueña
De su blason, echar de la laguna
He visto el agua... y dar á nuestros bueyes
La copa digna de beber los reyes.
Y que levanto la mirada al cielo
A darle gracias porque el gran caudillo
No tiene su sepulcro en este suelo
Que empaña de su cuna el claro brillo;

Y que dirijo con gozoso anhelo
Al Occidente el corazon sencillo,
Para decir «Salud» á los hermanos
Que guardan los sepulcros castellanos.
Hijos de aquella isla hospitalaria
Donde brindan las palmas el reposo,
Sabreis como en mi tierra solitaria
Agradecemos vuestro asílo honroso
Y apenas escuchaís nuestra plegaria,
Cuando tendiendo el brazo generoso,
Atravesais el mar con digno egemplo
Para hacernos entrar en vuestro templo.
Y ¿á quién hoy sino á mí, pobre criatura,
Cigarra de estos sulcos labradores
Del áspero rincon de Estremadura
Se tornan vuestros ojos protectores?
Mi canto agreste por mi tierra dura
El oido desgarra á los pastores,
Y yo propia cansada de mi tono,
Al silencio del campo me abandono.
Pero á vosotros mi insonoro eco
Dulce parece por sonar lejano,
Y ya del sulco en el ingrato hueco
Vuelvo á cantar en mi eternal verano;
No importa que mi son rústico y seco
Aleje á los pastores de este llano
Si atravesando los lejanos mares
Llegan á vuestro cielo mis cantares.
¡Gracias! el llanto que al oiros brota
Refresca mi semblante y me consuela,
El alma abordo de mi harpa rota
Ya por los mares á encontraros vuela;
Al pie de vuestra palma, gota á gota,
Caerá ese llanto que mí fe revela,
Y á la sombra feliz de vuestra palma,
Entre las vuestras vivirá mi alma.

Mayo 3 *de* 1849. CAROLINA CORONADO,

NO HAY BUENA ACCION
SIN RECOMPENSA.

(*Conclusion*).

III.

Una historia.

Media hora despues, regresó el marqués al palacio de Fonte-Dolce, en compañia del gondolero Arturo. Julia, al verlos entrar juntos, volvió á caer en otro desmayo, mas profundo que el primero. El marques, sin reparar en ella, se acercó á su padre, y le dijo en voz alta estas palabras:—Hé aquı á el hombre á quien lo debo todo, pues le debo la existencia.

—A él!! esclamaron todos.

—Esta es una aventura de las muchas de mi vida, prosiguió el marqués, y es deber mio el contárosla.

«Todos sabeis que el de la Stella fué en otro tiempo un miserable jornalero.

«El despotismo y las injusticias de nuestro antiguo Dux, habian ecsaltado mi corazon y el de un puñado de valientes, que juramos arrancar de sus manos un poder, del que solo hacia uso para oprimir á sus vasallos.

«Al frente de esos valientes, en una noche de las mas óscuras de enero, debia dar el primer grito de libertad, respondiendo á él Venecia entera. Pero como en toda conspiracion hay siempre un cobarde, y un cobarde no sirve mas que para el crímen y la delacion; el antiguo Dux, informado de nuestras tramas, reunió secretamente las tropas en su palacio, y al dar nuestro primer grito, nos vimos rodeados de ellas, conociendo entonces que estabamos vendidos.

«La oscuridad favoreció mi fuga, y pude llegar á aquella escalinata de piedra que se descubre desde esa ventana. Allí habia un gondolero á quien supliqué me admitiese en su góndola. Este hombre, sabiendo que yo era el gefe del motin, sabiendo que el salvarme podria costarle la vida, no escuchó mas voz que la de su corazon, y me condujo á bordo de un navío francés.

«Quise recompensarle, pero no admitió mi recompensa; porque del favor que me habia dispensado, solo Díos podia recompensarle justamente.

«Muerto el Dux, volví á mi patria sin olvidar nunca al gondolero. Por todas partes le hice buscar, pero mis pesquizas fueron vanas. ¡Dios ha hecho que no le halle hasta el momento en que puedo serle útil!

«Arturo ama á Julia, y Julia..... le ama tambien. Persistir en enlazarme á ella, seria ser ingrato con Arturo y hacer mi infelicidad uniéndome á una mujer que no me ama; porque el tiempo aumenta el amor, pero no lo crea.

«Yo dividiré con él mis riquezas, y todo mi poder se empleará en engrandecerle; firmemente persuadido de que el Conde de Fonte-Dolce no tendrá nada que replicar á lo que he dicho, y que el nombre de Arturo ocupará en ese contrato el sitio destinado al «Marqués de la Stella."

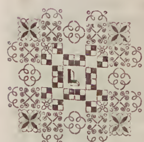
=¿Qué he de decir? respondió el Conde. Vos lo arreglais todo á vuestro capricho, y no me atreveré á disgustaros si agregais á la nobleza de su corazon lo nobleza de un título.

=Sí, y vuestro escudo de armas será el suyo, enriquecido con una corona de laurel prendida por una cinta verde, en la que se leerán, bordadas con letras de oro, estas palabras; «**No hay buena accion sin recompensa.**"

Manuel Rodriguez Diez.



La Rosa y la Muger.



A rosa tiene cierto caracter fisico-moral semejante al de la muger. Los pétalos de su corola, ya son rosados como el color de sus mejillas; ya blancos como el emblema de su pureza; ya rojos como el carmin de sus labios.

Son tan numerosos como sus atractivos. Cuanto mas se aumentan aquellos, tanto mas hermosa es la flor; cuanto mas se multiplican estos, es la muger tanto mas bella.

Cinco son los pétalos del cáliz de una rosa, los cuales le sirven de sosten y aumentan su gallardia; cinco son tambien los quilates del mérito de una muger, los cuales multiplican sus encantos: su virtud, su belleza, su reputacion, su saber, su sensibilidad.

La rosa está rodeada de espinas; la muger tambien lo está: su honor, su deber, su fama. Mientras mas numerosas sean en aquella y mas su fortaleza, tanto mas vivo es su color, mas fragante su aroma; cuanto mas lo sean en esta, tanto mas hermosa nos parece, tanto mas interes nos inspira.

Cuanto mas esmero se ha tenido en el cultivo de la rosa,

es tanto mas robusta, capaz de resistir por sí sola el embate de los vientos, y el ímpetu de las lluvias; cuanto mas profunda ha sido la educacion de la muger, con tanta mas fortaleza se halla para contrarestar el furor de las pasiones y los ataques á su virtud.

El rosal dirige casi siempre sus tiernos brazos al árbol mas inmediato, creyéndolo tal vez un protector contra los furiosos vendavales; mas él, sin tener en cuenta sus gracias y su hermosura, en vez de ampararle, por lo mismo que es mas débil, le impide desarrollarse, cubriendo con sus espesas ramas sus bellas y graciosas flores, que vegetan en el mas completo abandono, bajo los toscos, aunque robustos brazos, del mismo árbol encargado de su proteccion.

Otro tanto sucede á la muger. Ese árbol es el hombre, que impide que se desarrolle su inteligencia, por mas que la contemple bella é inocente; que abandona á la que le habia destinado el Criador por compañera, no solo para que compartiese con ella su felicidad y sus desgracias, sino para que le sirviese de protector; mas nunca para que abusando de la superioridad que le parecia tener sobre ella, la privase hasta de sus mas justos derechos.

Sin embargo, así como la diestra mano del horticultor separa las ramas del rosal de las del árbol, y las coloca sobre firmes apóyos, para que goce de los benignos rayos del sol y de la frescura del rocio; de la misma manera la bienhechora civilizacion hace recobrar á la muger sus imprescriptibles derechos, derechos que aunque ninguno se los atreve á negar, ninguno se los concede. Pero no importa; apesar de los hombres, apesar de sus tiránicas leyes, y de sus despóticas ecsigencias la civilizacion se los concederá. *J. M. Herrera.*



GACETILLA DE MODAS.

Mucho siento no poder ofrecer á mis lectoras, en mi Gacetilla de Modas, todas las novedades que quisiera, pero en esta, como en todas las demas cosas, las variaciones, para que no choquen, es preciso hacerlas lentamente y en progresion. Por eso se engañan mucho los que al comenzar cada estacion, suelen esclamar «*No hay nada de nuevo.*» Y es que las innovaciones son tan imperceptibles, que no han podido reparar en ellas.

Teniendo á la vista los periódicos franceses, que alcanzan hasta el 15 del pasado Mayo, vamos á estractar cuanto ellos contienen, pues en modas dejamos siempre á cargo de nuestros caros aliados la invencion y la novedad. Es un ministerio, bellas lectoras, cuya cartera nadie ha solicitado en nuestro pais.

Las capotas siguen llevándose á la *Feuillantine* adornadas con cintas entretejidas con paja y flores del mismo color; ó ya se reemplazan dichos adornos con blondas de seda, blondas con puntas ó ramos y grupos de flores.

En las telas para vestidos se elijen las de seda, como el gró de un solo color ó de colores bajos, de los que se hacen vestidos ó *redingotes* guarnecidos de volantes, cuyo número va cada vez en aumento. Los que mas se llevan son picados ó con piquillos bordados. Ademas están en boga las ligeras musolinas de lana,—*Pekin* rayado,—musolinas de seda,—*Jaconas* con dibujos Persas, de las que se hacen peinadores adornados por delante con estrechos y festoneados volantes,—*Nankin* de hilo para los trajes sencillos ó los de casa,—*Terliz* (*cutil*) para los vestidos de amazonas, aunque no muy elegantes, los mas cómodos para los viages y para el campo.

Todavía se llevan las manteletas de lino ó de Nippe bordadas.

Concluiremos diciendo algo del córte de los vestidos. Son de la hechura de los vestidos de amazonas, aunque de una forma enteramente nueva. El talle está cruzado por delante como un chaleco, y tienen solamente por detras unas faldetitas formadas por pliegues. Las mangas están abiertas por abajo y muy anchas. Algunas veces se colocan los volantes en franjas ó listones blancos de seda.

Los vestidos de varé están adornados de volantes, cuyo número depende del gusto ó capricho de cada uno. ***

Tan luego como halla algunos sobrantes, se emplearán en enriquecer este artículo ó Gacetilla con figurines, pues hemos prometido que todo lo que produzca el periódico, será para el periódico.

Nosotros no ambicionamos mas que complacer á nuestras bellas suscritoras.





LA MUGER.

(Conclusion.)

Parece que los hombres se empeñan en hacer infelices á las mugeres, y por lo tanto en hacerse infelices á sí mismos. El hombre, por lo general, no ve en la muger una amante, una esposa, la madre de sus hijos; solo ve en ella una esclava: quiere ser dichoso convirtiéndose en tirano; pero ¿cuándo ha ecsistido un tirano que sea dichoso?... Para tomar una idea de la triste posicion en que el hombre constituye á la muger, oigamos al filósofo, al poeta, al sabio, al virtuoso L. Aimé-Martin en su preciosa *Educacion de las madres de familia.* «En el mismo centro de la civilizacion, dice este escritor incomparable, ¿son las mugeres lo que debieran? ¿No es aun en el dia de hoy su educacion un testimonio de nuestra ingratitud y de nuestra imprevision? Al ver cómo se les educa? no se diría que su buena ó mala voluntad ha de quedar sin resultado? ¡Oh mugeres! ¡Es, pues, positivo que los hombres insensatos os condenan en todas partes á la desgracia y á la abyeccion! En todas os tratan como juguetes, os encierran como ídolos, y os compran y venden como mercaderías! Los

ra que nos haga felices, siendo asi que es un deber de los padres labrar la felicidad de sus hijos, y que ninguna pasion, por desenfrenada que sea, puede acarrearnos tantas desgracias como las que produce un amor loco y mal entendido; desgracias tanto mayores, cuanto que, haciendo infelices á millares de familias, afectan y corrompen, de un modo directo, á toda la sociedad. Pero no se contentan solo con no enseñarnos nada, con ocultarnos todo ese bello campo, que á nuestra alma se presenta por el prisma del amor, sino que llevan aun mas allá su ceguedad, prohiben que un hijo esprese á su padre sus verdaderos sentimientos y que le descubra su corazon. Esos hombres que respiran todo antigüedad, dicen: *que á la juventud no se le debe abrir los ojos;* bien: que se los dejen cerrados, y ciega encontrará en su paso mil tropiezos y caerá en mil precipicios, que hagan con la pobre juventud cuanto se les antoje, que ensayen en ella su bárbaro sistema de educacion, y los resultados vendrán á hacerles conocer la poca cordura con que obraron.

Una jóven llega á la adolescencia, en su alma cándida se desarrolla naturalmente el amor, y no pudiendo por mas tiempo reducirse á si misma, anhela manifestar el interior de su corazon, que ya no puede tener oculto, á una persona en quien crea hallar una amiga; mas lo primero que descubren sus ojos son los adustos semblantes de un padre y de un preceptor, que no solo no le infunden confianza, sino que le inspiran miedo. Si sus labios profieren una sola palabra, en la que se retraten su candor y sencillez, se la manda callar agriamente, y esta infeliz tiene que ir á buscar en el seno de una amiga ó de una criada aquella ternura, que no encuentra en él de sus propios padres, y si esa amiga ó criada tuviese la conveniente instruccion y la moral sana que se requiere para dirigir por buen camino á la inocencia, no seria tan triste su suerte; pero cuando generalmente sucede lo contrario, cuando la depositaria de los secretos de esa jóven abusa de su confianza, cuando le aviva sus pasiones sin dar ensanche á su razon, y hallándose la desventurada sin fuerzas y sin estar preparada para el combate, cualquier ataque de la corrupcion le hace mella, entonces acontece lo que los padres, con su grave y dañosa magestad, querian evitar, entonces sus ojos se abren, pero sin tenér delante el cristal por

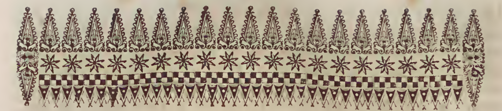
londe debieran atravesar sus miradas, cristal, que ellos debian haber colocado, y entonces finalmente, pierde esta joven; al mismo tiempo, su inocencia y su virtud. Ved aquí pues, lo que habeis conseguido con vuestra mal entendida severidad, ved á lo que conduce vuestro sistema. No hubiera sucedido asi, si habiendo logrado la confianza de vuestras hijas, hubieseis dado la conveniente direccion á ese poderoso sentimiento que en ella se desarrollaba, y hubieseis previsto de este modo los males de que es causa vuestra negligencia. Pues que, vosotros que sois llamados por el mismo Dios, para que formeis el alma de aquellos á quienes habeis dado el ser, para que con esmero separeis de ellos todo principio de infelicidad ¿dejareis pasar desapercibida y sin hacerla objeto de vuestros mas tiernos cuidados aquella época de nuestra ecsistencia que decide para siempre de nuestra suerte?..... Mas ¡ah! vosotros mirais en el amor un crimen, y no teneis presente que es una ley dada por Dios á los hombres y grabada con caracteres indelebles en nuestros corazones, que la virtud no es otra cosa mas que el amor bajo sus diversos aspectos y que lejos de ser un criminal el que ama, el que trata de sofocar este noble sentimiento obra como un malvado. Nada que provenga de la naturaleza es malo en sí, sino en sus abusos, desterrad por consiguiente los abusos y habréis cumplido vuestra mision.—M. H. y G.—(*Continuará*).



vosotras tambien de la instruccion y la virtud: y pues la justicia está de vuestra parte,... no lo dudeis, el triunfo será vuestro. Entónces los enseñaréis á que os respeten y os amen; entónces los obligaréis á que os consideren, nó como esclavas, nó como el juguete vil de sus caprichos y de sus mas groseras pasiones, sino como amantes, como esposas, como madres de sus hijos; entónces en fin las generaciones futuras os tributarán un homenaje de agradecimiento, por haber recibido de vosotras la virtud, el amor y la felicidad.

Ojalá que mi voz tuviese la fuerza suficiente para convenceros de estas verdades, y ojalá que vosotras, convencidas de ellas, sacudieseis el yugo con que los hombres os oprimen. Pero ya que aquello no pueda ser; ya que mis palabras estén acaso destinadas á la risa, al desprecio, y al olvido, me queda á lo menos la dulce satisfaccion de haber deseado vuestro bien y el de la humanidad.=*J. B.*





EL AMOR.

Artículo 3.°



l amor conyugal, ese bello sentimiento que relaciona al hombre con la muger, que une los corazones de entrambos, y que les da á probar la deliciosa copa de los mas puros y sencillos placeres, debe ser el objeto de nuestro tercer artículo. Hubiéramos deseado al tratar sobre tal materia, poderlo hacer con la fria espresion de un corazon envejecido por los años y amaestrado por la esperiencia, y no con el vehemente lenguaje de un pecho ardiente y juvenil; lo hubiéramos deseado, repetimos, á no estar profundamente convencidos de que, para el oido de la juventud, es mas insinuante la voz de la primavera de la vida, que la del invierno de nuestra ecsistencia. La dificultad ademas que ofrece el ocuparnos de materia tan delicada nos hubiera arredrado y hecho que retrocedieramos en nuestra empresa, si el ser al mismo tiempo tan importante y útil no nos hubiera animado.

En nuestras educaciones, los padres y maestros nada nos hablan del amor, nada de sus bellezas ni de sus abusos, no nos enseñan el modo con que debemos dirigir este sentimiento pa-

pueblos, aun los mas civilizados, en lugar de ilustrar vuestra razon y de elevar vuestra alma, cifran su felicidad en corromperos; os enseñan á considerar los trages como la primera necesidad de la vida, y la belleza como la primera cualidad humana; os reducen á esa belleza fugitiva; y para colmo de estolidez, despues de haber depravado vuestro corazon, ofuscado vuestra inteligencia, y ajado vuestra razon, dejan pendiente su honor de vuestras virtudes.» (I).

Y con efecto; ¿cual es la causa de que vuestra educacion esté tan descuidada, de que no se os instruya como se instruyen los hombres? No es otra sino que éstos quieren encontraros desarmadas para acometeros seguros de la victoria, como acomete el tigre á su presa. Y no creais que os hablo de esa instruccion erudita, que os es innecesaria, y que tanto os incomoda y os disgusta: yo hablo de una instruccion amena é indispensable, á saber: el estudio de vosotras mismas, de vuestros derechos y de vuestros deberes. Esta instruccion, cimentando indestructiblemente la virtud en vuestros corazones, sería un escudo con el cual podriais evitar los tiros que las pasiones de los hombres os asestan á cada instante; pero los hombres son tan cobardes, que no se atreven á combatir con vosotras sino cuando os ven indefensas. Quieren que permanezcais débiles para usar ellos impunemente de su fuerza, que seais insensibles para que no os espanteis de su crueldad, que seais ignorantes para que admireis su sabiduría; y de este modo, estando siempre de su parte la fuerza y el saber, se declaran vuestros amos y los àrbitros de vuestro destino.

Observad la conducta de uno de esos hombres que sacrilegamente se denominan *amantes*. Esta sublime denominacion se la atribuyen generalmente, y salvas pocas escepciones, por una de tres causas: ó por *pasar el rato*, como ellos se espresan, burlándose de vuestra sencilla credulidad; ó por engañaros con sus traidoras seducciones, para sumiros en el abismo del deshonor; ó por intentar haceros caer en sus lazos, para invertir quizás en los vicios mas degradantes el patrimonio que os dejáran vuestros padres, adquirido acaso con el sudor de sus frentes. Ellos no saben hablar de amor, sino de *conquistas*; ellos ecsijen de vo-

(1.) *Educ.. de las mad. de fam. Lib. 1.° cap. 7.*

sotras que los ameis, pero al momento que llegais á amarlos, os desprecian ; para ellos vuestro amor es relajacion, vuestra castidad ridiculez, vuestra virtud gazmoñería; ellos miran en vuestra desgracia su triunfo, llaman necedad á vuestro juicioso comportamiento, no ven en el amor sino un apetito ciego, ni ven en el matrimonio sino una cadena;...... ellos en fin no quieren que seais mugeres, sino que seais esos seres infelices á la par que degradados que venden sus caricias por el oro! Decidme, ¿es ésto mentira? ¿estais acaso contentas con vuestra situacion? ¿encontráis en esos hombres aquel ser casi divino que sin duda habeis soñado en vuestras celestiales ilusiones?... !Ah! poned la mano sobre el corazon, y contestadme.

Sin embargo, como el género humano ha sido destinado por Dios para la felicidad; y como para ello ha sido preciso que lo dotara de un alma naturalmente buena, no deja de haber algunos hombres virtuosos, con suficiente energía para librarse de las ecsigencias y de los vicios de una sociedad escéptica, material y corrompida. Pero no es esto lo comun: lo comun es que esas ecsigencias y esos vicios hayan dominado su alma, y apagado sus mas nobles sentimientos, y que por lo tanto pertenezcan al tipo que ligeramente acabamos de bosquejar; esto es, que procuren sumiros en la desgracia y la abjeccion, para hollaros orgullosos y crueles con sus plantas. ¿Y será que el Omnipotente os haya condenado á tan triste situacion? y siendo esto un imposible, un absurdo; ¿será que no tengais un medio para salir de ella?... sí; aun os queda un camino que seguir, y este camino es el de la instruccion.

Estudiaos, pues, á vosotras mismas, cultivad vuestra inteligencia, analizad los sentimientos de vuestro corazon, en una palabra, despertad vuestra alma que está dormida en los brazos de la vanidad de vuestra hermosura, y del cuidado de vuestros vestidos, y os encontraréis en otro mundo, en aquel mundo encantado que en vuestros ensueños solo habíais llegado á columbrar. Mirad que si permaneceis indefensas, siempre seréis esclavas de los hombres. Aprended á distinguir el verdadero amor, del engaño, de la seduccion, de los apetitos groseros; pues sabed que estas son las armas de que comunmente se valen aquellos para dominaros, para corromperos, para haceros desdichadas. Ellos se arman para presentarse al combate; armaos



EN EL CUMPLEAÑOS DE E....

SONETO.

Brilla en el cielo el alba placentera
Dando al orbe su luz, perlas al viento,
Y con sonoro y blando movimiento
Deslízase el arroyo en la pradera;
Las galas de florida primavera
Del verano son hoy rico ornamento,
Y al aire suelta su armonioso acento
De ruiseñores mil banda parlera.
Bríndate rosicler la aurora y risa,
Ofir te ofrece sus riquezas raras,
Ámbar las flores y frescor la brisa;
Salúdante del mar las ondas claras,
Y yo con firme voluntad sumisa
Mi humilde corazon rindo en tus aras.

Juan J. Bueno.



LA SILFA Y LA NIÑA.

N. ¿Dónde vas sílfide hermosa
cruzando en inciertos jiros?
S. Por el aire, vagarosa,
llevo en mis alas de rosa
del corazon los suspiros.

N. Deten un poco tu vuelo
delante de mi ventana;
azul está el limpio cielo
y esmaltan el verde suelo
las flores de la mañana.

S. Yo pararé mi carrera;
mas ¿por qué, niña hechicera,
tiemblas?
N. ¡Ay! el corazon
dar un suspiro quisiera.
¡Siento en él una opresion!

S. De la hermosura las galas
ver quise en tus ojos bellos,
me cegaron sus destellos,
y se enredaron mis alas
en tus dorados cabellos.

Quizá un suspiro cayó
de ellos, y voló á tu seno.
N. ¡Ay! Sílfide, que sé yo....
Solo sé que me oprimió
un pesar á el alma ageno.
S. ¿Y aun lo sientes?
N. Silfa si,
y me inspira un frenesí
que no es el de la alegría:
lleva, pues, lejos de aquí
este ¡ay! del alma mia.

S. Adios, pobre niña, adios.
N. Escucha ¿no volverás?
S. Ay niña, sábelo Dios!
pero pienso que las dos
no nos verémos ya mas.

Si me robaste un suspiro
otro suspiro me diste.
N. Sílfide ¿por qué viniste
si ya volando te miro
sola dejándome y triste?

S. No temas, letal beleño
pronto ceñirá tu frente,
y aquesa inquietud vehemente
mitigará blando sueño
con dulce vision riente.

Mas ¡ay de tí al despertar!
Mis hermanos los amores
vendrán tu seno á abrasar,
y en sus alas á llevar
tus lágrimas de dolores.

Angel María Dacarrete.



A*****

Piensa estan hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amarguras.
ESPRONCEDA.

¿Y será que mi vida,
Cual triste nave destrozada y rota
Al furor de los vientos,
Siempre de mil borrascas combatida,
Surque un mar de tormentos?
¿Será que de la dicha
Al puerto deseado
Jamas he de llegar?.... ¡Dios poderoso,
Si me aguarda tal suerte,
¡Ay! húndeme piadoso
En los negros abismos de la muerte!
Tú inspirastes ¡oh Dios! al pecho mio
El sentimiento puro
De la belleza y la virtud. Mi mente
Ecsaltaba brillante desvarío,
Y un ser buscaba que feliz reuniera

Ambas dotes divinas.....
Buscaba un ángel que adorar pudiera!...
Y por fin lo encontré! De amor inmenso,
De amor inestinguible
Dulce llama apacible
En mi pecho encendió, que arrebatado,
La bendice, la adora
Cual el único bien de su ecsistencia.. ..
Dulce, divina llama,
Que de esperanza y de ilusiones rica,
En el amante corazon derrama
Placeres mil y el alma purifica!
Sí, yo te ví, muger encantadora,
Símbolo de virtud y de pureza;
Te ví y te respeté! Tus bellos ojos
Respiraban dulzura,
Dulzura melancólica, inefable,
De un alma tierna y pura:
Y tu angélica frente,
Cual las lozanas flores
De juventud y de hermosura llena,
Reflejaba serena
La paz de tu ecsistencia venturosa;
Que las fieras pasiones
Su huella dolorosa
En tu faz no marcaron.....
Porque jamás tu pecho esclavizaron.
Si una dulce sonrisa
A tu boca asomaba,
En torno á mí vagaba
El blando soplo de amorosa brisa:
Tu faz se coloraba
De agradable carmin, y parecías
La rosa de los prados;
Y tus labios divinos
Producian sonidos mas suaves,
Que los sonoros trinos
De las parleras inocentes aves....
¡Ah! cuando yo estaciado

Tu rostro contemplaba,
Por mis venas sentía
Una llama sutíl correr vagando,
Mi alma y mis sentidos encantando:
En tu presencia hermosa
Cesaban mis dolores,
Se inundaba mi pecho de alegría,......
Yo del prado veía
Tan solo para tí nacer las flores!
¡Perdona,..... yo te amé!! Loco, insensato,
Osé mirar altivo
La clara faz del sol. Mi vista ardiente
Su luz no deslumbraba,
Que el alma al contemplarlo
Rápida hasta el cenit se sublimaba.
Mas ¡ay! que allá en el cielo
Una estrella funesta
Cortando el paso á mi atrevido vuelo,
Al suelo me derrumba
Para darme el dolor,..... despues la tumba!
Perdona si te amé, que ya el castigo
De mi osadía loca
Me preparó enemigo
El hado inecsorable. De mi boca
Un acento de amor salir no puede
Que conmueva tu seno;
Y me abraso de amor,.... y á mi ardorosa
Delirante pasion salir no es dado
De su recinto estrecho;.....
¡Triste llama preciosa!
¡Triste, infeliz amor, aprisionado
En mi abrasado pecho!
A veces, al mirarte,
Traspasando veloz mi pensamiento
Tu seno delicado,
Pienso que de mi amor la pura llama
Tu corazon inflama,
Y dichoso y contento,
Prorrumpo en mil loores

Al poderoso dios de los amores.
Despues dudo, y el llanto
Mis mejillas inunda
De la noche sombría
Entre el silencio y el dolor, huyendo
La alegre animacion del claro dia;
Y á esperar torno que á la atroz tormenta
Que llena de pesar mi vida triste
Siga dulce bonanza;.....
Que á mi amor correspondes imagino!....
Mas ¡ay! mi duda oculto y mi esperanza,
Que el **silencio** es la ley de mi destino!

José Benavídes.

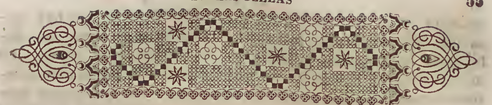
Marzo de 1849.

A ELLA.

Soneto.

Bríndeme el campo sus galanas flores,
Su nevado vellon déme el cordero,
Y saltando en las ramas placentero
Responda el ruiseñor á mis clamores.
De la bella deidad de los amores
Adormido en el trono lisonjero,
Ni con sus nieves me atormente Enero,
Ni de Julio me opriman los ardores.
Cédame Horacio su dorada lira,
Ofrézcame la tierra su riqueza,
Déme el monarca su envidiado trono.
Todo en el mundo para mí es mentira;
Que adorando rendido tu belleza,
Tu dulce corazon solo ambiciono.

Manuel Rodríguez Diez.



VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

LA DESPEDIDA.

Los pálidos reflejos de la argentada luna, abriéndose paso con alguna dificultad por entre vistosos grupos de blancas y ligeras nubes, proyectaban de vez en cuando sus melancólicos fulgores en el pavimento de un estenso salon. Poca luz era esta en verdad para poder con su ayuda distingir los objetos; á no ser por una lámpara de alabastro, que despidiendo una suave claridad, comunicaba á toda la estancia una media tinta agradable; y que unida al fragante aroma que ecsalaban algunas flores colocadas aquí y allí en varios jarrones, producian un encanto indefinible.

Todavia la ciudad del Capitolio no habia tomado el lujo, ni las costumbres de los Orientales que mas tarde adquiriera, cuando llevára sus armas y sus conquistas, desde el Adriático al Eufrates, y desde la Partia al Egipto; costumbres que enervaran

su valor y su fortaleza; pues como dice Fenelon: no hay cosa que mas debilite las fuerzas del hombre y le haga mas débil para arrostrar los peligros, que la molicie y el regalo. En su consecuencia, no es de estrañar que dicha habitacion estuviese amueblada con la mayor sencillez. Las artes mismas estaban aun en la infancia, y tan lo estaban, que el arte de Fidias y de Apeles no era conocido entre ellos; asi es, que solo se veian algunos bajos relieves etruscos, representando varias escenas heróicas. Uno de estos figuraba á Lucrecia en el acto de sepultar en su pecho el puñal, que arrebatára á su infame seductor. A poca distancia se hallaba una joven, contemplando aquella accion, inmovil y reflecsiva; vestia un sencillo traje blanco que revelaba sus delicadas formas, y sus negros y rizados cabellos caian en ondeantes bucles sobre sus espaldas. Su vista se fijaba en Lucrecia, y sus manos se dirijian maquinalmente hácia ella. Cualquiera la hubiera tomado por la estátua de la virtud colocada allí tal vez, como para señalar á las doncellas romanas un ejemplo que debian imitar.

De pronto se adelanta un poco, cambia de posicion, y los rayos de la lámpara van á herir su semblante. ¡Cuán hermosa es! Ni la dulzura del pincel de Murillo, ni la pureza de formas de Rafael, han podido crear un ideal tan bello; y ni los autores del Paraiso y de la Jerusalen han sabido formar una concepcion tan pura en sus ensueños de poeta. Inútil fuera describir sus facciones, todo seria poco; sin embargo, se notaba desde luego, que no era esa belleza fria y delicada del Norte; al contrario, era el verdadero tipo de la del Mediodia dotada además de cierta severidad, caracter distintivo de la belleza romana. En su semblante se echa de ver cierta magestad, que su cabeza erguida y altanera, y la altiva mirada de sus negros y razgados ojos demuestran. Nada indica en sus facciones la compasion ó el dolor ante aquel interesante cuadro; al contrario, la admiracion y el entusiasmo son los que en ellas dominan. Parece que se encuentra en uno de esos raptos de ecsaltacion, en que al contemplar alguna grande accion nos sentimos capaces de ella y aun deseáramos encontrarnos en las mismas circunstancias para poderla verificar.

Era tan viva la espresion de Lucrecia, tan interesante su figura, y habia ademas tanta animacion en su semblante, que

parecia oirse vibrar aun en sus labios estas palabras «Adios, Esposo!» antes de herir su pecho con el acero que arrancara al infame Sesto; y era tan profundo el dolor del anciano Bruto, que elevaba al cielo sus suplicantes manos, que Virginia, atraida por una fuerza magnética, estuvo un gran rato contemplando aquella heróica accion, uno de los fastos mas bellos de la historia del pueblo-rey.

Unos pasos acelerados y una voz bastante conocida vinieron á sacarla de su arrobamiento; volver la cabeza, dar un grito y arrojarse en los brazos del recienllegado con aquel gracioso abandono que presta la inocencia y la virtud, fué todo obra de un instante.

Venia este vestido con un traje militar. Podia decirse que apenas rayaba en los veinte y cinco años; sus hercúleas formas y su varonil semblante denotaban la fuerza y la hermosura en todo su desarrollo; y en sus facciones se advertia la intrepidez y el espíritu guerrero de aquella nacion, que colocaba la fuerza entre las primeras de las cualidades, y el valor entre las primeras de las virtudes. Llamábase Icilio, habia sido varias veces tribuno del pueblo, y gozaba entre este de una gran reputacion, no solo por su patriotismo y por la constancia y energía en la defensa de los intereses de aquel órden, como tambien por su arrojo en los combates.

—¡Virginia!—Icilio! Estas dos palabras fueron pronunciadas por los dos jóvenes al mismo tiempo y con el mismo calor y entusiasmo.

—¿Qué es eso? ¿Qué significa ese traje?

—Voy á partir; el deber lo ecsige. Los Equos y los Sabinos han declarado la guerra á la república, y vengo ahora mismo de inscribirme en la lista de los defensores de la patria y de alistarme bajo las banderas de Quinto Fabio.

—¡Ingrato! y me abandonas, le dijo Virginia con voz bastante conmovida; que será entonces Roma para mí entando tú y mi padre ausente, sino un triste desierto en él que adonde quiera que dirija mi vista solo hallaré personas estrañas, y quien sabe si.. Y al decir estas palabras nublose su frente, cubriose su rostro de una mortal palidez y bañaron sus miembros un sudor glacial.

—¿Qué tienes? ¿Temes algo? le preguntó Icilio con ansiedad. Por los Dioses, habla. Virginia trató en vano de ocultar su turbacion; mil veces fué á hablar pero las palabras espiraron en sus labios, por último, haciendo un esfuerzo sobre si misma, se decidió á depositar en el seno de su amante el secreto que tanto la agobiaba; por lo que le dijo con una voz débil y entrecortada.

—Icilio, habia resuelto que no saliera jamás esto de mi corazon, y ojalá no me hubieran obligado las circunstancias á revelartelo, sé que vas á tacharlo de aprension, de delirio, pero no debo ya ocultarte nada. Bien sabes que voy todos los dias al Templo de Júpiter Stator á hacer votos por el feliz regreso de mi padre; cuando ayer volvia, al pasar por el foro, tuve que detenerme un poco ante el tribunal donde se hallaba el Decenviro Apio Claudio. Habia tanta gente que era imposible dar un paso; mi nodriza que me acompañaba se esforzaba en vano por abrir camino, cuando dirijí maquinalmente la vista al Decenviro, sus ojos se encontraron con los mios y me miraron de tal manera que me dió miedo, aquella mirada me heló, cogí entonces el brazo de mi nodriza y salí como pude de la plaza. Desde entonces aquellos ojos fijos, inmóviles, con aquel modo de mirar siniestro semejante al del águila al arrojarse sobre su presa, los tengo siempre delante de mi vista, los encuentro por todas partes, y un secreto presentimiento me anuncia alguna desgracia, que será en buen hora una quimera, un sueño, pero que mi alma no puede desechar.

—Calma ese desasosiego, Virjinia, y no atormentes tu corazon con esos vanos temores: la dijo Icilio tratando de tranquilizarla; aunque mejor que nadie sabia él, de lo que era capaz el Decemviro, cuantos atropellos habia cometido contra el honor de las doncellas romanas, y hasta que punto le arrastraban sus desenfrenadas pasiones. Asi es, que palideció de furor y su mano fué instintivamente á buscar la empuñadura de su espada.

Virginia no advirtió ni esta alteracion, ni este movimiento; tan entregada estaba á sus reflecsiones. De pronto saliendo de su abatimiento, se dirije á su amante y con un modo de mirar tierno y espresivo y una voz dulce y penetrante le dijo:

—Por eso te pedia que no partieras; pues, ¿que seria de mi si sucediese lo que tanto temo? ¿quien me protejeria? por ven-

tura en contraria alguna persona que quisiera arriesgarlo todo por defenderme?; bien sabes á cuanto se espone el que pretende amparar á la inocencia bajo el despótico yugo de un tirano. Hazlo por nuestro mutuo amor, por ese amor que ha tiempo me juraste, obligandote á ser esclavo de mi voluntad, y que muy pronto deben bendecir los dioses; veo que no me amas, pues tan insensible te muestras á mis ruegos.

—No amarte yo? y pudieron tus labios proferir tal injuria? Escucha, Virginia, ní la posesion de los tronos de Gerges y Alejandro, ni el ser árbitro de los destinos del mundo, podrian debilitar la llama que siento aqui, en mi corazon.

—Pues si eso es asi, no partas, Icilio; tú tan altívo, ¿como podrias acomodarte al imperioso orgullo de esos nobles, bajo cuyo mando tendrás que estar en el ejército, tú que los odias tanto?

=Virgínia, ante el peligro de la patria desaparecen los partídos, los bandos y hasta los resentimientos particulares. Sálvese la república, aunque hayamos de sufrir el tiránico yugo de esos hombres, de esos ambiciosos patricios que solamente llaman al pueblo cuando lo necesitan y despues de ganada la victoria, despues que este ha derramado hasta la última gota de su sangre, entran en Roma en ovacion en carros triunfales de oro y de trofeos, adornánse las calles con arcos de flores, erigénseles estátuas; en tanto que el pobre soldado al regresar á su humilde morada, encuentra quizás, por única recompensa, á sus hijos muertos de hambre, á su muger enferma y á sus tierras en el mayor abandono (1). Mas apesar de todo esto debo partir: la Republica necesita del auxilio de todos los ciudadanos, mi honor está interesado en ello, mi palabra empeñada, y seria el primer romano que faltase á tan sagrados deberes: y las facciones del Tribuno se animaron de un modo estraordinario al pronunciar estas palabras, y se vió resplandecer en sus ojos el sacrosanto fuego del patriotismo.

—Virjinia no pudo por menos de admirar el entusiasmo de su amante, por mas que contrariase sus deseo, y aun le parecia ver brillar sobre su frente la divina aureola de patría y

(1) *Hay que notar que en la época que nos referimos, el soldado romano hacía la guerra á su costa.*

libertad que mas tarde formara el apoteosis de los Gracos, Brutos y Catones.

Por otra parte, aunque corria tambien por sus venas sangre romana, aquella preferencia que se daba sobre ella á otro objeto, por mas justa y sagrada que fuese, no podia por menos de herir su susceptibilidad de muger.... por lo que le dijo con una mezcla de resentimiento y amargura: adios, Icilio; yo creia esperar siquiera de tí que dilatases tu marcha por unos dias, pero no haré ya mas por detenerte; adios, y con planta firme y ademan magestuoso se dirige hácia la puerta, aunque retardando sus pasos, como si aguardara que Icilio la detuviese; mezcla del orgullo y el deseo, combate entre el deber y el amor que solamente nuestras bellas podrán comprender y apreciar en su justo mérito.

Sucedió en fin lo que era de pensar. Icilio aunque romano, era hombre y á mas de eso amaba con todo el ardor de la juventud; no pudo resistir por mas tiempo, cedió en fin, y corrió á detener á Virjinia que no encontrando fuerzas para sufrir tan encontradas y vivas emociones, tubo que buscar un aucsilio en los brazos del Tribuno, que la recibe en ellos conmovido y la estrecha contra su corazon.................................

....

=Pocos momentos despues se separaban los dos jóvenes mas amantes que nunca, encaminándose Icilio á solicitar se le concediese diferir su marcha por dos dias, tiempo que tardaba en llegar Numitor, tio de Virginia.

J. M. Herrera. *(Se continuará.)*

No trayendo muchas novedades los periódicos de modas de París, hemos preferido concluir el primer capítulo de la Virginia *á insertar un artículo sobre aquella materia que no ofreciera interés á nuestras suscritoras.*





EL AMOR.

Artículo 3.°

(*Continuacion*).

Es de tan gran importancia el educar á los jóvenes en el amor, el darles una verdadera idea de él, que por no hacerlo asi, se ven los escesos y abusos que tienen lugar diariamente. La poligamia y la prostitucion con todos sus efectos nos presentan un triste cuadro, en el que la materia solo aparece, y en el que el animal ha sustituido al hombre. Páginas horribles de la historia del linage humano, en las que la parte celestial qne debe iluminarnos en el sendero de la virtud no se descubre, y en las que el hombre sin razon, sin alma, corrompe, maltrata y despedaza los mas sagrados vínculos de la naturaleza y los mas dulces sentimientos de la vida. En ellas se presenta con toda la ferocidad del tigre, y con toda la lascivia del oragutan, pasando cual juguete de sus brutales apetitos, de los brazos de una muger que tal vez lo aborrece á los de otra que quizás lo odia , y encontrando en todas partes la saciedad y el hastío, hasta llegar á ocupar el lugar del ser mas abyecto y degradado. En ellas se vé á la compañera

del hombre envilecida hasta el estremo de vender sus caricias y sus alhagos, y reducida al estado mas infeliz y miserable..... ¿Y á esto llaman amor, á esto verdaderos placeres? ¡Áh! no: llamadle mas bien embrutecimiento y placeres de un animal; placeres que nunca son durables, que siempre vienen seguidos de dolores, que no satisfacen todos los deseos de un hombre, ni pueden en fin labrar su felicidad. ¡Cuanta diferencia ecsiste entre estos y los sencillos goces de un verdadero amor! Aquellos provienen de un sentimiento puramente físico, pasagero, brutal: estos del amor conyugal, sentimiento esencialmente compuesto, como debe ser todo en el hombre, que recibe de la belleza moral sus mas tiernos atractivos, que es eterno y puro como nuestra alma, y que bien dirigido es el origen de todos los bienes y de todas las virtudes.

Contemplad á dos jóvenes que se aman, que en el ardor de su juventud sus almas se unen de tal modo, que parece que cada uno de ellos no respira, no vive sino por el otro, sus ideas y sus sentimientos son los mismos, todo entre ellos es comun; sus miradas se dirigen al cielo retratando su inocente alegría y su reconocimiento hácia el Omnipotente, un natural y misterioso pudor de cierta gravedad á sus acciones, y son tan sencillas y candorosas sus almas, que *en el seno de los verdaderos placeres del amor, pueden hablar de la virtud sin sonrojarse* (1). ¿Que no emprenderán estos seres dichosos, en medio de la animacion y de la vida que les presta el fuego santo del amor, que no sea bueno y útil á la humanidad, si en sus primeros años se ha puesto cuidado en desarrollar convenientemente sus almas, y en dirigir por buen camino sus nacientes pasiones, desnudándose de las antiguas preocupaciones, que haciendo al hombre incapaz del amor conyugal, lo entregan á todos los escesos del amor físico? El verdadero amor engrandece nuestros sentimientos, eleva nuestras almas, nos hace virtuosos y dando al espíritu lo que es del espíritu, y á la materia lo que es de la materia, nos coloca en el medio que es necesario ocupar para no dejar de ser hombres. ¿Qué felicidad no disfrutarán aquellos que amándose con todo el ardor del corazon, con todo el entusiasmo de la

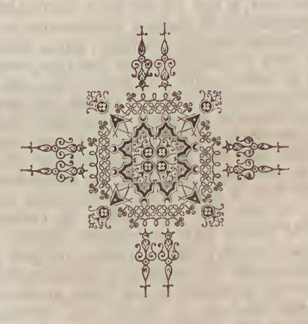
(1) *Rousseau.—Nueva Eloisa.*

juventud, disfruten de las dulzuras del matrimonio, y vean deslizarse suavemente sus años, bajo las alas del amor? Sus hijos nacerán á la sombra del lecho conyugal, se educarán bajo sus influencias, los virtuosos sentimientos de sus padres, se gravarán en sus tiernos pechos y al abrir sus ojos encontrarán en torno suyo la alegría y la risa de la felicidad, y no las disenciones y los disgustos domésticos. La sociedad reportará con esto inmensas utilidades; y las leyes de la naturaleza quedarán cumplidas. Estas son las consecuencias del amor bien entendido, consecuencias enteramente diversas de aquellas que producen los abusos que arriba espusimos, y que son demasiado generales por desgracia, para que no hubiéramos fijado sobre ellas nuestra atencion.

A vosotras, madres, que debeis representar el principal papel en la educacion de vuestros hijos, á vosotras que tanto los amais, nos dirijimos, para esperar de vuestra voluntad la moralizacion del género humano. Decidme: ¿os agradaría ver al fruto de vuestro amor, al hijo que con tantos desvelos habeis criado en su infancia, rodeado de odaliscas y encenagado en la embriaguez de los sentidos, siempre anhelante, nunca satisfecho, respirando solo ódio y animalidad, con sus hijos abandonados á la desgracia de haber nacido, sin divisar nada mas allá de la tumba y de los mundanos placeres en que está envuelto? ¿Os agradaría verlo correr de precipicio, en precipicio, afeminándose, enfermando, pereciendo, sin ninguna virtud, y sin ninguna de las puras afecciones que ésta despierta en nosotros? ¿No querriais verlo libre de semejantes desgracias, aun cuando fuese en perjuicio vuestro? Pues si quereis que vuestros hijos sean felices y virtuosos, y si para ello sois capaces de cualquier sacrificio, haced de vuestra parte un peqneño esfuerzo y lo habreis conseguido, dando al mismo tiempo, un gran paso en la civilizacion del mundo. No titubeeis ni un momento: educad á vuestros hijos con la ternura de una amiga, apoderaos bajo este título de sus corazones, y hecho esto, internáos en ellos por medio de ese lenguage insinuante, que vosotras solo poseeis y dadles á sus movimientos la debida direccion. Presentad á sus juveniles ojos las mas delicadas escenas del amor como premios de la virtud, ennobleced sus almas con grandes ejemplos de acciones virtuosas, henchidlas del santo estímulo de

la emulacion, dadles continuamente á beber en las fuentes de lo bello y de lo infinito, y mostradles constantemente al amor como el último término de nuestra felicidad. Hacedlo, y vereis borrarse para siempre esas degradantes manchas, que aparecen en el libro de nuestra historia: vereis, bajo el reinado del amor conyugal, hundirse los serrallos, abandonarse los lupanares y moralizarse la sociedad entera; y cuando hayamos esperimentado semejantes bienes, derivados de vuestra bondad, nos oireis clamar. **¡Gloria á las virtuosas madres de familia, que por medio de una sabia educacion, nos legaron tanta felicidad!**

(*Continuará.*) ***M. H. y G.***





LA ESPERANZA.

I.

Uno de los mas preciosos bienes que del Ser Supremo hemos recibido; aquel sin el cual sería mucho mayor el número de nuestros dolores, y éstos mas intensos y duraderos, es sin duda alguna la esperanza. Ella, á manera de un bálsamo celestial, dulcifica las amarguras de nuestra vida; ella nos proporciona multitud de placeres que nos hacen á veces gozar tanto, como si su objeto llegara á realizarse; ella en fin mantiene y fomenta nuestros mas dulces ensueños de gloria, de felicidad y de amor. ¿Qué sería del hombre sin ese sentimiento? ¿cómo podría vivir el desdichado si no esperára, aunque vagamente, la felícidad? y ¿en qué martirio no se convertiría esa felicidad, si el que la goza no esperára su estabilidad y aumento? El hombre sin la esperanza no podría jamas ser venturoso: su vida se reduciría al momento presente;....... sería el ser mas desgraciado de la creacion.

Para ecsaminar este sentimiento innato y esclusivo del corazon humano, vamos á considerarlo aplicado al amor entre el hombre y la muger; materia que hemos escogido por ser

á la par amena, simpática, importante y universalmente conocida, y quizás el objeto en que se muestra la esperanza mas brillante y encantadora. Pero como alguno podria creer que hablamos de ese amor puramente animal, que en este siglo está tan en moda ostentar, nos apresuramos á advertir que el amor que aquí consideramos es aquel que recide en el corazon, no en los sentidos; aquel que es compatible con nuestros deberes, inseparable de la virtud, y santificado por la religion; aquel en fin que únicamente es digno del hombre.

No hay un jóven, de cualquier secso y condicion que sea, ora se halle sumido en el abismo de la miseria, ora se encuentre en la cima de la opulencia, que no haya deseado, aunque sea vaga y confusamente, llenar su corazon con una afeccion dulce, profunda é invariable; esto es, amar al ser que debe constituir la mitad de sí mismo. No hay cosa mas natural que este deseo. Á veces no se presenta bajo la forma de tal, sino que se convierte en un vacío del corazon, que éste acaso no sabe á qué atribuir, ni con qué llenar, y á cuyo estado acompañan generalmente la tristeza y la melancolía; y por eso no es estraño que muchas veces no se tenga conciencia de aquel fenómeno moral. Sin embargo, es indudable que ecsiste, ya bajo esta, ya bajo aquella forma; y es ésto tan cierto, que aún esos hombres que se entregan á los vicios, deslumbrados por los nocivos y fugitivos placeres que de ellos pueden alcanzar; siempre que su corazon no ha llegado á embotarse y envilecerse completamente, se disgustan por último de sus mezquinos goces, y vienen á parar en buscar con ansia placeres mas puros y duraderos, ó mas bien, verdaderos placeres, en el amor afectuoso y legítimo de una muger virtuosa.

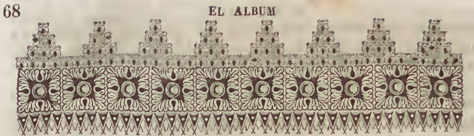
Y no se crea que el deseo de que hemos hablado carece de objeto, ó que éste es vago é indeterminado. La imaginacion se forja la imágen nó solo del ser á quien el alma ha de amar, sino tambien de las sencillas é inefables delicias que ese amor debe proporcionarle: y de aquí proviene sin duda qne á una jóven, por ejemplo, le agrade mas ó ménos un hombre, segun que tenga mayor ó menor semejanza con aquella imágen que en sus ensueños ha visto, y con la cual lo ha comparado insensible y momentáneamente. El alma, pues, desea encontrar ese ser ideal que la imaginacion ha creado; pero como esto es

imposible, se contenta con buscar el que mas se acerque á aquel tipo. Juzga que esto ya no es difícil; y de esta consideracion nace, digámoslo así, el jérmen de la esperanza

Un sencillo raciocinio viene á fecundizar este jérmen precioso. Nosotros observamos que todo está previsto en la naturaleza. Desde el mas pequeño insecto hasta el hombre, todos encuentran objetos para satisfacer sus necesidades. La abeja, para proporcionarnos su sabrosa miel, necesita de un alimento determinado, y millones de fragantes flores abren su cáliz para ofrecérselo: las aves no podrían sostenerse en el aire, si nó estuvieran cubiertas de una vestidura casi tan ligera como el mismo aire: el hombre necesita contemplar y amar la belleza, y la naturaleza toda y su imaginacion le ofrecen objetos bellos con profucion magnífica;.... en una palabra, no hay una sola necesidad natural, cuya satisfaccion no esté prevista y atendida por el Omnipotente, Y siendo esto así; habiendo atendido Dios á las ecsigencias, al parecer mas insignificantes, del mundo físico, intelectual y moral; ¿sería dable que dejase desapercibido el corazon humano, y que le diese un deseo ardiente y continuo una necesidad que no pudiera satisfacer? Esto es imposible: sería Dios entónces injusto y caprichoso. Es, pues, cierto que el hombre ideal que ha concebido la mente de una jóven, ecsiste en el mundo, si nó igual en un todo á aquel tipo, á lo ménos semejante; sin que entre ambos haya otra diferencia que el grado de perfeccion que la imaginacion presta á todas sus creaciones. Por consiguiente, la esperanza que tiene esa jóven de encontrar un amante parecido al que su alma desea, es fundada, es legítima, es necesaria: y si muchas veces, quízas la mayor parte, esa esperanza no se realiza, cúlpese á la sociedad, que con sus errores, sus preocupaciones y sus crímenes ahoga en el hombre los mas nobles sentimientos de su corazon, y hace pedazos en el órden moral las mas bellas armonias.

En otros artículos ecsaminarémos la esperanza en su desarrollo y realizacion.

José Benavídes.



PARA EL ALBUM DE UNA SEÑORA.

Yo ví del sol en tus radiantes ojos
La clara lumbre: en tu megilla pura
De una vírgen la cándida hermosura,
Y los amores en tus labios rojos.
Ví tu talle gentil, que entre las bellas
Gracioso ostenta su hechicera gala,
Como la luna que su luz exhala
Cercada del fulgor de las estrellas.
Ví furtiva mirada cariñosa
Seguir constante tu desden altivo;
Y ví, Señora, en tu semblante esquivo
La risa del desprecio desdeñosa.
¿Por qué tal desamor? ¡Ay! la belleza
Es fresca rosa en la naciente aurora,
Ola brillante que á la mar sonora
Va bulliciosa con veloz presteza:
Pero marchita el sol el rojo y verde
De la rosa, deidad del bosque ameno;
Y la onda llega de la mar al seno,
Y en su agitada inmensidad se pierde.
Así es la juventud. Mira que alarde
Hace de herir con su ominosa huella
La arrugada vejez la frente bella....
Y nunca llega por desgracia tarde.

J. M. Fernandez-Espino



A LA S.ra D.a MARIA FRANCISCA GONZAGA DE AGUIRRE.

En la muerte de su hijo.

=

¿Te faltaba algun ángel en el cielo?.....
(NUÑEZ DE PRADO.)

¿Y será eterno tu dolor profundo?
¿Y en el llanto anegada,
Separada he de verte de ese mundo
Dó viviste envidiada?
¿No hay palabras que alivien tu quebranto,
Ni mano cariñosa
Que enjugando afanosa
De tus mejillas el acerbo llanto,
Darte pueda, infelice los consuelos
Que solo á la amistad dieran los cielos?....
De tus radiantes ojos
Se empañan los fulgores,
Que para ti son hoy campos de abrojos
Los que fueran ayer campos de flores.

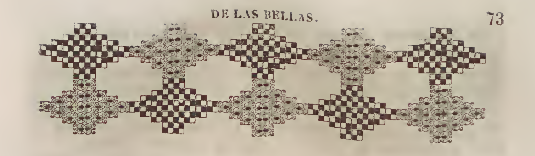
Yo te he visto en la tumba arrodillada
Del inocente niño;
Y mi mente ecsaltada,
Olvidando el ardor de tu cariño,
Un ángel del Empíreo te creyera
Que con tu hijo á conversar viniera.
Yo te he visto en las naves solitarias
Del templo, y fervoroso,
A las tuyas he unido mis plegarias,
Para que Dios piadoso
En la copa ¡oh mujer! de tu amargura,
Una gota vertiese de ventura.
Entonces arrobado
Pulsé las cuerdas de mi torpe lira,
Que siempre del amor á los destellos
Mi corazon delira,
Oye mi voz, hermosa,
Y ojalá que calmando tu tormento,
Tu suerte venturosa
Grato me anuncie murmurando el viento.
Como el marino que á la mar se lanza,
Y la borrasca olvida
Apenas goza de feliz bonanza,
Así los que en la vida
Por mares borrascosos navegamos,
Jamás vivír podrémos,
Si no nos olvidamos
En la apacible calma,
De la tormenta que angustiara el alma.
Del hijo de tu amor sobre la tumba
Largo tiempo has llorado;
La tierra con tus lágrimas regada,
Aromáticas flores ha brotado;
Y la brisa suave,
Al ajitarlas con su dulce aliento,
Tu suspiro remeda y tu lamento.
El esposo reclama tus caricias,
La sociedad reclama tu presencia.

Vuelve, hermosa, á gozar de esas delicias;
Que fuera ya demencia
Del esposo y del mundo separada,
Vivir entre las tumbas sepultada.
Así como las rosas
Con los rayos del sol se vivifican,
Y brillan mas hermosas,
Pero luego abrasadas,
Del mismo sol las vemos marchitadas;
Así los infelices
Un instante aliviados por el llanto,
A sumirse, marchitos cual las rosas,
Tornan en el abismo del quebranto.
Yo comprendo, muger, lo que es un hijo;
Un hijo de su madre es el tesoro,
Es la florida palma
Que da sombra al desierto de su alma.
Si de la muerte el huracan furioso
Su tronco ha destrozado,
La sacra religion darte reposo
Puede en su seno amado;
Que toda nuestra dicha no se encierra
En la mísera dicha de la tierra.
Tras esa azul techumbre
Hay un Eden al justo reservado,
Donde la viva lumbre
Del sol que agora con su luz le ofende,
Con sus rayos de gloria él mismo enciende.
En ese Eden de dichas encantado
Al hijo busca que perdido lloras,
Que Dios, de su belleza enamorado,
A la muerte llamó y así la dijo:
«Roba á la madre su inocente hijo.»
«Un ángel necesito que mi trono
Risueño cubra con galanas flores,
Y que lleve en sus alas á María
Mis prendas de dulcísimos amores.
Cuando la madre á tu recinto venga,
Y con dolientes ayes

A tí, muerte, aflijida reconvenga,
La dirás apiadada de su duelo:
Seguid la senda que conduce al cielo.
En él podreis reunida
Al hijo que llorais
Gozar de eterna vida......
Pero secad el llanto
Que brilla en vuestros ojos,
Que aún tiene para vos flores el mundo
En medio de sus áridos abrojos.»
El esposo reclama tus caricias,
La sociedad reclama tu presencia,
Vuelve, hermosa, á gozar de esas delicias;
Que fuera ya demencia
Del esposo y del mundo separada,
Vivir entre las tumbas sepultada.

Manuel Rodriguez Diez.





A DORALICE.

NOCHE DE AMOR.

¡Oh cuán grata es, Doralice,
En la noche silenciosa,
La plática melodiosa
Del amante trovador!
¡Cuan grato, del arroyuelo
Con el bullente sonido,
Confundirse en nuestro oido
Dulces palabras de amor!

—

¡Cuan grata, á la luz tranquila
De la luna plateada,
Es tu lánguida mirada!
¡Tu belleza que ideal!
¡Cuan grato, mi bella esquiva,
Al oir tu dulce acento,
Embriagarse de tu aliento
Cual de perfume oriental!

—

La brisa que juguetea
Entre el tupido follaje,
Los pliegues de tu ropaje
Osando apenas mover;
Que, al tocar en mi mejilla
Tus rizos que mansa mece,
Todo mi ser estremece
Con eléctrico placer;

—

¿Será quizas de amorcillos
La turba que, placentera
Al verte tan hechicera,
Tan enamorado á mí,
Jira en torno bulliciosa,
Y en su infantil alegría,
De contento, vida mia,
Bate sus alas aquí?

—

De esa bóveda del cielo
Que, tachonada de estrellas,
Menos que tus ojos bellas,
Sobre nosotros está,
Nunca sabras cuanta pena
Me causa la inmensa altura,
Pues quisiera en mi locura
Darte un trono mas allá.

—

¡Oh que grande se presenta
El hombre en este momento;
En la frente el pensamiento,
Amor en el corazon!
Ante el universo mudo
Su altiva mente se inflama,
Y á sí mismo se proclama
Por alma de la creacion.

—

El viento agita las ramas.....
Ya muje, y la tierra azota:
Entre nubes encapota
La luna su claridad:
Ven, dejaremos que pase,
En esta gruta escondida
Que con su albergue convida,
La vecina tempestad.

—

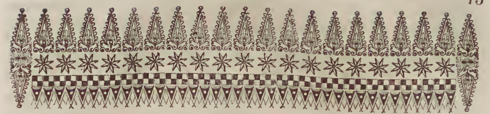
Tu blanca mano apoyada
En mi corazon ardiente,
¿Que me importa que acreciente
Su furor el huracan?
¿Que me importan sus bramidos
En tu seno reclinado?
Por tus brazos enlazado,
De arrullos me servirán.

—

¿Que importa del ronco trueno
El horrísono estampido?
¿Qué del rayo sacudido
El siniestro resplandor?
Yo te diré una balada,
Mientras la tormenta abona,
Del Rey que dió su corona
Por una noche de amor.

I. S. Martinez.





Se nos ha remitido por un suscritor el siguiente

SONETO.

A***

¡Oh tú sublime y celestial criatura,
Que á la eterna mansion alzas el vuelo,
Y en densa oscuridad dejas el suelo;
Do brillará tu angélica hermosura!

Vírgen modesta, candorosa y pura:
Accede á mi rogar: del alto cielo,
Desciende magestuosa, y rasga el velo,
Con que tus gracias encubrió natura.

Torne á encontrar tu célica mirada,
Que arrobó de placer el alma mia;
Grato el perfume de tu aliento espire....

¡Ya dejas del Empíreo la morada!
¡Ya desciendes radiante de alegría!...
¡Ven.,.. á mi llega aunque de amor aspire!

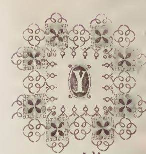
A. Herrera y Cabrera.



VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

APIO CLAUDIO.



a es tiempo de que digamos algo á nuestras lectoras sobre el estado de Roma, que tiene una relacion muy estrecha con los acontecimientos que vamos á referir.

Contábanse en aquella ciudad los años 304 de su fundacion. El gobierno, que antes era monárquico, habia adoptado la forma republicana bajo la autoridad de dos cónsules elegidos todos los años de entre la nobleza, diez tribunos que representaban los derechos del pueblo, y el senado, compuesto de cierto número de patricios. Frecuentes discordias ecsistian entre el pueblo, y el órden senatorial; y eran tales, que no tenia aquel mas que presentar una ley, para que éste la rechazase con todas sus fuerzas, á no estar conforme

con sus intereses. No habiendo querido el senado dar su aprobacion á la ley Agraria, que tenia por objeto la reparticion de las tierras conquistadas, recurrieron los tribunos á la Tarentilia, (1) que aunque con alguna oposicion fué admitida; y en su consecuencia, se enviaron á Grecia tres diputados para que estudiasen las leyes de Licurgo y Solon. Al siguiente año volvieron estos, cumplida su mision; y los dos órdenes, hasta entonces irreconciliables, se unieron para nombrar diez magistrados con el título de decemviros, revestidos de una autoridad casi sin límites, é igual á la del dictador, con el objeto de redactar las leyes. El Consular Apio Claudio fué nombrado primer decemviro con alguna superioridad sobre sus cólegas.

Los nuevos magistrados, cumpliendo con su encargo, presentaron las leyes en diez tablas de bronce; pero como se hubiese notado que faltaban algunos capítulos, se determinó elegir otros decemviros para la redaccion de dos tablas adicionales.

Habiéndose hecho Apio Claudio odioso á sus cólegas en el anterior decemvirato por sus tendencias á la tiranía, y por su despótico orgullo, le nombraron presidente para la nueva eleccion, con el objeto de que designando él los aspirantes al cargo que era necesario llenar, no se incluyese en el número de ellos; pues no le creian con el descaro suficiente para presentarse él mismo como candidato.

Llegó en fin el dia de la eleccion; y se le vió contra todas las leyes del pundonor y de la modestia, proponerse como primer decemviro; y el pueblo, que es siempre la víctima de aquellos que saben engañarle bajo la apariencia de tomar parte en sus intereses, le confirió esta dignidad por medio de sus sufragios.

Apio, viendo que habia llegado al fin por su disimulo y sus intrigas á la cabeza del decemvirato, no pensó mas que en hacer perpetua su dominacion, no temió erigir sus caprichos en voluntades soberanas y pronto reinó en Roma la tiranía mas absoluta y despótica, que jamas se habia conocido, pero esta tiranía debia concluir como la de Tarquino el Soberbio; debía ahogarse en la sangre de la inocencia, y los hechos que dieron

(1) Ley por la que se mandaba formar un código escrito para evitar que por su falta usasen los magistrados, que eran patricios, de arbitvariedad en sus decisiones.

lugar á su caida son los que vá á desarrollar el siguiente drama.

Diremos algunas palabras mas acerca de Apio, que representa un papel muy importante en nuestra historia. Descendiente de la familia Claudia, una de las mas antiguas y poderosas de la república, se hallaba dotado de un carácter orgulloso y altanero al par que falso é hipócrita, unido á un profundo conocimiento en el arte de las intrigas.

Habia sido nombrado consular el año anterior al de la eleccion de los decemviros, pero conociendo que la autoridad de estos era mas lata que la de cónsul, habiéndose reunido la asamblea, subió á la tribuna de las arengas y pronunció un estudiado discurso, en el que sin disminuir el prestigio del senado supo agradar al pueblo; probó la necesidad de los decemviros, y como estos habian de tener un poder dictatorial, y bajo su mando habian de cesar los cónsules y tribunos de ejercer sus funciones, hizo públicamente dimision de su dignidad de cónsul designado, logrando por este acto, como tambien por sus ocultos manejos, que lo eligieran entre los nuevos magistrados, que era lo que ambicionaba.

Pero no eran el orgullo y la ambicion, las únicas pasiones que le dominaban.

Muchas habian sido las víctimas sacrificadas en las aras nefandas de sus impuros amores, ora por la fuerza, ora por el engaño; mas sin embargo, ninguna habia tenido la desgracia de inspirarle una pasion tan viva como Virginia. En mal hora pasára ésta por el Foro, y en mal hora los ojos del Decemviro se fijáran en ella: aquel hombre podia compararse con el Simoun del desierto que desoja cuantas flores halla en su camino. En vano se valió para perderla de todos aquellos medios, que su mucha esperiencia en la abominable carrera de las seducciones y de los crímenes le sugiriera; promesas, amenazas y halagos, no sirvieron, sino para hacerse mas odioso á los ojos de aquella, de quien se figuraba triunfar con la misma facilidad que espedia una órden de destierro, confiscaba los bienes de alguno, ó señalaba á sus sicarios, á los que por su desgracia tenian una muger hermosa ó una buena posesion...........

J. M. Herrera. *(Se continuará)*

GACETILLA DE MODAS.

No crean Vds. Sres. Redactores, que el no haberles remitido mi Gacetilla de Modas para el número anterior, haya sido por haberme fastidiado de mi trabajo, pues cada dia estoy mas satisfecha en desempeñarle.

El Album de las Bellas ha tenido la mayor aceptacion, y no hay elegante cuyo nombre no esté inscripto en la lista de sus numerosos suscritores.

Los literatos de mas nombradia, no se han desdeñado de colocar sus composiciones en sus columnas. Todo esto augura al ALBUM *dilatados años de vida.......* ¡Quiéralo Dios! Yo por mi parte, no les abandonaré jamas; pues aunque mis conocimientos son muy reducidos, mi voluntad no tienes límites.

Los últimos periódicos que he recibido de Francia, son los del 15 del corriente. De esta manera puedo ofrecer á mis lectoras en mi Gacetilla las mas recientes novedades de la caprichosa moda.

Vestidos.

Los trajes de varé, se llevan casi todos con los talles fruncidos, abiertos por delante, y adornados con una estrecha guarnicion plegada ó fruncida. Las mangas abiertas por abajo llevan tambien su guarnicion. Dichos vestidos tienen á veces, dos tres, cuatro ó cinco volantes, á una altura graduada. Están muy en boga los vestidos de gró en forma de redingote, con alamares ú ojales postizos (brandebourgs) en galones de seda. Trajes de varé escocés adornados con tres volantes guarnecidos cada uno con cordones ó agremanes. Vestidos de granadina de seda á cuadros *verdes-blancos*, y listas matizadas del mismo color, adornados con volantes guarnecidos con estrechos agremanes. Tambien los trajes de gró pueden estar guarnecidos con franjas blancas.---Vestidos para casa: Traje de (jaconas) ó de muselina, guarnecido con un volante muy alto, llevándose muy ajustado y anudándolo por delante con lazos de cinta. Vestidos de gró de talle escotado, y con pequeñas mangas

cortas. Sobre-todo de muselina bordada abierto por los lados, y guarnecido con un volante festoneado. Luego que se quita (el so. bre todo) se puede ajustar al traje una bertha de su mismo género y color.—Vestidos para el campo: Peinador de muselina de lana de dibujos persas, guarnecido por delante con estrechos y festoneados volantes. Vestido-amazona con el talle abierto por delante, y faldetas acuchilladas ó con piquetes guarnecidos de un galon blanco.

Manteletas y Schales.

Una nueva moda semejante á una flor, acaba de abrir sus pétalos bajo la influencia del sol de Junio, aspirando su aroma, la mayor parte de nuestras elegantes. Consiste, en un schal de muselina bordado con grandes dibujos de colores apagados, ó con grandes flores bordadas como los schales de crespon de la China. Una de las puntas del schal, está ricamente bordada, y una guirnalda recorre todo su contorno. Tambien se llevan schales de muselina clara, bordados alrededor con una guirnalda.

Las manteletas que están mas en boga son las de gró, guarnecidas de una franja de seda, ó de volantes con los mismos adornos.

Sombreros y Capotas.

Los sombreros de paja van adornados con una ramita de flores ó frutos. Los adornos de mas rigor, son una flor rodeada de follaje paja, ó bien una rama dejando caer sus frutos como un racimo de perlas. Las capotas de crespon blanco ó rosa, llevan adornos de grupos de flores ó blondas blancas.

Sombrillas.

Las que están mas en boga son las blancas con forro rosa y guarnecidas con franjas blancas ó bien azules todas de un color.

***





LA ESPERANZA.

II.

Cuando despues de haber juzgado que no es imposible hallar un amante parecido al que nuestra alma desea, esperamos encontrar ese amante, y gozar á su lado de la felicidad que produce en nosotros un amor verdadero y legítimo, la imaginacion se ecsalta, se eleva á las regiones de la belleza y del porvenir, y estasía nuestro corazon con lo que generalmente se llama *ilusiones de la juventud.* Entónces parece que todo conspira á halagar nuestra fantasía y á ecsitar nuestra sensibilidad moral. Un árbol, una flor basta á conmovernos. Si nos hallamos en un parage ameno y solitario, nuestra mente se pierde en profundas y agradables meditaciones, y una dulce melancolía se apodera de nuestro espíritu. En todas partes creemos estar al lado de ese ser que ya amamos sin haberlo visto, y cuya presencia embellece la creacion. Es otro mundo en que nos hallamos; otro mundo muy distinto de éste en que vivimos;... un mundo intermedio entre la tierra y el cielo.

Pero hemos dicho mal. El mundo de nuestras ilusiones no tiene nada de sobrehumano; es real y positivo; es lo que

el mundo debiera ser; es en fin una revelacion divina de la perfeccion y de la felicidad de que somos susceptibles, y á las cuales el género humano tarde ó temprano ha de llegar, á pesar de los obstáculos que los errores y los crímenes le oponen Y si muchos llaman á esas ilusiones sueños, delirios, locura; si se burlan de ellas como de las fantasmas de un visionario, es porque tienen muy poco desarrolladas sus facultades morales, á las que suplen á veces los vicios y las mezquinas pasiones; ó por lo menos, porque son mas á propósito para gozar física que moralmente, pues es indudable que en los placeres físicos hay bien poco lugar á las ilusionos. Pero aunque éstas efectivamente fueran sueños; ¿no es hermoso soñar, cuando somos felices mientras soñamos?. .

Las cualidades que deseamos que adornen al amante que nos ha de hacer felices, varían segun el gusto, el carácter y las ideas de cada uno, y véase aquí una razon más para creer que no es imposible encontrarlo. Muchos hay que no desean, que no buscan otras cualidades que las físicas, pero esto es una aberracion, es un absurdo, es convertirse en animal el sér que debiera ser hombre. No se puede concebir el amor verdadero sin que en él tome parte el alma: un sentimiento divino solo puede ecsistir en un ser igualmente divino.

Las ilusiones llegan á su colmo cuando nos imaginamos vivir al lado de nuestro amante. Entónces, ¡cuántas esperanzas, cuántas delicias, cuántas encantadoras escenas pasan por nuestra mente, á manera de brillantes meteoros! La ecsistencia de nuestro amante es nuestra propia ecsistencia; nuestras voluntades son las mismas. Una sonrisa suya es bastante á recompensar nuestros mayores sacrificios. En las ciudades hay mil objetos que de mil maneras nos distraen; y para descansar por algun tiempo de su necesaria agitacion, y para entregarnos á nuestro amor esclusivamente, el campo nos ofrece su belleza solitaria, misteriosa, en que todo respira amor, todo virtud. Allí creemos hallarnos tal vez entre los espesos árboles, que nos cubren con sus verdes y estendidas ramas, viendo al sol ocultarse tras las cárdenas montañas, y despedir débilmente sus últimos y rojizos rayos. La noche intenta cubrirnos con sus tinieblas; pero asoma en oriente el encendido disco de la luna, que despues se torna blanco, y derrama sobre la tierra su dul-

ce y suave claridad. Acaso una fuente murmura junto á nosotros. Millares de aves vuelan á nuestro rededor, buscando la rama en que han de pasar la noche; y cuando algunos momentos antes, trinando todas á la vez, formaban un ruido grato y armonioso, ahora ha quedado todo en el mas profundo silencio, interrumpido apenas por los lejanos ladridos de algun perro, ó por el vago susurro de las hojas. Entretanto nuestros corazones laten dulcemente. Una inefable melancolía estasía nuestras almas: y á imitacion de las aves, cuando ántes hablábamos con entusiasmo de nuestro amor y de nuestra felicidad, ahora nos contemplamos en silencio, arrasados nuestros ojos de deliciosas lágrimas, y damos ardientes gracias á Dios por nuestra ventura en el fondo de nuestros corazones. Entónces Dios y nosotros, la naturaleza y nuestro amor, son nuestras únicas ideas;... entónces, elevados al cielo en alas de ese amor, rueda el mundo desapercibido á nuestras plantas.

¿Habrémos ecsagerado, ó serán estas ilusiones una pequeña parte de las que halagan nuestra fantasía cuando deseamos y esperamos hallar ese amante, esa mitad de nuestra alma? nos parece que lo segnndo es lo cierto: nos parece que ni el filósofo mas profundo, ni el poeta de mas imaginacion, podrían jamás describir esas ilusiones con toda su dulzura, con toda su brillantez, con todo su encanto.

Cuando hemos llegado á este estado, el deseo de amar es mas vehemente; es una necesidad del alma, de cuya satisfaccion depende acaso nuestra felicidad; es un vacío inmenso del corazon, que en vano procuraríamos llenar con otra afeccion cualquiera. El célebre Espronceda, que en esta materia no puede ser sospechoso, ha espresado esto mismo en una hermosa quintilla:

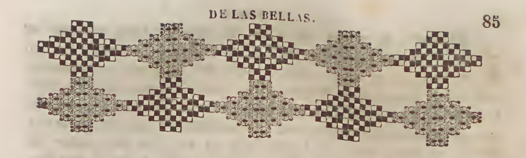
«El corazon sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor;
Oscuro, inmenso desierto
Donde no nace una flor!»

Y ¿qué mucho que así suceda, cuando solo para amar ha nacido el hombre?

A proporcion, pues, que es mayor esta necesidad, crece la esperanza. La idea de que Dios no ha podido darnos una ecsigencia que no pudiéramos satisfacer, no se aparta de nuestra mente: y de este modo nuestra juventud, ansiando llegar al puerto de la felicidad, surca, alumbrada por el faro de la esperanza, el encantado mar de las ilusiones.

José Benavídes.

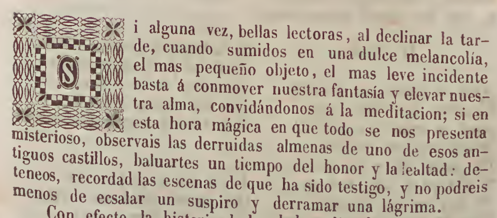




UN RECUERDO DE LA EDAD MEDIA.

,....entonces ya nadie pudo ser enamorado sin ser valiente, nadie cobarde sin el riesgo de ser infeliz y desdeñado.

JOVELLANOS.



Si alguna vez, bellas lectoras, al declinar la tarde, cuando sumidos en una dulce melancolía, el mas pequeño objeto, el mas leve incidente basta á conmover nuestra fantasía y elevar nuestra alma, convidándonos á la meditacion; si en esta hora mágica en que todo se nos presenta misterioso, observais las derruidas almenas de uno de esos antiguos castillos, baluartes un tiempo del honor y la lealtad: deteneos, recordad las escenas de que ha sido testigo, y no podreis menos de ecsalar un suspiro y derramar una lágrima.

Con efecto, la historia de la edad media ofrece ancho campo á la meditacion; y la vista de uno de esos monumentos, que nos revelan las costumbres de aquella época, despierta en nuestra alma recuerdos que hacen latir nuestro corazon con religioso entusiasmo. ¡Cuántas veces en aquellas murallas habrá resonado el grito de la guerra y ondeado el pendon de la victoria! ¡cuántas al pie de ellas el amartelado galan habrá pulsado el laud, y entonado los cánticos del amor!

El amor, la gloria: hé aquí las dos palabras en que se cifraba entonces el deber de un caballero. En aquel tiempo no se ocultaba el amor con el velo del misterio: el hombre veía en la muger una deidad, á la cual debia sacrificarlo todo, y este amor tan noble, este amor tan sublime era imposible que permaneciera oculto; así, al presentarse en las justas y en los torneos, cada cual publicaba en voz alta el nombre de su dama y se arrojaba á combatir por ella. A veces una flor, una banda de ésta, hacía que un guerrero arrostrara gustoso los mayores peligros. ¡Tal era el ardor de aquellos hombres!

Por mas que nos esforzáramos en dar á conocer el carácter de aquella sociedad galante y pundonorosa, nunca podríamos hacerlo con la concision y propiedad con que nos lo presenta el Sr. D. Antonio Gil de Zárate, en su justamente celebrado *Guzman el Bueno*. El diálogo entre Don Pedro y D.ª Sol es quizás el mas acabado retrato de ese carácter; así, no podemos menos de insertar aquí sus trozos mas notables. En el primer acto, al declarar su amor el hijo de Guzman á esta desgraciada princesa, le hace el siguiente bosquejo de sus ideas, comunes entonces en todos los caballeros, y al que ella contesta con no menor entusiasmo.

D. Pedro.

¿Qué le importa al justador
La noble liza hollar fiero?
¿Qué le ímporta su valor,
Ni del pecho en derredor
Un muro tener de acero?
Si allá en el alto balcon,
No hay un solo corazon
Que, atento á su noble empresa,
Con tierna palpitacion
Por su triunfo se interesa;
Si entre tantos ojos bellos
Ninguno afable le mira,
Y al contemplar sus destellos.
No puede beber en ellos
El ardor qne aliento inspira;
Si la impresion dulce, blanda,
Junto al pecho enamorado
No siente de flor ó banda,
Don del objeto adorado
Que amor y entusiasmo manda.
....
....
Decíd me ha de permitir
Que cuando la lid me llame
Su nombre adorado aclame,
Y ese nombre, al combatir,
De invencible ardor me inflame

D.ª Sol.

Sí, sí, don Pedro, alentad,
Sed su noble caballero,
Por ella á la lid marchad,

Esgrimid el fuerte acero
Y la victoria alcanzad.
Si á vuestros golpes zozobra
El poder de los infieles
Y España su honor recobra,
Al mirar vuestros laureles
Dirá ufana: esa es mi obra.
Y cuando el carro triunfal
Mire desde sus ventanas,
Premiando ese ardor marcial,
Hará su lecho nupcial
Con banderas musulmanas

Y en el acto tercero, al proponer á D. Pedro una accion que comprometia su honor, se entabla este otro diálogo.

D. Pedro.

Y ¿qué me importa el morir?
Con mi honor he de cumplir,
Y pues no os prefiero á vos,
Menos lo haré, vive Dios,
Con un mísero ecsistir.
Don Juan me ha juzgado mal
Si al poder de esa belleza
Piensa hacerme desleal:
Ni he de perder mi firmeza,
Ni ha de faltarme un puñal:
Que aunque es inmenso mi amor
Sabré dar á mi querida,
De mí mismo matador,
Mas bien que un traidor con vida
Un cadáver con honor.

D.ª Sol.

Y ella aunque débil muger
Así tambien te prefiere,
Firme cual tú sabrá ser,
Y si te ha de envilecer
Cadáver tambien te quiere.

Las bellas artes tampoco estaban olvidadas. Los egércitos tenian sus *Bardos ó Trovadores*, que los ecsitaban al combate, y mas tarde, al crugir de las armas, entre el estrépito de la pelea, la lira del dulce Garcilaso resonaba blanda y armoniosa, celebrando las delicias de la vida campestre, como la voz de un ángel entre el bramido de la tormenta.

Todavia nos queda un vestigio de aquella edad. ¿No habeis nunca observado en las altas horas de la noche, uno de esos hombres, llamados generalmente del vulgo, qne acompañado de su guitarra, canta al pie de una ventana? ¡Ah! otras veces tambien cantaba así un caballero á las rejas de su amada; pero hoy ¡cuan distintas canciones y cuan distintos afectos! A los tiernos y apasionados acentos del amor, han sucedido los ecos de la embriaguez y del desórden; al entusiasmo caballeresco, la voluptuosidad y el egoismo. A escepcion, pues, de algunos leves vestigios, como el que acabamos de manifestar, solo queda de aquellos gloriosos tiempos la tradiccion y un recuerdo en nuestros corazones.

F. J. F. de S.



EN LA SOLEDAD.

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á tí, dulce amor mio,
Cuando lleven al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?

A tí sin nombre para mí en la tierra,
¿Cómo te llamaré con aquel nombre
Tan claro que no pueda ningun hombre
Confundirlo al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de tí; que me lamento sola,
Del Gévora que pasa fujitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en esta peña
A que venga el que adora el alma mia:
¿Por qué no ha de venir si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancasrosas,
Y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿porqué de mi vista has de esconderte?
¿Por qué no has de venir si yo te llamo;
Porque quiero mirarte, quiero verte,
Y tengo que decirte que te amo?

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
Como vengas al pié de las encinas,
Si no hay mas que palomas campesinas,
Que están tambien con sus amores ciegas?

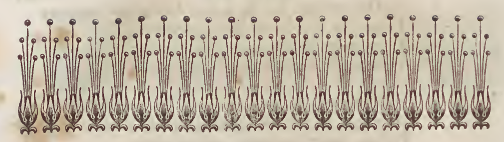
Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa:
Y si vienes con planta cautelosa,
No nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta,
Que si te logro ver de gozo muero;
Y aunque despues lo cuente al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta!!..

Sierra de la Jarilla.=Junio de 1849.

CAROLINA CORONADO.

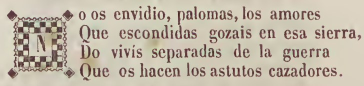




A las Palomas de la Sierra de la Jarilla.



Soneto.



No os envidio, palomas, los amores
Que escondidas gozais en esa sierra,
Do vivís separadas de la guerra
Que os hacen los astutos cazadores.

No os envidio el encanto de sus flores,
Que si flores hermosas ella encierra,
No serán cual las flores de esta tierra
En frescura, en aromas ni en colores.

Solo os envidio la sin par ventura
De escuchar de la tierna Carolina
Los cantos con que llama á la espesura

A ese dichoso ser que la fascina,
Cual llamara, al hallarle tan dormido,
La casta Diosa á su Endimion querido.

5 de Junio de 1849.

Manuel Rodriguez Diez.



EL AMOR DEL DESIERTO.

ORIENTAL.

Mora, mi mora, la nocturna brisa
Agita con su soplo las palmeras;
Mas pura que su aliento tu sonrisa
Me está diciendo que mi halago esperas.

Mora, la luna del Profeta amada
Argenta con su luz esta llanura;
La noche es hoy tranquila y sosegada,
Solo grita el *chacal* en cueva oscura.

Exenta de temores en sus tiendas
La tribu de Abdallá feliz dormita;
Al lado todos de sus caras prendas
Nadie, mi Zora, el porvenir medita.

Venturoso cual ellos, en tus ojos
Encuentro dulce premio á mis fatígas;
Manan hiblea miel tus labios rojos,
Y á idolatrarte con ardor me obligas.

Cuando en noble corcel de Arabia hijo
Empuño la gumía ó corvo alfanje,
Cuando al clamor de «guerra» me dirijo
A combatir impávida falanje;

Cuando flotan los blancos alquiceles
Al viento del desierto en la carrera,
Y de los tigres las pintadas pieles
Conquista son de nuestra audacia fiera;

Cuando el ardiente sol de nuestro cielo
Tuesta mi frente y mi semblante quema;
Cuando el seco *simoun* con ráudo vuelo
Nos envuelve feroz con furia estrema;

Entonces si suspiro, es porque adoro
La vida por amarte solamente:
El perderte, mi bien, es lo que lloro:
Mi ventura besar tu casta frente.

Ven á mis brazos, paloma
De puro y brillante albor,
Aquí el alhelí su aroma
Nos ofrece seductor,

Arabe errante, no puedo
De perlas y oro ceñir
Tus frescas sienes, ni ledo
En palacios sonreir.

No tengo joyas, ni esclavos
Que obedezcan á tu voz:
Tampoco corceles bravos
De raza fiera y veloz.

Ni alfombras, ni pebeteros,
Ni baños de ámbar y azahar,
Ni jardines hechiceros
Do las auras respirar.

Ni un harem con cien hermosas
Que te den grato solaz,
Celebrando cariñosas,
Los encantos de tu faz.

Ni otra espléndida riqueza
Que mi pobre corazon,
Débil premio á tu belleza;
Pero grande en su pasion.

En nuestra nómada tienda,
O en cabaña de abedul,
Darte puedo por ofrenda
Aves de plumaje azul.

Arena por otomana,
Yerbas de fragante olor,
Y de la palmera ufana
Dátiles de buen sabor.

Por esencia perfumada
Agua nos dá el manantial,
Que en llanura requemada
Hace correr su cristal.

Y si faltan alazanes
Que demuestren mi poder,
El-Kara brios galanes
Sabe ostentar por do quier.

Con caballo, con querida
Y con dulce libertad,
Aprecio yo mas mi vida
Que el califa de Bagdad.

Y con un seguro asilo
Y el amor de Mahomed,
Debes tu pecho tranquilo
Mostrar cual hija de Aled.

AMALIA FENOLLOSA.

Castellon de la Plana.–Abril de 1849.





A una joven, en la muerte de su madre.

SONETO.

Adios! Adios!.... Tu pecho moribundo
Al hijo de tu amor *adios* decía,
Y la muerte implacable repetía
Un ¡ay! que hiere con dolor profundo.

Triste la noche, el eco tremebundo
Del rayo y su fulgor apercibía,
Cuando entre sueños lúgubres veía
La que fué el todo para mi en el mundo.

Mi madre.....! El mundo para mí sin ella
Desierto de dolor, oscuro cielo,
Do acaso brilla funeraria estrella.

Ecsistencia infeliz; ya no hay consuelo:
Me arrancó el alma en su furor la suerte,
Descanso encontraré solo en la muerte.

Sevilla= 1847.

Fernando Escobar Castro.

A mi amigo Don F. J. Fernandez de Soto,

EN SUS DIAS.

Porque el alma de un triste que en el mundo
Ha perdido su dicha y sus amores,
Tan solo puede en su dolor profundo
Lágrimas ofrecer en vez de flores.
Don E. M. de *Escobar*.

Sacrosanta amistad: si pudiera
Trovas mil preludiar de amargura,
Si del pecho la acerba tristura
Fuera dado á mi lira espresar;
Canto triste mi voz entonara,
Remedando del viento el silvido,
Cuando brama con fuerte estampido
Y revuelve sus ondas el mar.

Mas yo, triste, que gimo lloroso
Y me anego en el mar del quebranto,
Solo, solo podré con el llanto
A tu plácida voz responder.
Solo sí, porque nunca gustara
Del amor el encanto divino,
Siendo amor del poeta el destino,
Nunca, nunca su néctar libé.

Así, mi caro amigo,
Recibe un triste lloro,
El único tesoro
Que yo puedo ofrecer.
Vive feliz en tanto
Que yo vivo afligido,
Y cuento en mis gemidos
Las horas que pasé.

Y ya que condenado
A eterno desconsuelo,
No encuentro en este suelo
La risa del amor;
Dígnate, si llegares
Al colmo de tu dicha,
Volver á mi desdicha
Los ojos del dolor.

Que yo, tríste, que al mar del quebranto
Me lanzara el destino crüel,
Solo, solo podré con el llanto
A tu grata amistad responder.

Miguel Hüe y Gutierrez.

Diciembre--de 1848.





VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

APIO CLAUDIO.

(Continuacion.)

Conducirémos á nuestras lectoras al salon que hemos pretendido darles á conocer en el capítulo precedente. Hallábase Virginia recostada en un sillon; y su cabeza, rodeada de abundantes y rizados bucles, se apoyaba dulcemente sobre su mano. La estremada palidez de su rostro, y la notable alteracion de sus facciones, denotaban los padecimientos físicos y morales que la afligian. Dos dias habian transcurrido desde la escena anteriormente descrita, y aquellas dos noches las habia pasado en un prolongado insomnio, interrumpido por frecuentes ensueños, de los que las ideas mas estravagantes y melancólicas eran los únicos recuerdos que le restaban, ideas que tomando cuerpo en su acalorada imaginacion, y presentándose á su vista bajo las formas mas fantásticas y terribles, la ator-

mentaban sin cesar agregándose ademas á esto, el conocimiento que tenia de las inícuas intenciones del Decemviro, como tambien de los medios de que se valía para realizar sus proyectos.... Sus ojos se fijaban distraidos en el suelo, y sus sentidos se abstraian de tal modo de todo lo que la rodeaba, que era insensible á cuanto pasaba en torno suyo.

A poca distancia se hallaba su nodriza Fulvia ocupada en una labor de su secso. Esta muger la amaba como á una hija. Encargada de su educacion desde su mas corta edad, pues Virginia había perdido á su madre cuando aún no podia darle este dulce nombre, conocia en su semblante los padecimientos de su corazon, y así sufria casi tanto como ella.

. . . .

Un esclavo vino á sacar á ambas de sus reflecsiones, y á anunciar á Virginia que un desconocido, que no habia querido revelar su nombre, la deseaba hablar para comunicarle noticias de su padre. No bien habia acabado de salir Servilio, que este era el nombre del esclavo, con la órden de que entrara el recienvenido, cuando la figura de un hombre, destacándose de entre las sombras, vino á aparecer en el dintel de la puerta. Virginia se dirigió hácia él, pero bien pronto retrocedió espantada, pues habiendo entrado éste en el círculo de la luz, pudo ya distinguir sus facciones...... ¡Apio Cladio! esclamó Virginia, y efectivamente era él. Tenía una mediana estatura, y en sus facciones. aunque regulares, se advertía un no sé qué de siniestro y amenazador, que alejaba de sí toda clase de simpatías.

—¡Apio Claudio! esclamaron las dos mugeres con una mezcla de terror y de sorpresa.

—Sí, el mismo soy;....... mas permitid que me retire, dijo dirigiéndose á Virginia, pues por el disgusto que se retrata en vuestro semblante, veo que mi presencia os desagrada.

Virginia y su nodriza permanecieron mudas; tanto las habia sobrecogido la llegada del Decemviro.

Apio continuó.—No sé en qué haya tenido la desgracia de inspiraros esa aversion; y ya que no me atreva á esperar que se borre tan pronto de vuestra alma, confío al menos que me escucharéis en gracia del asunto que me trae hoy á vuestra presencia: y en cuanto á lo primero, quizás el

tiempo os desengañará bien pronto, poniéndoos de manifiesto mi conducta, y os hará aprender tal vez á no juzgar á los hombres, solo por lo que se dice de ellos.—Y al acabar de decir estas palabras, se puso á considerar con atencion el efecto que en Virginia habian producido.

Esta hizo lo posible por reponerse; y con aquella presencia de ánimo que le era tan habitual, y que recobraba al instante aún en medio de su turbacion,—hablad—le dijo.

—Advertid, respondió Apio, que es de sumo interés lo que tengo que revelaros; y como este secreto no me es permitido descubrirlo sino á vos sola, deseara hablaros sin testigos.

—Mi nodriza está enterada de todo cuanto me concierne; no obstante..... Y Apio, creyendo adivinar el pensamiento de Virginia, señaló á Fulvia la puerta, con toda aquella altanería que le era característica; mas esta vez quedó completamente burlada, pues aquella indicó á su nodriza un asiento á la otra estremidad del salon, adonde fué á sentarse, sin dejar de dirigir al Decemviro una mirada de triunfo y desprecio, que éste aparentó no haber notado.

—Está bien allí. Ahora hablad, y séd breve.

Apio no pudo contener un movimiento de despecho y de cólera; mas reponiéndose pronto, tratò de ocultarlo bajo la máscara de la hipocresía.

—En primer lugar, dijo, os ruego, Virginia, que perdoneis mi atrevimiento, no solo por la hora en que me he presentado en vuestra casa, sino tambien por haberos engañado respecto al verdadero objeto de mi venida. No, Virginia; no vengo á hablaros de vuestro padre, vengo.... á poner mi suerte en vuestras manos....... Permitidme concluir; me habeis mandado hablar y os obedezco. Creo que me conoceis, al menos creo haber tenido la dicha de que alguna vez háyais oido hablar de mí.

—Sí, interrumpió Virginia con una ligera sonrisa llena de amargura é ironía.

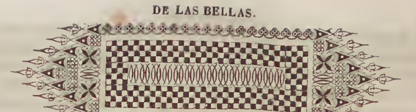
—Entónces sabréis que me he dedicado desde mi juventud al servicio de la patria. Su felicidad, la gloria y los combates; hé aquí lo que me ha ocupado esclusivamente desde mis primeros años, sin haber dado cabida en mi corazon á otros sentimientos, á otras pasiones. Yo creia que en la edad á que he llegado, sería ya mi alma insensible á los encantos del amor;

y con razon lo creia á no haber encontrado una deidad que me lo hubiera sabido inspirar. Pues bien, Virginia, esa celestial criatura........ Y al llegar aquí fingió titubear, fingió temer pronunciar el nombre del ser que adoraba; lo mismo que se titubea cuando se posee un corazon puro, inocente, y lleno de las hermosas ilusiones que embellecen la juventud; lo mismo que se teme, cuando al amar por la vez primera, no nos atrevemos á declarar al ser que idolatramos la viva pasion que inflama nuestro pecho..... Y esta deidad, continuó, sois vos, Virginia..... No os levanteis: pronto concluyo. Cuando os ví en el Foro, no pude menos de admirar las gracias con que la naturaleza os dotára, y aun mucho tiempo despues que os marcharais, me figuraba veros en el mismo sitio. Yo creía distinguir vuestro vestido blanco y vuestro celestial semblante, y á nadie más veía de cuantos allí estaban..... Desde entonces llevo siempre grabada vuestra imágen en mi corazon; pero esto era poco, bien lo sabeis, Virginia, si es que habeis amado alguna vez,.... no he podido resistir por mas tiempo al deseo de hablaros, y de arrojarme á vuestros pies, poniendo á vuestra disposicion mis riquezas, mi poder y aún mi misma vida.....

(Se continuará).

J. M. Herrera.





EL AMOR.

Artículo 3.º

Continuacion y fin.

Uno de los requisitos mas esenciales en el matrimonio, el principal de ellos, el que basta para constituir la union entre los contrayentes, es el consentimiento, que debe ser la espresion libre de la voluntad del que lo otorga, y que debe respetarse ante todo. ¿Que ley podría nunca autorizar que los matrimonios se arreglasen al capricho de un tercero? ¿Que religion podría consentirlo? Infelices los hombres, infeliz ciertamente la sociedad, si en ese sublime acto, en el que el hombre elije una compañera y la muger un amigo y defensor, y en el que se crean una nueva familia y unos nuevos intereses, no se dejase hablar al amor y á la naturaleza. Pero ¡ah! tambien el hombre ha llegado hasta este estremo; tambien el matrimonio ha sido un campo abierto á la ambicion, á la política y á los mezquinos intereses y viles intrigas de la corrupcion; tambien el despotismo de algunos padres ha que-

rido poner una valla inespugnable á los sentimientos del corazon.

Antiguamente, cuando la nobleza estaba en su apogeo, y cuando no se atendian á los méritos personales, sino á los blasones de las familias, se sacrificaba bárbaramente la felicidad de muchos jóvenes por añadir á aquellos un nuevo timbre, ó ponerles encima una corona ducal. Ahora, que de la antigua nobleza quedan solamente algunos restos, y que la aristocracia de la descendencia ha sido sustituida por la del dinero, ¡cuántos padres, desconociendo sus deberes y dejándose llevar por un absurdo y mal comprendido amor paternal, roban á sus hijos la felicidad de que les son deudores, por lograr un falso interes, nunca comparable con la tranquilidad doméstica!

Si, bellas lectoras, muchos padres han creido que á ellos y á nadie mas que á ellos, toca disponer de la mano de sus hijas, y que éstas no deben hacer otra cosa mas que callar y admitir por esposo al que, crueles y olvidados de su juventud, les presenten. Ellos no conocen otros sentimientos fuera de los que en la actualidad esperimentan, y confunden la felicidad con el interes. «Vivir al lado de un hombre que pueda mantener á su muger con decencia:» he aquí, segun ellos, el estado á que debe aspirar una jóven; y no conocen que esto es solamente una parte de lo que deben desear, y una cosa secundaria: lo principal es encontrar un hombre virtuoso, un hombre que sepa amar y que sea del agrado de su hija. Si despues de hallado, este hombre puede ofrecer á su esposa un porvenir de comodidad, y no de miseria, tanto mejor; las dos cosas son apetecibles, se deben buscar, si se quiere, igualmente; pero nunca sacrificar la primera á la última. «Con virtudes no se come» dicen, ¿y por ventura es en el mundo el único destino del hombre el comer? ¡bello destino sería por cierto! no; el hombre ha nacido para llenar un fin mas elevado; ha nacido para ser virtuoso y feliz: el manjar mas esquisito no nos daria jamas la felicidad á que somos llamados, y de que un hombre virtuoso goza, aun cuando su frugal mesa baste solo para reparar sus fuerzas; es pues absurdo ese sistema que quiere reducir al hombre á un ser que se alimenta y nada mas: es enteramente erróneo; y sus consecuencias, á saber: la corrupcion, las disenciones domésticas y el desacato de la autoridad paternal, vienen á demostrarlo suficientemente.

Padres, vosotros que aunque obreis mal, no es las mas veces con intencion de obrar de este modo, abrid los ojos y vereis el triste cuadro que vuestros errores, no vuestra mala fé, han producido; vereis el estado infeliz de vuestro hijos, condenados á un martirio tan largo como su misma vida, por estar enlazados con personas que no son dignas de su amor; y si, como es de suponer, os interesais vivamente por ellos, procurad que semejantes abusos no se repitan, ilustrad su razon, dadles á conocer el verdadero mérito de una persona, haced que se aficionen á la virtud, y hecho esto, dejadlos en entera libertad para la eleccion, qne si han recibido una buena educacion, en este caso, mas que en ninguno otro sabran aprovecharse de ella.

Y vosotras, jóvenes, no os dejeis deslumbrar por las apariencias, antes que vuestro corazon, fijad vuestras miradas en un hombre; estudiadle, conocedle. No os admire el refulgente brillo, ni la engañosa máscara con que se os presente cubierto, que no son mas que el oropel con que se trata de ocultar un falso metal. Considerad que de hacer una buena ó mala eleccion, pende la suerte de toda vuestra vida, y ved cuan triste deberá ser el vivir constantemente al lado de una persona que sea bajo todos conceptos aborrecible: por el contrario cuando siguiendo nuestros consejos no entregueis ni vuestra mano ni vuestro corazon, sino al hombre que considereis digno de ser vuestro esposo, y capaz de labrar vuestra dicha; cuando reconozcais en vuestro elegido todas las dotes de la virtud unidas al fuego de un verdadero amor, entonces vivireis tranquilas en el hogar doméstico, respetadas por la sociedad y amadas por vuestros maridos.

Mas no es esto todo lo que debeis hacer para vuestra felicidad; no bastará que hagais una buena eleccion de esposo, si no sabeis ú olvidais poner en práctica los deberes, que como compañera de él y como madre, debeis cumplir Tened siempre presente que el dia en que ceñisteis á vuestra frente la corona nupcial, os obligasteis á ser, mas que nunca, prudentes y recatadas, tolerantes y amables. No porque os halleis en otro estado os creais ya seguras del amor de vuestros maridos; confiad en ellos; si, pero no dejeis nunca de emplear todos los medios posibles para agradarles, pues este será el modo me-

jor de perpetuar en sus corazones vuestra influencia. En cuanto á vuestros hijos, en otra ocasion tendremos lugar de esponer vuestros deberes; ahora solo diremos que la naturaleza ha confiado á vosotras su desarrollo físico y su educacion, y que debeis no dejar burlada su confianza.

¡Grande sería nuestro placer si nuestras débiles voces halláran un eco en vuestras almas! Si animadas del santo entusiasmo de la virtud y del amor, entrárais en la senda que hemos empezado toscamente á trazar, y todas coadyuvárais con esmero á moralizar al género humano: nos tendríamos por los mas dichosos de la tierra. ¡Tal es el amor qne á la humanidad profesamos!

M. H. y G.

CRÓNICA DE ESPAÑA.

EL CERCO DE ZAMORA.

I.



uando el rey Don Fernando de Castilla, llamado el Emperador, acometido de una grave enfermedad, vió acercarse los últimos momentos de su vida, llamó á sus hijos Sancho, Alfonso y Garcia, y á sus hijas Urraca y Elvira. Despues de haberlos abrazado tiernamente, repartió entre ellos sus estados, dando á Sancho el reino de Castilla, á Alfonso los de Leon y Asturias, á García las provincias septentrionales

de Portugal, á Urraca la ciudad de Zamora y á Elvira la de Toro.

Muerto Don Fernando, cada uno de ellos tomó posesion del legado de su padre, y bien pronto enjugaron las lágrimas que por su muerte habian derramado. La ambicion se hizo dueña absoluta de sus corazones, anhelando arrebatarse la corona unos á otros, á costa de la sangre de sus vasallos.

Sancho, el mas ambicioso y esforzado, arrebató á su hermano Alfonso los reinos de Leon y Asturias; y no satisfecho aún, puso cerco á la ciudad de Zamora, legado de su hermana Doña Urraca.

Sancho, cegado por la gloria que hasta allí habia alcanzado, no había conocido que todas sus victorias eran debidas al valor de aquel guerrero cuyas hazañas han inmortalizado muchos de nuestros poetas en sus romances : á aquel Rodrigo Diaz de Vivar, á quien sus mismos adversarios apellidaron el Cid. (1)

El Cid, que había amado en su juventud á Doña Urraca, se negó á tomar parte en esta campaña, consagrando de esta manera un galante recuerdo á su pasado amor.

Enviado por don Sancho á la ciudad de Zamora para intimar su rendicion, en vano trató de persuadir á la desventurada reyna á qne se despojase de una corona que tan legítimamente habia adquirido. Los zamoranos, á cuyo frente se hallaba el noble Arias Gonzalo, juraron á Doña Urraca defender la ciudad, siempre que el Cid reiterase su palabra de permanecer neutral en esa lucha. El Cid reiteró esta palabra, y volviendo á los reales de Don Sancho, le espuso cuanto habia acontecido.

Largo tiempo la ciudad pudo resistir á aquel numeroso ejército que la asediaba; y hubiera resistido mucho mas, si un traidor , llamado Vellido Dolfos , no hubiese dado fin á esta guerra fratricida con la mas vil y cobarde accion.

Llegóse al palacio de Doña Urraca, y habiendo sido recibido por ésta con aquella amabilidad con que acostumbraba recibir á sus vasallos, la dijo de esta manera: «Señora: siempre os he amado ardientemente; pero la inmensa distancia que nos separa, me ha hecho ocultar hasta ahora en el fondo de

(1) *En lengua árabe, significa Señor.*

mi corazon un afecto que solo podrá estinguirse con la muerte. Hoy, que sitiada por vuestro hermano, vais á perder la corona que brilla en vuestras sienes, me atrevo à declararos esa pasion, porque ella me ha inspirado un medio con el cual podré desvanecer todos los peligros que os rodean. En este mismo momento me dirijo á los reales de Don Sancho para realizar mis deseos. Voy á partir; pero antes de alejarme de vos, quisiera llevar una seguridad de vuestro agradecimiento, pues ella me daría valor para la hazaña que voy á emprender.»

Como Doña Urraca juzgase del corazon de Vellido por su corazon, no titubeó en anticiparle su agradecimiento.

Vellido besó respetuosamente la mano de su soberana, y se alejó precipitadamente de su presencia.

II.

Rodeado de los mas distinguidos capitanes de su ejército se hallaba Don Sancho en su tienda de campaña, deliberando sobre la toma de Zamora, cuando un gran tumulto de voces y de lamentos se dejó oir en aquella tienda real, que el temerario monarca habia trocado en su ambicion por un palacio.

Un hombre, en cuyo semblante se hallaba retratado el crimen, y cuyos ojos reflejaban la agitacion de su alma, fué conducido á la presencia del Rey en medio de una turba de soldados.—¿Quién es ese hombre? esclamó Don Sancho.—Yo, Señor, replicó Vellido, soy un desgraciado que vengo á refugiarme á vuestros reales. Vuestros soldados me han creido un enemigo, y yo estoy dispuesto á mostraros todo lo contrario.

«En vano he tratado de disuadir á Doña Urraca y á Arias Gonzalo, de la loca temeridad de defender á Zamora de un ejército tan aguerrido y numeroso como el vuestro. La Reina no me ha querido escuchar, y el demente Arias Gonzalo me ha amenazado con la muerte. Dispuesto á vengar este agravio, hoy mismo he de entregaros á Zamora.

«Hay un sitio que nadie mas que yo conoce, por el cual

podréis entrar en la plaza, y haceros dueño de ella sin derramar una sola gota de sangre.»

Don Sancho creyó en las palabras de Vellido, y en su compañia pasó á reconocerlo.

Cuando el Rey estaba mas distraido, Vellido le arrojó su venablo, hiriéndole mortalmente.

Allí cayó luego el rey
Muy mortalmente llagado;
Vióle caer Don Rodrigo
Que de Vivar es llamado,
Y como le vió ferido,
Cabalgara en su caballo:
Con la priesa que tenia
Espuelas no se ha calzado,
Huyendo iba el traidor,
Tras él iba el castellano;
Si apriesa habia salido,
A mayor se habia entrado.
Rodrigo, que ya llegaba,
Y el Dolfos que estaba en salvo,
Maldiciones que se echaba
El nieto de Lain Calvo:
—Maldito sea el caballero
Que como yo ha cabalgado,
Que si yo espuelas trajera
No se me fuera el malvado. (1)

Don Sancho espiró á los pocos momentos, y nadie pudo averiguar el paradero de Dolfos.

Si á todo historiador le está permitido juzgar los sucesos que narra, y ecsijido presentarlos á los ojos de sus lectores sin el velo del misterio, yo, si me fuera dado colocarme en el puesto de esos historiadores, al narrar la muerte de Don Sancho y la desaparicion de su asesino, juzgaria la primera como un justo castigo debido á su ambicion; y la desaparicion del segundo, como la de esos histriones al concluir en las

(1) *Romancero del Cid.*

farsas sus papeles. Dolfos nació para castigar aquel crímen, y habiendo llenado su mision sobre la tierra, nada le restaba que hacer en ella, y debia volver al seno de la nada.

III.

Muerto Don Sancho, los castellanos tomaron á su cargo vengarle. Diego Ordoñez, de la casa de Lara, montado en un brioso alazan, se presentó delante de los muros de Zamora, y arrojando su guante, retó de esta manera á los zamoranos: «Traidores, vosotros habeis pagado á Vellido para que diese muerte á Don Sancho, y yo vengo á tomaros cuenta de vuestra cobarde traicion. Salgan cinco de vosotros, y yo mediré mis armas con las suyas como lo ordenan las reglas de caballeria.»

=«Yo os juro, replicó Arias Gonzalo, que no hemos tenido parte alguna en esa traicion de que nos acusas: pero solo en creernos culpados nos haces tan gran ofensa, que es necesario que yo mismo, levantando ese guante que has arrojado, te enseñe á no dejarte llevar de necios presentimientos, calumniando tan torpe y villanamente á los que jamas han empañado con acciones bastardas el lustre de su nobleza.

«Tan luego como Doña Urraca me otorgue su permiso, yo mismo saldré á vengar tamaña injuria. Mis cabellos están blancos como la nieve, pero mi corazon es de fuego. Mi pulso está tembloroso, pero mi razon no ha caducado con los años. y bien puedo combatir con vos....... y aún venceros.»

IV.

En vano suplicaba Arias Gonzalo á Doña Urraca para que le dejase combatir con Diego Ordoñez.—«Sois muy anciano, le decia ésta, y sois mi único amigo y mi único consejero. ¿Qué sería de mí, si la fortuna os fuera adversa en ese combate, y la muerte me arrebatara el solo apoyo que tengo sobre la tierra?»

Arias Gonzalo, vertiendo copiosas lágrimas, llamó á sus hijos, para que ellos fuesen los designados á vengar la calumnia de Diego Ordoñez. La reina aceptó gustosa esta oferta, y á la mañana siguiente, apenas el sol brillaba en el horizonte, el mayor de ellos, llamado Pedro Arias, salía á medir sus armas con las del castellano. Ciego de cólera acometió á su adversario, descargando sobre él fieros y numerosos golpes con destreza; y cuando ya la mano del jóven estaba cansada de esgrimir el acero, é inútil para rechazarlo, acometióle Ordoñez con toda su pujanza, derribándole al suelo de un golpe mortal.

Todos los ojos se fijaron en el rostro del desgraciado padre, para encontrar en él las señales del dolor. Arias Gonzalo permaneció impasible, y llamando al segundo de sus hijos llamado Diego, le señaló el puesto de su difunto hermano.

Corrió el jóven ansioso de vengar su muerte; pero despues de haber dado varios golpes en vago, vino á caer sobre su cadáver, vertiendo un mar de sangre.

El castellano gozoso de su triunfo, se aprocsimó al torreon donde estaba Arias Gonzalo, y con una risa infernal le dijo, mostrándole los cuerpos inanimados de sus dos hijos: «*Enviame el tercero.*»

Todos volvieron á mirar al infeliz anciano; pero, como la vez primera, nada hallaron que revelase los terribles padecimientos de su alma,

El mas pequeño de sus hijos, llamado Rodrigo, salió al palenque sin que le acobardase la suerte que habia cabido á sus hermanos. Herido mortalmente quiso descargar un golpe sobre la cabeza de Diego Ordoñez; pero éste, ágil como nunca, revolvió el caballo, y el golpe destinado á la suya hirió la del brioso alazan. Al sentirse herido arrojó á su jinete, y un rayo de alegria y de esperanza brilló en los ojos del padre y del hijo. Ordoñez, todo cubierto de polvo, se levantó con presteza para continuar á pié el duelo en que tan favorable le habia sido la fortuna. Los jueces se opusieron á ello, y

Ansí quedó esta batalla,
Sin quedar averiguado

Cuales son los vencedores,
Los de Zamora ó del campo. (1)

Doña Urraca envió mensages á su hermano Alfonso, á quien pertenecia legítimamente la corona por muerte de Don Sancho, habiéndole ecsigido anticipadamente en Santa Gadea el Cid Campeador un solemne juramento de no haber tenido parte alguna en la traicion de Vellido Dolfos.

MANUEL RODRIGUEZ DIEZ.

Á DIOS,

PLEGARIA.

¡Cuánto, mi Dios piadoso,
El incrédulo audaz, que al alto nombre
De sabio aspira, anhela sedicioso
Borrar presuntuoso
Tu santa fé del corazon del hombre!

Mas lo pretende en vano,
Que no puede su audaz filosofía
Fiera arrancar con destructora mano
Del corazon humano
La santa inspiracion que á tí le guia.

(1) *Romancero del Cid.*

Mísero aquel que intenta
Su voz alzar contra tu voz, Dios mio!
Sus palabras se tornan en su afrenta,
Y mas alto se ostenta,
Soberano Hacedor, tu poderío.

Dichoso el que del suelo
Tiene su pensamiento desprendido,
Y fija sus miradas en el cielo,
Y halla dulce consuelo
En repetir tu nombre bendecido.

Tú inspiras dulce aliento
Al corazon del justo, Padre mio,
Y gravas ¡ay! para eternal tormento,
Feroz remordimiento
En el marmóreo pecho del impío.

El alma entristecida
Invoque tu piedad, Dios sacrosanto:
En tí hallará su calma apetecida,
¡Ay! porque en esta vida
Tú solo enjugas nuestro acerbo llanto.

Tú eres luz refulgente
En tenebroso y áspero camino;
Tú eres la dulce, cristalina fuente,
Donde su sed ardiente
Mitiga el fatigado peregrino.

Necio y desventurado
El qne bienes del mundo solo anhela,
Y de tus santas leyes olvidado,
Huye desconfiado
Del bien que ansiosa el alma le revela.

¡Miserable!........sosiego
Su triste corazon buscará en vano;
Jamas el mundo atenderá su ruego,

Y vacilante y ciego,
Del tedio sentirá la yerta mano

Mi débil ecsistencia
No acibaren, Señor, sueños impíos.
Quiero firme seguir en tu creencia:........
Santo Dios de clemencia,
Suban á tí los pensamientos mios.

Huérfana desdichada,
En tí mi corazon halle consuelo,
Por tí de mis pesares olvidada,
Suspire entusiasmada,
Y en tu esperanza me remonte al cielo.

Siempre humilde bendiga
Mi corazon tu voluntad piadosa;
Y oyendo el eco de tu voz amiga,
Firme y constante siga
De la virtud la senda venturosa.

Antonia Diaz Fernandez.

Sevilla 17 de Julio 1849.





SECRETOS DEL CORAZON.

Á LAURA.

Es el mejor de cuantos dones puede
Dar de poeta el venturoso nombre
Ese poder que el genio nos concede
De adivinar el corazon del hombre.
Quiero que el jenio con su luz me encienda,
No por lucir mi cántico aplaudido,
Si porque el alma en su estension comprenda
Los altos genios que en el mundo han sido.
Mas ¡ay! en tanto que la mente mia
Sus grandes obras con afan repasa,
Nace del fondo de su tumba fria
Un pensamiento que mi mente abrasa.
¿Qué sirven hoy á su dormir profundo
Sus obras y magníficos destellos?
Agora y siempre las disfruta el mundo;
Solo un instante las gozaron ellos.

¡Oh! ¡comprender con ánimo altanero
Cuanto la entera humanidad concibe;
Interesarme por el mundo entero,
Y no vivir lo que mi mundo vive!
Cuando la muerte de ecsistir me priva,
¿Qué es para mí cuanto en el mundo creo?
Quiero vivir: el que mi canto viva
Llenar no puede mi tenaz deseo.
Acaso mi nacion entusiasmada
Celebrará mañana el canto mio;
É irán sus himnos á mi tumba helada,
Sin conmover á mi cadáver frio.
A un cuerpo eterno trasladar quisiera
Mi espíritu violento enardecido,
Dó sepa el bien que al universo espera,
Dó siempre viva con el hombre unido.

. . . .

. . . .

Perdona, Laura: decifrar quería
Del alma virgen el amante anhelo;
Ardióse á mi pesar la fantasía
Y yo no pude contener su vuelo.
Ese tropel de imágenes que espanta
Allá muy lejos de mi mente ecsiste;
Del cielo ó del infierno se levanta,
Y del orgullo y la impiedad se viste.
Siento en el alma su impresion de fuego,
Y orgulloso y frenético deliro
En mí se fija, me trastorna, y luego
De mí alejarse en confusion le miro.
¿De dónde viene? dónde vá? ¿qué dice?
Quizás la muerte responder pudiera,
La muerte y nadie mas; ¡ay infelice
Del que en el mundo penetrarlo quiera!
El genio estraviado es un delirio
Que la virtud y el corazon destroza;
La multitud no sufre ese martirio,
Por eso el genio en destrozarse goza.
Mas estos cantos de mi ardiente lira

Al tierno corazon no se dirigen:
El huracan que al trovador inspira
Hace temblar á la inocente virgen.

X.

Penetra el vate, cuyo aucsilio imploras,
El corazon, sus penas y placeres;
Tú no sabes la causa, pero lloras:
Oye mi voz, si adivinarla quieres.

Llega la tarde, y las mansion serena
Inspira al alma celestial dulzura;
La brisa errante que en el bosqne suena
Una oracion al parecer murmura.
La voz del cielo en los espacios vaga
Y enciende el alma en celestial anhelo;
Ardor sublime que despues se apaga;
Mas siempre deja adivinar el cielo.
Tu corazon entónces sublimado
En sentirse á sí mismo se recrea:
Mas no hay un ser que amante y á tu lado
Impulso noble de tu mente sea.
Y allí tú sola, sin el ser querido
Que reciba tu santo pensamiento,
Lloras al fin, y miras convertido
En triste afan tu dulce sentimiento,
Que anhelan por vivír en otra mente
Los pensamientos que la tarde inspira,
Y entónces es tu lágrima doliente
Tu pensamiento que al morir suspira.

Llega la noche y vierte protectora
En el mundo los sueños de ventura:
La tierna voz del corazon que adora

Habla de amores en la sombra oscura
La blanca luna en los espacios luce,
Suena un murmullo misterioso y blando,
Leve rumor que sin cesar produce
La dormida natura respirando.
Lloras, y muestra el llanto lastimero
Que por instinto el alma ha conocido
Ay! cuánto pierdes con tener perdido
Allí el amor del corazon sincero,

Llega el otoño con su manto frio:
Pierden los campos su beldad amena:
Callan los ecos en el bosque umbrío
Ábrego triste suspirando suena.
No hay una flor que en la estacion impía
Marchita y sin colores no sucumba;
Solo el ciprés de forma no varía
Porque ha nacido para ornar la tumba.
Y lloras ¿es verdad? sí estás amando,
Porque tu amor espirará mañana:
Si nunca amaste, porque vá espirando
En triste afan tu juventud lozana:
Mas nó, jamás; mi corazon delira
Con mezquinas pasiones de la tierra;
El llanto que el otoño nos inspira
Razon mas santa misterioso encierra.
El sol al manto de la niebla cede,
Dormir parece la natura entera,
Y llora el alma, que dormir no puede,
Vivir ansiando en la celeste esfera.

Así el amor con impresion serena
El alma pura al despertar combate;
Oye y sabrás cómo su voz resuena
En el ardiente corazon del vate.

II.

Cambian del vate la ecsistencia yerta
Mil impresiones que su mente inflaman
Y gritan luego al corazon: «despierta,
Cielos y mundos á la vez te llaman»
Despues sus ojos con mirada incierta
Ansiosos por el mundo se derraman:
El mar, el sol, el huracan, el río........
¡Gloria al Creador, el universo es mio!

Llega la noche y el feudal palacio
La blanca luna con su luz platea
Y en la estension del misterioso espacio
El regio manto del Eterno ondea:
El manto azul bordado de topacio
Magnífico á sus ojos centellea,
Y dominando el universo entero,
Se alza la virgen del amor primero.

Imágen bella de la edad florida,
Entre albas nubes de jazmin y grana
Su cabeza levanta circuida
De la cándida luz de la mañana:
Corona de laurel apetecida
En una mano nos demuestra ufana,
La otra mano incitando á la victoria
Nos muestra el campo de la eterna gloria.

Muger que el cielo á nuestra vista lanza,
Y el alma corre tras su imágen pura;
Y corre, y en la tierra no la alcanza
Porque se pierde en la celeste altura:
Y aunque el nacer es solo una esperanza
Y despues un recuerdo de dulzura,
Siempre su amor qne nuestro pecho ansía
Nos une al mundo y al Creador nos guía.

XII.

Amor! eterno y sin igual torrente
Que junta al alma con el alma pura,
Para formar un alma solamente
Mas capaz del placer y la ventura.
Grande es sin duda el corazon humano,
Mucho alcanza su espíritu altanero;
Pero pretende su arrogancia en vano
Tener amor al universo entero:
Y para amar á la anchurosa tierra
Y amar al Dios que los espacios dora
A Dios y al mundo en la muger encierra,
Y á Dios y al mundo en la muger adora.
Amor, tú eres la vida: nos lanzamos
A otras pasiones con ardor profundo,
Porque hacer un juguete deseamos
De nuestro amor al universo mundo.
Qué es la ciencia ? decid : círculo estenso
Dó lucha el hombre en incesante guerra;
Como ese mar alborado, inmenso,
Brama en la cárcel dó el Creador le encierra.
Lucha sin fin, que nos demuestra ufana
Todo el poder del cetro soberano,
Y luego muestra la miseria humana
Al intentarla penetrar en vano.
Símbolo del Creador y de su hechura,
Sigo tu luz y te idolatro ciego;
Pero es el corazon nuestra ventura
Y no penetra al corazon tu fuego.

Qué es la ambicion? El ansiedad tirana
De mil fantasmas de arrogante nombre;
Ornatos con que el hombre se engalana
Para encubrir su mezquindad al hombre.
Y cuando sola al vértigo se lanza

Y del amor impulso no recibe,
Corre, y jamas al conseguirlo alcanza
El goce que antes en su afan concibe,
Que está la dicha en la mansion serena
Donde gozamos apacible calma,
Y allí la voz de la ambicion resuena,
Y allí su voz nos desconcierta el alma.

Qué es la gloria? Pasion sublime y santa.
Templo de luz, brillante mauseolo,
Dó pone el genio con afan su planta
Para medirse con el mundo él solo.
Salud, oh gloria! Por gozar suspiro
Tu ardiente luz que al universo ciega;
Mas la dicha se encuentra en el retiro
Y allí la luz de tu fanal no llega.
Concibo bien que en soledad austera
Puedo llorar con tu corona de oro;
Mas no concibo que llorar pudiera
Con el amor de la muger que adoro.
. . . .
. . . .
Vírgen de paz que miro en lontananza
Brindando amor que mi ecsistir recrea,
Como mira la mente su esperanza
Allá en el cielo que gozar desea:
Pasiones sin tu mágica ilusoria
Para estinguirse su fervor moderan;
Mi fé, mi ciencia, mi ambicion, mi gloria,
Tu dulce voz para vivir esperan.
Tú eres la vida y mi vivir te imploro;
Ven y amarás al trovador sentido.....
¡Ay desgraciado, si despues no adoro!
!Ay desgraciado, si despues te olvido.

Julio de 1849. ADELARDO AYALA.

La señorita que honra nuestras páginas con sus artículos de modas, no habiendo recibido, sin saber la causa, los periódicos de París correspondientes al mes de Julio, nos ha remitido, en lugar de su artículo, la siguiente

Anécdota italiana.

Cuando el rio Adigio recibe las nieves derretidas de los Alpes de Suíza, inunda las campiñas y los pueblos situados en sus márgenes, y arrastra en su curso impetuoso cuanto se opone á su carrera. En una de estas inundaciones destrozó el puente de Verona, cuyos arcos fueron totalmente destruidos. Solo el del medio, sobre el cual habia una casita habitada por una desdichada familia, resistió por algun tiempo más al ímpetu del torrente. Sobre él se veian dos ó tres niños abrazados de su madre, que daba gritos de desesperacion; y una jóven como de diez y seis años orando con su anciano padre:.... aquellos infelices sentian ya hundirse el arco bajo sus pies. Entre tanto el conde de Espolverini ofrecía un premio de cien luises al que los salvara; y, aunque el concurso del pueblo era numeroso, nadie se atrevia á acometer tal empresa. De repente un jóven corre veloz á la orilla, entra en una lancha, y, á riesgo de ser arrastrado por la corriente, llega animoso hasta la mitad del rio. El arco empezaba á estremecerse; podría desplomarse y sepultarlo bajo su mole, pero nada le arredra. Recibe en la lancha á todos aquellos desdichados, y voga con todas sus fuerzas hasta llegar á la orilla: todos se salvaron. Espolverini quiso darle los cien luises; mas «yo no vendo mi vida, le dijo nuestro héroe: mi trabajo me basta para comer. Dad ese dinero á esta pobre jente;» y al decir esto reparó en la jóven de que hemos hablado...... Despues de poco tiempo, la mano de esa jóven, y una dote dada por el Conde, fueron la recompensa de su generosidad.

***







LA ESPERANZA.

III.

Hemos considerado la esperanza, aunque con la mayor rapidez, en su principio y desarrollo; solo, pues, nos resta hacerlo en su realizacion.

Muy bien se puede concebir que las ilusiones y las esperanzas que halagan la imaginacion cuando el corazon desea y necesita amar á un individuo de otro secso, lleguen á realizarse, si nó de un modo idéntico á como ellas habian sido, á lo menos sin otras diferencias que las que pueden resultar de circunstancias accesorias y accidentales. La razon de esto ya la hemos enunciado en nuestros artículos anteriores. Solo para amar ha

nacido el hombre, y por consiguiente es necesario que tenga medios y encuentre objetos apropósito para el ejercicio de esta facultad; y si muchas veces no tiene esos medios ni encuentra esos objetos, ya lo hemos dicho, la sociedad, la humanidad misma debe culparse. Pero no se crea (y digámoslo de paso) que al decir que solo para amar hemos nacido, circunscribimos el amor al que ecsiste entre el hombre y la muger, esto es, al conyugal; pues al espresarnos de ese modo, tomamos la palabra amor en una acepcion mucho mas lata, comprehendiendo en ella el amor á la divinidad, á la humanidad, el paternal, el filial, &c.

Supongamos, pues, que dos jóvenes de distinto secso llegan á realizar todas sus ilusiones, tal cual ellas habian sido: supongamos que llegan á realizar no solo sus deseos y sus esperanzas con respecto al amor, sino todas cuantas hubiesen concebido natural y razonablemente en cualquiera otra materia; ¿serían estos dos jóvenes *completamente* felices?.... seguramente no. Podría contestarse afirmativamente si consideráramos la felicidad de una manera relativa á la que por lo general gozan los hombres en el estado de ignorancia y corrupcion en que todavía se encuentran; pero nosotros hablamos de un modo absoluto, nosotros consideramos la felicidad tal cual el alma la desea. Hecha esta distincion, vamos á probar nuestro aserto.

Es natural en el hombre, es un sentimiento innato del alma, el concebir y desear en todo la mayor perfeccion posible. En virtud de este sentimiento, que como tal es una necesidad moral, nosotros concebimos que puede ser mayor y mas duradera la felicidad de que gozamos: deseamos una felicidad que no deje en nosotros ningun vacío, una felicidad que llene completamente nuestra alma, y para la cual, en el hecho de concebirla y desearla, indudablemente somos destinados; pues aunque dijimos tambien que hemos nacido para amar, téngase presente que virtud, amor y felicidad espresan ideas relativas, por no decir que son palabras sinónimas.

Por muy felices que seamos, por grandes que sean nuestros goces, el alma concibe que éstos pueden ser mayores, y por lo mismo los desea; y por otra parte, esa felicidad, grande sin duda, de que nos es dado gozar en nuestra vida, puede ser interrumpida de muchos modos, y por último ha de

concluirse con la muerte. Si pues aunque todas nuestras esperanzas, necesidades y deseos se satisfagan, ése de que hemos hablado no se puede satisfacer; si cuando mas enagenados estamos con nuestra felicidad, una causa cualquiera puede arrebatárnosla; si aunque toda nuestra vida fuéramos dichosos, ha de venir la muerte á hundirnos con esa dicha en el sepulcro, ¿cómo hemos de poder llegar á ser en la tierra completamente felices?... Lo creemos imposible.

Sin embargo, el sentimiento, el deseo de la felicidad, y de una felicidad completa, lo esperimenta el alma de todos los hombres: y del mismo modo esperimenta el de la no interrumpida duracion de esa felicidad, ambos sentimientos, ambos deseos naturales, innatos. Pues ahora bien: ¿puede concebirse que el omnipotente, el piadoso, el amante Padre de los hombres hiciera á éstos el funesto presente de un sentimiento, un deseo, una necesidad que no pudiera ser satisfecha en la tierra, sin que en otra parte le reservara su satisfaccion? ¿Puede concebirse que ese Padre tan bueno y tan justo fuera al mismo tiempo tan cruel y tan bárbaro que se gozara en los dolores de sus hijos, haciéndoles entrever, y por consiguiente desear una felicidad de que no habian de gozar nunca? ¿Puede concebirse por último que ese Ser, en su infinita prevision, despues de haber atendido á todas las relaciones y necesidades físicas de cuantos seres ecsisten en el universo, se olvidara en el mundo moral de una de sus mayores ecsijencias, dando al hombre un deseo sin objeto, una esperanza sin realizacion, una necesidad sin satisfaccion, un efecto sin causa?..... Si negamos que hay otra vida en que nos está reservada una completa felicidad, neguemos tambien que hay Dios, y al menos seamos consecuentes; y si negamos que hay Dios, neguemos tambien que hay universo, yendo de este modo de necedad en necedad, y de locura en locura. Por consecuencia, la ecsistencia de esa otra vida es indudable, es un efecto necesario de la ecsistencia de Dios y de la nuestra. ¿Cómo será esa otra vida? ¿dónde está? ¿como pasamos á ella desde la presente?... Estas son preguntas á que ningun hombre puede contestar; son arcanos que, aun cuando no se oponen á la razon, ésta no los alcanza, como sucede á otros infinitos misterios de la naturaleza.

Es tan intuitiva, tan natural la idea de una vida futura,

y es tal la misteriosa esperanza que de gozarla tenemos, que algunas veces nos parece sentir, digámoslo así, nuestra inmortalidad, y despreciamos la efímera duracion de todas las cosas del mundo. Agréguese á esto el horror que naturalmente nos inspira la idea del no ser, la idea de la nada; horror que nos muestra con toda evidencia que no es ese nuestro destino. Nosotros al ver una tumba, miramos en ella, es verdad, la muerte de nuestro cuerpo; pero ella habla tambien á nuestra alma: nosotros columbramos á su través un *más allá* que deseamos, que creemos y que esperamos. Nos parece la barrera que nos separa de otro mundo; nos parece el velo que nos impide ver á Dios con toda claridad. Y si esto es así; si hemos columbrado otra vida; si Dios se ha revelado á nuestra alma, pues ella, aunque confusamente, lo ve, le habla, le escucha, ¿podría ese mismo Dios, despues de habérsenos dado á conocer, despues de habernos elevado por su voluntad á tan eminente altura, precipitarnos para siempre en el abismo de la nada?.... Esto sería una irrision, sería un absurdo.

Concluyamos, pues, que la esperanza es un sentimiento que, si bien en gran parte puede realizarse en este mundo, toma por último un carácter mas elevado y misterioso, cuya realizacion solo se halla en el seno del Omnipotente; que la ecsistencia de la otra vida, la única que puede realizar completamente esa esperanza, es una verdad de que no debe dudar ningun hombre de sano juicio; y por fin, que si algunos indignamente llamados filósofos han osado ponerla en duda, ó negádola absolutamente, ha sido porque, ó han hablado de mala fé, ó han obedecido las leyes de la reaccion, propalando preocupaciones que, aunque opuestas, son tan absurdas como las de otras épocas de superstición y fanatismo.

José Benavides.



EL PADRE.

Hay una autoridad entre los hombres, que es la única que recibe su imperio de la naturaleza, autoridad que se deriva del cielo, y que se funda en el amor. El padre, rodeado de su familia, siendo el gefe de ella, el sacerdote que por medio de un santo egemplo enseña á sus hijos la virtud, es esa autoridad sacrosanta que todos debemos respetar y bendecir. Pero ¿quién llenará los deberes de un buen padre? ¿quién podrá llamarse tal? ¿Será acaso el que ejerza tiránicamente su poder, el que coarte las facultades naturales de sus hijos y haga de ellos unos autómatas que se muevan, nó por voluntad propia, sino por el impulso que se les haya querido dar? De ningun modo: este no seria mas que un tirano, y ni Dios ni la naturaleza aprueban clase alguna de tiranía. Merced á la civilizacion, los derechos monstruosos que otro tiempo ejercian los padres respecto de sus hijos, se fueron debilitando poco á poco, y las leyes vinieron por fin á echarlos por tierra. Ya no se vé á ningun padre disponer de la vida de su hijo, venderlo y, lo que parece imposible que los hombres hayan autorizado, y es mas horroroso que todo, privarle de la ecsistencia, que ellos le dieran, cuando nacia defectuoso, ó no tenian recursos para alimentarlo. ¡Tal y tan bárbara amplitud se dió al poder del padre, y de tal modo se desnatura-

lizó la autoridad paternal Pero no es esto lo que mas nos admira, sino que en nuestra época, á presencia de todo el mundo, personas de alguna capacidad al parecer, quieran hacer resucitar estas bárbaras leyes, quieran poner en manos del padre el cetro de hierro del despotismo, con objeto, segun ellos, de robustecer la autoridad paternal que está muy debilitida. Hoy, hablando en general, es muy débil el poder del padre, lo confesamos; ¿pero es acaso el medio de hacerlo mas fuerte, de imprimirle un caracter mas grave, el restablecer en su vigor aquellos atroces derechos, que repugnan á la naturaleza y cuya iniquidad solamente un ciego podria desconocer? ¿Necesitan los padres por ventura, cual los tiranos de las naciones, armarse del puñal y de la fuerza bruta para hacerse respetar? No; el reinado de la fuerza bruta es momentáneo y nunca enjendra respeto, sino odio; nunca puede hacer la felicidad de una familia, porque tiende á hacer esclavos á los hijos, á envilecerlos por lo tanto, y un hombre envilecido está preparado para todos los vicios. Es necesario que se convenzan los padres, que se convenza todo el mundo de que el sistema de humillacion y de obediencia ciega es defectuosísimo, es propio de animales, no de seres dotados de razon, y que por consiguiente aplicado á la educacion no puede producir buenos efectos como de hecho no los produce. La virtud, la fuerza moral, hé aquí donde debe estribar el poder de un buen padre.

El hombre de bien, que al lado de su esposa esté animado del mas vivo ardor por la felicidad de sus hijos, que dedicado al trabajo para alimentar á su familia llene todos sus deberes como ciudadano y como hombre, y que al entrar en su casa se presente acompañado de todas las virtudes, habrá conseguido mas, tendrá mas influencia sobre sus hijos que todos los que se arroguen derechos que no tienen, y que los hagan temibles.

La madre es la encargada por la naturaleza de educar á sus hijos, el padre de instruirlos y darles ejemplo; aquella con su insinuante lenguage y con su tierna dulzura grabará en los infantiles corazones el gérmen de todas las virtudes y se las hará amar, éste practicándolas con gravedad hará que las respeten y que miren como una gran dicha el ponerlas en accion.

La escuela de los hijos es la casa paternal, y en ella toman sus primeras y principales lecciones: cuando la paz y la tranquilidad habitan en ella, y un solo espíritu, un solo interes dirije las acciones de ambos padres, cuando el amor y la virtud obran allí unidos, entonces los hijos que á su alrededor han visto solo escenas de felicidad y de ternura no pueden menos de adquirir un carácter dulce y de conservar enteramente en sus almas el recuerdo de dichosas escenas, recuerdo que siempre los estimulará á obrar bien.

Quizas se nos dirá que todo lo que acabamos de esponer está ya mas que sabido por todos, pero á los que tal digan les contestarémos con los hechos. Que vengan, que penetren en una de las moradas en que habitan los hombres llamados de la clase baja y que vean las escenas que tienen allí lugar diariamente: triste cuadro de la miseria y de las pasiones animales, esa morada les mostrará la corrupcion en su mas alto grado, allí veran á un matrimonío siempre en lucha, siempre en continuas disenciones, á unos padres ignorantes y degradados, que no se diferencian de los irracionales mas que en ser mayor su crueldad y su barbarie; y si asciendén á las otras clases de la sociedad observarán lo mismo con alguna diferencia: en la clase media es donde únicamente podrán encontrar á las familias mas moralizadas, y sin embargo, á escepcion de muy pocas, ninguna hallarán que sea lo que debiera ser. Que declamen ahora contra nuestra conducta que apesar de todos sus esfuerzos no retrocederèmos en nuestro camino. Mas valiera que en lugar de querer sofocar todo sentimiento generoso que nace en el corazon de la juventud, se dedicaran á ser buenos padres, y á educar bien á sus hijos, y asi la humanidad les estaria mas agradecida; por lo que respecta á nosotros, que consideramos un deber en todo hombre el procurar el bien de sus semejantes, no dejarémos de elevar nuestra débil voz, en tanto que veamos abusos dignos de correccion, aun cuando nada consigamos.

M. H. y G.



Debemos al distinguido literato D. Juan José Bueno la insercion de la siguiente composicion inédita del célebre poeta mejicano D. José María Heredia, *que, por la grandeza de sus pensamientos, la sublimidad de sus imágenes, y la hermosura y sonoridad de su versificacion, mereció que se le llamara, y se le llame aún,* El Herrera del nuevo mundo.

Á LA GRAN PIRÁMIDE DE EJIPTO.

¡Escollo vencedor del tiempo cano!
¡Isla en el mar oscuro del olvido!
Misterio entre misterios escondido,
De un inmenso arenal gran meridiano!

Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime y ponderosa:
Del desierto atalaya misteriosa;
De la desolacion trono estupendo!

En tu cumbre inmortal se dan la mano
La eternidad que fué con la futura;
La voz de lo pasado en tí murmura,
De una tierra ya muda escombro vano!

¡Qué triunfos, qué desastres, qué mudanzas
Has presenciado! ¡Cuánta muchedumbre
Siglo tras siglo contempló tu cumbre!.....
¿Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron
Nuevos en tu vejez se han abismado:
Reyes, sabios, guerreros han pasado,
Y en el olvido mísero se hundieron.

De tus autores pereció la historia,
Tal vez su polvo que arrebata el viento,
Empaña el esterior del monumento
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu basa, á un punto disminuida
Do te acercas al cielo, ¿no figuras
El orgulloso error de las criaturas,
Y su esperanza á polvo reducida... ?

Cuando tu incierto orígen indagamos,
Escribe en tí, cual en fúnérea losa,
El irónico tiempo: –«obra gloriosa
De monarca potente que ignoramos.»



UN ADIOS.

Bramó la tempestad: fiero, iracundo
Tendió Aquilon sus alas;
Estremecióse á su fragor el mundo:
Perdió el campo sus galas
Sorprendida en los brazos de su amado
La tímida paloma,
Huyó temblando su poder airado
Que los cedros desploma.
Y rendida despues, cansado el vuelo,
De su par separada,
Cayó por fin en el estéril suelo
De selva enmarañada.
Tal enmedio del mágico delirio
De una pasion ardiente,
Sopló para los dos el seco sirio
De mi suerte inclemente.
Enemigos de amor nos separaron
Matando mi alvedrío:
¿Porqué entonces tambien no traspasaron
Tu corazon y el mio?
Con su falsa piedad vivir me mandan,
Vivir sin tus amores:
¡Ah! mis fervientes lágrimas no ablandan
Su encono y sus furores!
Adios Rujiero! La paloma herida
Es hoy la que te amaba:
Si la querías tú, su despedida
Sobre tu pecho graba!

AMALIA FENOLLOSA.

Castellon de la Plana 27 de Abril de 1849.

A la señorita doña Carmen de Berróstegui, en su composicion para el Album de su amiga doña Romana de Lassaletta.

En mi ilusion un àngel te crei.
Dª. Carmen de Berróstegui.

Levanta, oh Safo, la sublime frente
De esa do yaces sepulcral mansion;
Levántala ardorosa y refulgente,
Radiante de divina inspiracion.
Vuela del Betis á la orilla hermosa,
Vuela de Europa al último confin,
Ven á oir de tu voz armonïosa
Los ecos en la voz de un serafin.
Los ecos de tu voz, porque su lira
Al resonar con blanda vibracion,
Cual la tuya dulcísima suspira,
Cual la tuya conmueve el corazon.
Oye cuál canta su amistad sincera,
Oye cuan tierno suena su cantar,
Oye, Safo, su voz, mas hechicera
Que del aura el suave murmurar.
Ven, Safo, ven, y arranca bellas flores
De Grecia en el poético pensil,
Y ornado con sus mágicos colores,
Ciña el laurel su frente juvenil.

Y yo, Carmen, te daré
El canto que de tu lira
Al dulce son entoné,
Porque yo cantar no sé
Si un querube no me inspira.
Que aunque ese canto no hienda
Con gratos sones el viento,
Es la sola, única prenda
Que puedo darte en ofrenda
De puro agradecimiento.....
De agradecimiento, sí,
Porque yo un ángel oí
En tu armoniosa cancion,
Y fué tu voz para mí
Bálsamo del corazon.

Voz celestial, misteriosa,
Que como el aura amorosa
Que susurra entre las flores,
Templó pura y deliciosa
De mi pecho los ardores.
Tú inspiraste al alma mia
La dulzura de tu canto;
Y tornó su melodía
Mi triste melancolía
En melancólico encanto.
¡Ay Carmen! ¡cuánta ilusion
Formó mi imaginacion
Al sonido de tu lira!.....
Mas.... perdona que delira
Este triste corazon!

Que al buscar el amor y las caricias
Del ángel puro que mi pecho adora,
Solo encuentro la risa mofadora
Con que el mundo contempla mi penar:
Pero al oir tu voz, y de tu lira
Las sentidas, suaves vibraciones,
Yo creí que unas mismas emociones
Nuestros pechos hicieran palpitar.
Palpitar de dolor, jóven poetisa,
Palpitar de dolor, y de amargura......
Mas perdona, perdona mi locura.....
Desprecia mi insensato frenesí!
Sabe no mas que al escuchar tu canto,
Tu dulce y melancólica poesía,
Yo el canto de los ángeles oía,...
Yo *en mi ilusion un ángel te creí!*

J. B.

Mayo 5 de 1849.



Vírgen hermosa en su ilusion primera
Contempla el mundo entre dorada nube,
Ave que mira la celeste hoguera
Y en manso vuelo por el aire sube.

Hermosa, angelical, purá, inocente,
No vea este mundo tu ilusion perdida,
Y coronas de amor ciñe á tu frente
Alma de fuego para amar nacida.

Feliz aquel que tu amoroso acento
Escuche murmurar en sus oidos;
Que grato pueda respirar tu aliento
Al sentir de tu pecho los latidos.

Mientras yo triste en azaroso duelo
Queme con llanto las marchitas flores,
Al separarse para mi del suelo
El ángel protector de los amores.

. . . .
. . . .

Pero si fueres desdichada un dia
Hiriéndote del mundo los abrojos,
No pide en su tormento el alma mia,
Nada mas que una lágrima á tus ojos.

Fernando Escobar Castro.



VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

APIO CLAUDIO.

(Continuacion.)

=Basta, dijo Virginia con dignidad, y dad gracias á mi paciencia por haber podido oir hasta el fin vuestras dobles y engañosas palabras; el silencio y el desprecio son las únicas respuestas que debo dar á vuestras proposiciones. No se me oculta el dolo y la falsedad que encierran, como tampoco los medios de que os habeis valido para corromper á las personas que me rodean, y en cuya fidelidad y adhesion se han estrellado vuestras perversas maquinaciones. Salid..... y al señalarle la puerta apareció en ella Icilio, que con una rápida mirada comprendió toda la escena. Sus ojos brillaron de furor, y ciego de ira se iba á arrojar sobre el Decemviro, cuando la voz de Virginia le detuvo como por encanto, retrocediendo sorprendido, y abandonando su mano la empuñadura de la espada ya

medio desnuda, que fué á caer por su propio peso en el fondo de la vaina.

Virginia, temiendo una desgracia, y temiendo por su amante, cambió de tono, hizo lo posible por serenar su semblante y prosiguió.

=Os doy las mas sinceras gracias por vuestro comportamiento..... habreis juzgado con cuanta ansiedad estaría por recibir noticias de mi padre...... y en cuanto las habeis adquirido, corrísteis á manifestármelas..... los Dioses os den el premio..... tal como ha sido vuestra conducta.... estad seguro qne mis sentimientos para con vos, serán siempre los mismos.........

Apio habia notado la llegada del Tribuno, por lo que se creyó perdido. Ya buscaba su puñal por debajo del ropage, cuando las palabras de Virginia le reanimaron; pero lejos de pensar en retraerse de sus intentos en vista de aquella generosidad, no sirvió ésta mas que para acrecentar la criminal pasion que abrasaba su pecho. Y conociendo que su presencia no solo era allí inútil, sino perjudicial á sus proyectos, determinó retirarse para buscar otros medios, que le procurasen la posesion que tanto anhelaba.

Saludó pues á Virginia; y al pasar por la puerta lanzó á Icilio una terrible mirada, que espresaba el odio, los celos y la vengaza.

Este permaneció algun tiempo suspenso; las palabras de su amante no le habian del todo tranquilizado ; pues la estraordinaria espresion de su semblante, y su voz débil y entrecortada le hacian traicion bien á su pesar. Vaciló un instante entre seguir á Apio, ó averiguar por Virginia lo que acababa de pasar, y ya iba á decidirse por este último, cuando la llegada de Numitor, tio de aquella, segun hemos dicho, vino á retardar un tanto sus intentos, y á sacar á Virginia de una situacion difícil y apurada.



LA ACUSACION.

Cuando las pasiones han tomado un poderoso influjo sobre nuestro corazon; cuando en vez de dirigirlas y desarrollarlas en el círculo de la moral, nos entregamos sin freno á sus desórdenes, tenemos entonces que satisfacer todas sus ecsigencias; tenemos que complacer hasta sus mas insignificantes deseos, arrastrándolo todo, y haciéndonos aun peores que los mismos irracionales. Encadenada nuestra voluntad, esclavo nuestro alvedrio y ciega nuestra razon, somos arrastrados hácia un precipicio, que en vano en nuestros lúcidos momentos tratamos de evitar. Desgraciado de aquel que, conservando algun predominio sobre él la voz de su conciencia, no intenta volver atrás; desgraciado, por que ese juez severo, ese rígido censor de sus costumbres, no cesará de atormentarle, poniéndole á la vista de contínuo toda su vida pasada; pero mas desgraciado el que, corriendo sin riendas en pos de nuevas pasiones, trata por este medio de ahogar en su corazon la voz del arrepentimiento, y como suele decirse, borrando un crímen con otro.

Hé aquí trazado de una pincelada el carácter de Apio Claudio. Su vida no habia sido mas que una sucesion de crímenes y de disolutos placeres á los que se entregaba como por instinto y de los que no se saciaba jamas. Para él no habia obstáculos de ningun género; pues el oro ó el hierro se encargaban de realizar lo que no habian podido conseguir las promesas ó los alhagos. Hé aqui tambien per que le irritó mas la resistencia de Virginia, á lo que vino á poner el colmo la afrenta y humillacion que ante ella habia su orgullo recibido; y lo qne antes emprendió por satisfacer meramente sus brutales apetitos, se hizo para él un caso de honor, si puede haber honor en un malvado.

De vuelta á su casa, empezó á revolver en su imaginacion los diferentes medios de que se habia valido para triunfar de sus innumerables víctimas; pero la mayor parte habian sido ya infructuosamente empleados, y los que le restaban, le parecieron débiles y muy comunes; pues no le bastaba ya seducirla,

perderla, era necesario degradarla . . . .
De pronto, despues de haber reflecsionado un poco, una sonrisa feroz vino á dilatar sus labios, y brillaron sus pupilas con una alegría infernal. Horrible idea, ecsecrable proyecto sería el que comunicaba á las facciones de aquel hombre una espresion tan siniestra y aterradora. Levántase de repente, llama á un esclavo, y despues de haber salido éste, entró en la habitacion un nuevo personage. Evitaremos á nuestras lectoras el disgusto de pasar la vista por el retrato que pudiéramos hacerles de Claudio, que este era el nombre del recienllegado, cuya horrible figura inspiraba la aversion y el desprecio, y en cuyo semblante habian impreso los desordenados placeres el sello de la corrupcion y del libertinage. El Decemviro lo habia elegido por compañero en sus orgias y por instrumento de sus maldades; y en verdad no había sido mala su eleccion.

Gran rato estuvo hablando Apio con el recienvenido: y al separarse, despues de haberle entregado el primero á éste cierta cantidad de dinero convenida, añadió:

—Que no faltes.

=Descuidad.

—En último recurso, arrastrar por todo.....

=Entiendo.

=Si nó, en mi casita de Albano.

. . . .

Un inmenso gentío ocupaba la plaza pública de Roma. Veíase á Apio Claudio en su tribunal acompañado de algunos de sus cólegas, rodeado de sus lictores, y cercado de ese vano esplendor y grandeza, con que pretenden los tiranos fascinar á la multitud. Sus ávidas miradas se dirigian sin cesar hácia una jóven que se encontraba á alguna distancia de él, y á la que su confidente Claudio acusaba ante los jueces á juzgar por sus ademanes , por su actitud amenazadora, y por el estado de abatimiento en que se hallaba la doncella. Abundantes lágrimas se desprendian de sus hermosos ojos, y al deslizarse por su semblante se asemejaban á las cristalinas gotas de rocío suspendidas en los pétalos de las flores. Es seguro, lectoras, que reconoceríais en ella á Virginia, á la altiva Virginia, que jamás habia querido sufrir mas yugo, mas poderío, ni mas dominio que el del amor. Ahora empero, no le resta ya de

la firmeza de su carácter, mas que su debilidad de muger ¿Qué habrá podido causar la situacion en que se encuentra y su presencia en aquel sitio sola y abandonada de sus amigos y parientes?.... Mezclémosnos entre los diversos grupos que se aglomeran en la plaza, y quizás podrémos obtener algunas noticias.

=Parece, decía uno, que Virgínia se dirigía al Templo de Júpiter, como acostumbra, acompañada de su nodriza, cuando Claudio la cogió bruscamente del brazo, y apesar de los gritos de la nodriza, y lágrimas de la jóven, pretendía llevársela á viva fuerza. Quizás hubiera logrado sus malvados intentos, á no ser por la multitud de gente, que acudió á las voces de Fulvia, y que enterada de las intenciones de aquel, le impidieron llevar á cabo sus proyectos. Los mas osados, entre los que se contaban algunos amigos de Virginia, le pidieron razon de aquel atropello contra la hija de un ciudadano; entonces obligados por las protestas de unos, y por las amenazas de otros, respondió, que Virginia era hija de una esclava suya, y que temiendo su madre que se la redujese á su mismo estado, hizo correr la voz de que había muerto al nacer pero que se habia descubierto despues, que la habia vendido á la madre de Virginia, que en su impaciencia por tener sucesion, la habia adoptado por hija y hecho pasar por tal: y que él, usando del derecho que tiene todo señor sobre su esclavo, se habia apoderado de ella, al punto que la habia encontrado.

=¿Y como es, que Virginia y Claudio se hallan ahora en Presencia del Decemviro? preguntó otro.

=Porque no creyendo el pueblo, respondió el primero, en las palabras de Claudio, le obligó á presentarse á la Asamblea, que casualmente estaba reunida, para que espusiese ante ella su acusacion.

De repente las voces de todos se estinguieron simultáneamente; cesó el murmullo general y pronto reinó en toda la plaza el mas profundo silencio.

Claudio arrastrando, mas bien que llevando á Virginia, hasta las gradas del tribunal, espuso su demanda casi con las mismas palabras con que la hemos oido referir.

(Continuará.)

MODAS.

Grandes novedades puedo ofrecer hoy á mis lectoras, á las que hace tiempo no consagraba mis artículos quincenales, por no haber recibido ninguno de los periódicos franceses á que me hallo suscrita.

Manteletas.

Se llevan de encaje negro, forradas de seda. Esta manteleta es de dimensiones mas pequeñas que las demas, y muy apropósito para usarla yendo en carruage, en el cual suelen ser incómodas las grandes. Su hechura es muy sencilla, pues se parece mucho á un chal. La punta por detrás es redonda, y en los costados está bastante sesgada para que se ciña á los hombros. Las puntas delanteras son tambien redondas. Está hecha de encaje negro, y forrada de seda de color de lila; la guarnicion es del mismo encaje, y en el borde lleva tambien un encañonado de cinta de raso de color lila que hace juego con el forro.

Vestido de confianza.

De seda tornasolado azul y fuego; la falda larga y de bastante vuelo. El cuerpo á la italiana, ajustándose perfectamente; alto por la espalda y hombros y abierto por delante, pero esta abertura cubierta con una pieza postiza de la misma tela, sobre la cual están colocadas horizontalmente cinco bandas de seda con pliegues al sesgo y adornos de pasamanería. La gracia que le quita tal vez la colocacion horizontal de las bandas, la recobra por medio de la forma circular que se le da á la pieza postiza por la superior del pecho. Las mangas son muy cortas, y están abiertas en los hombros, lo cual las hace parecer meras hombraleras. Unidas á estas hay otras largas y anchas de muselina blanca formando fuelles, separados unos de otros por medio de *rouleaux* de cinta ó bandas

de seda semejantes á las del pecho. En los puños de las mangas se llevan pulseras de oro. El cuerpo es un poco puntiagudo, y un adorno de cordon y botonadura empieza en la cintura y baja por el frente hasta muy cerca del estremo de la falda. Por dentro del cuerpo se lleva un camisolin de tul con muselina bordada, que sube hasta la garganta.

Vestido de sociedad.

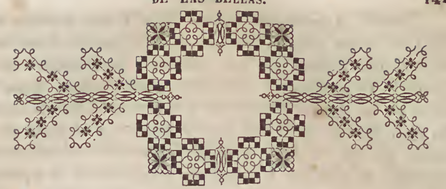
Vestido de crespon blanco sobre un viso de raso de color de rosa bajo. La falda lleva cuatro volantes de cinta de gasa. Estos volantes son muy distinguidos y hacen muy buen efecto. La cinta es de gasa de seda de muy buena calidad, blanca con ramos de color de rosa y festoneada en los bordes. Los volantes están colocados de modo que forman ángulos, en cada uno de los cuales lleva el volante último de abajo un lazo ó fuelle de cinta de color de rosa con puntas colgantes. El cuerpo es muy ceñido y con una punta bastante aguda en el frente. Una berta de encaje de Bruselas bastante tupido cae sobre el cuerpo, y cubre enteramente las mangas que son de una longitud moderada. La berta está sujeta en el pecho con lazos de cinta de color de rosa; cuyas puntas, un poco largas, cuelgan delante del pecho.

Prendido para los vestidos de confianza.

Uno de los prendidos mas elegantes y mas admitidos, consiste en el pelo dividido en cinco rizos circulares colocados en la parte posterior de la cabeza. En el centro de cada rizo un alfiler de brillantes. El pelo de delante puesto en *bandeaux*, y los estremos van por debajo de los rizos. La guirnalda se compone de yerbas que imitan á las naturales con la mayor ecsactitud y figuran estar mojadas del rocío.

Prendido para los vestidos de sociedad.

De cinta de color de rosa con muchos fuelles rizados en un lado, y en el otro un fuelle mas pequeño con las puntas colgando. El pelo en rizos ó en *bandeaux*.



LA ADOLESCENCIA.

> No bastándole ya (al adolescente) ni el primer amigo, ni la ternura de su madre, quiere una afeccion mas íntima y mas esclusiva, la mitad de sí mismo, la compañera que Dios crió para él, el ángel, al cual debe única y eternamente amar; quiere la felicidad de los escogidos.
>
> Aimé-Martin.—*Educ. de las madres de fam.*



Hay una época en la vida que nunca se borra de nuestra memoria; una época llena de encantos y melancólicos placeres; una época, en fin, en que se agita dulcemente nuestro corazon, se despierta nuestra alma, y en la que podría decirse que empezamos á vivir: tal es la adolescencia.

Cuando el candoroso infante llega á esta preciosa edad ¡cuán dulces son sus sentimientos! ¡cuán suaves los latidos de su corazon! ¡qué ternura en sus palabras! ¡qué timidez en sus miradas! Todo revela el alma virgen, que, dormida hasta entonces en los brazos del candor y la inocencia, abre de repente sus ojos, observa los objetos que la rodean, y se halla en un mundo que aún no había conocido, un mundo rodeado de una atmósfera de encantos y alumbrado por el sol de la esperanza. Ya no basta á su sencillo anhelo el regazo de su tierna madre, donde encontraba un tiempo el colmo de sus deseos, la cumbre de su felicidad. Hoy todo le agita, todo le conmueve: el aura que susurra mansamente, el ave que alegra con sus trinos la pradera, el sol que vivifica el universo, la naturaleza entera, Dios mismo hablan á su corazon con voces misteriosas; voces que en vano se esfuerza por comprender; pero cuya influencia siente. ¿Qué es lo que desea? ¿Porqué no encuentra ya la misma felicidad que antes gozaba en los halagos de una madre? ¿Qué nuevo objeto ha fijado su atencion? ¿Será tal vez la amistad? ¿Suspira quizás por un amigo?

Facilmente encuentra otro ser de su misma edad y secso; el entusiasmo se apodera de su alma, que, no conociendo aún los desengaños, no abriga la desconfianza; le tiende sus brazos y le abre su corazon, que se siente aliviado de un peso estraordinario al confiarle sus cuitas; pero por ventura ¿han desaparecido éstas? ¿no le queda ya nada que desear? ¡Ah! el amor ha hecho resonar su poderosa voz, ha dado su mandato, y hé aquí esplicada esta nueva inquietud, este nuevo deseo que, sin que él lo conozca, agita al adolescente y, á su parecer, le atormenta. Ya ha huido la calma de su inocente pecho, y el regocijado niño que donde quiera encontraba distracciones, se ha convertido en el meditabundo doncel que huye de sus semejantes y se retira á la soledad, donde pueda dar libre curso á sus lágrimas. ¡Inocente criatura! Todo ha cambiado para tí; tú lloras sin saber por qué; apenas has dado un paso en la carrera de la vida, y tu

ecsistencia, pura como el aliento de una vírgen, necesita otra ecsistencia á quien consagrarse; apenas ha palpitado tu corazon, y ya sientes en él un vacío que suspiras por llenar. ¡Infeliz! teme que no lo llegues á conseguir, mientras vivas en una sociedad corrompida y criminal... Pero enmedio de esto, ¡qué tierna es tu inquietud! ¡qué dulce tu tristeza! Arrebatadas mis ilusiones, desconcertada mi alma por la desvastadora tormenta de las pasiones ¡cuántas veces en mis horas de delirio he ansiado esa lágrima, que surca tu mejilla sin abrasarla; ese sentimiento, que agita tu corazon sin oprimirlo ¡Ah! tú te juzgas desgraciado y llamas en tu aucsilio las horas que han de venir. ¡Cuánto te ha de pesar despues que hayan llegado...!!

Con efecto, las blandas y melancólicas impresiones de la adolescencia, siempre presentes en nuestra imaginacion, forman despues el encanto de nuestra vida, y su recuerdo, cuando llegamos á otra edad mas avanzada, es un bálsamo que cicatriza las heridas de nuestro corazon. El amor de esta época, puro como el primer albor de la mañana, y tierno como el lejano sonido de la lira, carece, casi siempre, de objeto; así, el adolescente crée encontrar donde quiera esa compañera que su corazon ansía; si escucha el murmullo del aura, le parece oir la voz del ángel, por quien sin saberlo suspira; si mira la flor naciente que abre su lindo seno y embalsama el espacio, sueña hallar entre su cáliz una sonrisa de amor, si contempla las aguas del cristalino arroyo, piensa que sobre ellas ha de cruzar una misteriosa Sílfide; y al ponerse el sol, cuando todo habla á nuestra alma, si observa las doradas nubecillas que cubren la bóveda celeste. espera que de ellas ha de descender la Diosa protectora de sus amores, *la felicidad de los escogidos*. Por desgracia este amor que bastaría á civilizar al género humano, permanece, las mas de las veces, oculto: si llega á fijarse en un objeto, el tímido adolescente lo devora en silencio, y le horroriza la sola idea de que el mundo pudiera penetrarlo y dirijir contra él su desdeñoso sarcasmo. ¡Intolerable sociedad! ¡Qué de males has causado! ¿Es

posible qne tu emponzoñado aliento sofoque los sentimientos mas puros, los raptos mas sublimes del corazon humano..? ¡Cuántas veces, bellas lectoras, en el fondo de vuestro corazon habreis dirijido á esa sociedad las mismas esclamaciones! ¡cuantas veces habreis lamentado sus tiránicos caprichos, sus ridículas ecsigencias, sus inmorales costumbres..!! Pero ya ha volado el tiempo, y con él los dulces sentimientos de la adolescencia: las ardorosas tempestades del corazon, anuncian al doncel que ha llegado la fogosa edad de otras pasiones, y la tímida paloma de los valles es hoy la garza altanera, que, agitando su vuelo y hendiendo los aires se señorea del espacio. Responde jóven: ¿eres hoy el mismo que ayer eras? ¿No anhela tu corazon mas que una cabaña y una amante? ¡Ah! otro cambio se ha verificado en tí: por un lado se te presenta la gloria, ese brillante fanal, cuyo fulgor nos ciega, y cuya luz nos abrasa; por otro la ambicion, el ansia de dominar entre los otros hombres, y enmedio de mil pasiones que vuelan á cebarse en tí, el amor agita su terrible antorcha. Sí, el amor; pero no ese amor tímido y respetuoso que hasta ahora has esperimentado; un amor vehemente, impetuoso, que, ó nos eleva á la cumbre de la virtud, ó nos despeña en el abismo del crímen. Jóven: si tienes bastante grandeza de alma entrégate á ese afecto: los generosos sacrificios, las sublimes abnegaciones de tí mismo te harán un ser superior á los demás seres; pero, si por el contrario, no tienes la suficiente virtud, la suficiente energia para resistir sus terribles embates, huye de él, que bien pronto los celos, la envidia y las mezquinas pasiones te harían el mas despreciable de tus semejantes. El amor no ha sido creado para las almas débiles.

F. J. F. de S.



MEDITACIONES EN LA NOCHE.

Salud, oh noche silenciosa! ¡salud, sueño sublime de la naturaleza! Tú estiendes tus negras alas sobre el mundo, que se duerme al murmurar de tus melancólicas auras: tú cubres el Cielo con tu estrellado manto, velando tal vez el inmenso resplandor del Empireo: tú arrullas en tus piadosos brazos al triste mortal que busca en vano la ventura....... ¡Ah! yo te adoro, consuelo de mi alma! yo te adoro, amiga de los desgraciados!..... una y mil veces te adoro, inspiradora del amor!

El sol se acerca al occidente despues de haber recorrido el dilatado espacio de los cielos: parece la mirada de Dios que vela sobre sus criaturas. Una fuerza irresistible lo impele á sepultarse en los mares; pero cuando aún procura sostenerse un momento sobre la tierra, como si quisiera darle el último adios, entonces tú, ¡oh noche! asomas tu cabeza por el oriente, te alzas cual negro y jigante coloso, contemplas por algunos

instantes al moribundo monarca del dia con tu fija y magestuosa mirada, y arrebatándole su corona de rayos para esparcir sus chispas en tu manto tenebroso, lo acabas de sepultar en el mar, proclamándote el silencio y la oscuridad por reina del universo. Durante esta escena la humanidad enmudece; no osan los labios proferir una palabra, temiendo profanar su solemnidad augusta; calla la naturaleza misma... solo un ser entabla una conversacion misteriosa.... solo el alma habla con Dios.

Entonces, ¡cuántos pensamientos bullen en nuestra mente! ¡cuántos sentimientos encantan nuestro corazon! ¡qué inefable melancolía halaga nuestra alma! Oh noche! en esa hora misteriosa, en ese crepúsculo precursor de tu imperio, es tu faz mas hermosa que cuando te asientas en el cenit, y adornas tu trono con tinieblas: pareces una vírgen, cuya hermosura resalta más bajo el velo del pudor. En esa hora no está aún la naturaleza dormida; está aletargada.....! Qué suaves soplan entonces los céfiros, jugueteando entre el verde follage! y las flores, ninfas solitarias de los jardines, con cuánta gracia se mecen al recibir sus tiernos halagos! La oscuridad va esparciéndose poco á poco sobre los objetos, hasta que, confundidos sus contornos, aparecen á nuestra vista como leves sombras. El silencio suscede á la animacion del dia; pero ese silencio no es la imágen de la muerte: es la dulce languidez que precede á un sueño tranquilo. Todo principia á descansar en tus amorosos brazos, escepto la imaginacion que vuela por las regiones del amor y la poesía..... ¡Ah! qué hora tan deliciosa!... Oh noche! detente; pára un momento tu carrera: déjame gozar por algun tiempo de esos instantes de inesplicable placer....!

Pero nó; tú quieres encantarnos con una escena aún mas hermosa; pues bien: estiéndete por el espacio; apaga esas débiles ráfagas de luz que todavia se dejan ver en occidente: son los últimos suspiros del señor del dia. Quede todo

sumido en la oscuridad, en la oscuridad mas profunda: de ese modo serás mas sublime. Pero el círculo en que mi vista se estendia se ha reducido hasta aniquilarse..... No veo nada... no oigo nada,..... solo me siento á mí mismo! Un vacío inmenso me rodea; soy el centro de una gran esfera de tinieblas y de silencio.... que no puede ser la *nada*, pues ecsisto yo..,. ¡Oh noche! llévame á la superficie de esa esfera;... pero tú me dices que cada punto de esa superficie es el centro de otra esfera infinitamente mayor,..... luego la superficie de esa esfera inmensurable de que soy centro ¿dónde está?... ¡Ah! ya lo entiendo; en ninguna parte.... y en todas: ¡es la imágen de la eternidad!

La luna asoma por el oriente, ilumina la tierra, y conozco que no me he movido.... Pues ¿no he volado yo por el espacio? ¿no he cruzado la inmensidad?.... ¡Ah! es que mi cuerpo habia quedado en la tierra; pero mi espíritu, oh noche, habia volado en tus alas. Y al volar, ¡cuántas maravillas, cuántos portentos admira la mente ecsaltada! La razon se abisma al contemplar tanta grandeza! Vemos un espacio cuyos límites se pierden en el infinito. Un número sin cuento de enormísimas masas pueblan ese espacio; pero cada una de ellas es un átomo imperceptible en comparacion de su inmensidad. Las unas con luz propia, hogueras inmortales, soles infinitamente mayores que el nuestro, que jamás se mueven del lugar en que fueron colocadas: las otras opacas, que jiran eternamente al rededor de las primeras, y reciben de ellas el calor, la luz y la vida. Nuestro globo, esta gran mole que nos parece infinita, es uno de esos átomos, que jira al rededor de esa estrella que llamamos *sol*; y la luna, cual tímida esclava, nos sigue silenciosa en nuestro larguísimo viaje.....! ¡Qué leyes tan perfectas! ¡Qué órden tan admirable! Eternamente están rodando esas masas innumerables é imensas, y jamás dejan de seguir su curso, jamás se chocan unas con otras. Cada una tiene trazado su camino, prefijados sus movimientos, determinadas sus relaciones: todas

ellas cumplen esactamente el fin para que sin duda fueron criadas...... ¡Oh noche! cuando presentas á nuestra vista un espectáculo tan grandioso; cuando reflecsionamos que una máquina tan grande y tan perfecta ha de tener precisamente un autor, no podemos menos de esclamar llenos de admiracion y entusiasmo: ¡cuan alta es la Inteligencia que formó tantas maravillas! ¡cuan sabio y cuan potente es el Autor de la naturaleza!

Pero la grandeza del universo habia absorbido mi atencion: tú estás ofreciendo á mi vista en este instante el espectáculo mas bello,... la luna corona tu frente. ¡Qué hermosa es! Silenciosa y solitaria viajera de los cielos, va esparciendo por todas partes la dulzura de su nacarada faz. Es el astro de la felicidad, la diosa del amor. ¡Oh noche! ¿por qué no vienes siempre acompañada de esa antorcha celestial? ¿Es porque te causa envidia su belleza?... no, sublime noche; tú tambien tienes tus encantos, tú tambien eres bella.... pero ya lo comprendo: Dios ha querido que gocemos de ambas beldades'

Cuando tu oscuridad disipa las formas de los objetos; ora te muestres serena y bonancible, tendiendo por el cielo tu estrellado manto con ademan magestuoso; ora asombres al mundo con tu voz atronadora, arranques al sol sus rayos para vibrarlos sobre la tierra, y desvastes los montes con tu aliento impetuoso, entonces, oh noche, haces que vuele nuestra alma á Dios en las alas de la meditacion y el entusiasmo. Pero cuando suspendes de la bóveda del cielo ese fanal misterioso, que con su suave claridad inspira una dulce melancolía; cuando tan pura, tan apacible, tan deliciosa, infundes al corazon un éstasis, una languidez encantadora, que nos trasporta á una region desconocida, ¡oh noche! entonces, aunque tambien nos elevas á Dios, es en las alas de la poesía y del amor.

¡Ah! si, del amor; ese es el mas bello de tus encantos. ¡Qué dichosos han de ser los amantes cuando en medio de tu silencio, en sus apasionadas conversaciones, toman á la luna,

que al contemplarlos se sonríe, por testigo de sus ardientes juramentos! Y si sus almas son puras; si la llama que arde en sus corazones es alimentada por la constancia y la virtud; si á fuerza de amor han llegado á adquirir aquella confianza íntima, dulce, encantadora, que une á los verdaderos amantes..... ¡ah! entonces la felicidad llega á su colmo; entonces se entreabre el cielo, y un destello de la gloria brilla sobre sus frentes! ¡Oh noche! déjame gozar por algunos momentos de tan inefables delicias! déjame gozar de esa ventura que vé mi alma en sus dorados sueños! Si nó ¿por qué te presentas á mis ojos? ¿por qué me besa la luna con su apacible rayo, para sorprender en mi mejilla una lágrima de..? pero el oriente se enrojece; brilla la aurora; el sol dora la cumbre de los montes.... ¡Adios, noche silenciosa! ¡adios, sueño sublime de la naturaleza!!

José Benavides.





LA PARTIDA DEL PIRATA.

I.

De un bergantin en la popa,
Envuelto en su negra capa,
Fumando tabaco puro
Con una pipa de plata,
Ante cien robustos hombres,
Que en él fijan sus miradas,
Estaba el mas bravo gefe
Que han tenido los piratas.
Sobre su purpúrea gorra
La borla de oro resalta
Cual viva chispa de fuego
Entre una flor de granada.
Su pálida frente anuncia
Y sus siniestras miradas
Que allá en su mente dispone
Alguna horrible venganza.

Luego, como quien recuerda
De sus desdichas la causa,
El rostro baja, y por él
Rueda una sonrisa amarga.
Entonces la gente ordena,
Su sonora voz levanta,
Y la violenta partida
De aquesta manera manda.

II.

¡A la mar! ¡á la mar! compañeros
Que la tierra nos quiere tragar;
No hay cuartel, preparad los aceros,
Hierro y fuego ¡A la mar!... ¡á la mar!

No mas danzas: sangrientos horrores
Do quier lleve el fulmíneo cañon,
Tiemblen esos del mundo señores
Solo al ver mi fatal pabellon;
De perfidias é injustos rigores
Nuestra nave nos puede librar.
¡A la mar!...

Para estar en desgracia infinita,
Ecsistir oprimido tal vez,
Y morir en la tierra maldita,
Vale mas ser el pasto de un pez.
¿Quién la vída en las ondas me quita
Sin la suya tambien arriesgar?
¡A la mar!...

Nuestra nave sus velas estienda
Aunque ruja el sonante Aquilon;
De las nubes el rayo descienda,
Suba el Ponto á la etérea region
Y nos lance con furia tremenda
Al abismo. Las anclas levar.

¡A la mar!....

III.

Dijo el pirata. Los demas callaron,
Y ante su aspecto sosegado y grave
Los cables de las áncoras cortaron
Al son del pito: la graciosa nave
Sus blancas velas descogió gallardas
Que al soplo de los céfiros se henchían,
Y confundióse entre las nubes pardas
Que el cóncavo horizonte oscurecían.

IV.

No ya el canto de aquellos marinos
Era dado en la tierra escuchar;
Pero el eco en los montes vecinos
Aún sonaba: ¡á la mar¡.... ¡á la mar!...

Plácido. (*)

(*) Por una casualidad han llegado á nuestras manos algunas composiciones de este célebre y desgraciado poeta. La circunstancia de no estar publicadas sino en el estrangero, y ser casi desconocidas en Europa, nos ha decidido á ofrecerlas á nuestras bellas lectoras.



A MI LIRA!

I.

¡Lira mia! tu lamento
acrecienta mi penar,
mi doloroso tormento,
que si te pulso, tu acento
revela amargo pesar.
¡Triste lira! si tu canto
fuera cántico de amor,
mitigaras mi quebranto,
y me dieras el encanto
que me arrebató el dolor.
¡Oh que dicha, lira mia,
si pudiera tu cantora
entonar con alegría,
cantos de dulce armonía
con voz tierna y seductora!
Si pudiera entusiasmada
cantar en acordes sones,
olvidar que es desdichada,
y por su mente ajitada
ver cruzar mil ilusiones!
¿No pudieras, dí, mi lira,
mi martirio mitigar?
¿por qué mi pecho suspira
y solo el dolor me inspira
cuando entono mi cantar?
¡Ay! si tú con blando acento

imploraras compasion,
cesaría mi tormento;
y al repetírmela el viento
me alhagara tu cancion.
Ven, mi lira, tierno canto
elevemos á Maria,
y verás cuál seca el llanto,
y aleja el triste quebranto
que me roba la alegría.

2.°

A LA VÍRGEN.

—»o«—

Oye, angélica Maria,
mi fervorosa oracion;
consuélame, Madre mia,
y un rayo de paz envía
á mi triste corazon.
Te suplico por el Cielo
olvides que te ofendí,
si en mi amargo desconsuelo
alguna vez con anhelo
la ecsistencia aborrecí.
Que es triste vivir penando
sin esperanza tener,
cuando el tiempo va pasando
y en nuestra faz señalando
la huella del padecer.
¿No te mueve, Vírgen bella,
ver pasar mi juventud
en angustiosa querella,
sin que consiga con ella
un instante de quietud?
¿No te duele mi tristura,
Madre mia, y mi dolor?
y en tu amorosa ternura
¿no calmarás mi amargura
acogiendo mi clamor...?
Tú, dulcísimo tesoro,
esperanza del mortal,
luz divina à quien adoro;
¿no recogerás mi lloro
con tu mano celestial?
Sí, angélica María,
tú escucharás mi oracion,
y benigna, Madre mia,
rayo de pura alegría
enviarás al corazon.

Cármen de Berróstegui.

Sevilla: 1844.



En el cumpleaños de mi Esposa.

Salve, mi caro bien, nunca mentido
Fué nuestro dulce amor: hemos amado
En la edad juvenil ¡dulce recuerdo!
Cuando el verdor de los primeros años
Te inspirára el amor, débil buscaste
Apoyo á tu ecsistir; tendí mi mano
Y con dulce sonrisa me miraste,
Y aceptando mi don, los corazones
Para siempre se uniéron, para siempre
Se juraron amor: tal dos arroyos
Mezclando sus corrientes placenteras
Discurren mansos por el mismo cauce
A perderse en el mar, así dos almas
Si las junta el amor, ya confundidas
En inefable bien siguen contentas
El áspero sendero de la vida
A terminar en apacible muerte.

¡Dulce pasion que en nuestra edad formaste
La dicha conyugal! ¡amor divino!
La copa del placer de los amantes
Tú nos diste á probar: opimos frutos
De nuestra bella union en pos vinieron
A coronar nuestros ardientes votos.
Si algunos dias de pesar tuvimos
Tambien otros felices nos miraron;
Y la paz, la amistad, dulce contento
Que el alma fortalece y vivifica
A nuestro enlace le ha cabido en suerte.
¡Que mas felicidad! ¿Importa acaso
Que un año y otro se nos pasen breves
Y nos acerquen la vejez sombría?
Gocemos nuestro amor por todo el tiempo
Que nos conceda el cielo. Si al ocaso
El sol se precipita, sus bellezas
Tiene tambien la tarde: no pensemos
En los males futuros; y este dia,
Que tu natal recuerda, consagremos
A la memoria del placer tan solo
Que en cinco lustros nuestro amor nos diera.

J. M. M. de E.

Alcalá de Guadaira 30 *de Agosto de* 1848.



Á UNA COQUETA.

Niña hermosa y hechicera,
Que de gracias adornada,
Eres de tantos amada
Y con ninguno severa.
¡Ay! tan gloriosos amores
Y alegria
Puede ser que un tiempo llores,
Y se vuelvan algun dia
Abrojos las bellas flores.

Tu dulce sonrisa engaña,
Y tus ojos adormidos
Traen los amantes rendidos
Cuando los fijas con maña.
Cada vez que uno te mira
Se enamora,
Por tí con pasion suspira,
Y tú le admites, señora,
Pues á eso tu orgullo aspira.

Cada vez que placentera
Propicio á tu lado ves
Un nuevo amante cortés
Que tus gracias ecsajera,
Palpita tu alma sentida
De placer,
Pues la alabanza obtenida
Es ilusion de muger,
Y de coqueta alma y vida.

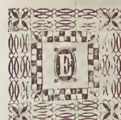
Si habla contigo un amante,
Y un poco triste se muestra,
Tú, que en finjir eres diestra,
Te pones triste al instante.
Si amante es de soledad
Tambien lo eres,
Y no hallas felicidad
Ni en los mundanos placeres,
Ni en la injusta sociedad.

Si otro es social y gracioso,
Pronto las palabras tristes
Dejas, y vuelven los chistes
De tu genio bullicioso:
Y al mundo y su ruido alabas
Si juiciosa
En su contra antes clamabas,
Y te burlas maliciosa
De aquel que antes conquistabas.

Así alegre y divertida
Cercada siempre de encantos
Sin tener jamas quebrantos,
Pasas, hermosa, tu vida.
¡Ay! tan gloriosos amores
Y alegría
Puede ser que un tiempo llores,
Y se vuelvan algun dia
Abrojos las bellas flores.

Antonia Diaz Fernandez.

LA BELLA FORNARINA.



El amor es la vida del artista, y él ha levantado á muchos genios del polvo de la nada al sólio de la grandeza.

Cuando el hombre está poseido de una pasion vehemente nada hay para él difícil, como esto se encamine al bien estar ó gloria de aquella muger que cautivó su alma. Ella es su inspiracion, y por eso uno de nuestros poetas modernos, al dedicar sus poesias á la beldad que lo habia inspirado, se espresaba de esta manera:

«*Mis versos son tu corazon y el mio.*»

Y ¿qué gloria no será para una muger, que su nombre

pase á la posteridad, unido al nombre de uno de esos genios en cuyas tumbas no se marchitan los laureles?

En un barrio de los mas solitarios de Roma vivía un panadero llamado Pablo, á quien el cielo habia concedido una hija de portentosa hermosura, para cubrir con su amor la espinosa senda de su vejez. Era un verdadero tipo de belleza, y tan candorosa y pura como los sueños de un niño. Llamábase Fornarina, nombre derivado de *Fornaja*, muger del panadero. Solo por verla concurrian muchos jóvenes á la casa del anciano Pablo, abasteciéndose en ella del rico y sabroso pan que elaboraba. Muchos elogiaban á la hija del panadero; pero ninguno hablaba de sus amores. Nadie sabía el nombre del que había cautivado su corazon, robándole esa calma que solamente nos concede la inocencia en los fujitivos años de la niñez. Hoy nadie ignora en Italia, ni en Europa entera, quién fué el amante de la bella Fornarina.

Rafael, el divino Rafael, que pasaba todos los dias por su tienda para ir al palacio del banquero Ageltino Chigi, que le había encargado la pintura al fresco de una capilla, fué el hombre destinado á gozar de los favores de aquella *inocente regazza*. Rafael, por su posicion social, podía aspirar al amor de una dama mas esclarecida, que le diera orgullosa su escudo de nobleza por su escudo de gloria, sus palacios y sus tesoros por una sola hoja de su corona de laurel. Él había visto á Fornarina; la habia amado ardientemente, y ella era la única que podía ser dueña de su corazon.

Todos los amantes son cobardes para declarar su afecto, y nuestro pintor dejó pasar dias y meses sin desplegar sus labios. Pero como en el amor, cuanto mas calla la lengua, tanto mas hablan los ojos, no pudo ocultarse á Fornarina el amor de Rafael; y sabido de ella, no pudo menos de corresponderle. Aquellas dos almas abrasadas de un mismo fuego, agoviadas de unos mismos padecimientos, necesitaron comunicarse para levantar un paraiso en el mismo sítio donde tenian un infier-

no. Desde ese instante no hubo para Rafael mas que Fornarina; no hubo para Fornarina mas que Rafael. Él dejó de visitar los palacios de los nobles para visitar la casa de su querida; se olvidó de sus pinceles y de su gloria para hablarla de su amor. Fornarina, ébria de tanta dicha, no se acordaba de sus parroquianos, y éstos tuvieron que abandonarla.

Como ya hemos dicho, Rafael se hallaba ocupado en pintar al fresco la capilla del palacio de Ageltino Chigi. Entusiasmado éste con lo que habia pintado nuestro amante, en vano trató de persuadirlo á que concluyese su obra. Rafael no podía separarse un solo momento de Fornarina; y al banquero Chigi no le quedó otro arbitrio, para ver realizado su deseo, que llevar á Fornarina á su palacio. Desde entonces nuestro pintor trabajó con todo ahinco, y en breves dias finalizó su obra. Concluida ésta, se trasladó al Vaticano en union de su inseparable compañera. El Papa, que no veia con agrado los amores de Rafael con la hija del panadero, no pudo menos de esclamar un dia al ver reunidos á nuestros amantes: ¿quién es esta muger? Rafael, sin ruborizarse, contestó al Pontífice: «Esta mujer es mis ojos.» Desde entonces no volvió á incomodarle con mas preguntas, y nada turbó la felicidad de los amantes.

Rafael murió siendo muy jóven, y despues de su muerte poco ó nada nos dicen las tradiciones de su bella Fornarina. Algunos créen que contrajo matrimonio con Julio Romano el alumno predilecto de su amante. Nosotros creemos que esto sea una falsedad, pues Fornarina no podia amar á otro despues de haber amado á Rafael.

M. Rodriguez Diez.



VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

LA ACUSACION.

(Continuacion.)

=Estoy pronto, añadió, á presentar testigos de la verdad de lo que acabo de decir. Y mient.as espero la decision del proceso, en tanto que se comprueba la esactitud de lo que he espuesto, debe seguirme Virginia; pues es justo , que una esclava siga á su señor. Yo prometo presentarla ante los jueces, si Virginio, á su vuelta del ejército, pretende ser aun el verdadero padre.

No; jamás lo consentiré : esclamó Numitor, que enterado por Fulvia de lo ocurrido, corrió hácia el foro y se esforzaba

por abrirse paso para llegar hasta Virginia.—Jamás sufriré que se cometa semejanie desacato. El padre de mi sobrina está ausente, en servicio de la patria, y es injusto atacar á sus hijos durante su ausencia. Solo una cosa pido, que confio no me será negada, y es, tener en mi poder á Virginia hasta la llegada de su padre: este cuidado me pertenece como á unos de sus parientes mas cercanos; y si es necesario, yo daré caucion de presentarla cuando se me ecsija; pues no es razonable, qué digo? no es justo, que en la casa de un honbre como Claudio, corra mas peligro por su honor, que por tu libertad.

Todo el pueblo aprobó la jnsticia de esta peticion. Apio, habiendo impuesto silencio, y afectando la equidad y el desinterés de un buen majistrado, declaró: que sería siempre el protector de las leyes, que él mismo habia consignado en las doce tablas:

—Pero en este asunto, añadió, hay varias circunstancias, que varian del todo la especie. Solo el que se titula padre de esta jóven puede reclamar su posesion; y si él estuviese presente, yo daria la providencia; pero en su ausencia, un hermano político, no puede tener el mismo derecho: y aunque yo quisiese conceder el plazo de tiempo necesario, para que Virginio pudiera volver del ejército; este plazo podria perjudicar á un señor que reclama á su esclava. En virtud de esto, ordeno que Claudio tenga en su poder á Virginia, dando la seguridad suficiente de presentarla á la vuelta de aquel, que pretende ser su verdadero padre.

Toda la asamblea, llena de indignacion, protestó por medio de un confuso rumor contra la injusticia de aquel arresto. No se oia por todas partes mas que quejas é imprecaciones. Las mugeres, sobre todo, llenos sus ojos de lágrimas, se agrupaban al rededor de Virginia, y la colocaban en medio de ellas, como para servirle de muralla. Mas Claudio, despreciando sus gritos y sus súplicas, trató de apoderarse de ella, á tiempo

que Icilio llegaba á la plaza, sus ojos centelleantes de furor, y lleno su corazon de ira y de venganza. No ignorando Apio el ascendiente que tenia éste sobre los ánimos del pueblo, le hizo anunciar por medio de un lictor, que tuviese á bien retirarse; pues el juicio estaba terminado. Pero Icilio, instruido de antemano de los torpes deseos del decemviro, á quien miraba como á un odioso rival, y llevado al mismo tiempo de su carácter impetuoso, le dijo:

=Es necesario, que me arranques la ecsistencia, antes que puedas gozar del fruto de tus artificios y de tu tirania. ¿No estás contento con habernos robado nuestra libertad, sino que es preciso tambien que tengamos que temer por el honor de las doncellas romanas? Tú no ignoras que Virginia me está prometida. Yo debo conducir á los altares á una jóven de condicion libre; no la quiero recibir síno de las manos de su padre. Si en ausencia de éste, se trata de atentar contra ella, yo imploraré para mi esposa el aucsilio del pueblo romano, á que sus gracias y sus virtudes la hacen acreedora; Virginio demandará para su hija la ayuda de todos los soldados; y los dioses y los hombres nos serán propicios. Pero aun cuando yo estuviese solo, la justícia de la causa que defiendo, y un amor legítimo, me darian fuerzas bastantes para oponerme á la egecucion de tu injusto arresto.

El pueblo conmovido por las palabras del Tribuno, rechazó á Claudio, y le obligó á refugiarse entre los lictores que rodeaban á Apio. Temiendo éste algun tumulto, en vista del furor que agitaba á la Asamblea, tomó el partido de suspender él mismo la egecucion de su mandato.

=Se sabe, dijo, despues de haber hecho lo posible por imponer silencio, que Iccilio no busca mas que la ocasion de poder restablecer el tribunado á favor de una sedicion; mas, para quitarle todo pretesto esperarémos la vuelta de Virginio hasta mañaua. Que le avisen sus amigos. Yo obtendré de Claudio, que en obsequio á la paz, y á la tranquilidad pública,

ceda algo de sus derechos, y consienta que permanezca esa jóven en libertad, hasta la llegada de su pretendido padre.

Claudio, fingiendo acceder con sentimiento, pidió que al menos, diese Icilio alguna seguridad de presentar á Virginia al dia siguiente. El pueblo, en el mas alto grado de entusiasmo, levantaba sus manos por todas partes, y cada uno se ofrecia como fiador y como prenda de seguridad. Conmovido Icilio por el afecto de sus conciudadanos, les dijo, despues de haberles demostrado su agradecimiento.

=Nosotros demandaremos mañana vuestro aucsilio, si Claudio no desiste de su injusta pretension. En cuanto á hoy, espero que se contentará con mi palabra, que es la de un honrado ciudadano: pues no poseo mas medios de seguridad, que ella, y el nombre sin tacha que me legaron mis antepasados.

Estas palabras fueron seguidas de los aplausos y aclamaciones de todos; pues unos veian en él al benemérito tribuno que con tanto ardor habia abogado por sus intereses, y otros al valiente militar, que tantos laureles habia ganado en los combates. Bien pronto se vió rodeado de una multitnd de parientes y amigos; cada uno de los cuales se esforzaba por ofrecerle el primero su ayuda, concluyendo por acompañar hasta sus casas á ambos amantes en medio de los vivas y de el entusíasmo del pueblo.

(Continuará),





SILVIO PELLICO. (1)

DEBERES DEL HOMBRE.

Dignidad del amor.



Honra á la muger, pero teme las seducciones de su belleza, y mucho mas las de tu corazon.

¡Dichoso tú si solo te apasionas ardientemente de la que debas amar y puedas elejir por compañera de toda tu vida!

Guarda tu corazon de todo yugo del amor,

(1) Uno de los mas célebres poetas contemporaneos de la Italia, digno de competir con Fóscolo, Manzzoni y Monti. Escribió una obra titulada *Deberes del hombre* recomendable toda ella por su delicada filosofía, y por su espíritu religioso, de la cual habiéndonos agradado sobre manera el capitulo XX, creimos un deber en nosotros traducirlo y ofrecerlo á nuestras lectoras, no solo por su utilidad, sino tambien para que pudiesen formar una idea del mérito del autor de *Francesca di Rimini.*

antes de entregarlo á una muger de poco mérito. Un hombre que no abrigase en su pecho sentimientos elevados podría ser dichoso con ella; tú no podrías serlo. No te queda mas medio que, ó vivir en perpetua libertad, ó con una compañera que corresponda á la idea que de la humanidad, y especialmente del bello secso, te has formado.

Ha de ser una de aquellas almas escogidas que comprenda las bellezas de la religion y del amor; mas pon cuidado no sea que te la pinte así tu imaginacion, y en la realidad sea luego muy diversa.

Si encuentras una muger de esta especie; si la ves animada de un ardiente amor hàcia la Divinidad; si la crées capaz de un noble entusiasmo por toda virtud; si la ves atenta á hacer todo el bien que puede, enemiga irreconciliable de toda accion moralmente baja; si á estas cualidades une un talento cultivado sin ostentacion alguna; si con este mismo talento es la mas humilde de las mugeres; si todas sus palabras y acciones respiran bondad, sentimientos elevados, una elegancia natural, una firme voluntad de nunca faltar á sus deberes, un gran esmero en no afligir á nadie y en consolar á los afligidos, y en servirse solo de sus encantos para ennoblecer los pensamientos agenos ¡ah! ¡ámala entonces con un grande amor, con un amor digno de ella!

Séate un ángel tutelar, una viva espresion de la ley divina para alejarte de toda bajeza, para impulsarte á toda accion loable. En todo lo que emprendas procura alcanzar su aprobacion, procura que su bella alma se regocije de tenerte por amigo, procura honrarla no solo delante de los hombres, lo que poco importa, sino delante de Dios que todo lo ve.

Si alma tan elevada, tan fiel á la religion posèe, tu grande amor para con ella no será ni esceso, ni idolatria. La amarás precisamente, porque sus deseos estarán en perfecta armonía con los designios de Dios. Admirando los unos admirarás los otros, ó por mejor decir, serán siempre los de Dios los

que admirarás. Si fuese posible que su voluntad llegase à contrariar á la de Dios, se desvanecería tu delicioso encanto, y dejarías de amarla.

Este noble amor es tenido por quimérico por muchos espíritus vulgares que no tienen idea de una muger dotada de un espíritu elevado. Estas afecciones tan puras y que tan poderosamente nos escitan à la virtud no son imposibles; ecsisten, bien que sean raras; y los hombres deberían decir: «ó estas ó ninguna.»

LAS ILUSIONES.

Artículo I.

A la luz del sol, y á la claridad de lo presente nada aparece grande: en este mundo nada es completamente hermoso sino el bello ideal; la ilusion es elemento de hermosura de todas las cosas; solo se esceptua el amor y la virtud.

LAMARTINE, *Viage al Oriente.*



Hay una palabra mágica, ecsiste una idea en el pensamiento del hombre, que jamas la pronuncia ó la recuerda sin que deje de sentir una grata emocion. Idea que no le abandona nunca, que le acompaña hasta el borde del sepulcro, y que, semejante á nuestra consoladora re-

ligion, derrama en su corazon un bálsamo de dulzura en sus horas de abatimiento y de desesperacion, y no le abandona ni en sus últimos instantes. Esta es la esperanza. ¿Y qué son las ilusiones sino el brillante oropel con que revestimos nuestros deseos? ¿Qué son mas que los vistosos colores, y las bellas y caprichosas formas que atribuimos á la flor de la esperanza? La noble ambicion, la gloria, los placeres, bajo cualquier aspecto que se les considere, son susceptibles todos de un bello ideal ecsistente en nuestra imaginacion. En ella tienen su hermosura, sus puros é inocentes goces; y en la realidad, despojados de las ilusiones que los adornan, solo se encuentra el desengaño.

Apenas nos desembarazamos de los amantes brazos en que nos adurmiera una tierna y cariñosa madre, cuando empiezan á desarrollarse en nuestra imaginacion los gérmenes ó instintos de felicidad, que una mano benéfica sembrara en nuestras almas para su consuelo, y que al mismo tiempo nos hacen ver el porvenir á través de un prisma seductor y alhagüeño. Llega la adolescencia, y entonces nuevas pasiones, nuevas necesidades, vienen á aumentar el número de nuestros deseos, y á crear en nuestra mente imágenes mucho mas seductoras, mucho mas bellas. Entonces vemos al tiempo desgarrar con mano cruel é implacable los adornos con que revistiéramos aquellos ideales, y aparece á nuestros ojos en toda su desnudez la terrible realidad. Semejante al viagero, que acosado por la sed en los vastos desiertos del Egipto, y engañado pór el fenómeno del *mirage* (1) le parece ver á lo lejos u-

(1) El *mirage* ó espejo ilusorio, es producido por el calor del sol sobre la arena, pues calentando ésta á su vez á la capa de aire que se halla en contacto con su superficie, la dilata, llegando á ser especificamente mas ligera que las demas capas que están sobre ella; entonces los rayos dirigidos por los objetos hácia el suelo se refractan, y van á herir el ojo del observador, que vé al revés la imágen de los objetos colocados á cierta distancia, como si estuviesen reflejando en el agua.

na dilatada estension de agua, que limita el término de sus miradas; á medida que se acerca la vé alejarse poco á poco, y desaparecer al fin, para ir á reproducir la inundacion en otro sitio mas distante; hasta que abrumado por la fatiga y el cansancio, viene á caer sin aliento sobre la misma arena, que antes le habia tan cruelmente engañado.

Tales somos nosotros. A cada paso que damos en el sendero de la vida, van huyendo nuestras ilusiones á horizontes mas lejanos, hasta que desengañados, y con el corazon destrozado por el pesar, vamos á reposar á la tumba.

La felicidad completa no es de este mundo. Dios ha querido colocarla solamente en derredor de su trono. Por eso sentimos siempre un constante vacío en nuestro corazon; por eso, aún satisfechos nuestros mas ardientes deseos, nos resta algo que desear; y por eso en fin en nuestras aflicciones elevamos los ojos al cielo, secos de tanto llorar, y al volverlos à la tierra, los sentimos bañados en lágrimas de consuelo y de dulzura. Sin embargo, seria una injusticia, seria un insulto á la Divinidad, el decir que nos ha colocado sobre el globo en que habitamos solo para hacernos infelices: decimos mas, seria blasfemar de su bondad, el creer que nos haya dado deseos sin poderlos satisfacer; el condenarnos eternamente al martirio del Tántalo de la Mitologia, que ardiendo en una sed devoradora, estaba castigado á tener constantemente una poca de agua junto á sus labios sin poderla gustar. No; Dios no se complace en el tormento de sus criaturas. Él nos ha dado dos sentimientos divínos, dos destellos de nuestra felicidad futura; el amor y la virtud. Estos dos sentimientos no necesitan de las ilusiones para aparecer bellos á nuestra vista, porque ellas no pueden en nada aumentar su hermosura.

Asi que empieza á desarrollarse nuestro entendimiento, asi que comenzamos á sentir la necesidad de buscar un ser, á quien comuniquemos nuestros mas ocultos pensamientos, à quien hagamos partícipes de nuestra felicidad ó de nuestras desgracias, y que pueda

ocupar el lugar que la naturaleza le ha destinado en nuestro corazon ¡qué de ilusioues forjamos entonces en nuestra imaginacion; qué de bellas fantasmas vienen á hablarnos en nuestros dorados sueños, yá llevar en susalas de rosa los suspiros que enviamosá aquel ser que ocupa incesantemeute nuestros pensamientos, y á quien ya sin conocerle amamos! Entonces se deslizan apacibles y tranquilas las horas de nuestra existencia, sostenida nuestra alma por la seductora esperanza; pero por desgracia, no podemos pasar toda nuestra vida en aquellos dias puros y serenos como los de la primavera, ni en aquellos sueños sosegados éinocentes como los de un niño; es necesario seguir nuestro camino y despertar. Aquellas ilusiones, aquellos ensueños, no pueden ya satisfacer nuestros deseos; anhelamos ver y hablar á aquel ser, mitad de nuestra alma; necesitamos decirle que le amamos, y repertírselo mil veces. Entonces despertamos, y ¡qué triste es despertar de una encantandora ilusion á la fria y desengañadora realidad! Vemos que aquel ser que alhagára nuestra fantasia no lo podemos encontrar; que las bellezas físicas y morales que le atribuíamos, no las observamos en ninguno; y pronto nos llegamos à convencer de que aquello seria quizás un desvario, una ecsaltacion de nuestra mente. En ese caso si tenemos el valor suficiente, corremos un velo sobre lo pasado, cuya estremidad no osamos levantar, ni en nuestras confidencias con un amigo, temiendo que se burlen de nosotros; ni en nuestras horas de reflecsion, temiendo avergonzarnos á nosotros mismos. Pues bien, lectoras, ese amor tan puro, ese sentimiento que absorvió vuestra imaginacion en los hermosos dias de vuestra juventud, es verdadero y debe satisfacerse, por que es un sentimiento del corazon, es justo y debe respetarse por que emana de la Divinidad. ¿Y por qué no se realiza? ¿Por qué no encontramos, ó no creemos encontrar, un ser digno de ese amor? ¿Por qué se le ha de sacrificar, las mas de las veces, á la obediencia ó al interés? ¿Por qué ese sentimiento sagrado ha de servir solamente de mofa y de ridículo...? Hé aquí uno de los muchos crímenes que gravitan sobro la sociedad,

crímen que enjendra esa máscara con que nos obliga á disfrazar nuestros sentimientos, ese disimulo para no aparecer ridículos á sus ojos, ese sarcasmo con que os zahiere, cuando os dice: ¡oh! habeis leido muchas novelas. ¿Es el René de Chateaubriand, ó el Pablo de Saint-Pierre? ¡Amores de novela...! Como si bastaran las plumas de Paint-Pierre ó de Chateaubriand para describir los puros y celestiales goces del verdadero amor!

Por otra parte la educacion, que es la que forma el alma de las jóvenes, influye tambien mucho. Una madre movida acaso por el cariño que profesa á su hija, la dice: que no entregue su corazon á ningun hombre, pues bajo la mas encantadora apariencia, ocultan el dolo y el engaño: que no tratan mas que de hacerse amar para triunfar de ella, dejando burladas sus esperanzas, y para arrojar despues sobre su frente el baldon de la deshonra: que no deposite en ninguno su afecto, hasta que no se haya unido á él con lazos mas estrechos. Estas nociones de moral, convenimos en ello, serán buenas, serán aplicables á algunos, pero no pueden hacerse estensivas á todos. Si nó, veamos sus consecuencias.

Llega un hombre á la adolescencia; é instintivamente, y en virtud de las leyes naturales, que Dios grabara en su corazon, se dirije á buscar una compañera, tan necesaria para él, como el aura para las flores. Sus obsequios, su ternura se han fijado ya en una jóven; unos ojos negros y radiantes, una frente respirando candor y pureza, unos labios entreabiertos, que despiden un perfume celestial, y un talle en que prodigára la naturaleza todas sus gracias, hé aquí los encantos que le han hecho adorarla y proclamarla el àngel de sus amores. Ninguna, en verdad, seria mas digna de su ardiente y sincero amor, si hubieran tenido el mismo cuidado en su educacion moral, y en cultivar su entendimiento, asi como la naturaleza se esmeràra en reunir en ella todas las perfecciones posibles. Pero sigamos adelante. Esta jóven, conservando grabadas en su corazon las màcsimas que una madre le

inculcara, acoje con cierta prevencion, sinó con la sonrisa en los labios, las sínceras protestas de amor del apasionado jóven, que viendo burladas sus esperanzas, despreciadas sus palabras y ridiculizada su mas pura pasion, maldice á la sociedad, á su destino, y quién sabe hasta qué punto puede llevarle su desesperacion... La jóven por su parte tambien llora en secreto, aunque rara vez se arrepiente de aquella ingratitud, creyendo que ha cumplido con un deber, pues de lo contrario hubiera sido faltar á su *dignidad.* Hé aquí pues dos jóvenes, nacidos quizás el uno para el otro, condenados à una eterna separacion y á ser ambos desgraciados. No queremos insistir mas sobre esto, dejamos al cuidado de nuestras bellas lectoras el seguir el curso de reflecsiones que se deduce del ejemplo que hemos puesto.. No queremos tampoco investigar la otra causa de esa reserva en las jóvenes, porque quizàs la maldad de los hombres tenga en ella mucha parte. Dirémos solamente que nos parece haber probado que ecsiste ese amor puro y sublime, aun cuando no se realice por las razones dichas; y que ecsistiendo en nuestro corazon, por ser el mas bello y puro de los sentimientos, y el que mas nos une con la Divinidad, no necesita de bello ideal; y que por lo tanto **Las ilusiones no son elemento de hermosura en el amor.**

J. M. Herrera.





UNA FLOR EN LA TUMBA

DE D. FEDERICO RAMOS Y ARRAUZ.

Arpa dulce de amor, ¿por qué suspiras?
¿Por qué perdidos tus dolientes ecos
Suenan pausados, funerarios, huecos,
Cual de un bronce la tarda vibracion?
¿Por qué cual ave que de muerte hiriera
El diestro cazador en la espesura,
Tu voz cual ella sin cesar murmura
Un canto que destroza el corazon?

¿Por qué marchita la guirnalda hermosa
Que en tu blanco marfil se entrelazaba
Y tus sonoras cuerdas perfumaba ,
Yace olvidada con desden fatal?
¿Por qué no son mis trovas de alegria,
De ventura tus sones hechiceros,
Y mis tristes acentos plañideros
Espresion de una dicha celestial?

¡Ah! ya lo sé, constante compañera
De mi suerte infeliz, arpa querida:
Norte que guias mi ajitada vida
Del mundo insano en el revuelto mar.
Bàlsamo grato á mi dolor agudo,
De mis penas suavisimo consuelo,
Y único bien que en su piedad el cielo
Concedió á mi ferviente suspirar.

Ya lo sé por mi mal; cual yo lamentas
De la implacable parca los estragos;
Y en tanto que recuerdos tan aciagos
Me abruman con terrible inmensidad,
Tú que á los seres mi pensar revelas,
Tú que deliras cuando yo deliro,
Lanzas vibrante tu fugaz suspiro
Consagrado á la plàcida amistad.

Y lloramos las dos de un fiel amigo
La pérdida temprana, que ha privado
Al suelo en que vivió tan apreciado
De admirar su gallarda juventud;
Y las dos *una flor sobre su tumba*
En este canto consagrar queremos,
Mientras su pura sombra evocarémos
Que reside en la esfera del querub.

Sér á quien dí mi fraternal cariño,
Desde esa region bella en donde moras
Las làgrimas contempla abrazadoras
Que tu amarga partida me arrancó.

Oye tambien mi dolorido canto;
Y la inodora flor que en él te envío,
Reciba el fresco matinal rocío
Que ora no puedo concederle yo.

Placer me daba y venturoso orgullo
El llamarte mi hermano, cuando lleno
De juventud y vida, ví en tu seno
La virtud ostentarse y el honor.
Amable y agraciado conquistabas
De cuantos te miraban el efecto,
Que era tu corazon noble, perfecto,
Nacido para el goce del amor.

Meciáste en los brazos cariñosos
De alagüeña ilusion, cual se cimbrea
La altiva palma, pabellon que ondea
Del cielo bajo el limpido dosel:
Pero ruje el *simoun* en el desierto,
Y troncha con su furia la palmera:
Así la muerte destrozó ligera
Tu hermosa vida con guadaña cruel.

¡Cuan amargo es morir, cuando sonríe
Blanda fortuna á nuestro anhelo grata,
Y la mente embriaga y arrebata
El fuego activo de la edad viril!
¡Cuan triste es ver como la nada absorve
Bellas visiones, impalpables sueños,
Placeres ignorados y risueños,
Suaves como el céfiro de Abril!

¡Cuan embelesador el falso mundo
Se mostraría à tu postrer mirada,
Por las espeaas sombras ya velada
Que la muerte derrama en nuestro sér!
Y desprendido de los torpes lazos
Que a la vida nos atan fuertemente,
¡Cuan clara esta mansion, cuan esplendente
La verian tus ojos por do quier!

Feliz pues tú, que sin combates rudos
Alcanzaste la palma de victoria,
Y gozas ya la suspirada gloria
Donde nos brinda con su amor un Dios:
Ya no lloro tu muerte porque alumbra
La fé cristiana mi obcecada alma,
Y deseo probar tu dulce calma,
Volar tranquila de tu sombra en pos ,

!Adios, hermano! en tu sepulcro frío
Deposito esta flor de mis cantares,
Ofrenda consagrada en los altares
Del cariño leal con que te amé.
Ház que le preste el aura sus aromas,
Y si te place mi recuerdo fino,
Proteje desde el cielo mi destino
Mientras yo con mis sueños gozaré.

AMALIA FENOLLOSA.

Castellon 19 de abril de 1849.

RECUERDOS.

SONETO DEL CELEBRE PLÁCIDO.

Cual suele aparecer en noche umbría
Metéoro de luz resplandeciente,
Que brilla, parte, vuela, y de repente
Queda disuelto en la region vacía,
Así por mi turbada fantasía
Cruzaron cual relámpago luciente
Los años de mi infancia velozmente,
Y con ellos mi plácida alegría.
Ya el corazon á los placeres muerto
Parécese á un volcan, cuya abrasada
Lava tornó los pueblos en desierto;
Mas el tiempo lo holló con planta airada,
Dejando sólo entre su cràter yerto
Negros escombros y ceniza helada.





A la Juventud de Estremadura.

Mirad como se eleva ya orgullosa
La capital un tiempo oscurecida,
Míradla, que despierta ya animosa
Del letargo en que estaba sumergida.

Sus hijos otro tiempo perezosos,
Un nombre vergonzoso la dejaron;
Nuestros mismos patricios orgullosos
De la Nacion...«los Indios» nos llamaron!!!

Vates augustos, genios elevados,
En nuestro suelo renacer se vieron:
Mas ¡ay! por la ignorancia descuidados
Sin nombres y sin lauros perecieron....

Mas los tiempos de tanta desventura,
Juventud estremeña, ya han pasado;
Y para tí cual rayo de luz pura,
Las ARTES y las CIENCIAS han brillado.

¿Qué os importan las horas de desvelo
Que os ofrece el estudio fatigoso?
¿Qué importan si daréis à vuestro suelo
Un nuevo lustre y esplendor glorioso?

¡Corred! aprovechad sabias lecciones
Con ardiente entusiasmo y energía,
Y á este suelo dejad sabios varones
En las armas, las ciencias, la poesía....

No desmayeis.... ¡ah! no. Con firme planta
Huid de la ignaccion y la pereza,
Veréis que Estremadura se levanta
Radiante de hermosura y de grandeza!

Haced que al par de otras ciudades bellas
Podamos pronto vindicar á España,
Alzando victoriosa á las estrellas
A la que blanco es hoy de mofa estraña.

No sufrais ya jamas que otras naciones
De daros su saber hagan alarde:
Conquistad de las ciencias los blasones;
Y cuando á daros vengan sus lecciones,
Decid al estrangero: «Venis tarde!»

Maria Cabezudo.





LA REVELACION.

En la orilla de un arroyo,
bajo un florido arrayan,
estaba la bella Zora
de llanto vertiendo un mar.
De su dolor conmovido
el califa de Bagdad,
llegóse respetuoso
y la dijo: «Por Alá,
¿qué pena aflije tu pecho
cuando así te veo llorar?
¿No tienes ricos palacios
cuyas fuentes de cristal
con su suave murmullo
diciéndote siempre están,
«por ti se abrasa de amor
el califa de Bagdad?»

¿No tienes vastos jardines
donde esparcen sin cesar
sus aromas el jazmin,
y el preciado tulipan;
en cuyas hojas grabados
puedes ufana mirar
los juramentos de amor
del califa de Bagdad?

¿No tienes aves canoras,
que apenas rasgando va
el sol de la noche el velo,
te vienen á despertar
para gozar las caricias
del califa de Bagdad?

¿No eres sola la que el lecho
vienes altiva á ocupar
cuando baja á su serrallo,
y con ardoroso afan,
como bandas de palomas,
mira en su torno jirar
á sus mas bellas cautivas
el califa de Bagdad?

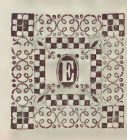
¿No tienes miles esclavos
que adivinándote están
tus mas frívolos caprichos
para hacerlos realizar;
y entre esa turba de esclavos
siempre rendido y galan
al poderoso califa
de la opulenta Bagdad?
¿Qué te falta, Zora mia,
cuando asi te veo llorar?
Habla, hermosa, y tu deseo
cumplido al punto será,
que en esto su dicha cifra
el califa de Bagdad.

¿Qué te falta, Zora mia?
¿Me lo vas á revelar?»
—Si... si... callarlo no puedo:
me falta... **la libertad!**

Manuel Rodriguez Díez.



LAS ESPARTANAS.



Entre los muchos sistemas de educacion que han tenido las mugeres en los diversos paises, segun las leyes, costumbres y religion que en ellos han dominado en distintas épocas, uno de los que mas llaman la atencion es el de la antigua y célebre república de Esparta. Su legislador Licurgo había ahogado con sus leyes en los espartanos todos los sentimientos del corazon, para desarrollar ecsageradamente solo uno, el amor de la patria; de modo que este sentimiento era en aquella nacion la principal ó acaso la única virtud, así como la única cualidad recomendable era el valor. Un esp artano no era hombre, era solo ciudadano; una espartana por consiguiente no era muger, era solo la madre de un defensor del estado. Estas ideas debian necesariamente influir en la educacion física y moral de las mugeres: la madre de un *soldado* no es lo mismo que la madre de un *hombre*, y de ahí el caracter especial de su educacion en esa célebre república.

Las niñas, desde su mas corta edad, eran espuestas á la intemperie, para que se familiarizasen y no temieran nunca sus rigores. Sus primeras ocupaciones se reducian á bailar, luchar, correr en el estádio, y lanzar el dardo; y segun los

habitantes de aquel pais, se les acostumbraba à todos estos ejercicios para fortificar sus fibras, soltar sus cuerpos, y hacerlas capaces sobre todo de dar á la patria hijos sanos y robustos. Su vestido, que apenas les llegaba á la rodilla, era apropósito para estas ocupaciones, no estorbándolas para ninguna clase de movimientos; y llegaba á tal estremo lo varonil de su educacion, y estaban cubiertas, como se espresaban sus compatricios, por el pudor y la virtud, que tenian fiestas solemnes en que danzaban totalmente desnudas.

Un célebre viajero que recorría la Grecia en el siglo V antes de Jesucristo, tuvo ocasion, al pasar por Esparta, de presenciar uno de los ejercicios de las jóvenes; y pareciéndonos que ha de agradar á nuestras lectoras el escuchar la descripcion de esos ejercicios de boca de un testigo ocular, vamos á copiar la que hace dicho viajero.—«Hiciéronnos sentar sobre unas gradas de piedra. Dióse la señal. Vimos entrar en el estádio cuarenta gallardas jóvenes, cuyas túnicas abiertas por ambos lados no les pasaban de la rodilla. Sus piernas y brazos iban desnudos, y una corona de laurel les mantenia el pelo sobre sus cabezas. Marcharon hasta el centro del estàdio, y luego se dividieron en dos tropas. Dada la señal, ambas se salieron altivamente al encuentro, despues se pararon, y en seguida cada atleta le arrojó sobre su adversaria. Se abrazaron estrechamente, entrelazaron sus brazos y piernas, y empezaron á moverse alternando, y se apretaron y retrocedieron, y titubearon y se repusieron..... La hermosa Aspasia ganó el premio, y por cierto que merecía tambien el de la hermosura. Noté durante aquellos ejercicios que las jóvenes satirizaban á los jóvenes con chanzas y aun tambien con epígramas. Otras elogiaban á los que eran de su gusto, y les cantaban coplas en su honor, con lo cual inflamaban sus ánimos, y escitaban los celos de sus compañeros."

«Despues de la lucha se prepararon aquellas jóvenes para la carrera á pié. Veinte de ellas se colocaron sobre una mis-

ma línea formada por una cuerda tendida. Unos instrumentos músicos dieron la señal; cayó la cuerda, y nuestras heroinas se arrojaron à la lid. Levantóse un polvo espeso, y volaron,... la bella Aspasia se adelantó á sus competidoras. Tan ligera como Atalanta, apenas dejaban sus pies vestigios sobre la arena: esforzóse cuanto pudo, fue la primera que tocó en el blanco, y entónces celebraron su victoria ruidosos aplausos. Uno de los éforos le salió al encuentro y le puso una corona de olivo. Entonces vimos que las frescas mejillas de la hermosa Aspasia se colorearon con un encarnado vivísimo, que es el mas bello de todos los colores cuando es hijo del pudor.»

Esta educacion varonil producía sus efectos. Las jóvenes espartanas eran altas, robustas, bien proporcionadas; y moralmente apenas se distinguian de los hombres. Pero lo que mas contribuía á constituir el carácter duro y aún cruel que adquirían, eran las escenas sangrientas y horrorosas que frecuentemente se ofrecían á su vista. En la fiesta de Diana una de las ceremonias era la *flagelacion* de los niños. Veinte de éstos, de siete años de edad, se colocaban en medio del templo, rodeando à una sacerdotisa que llevaba en las manos una estátua de la diosa. Otros tantos esclavos, armados de varas, les daban con ellas multiplicados y fuertes golpes, cuyo bàrbaro ejercicio duraba hasta que los niños caían en tierra moribundos, ó se cansaba la sacerdotisa de sostener la estátua. La sangre de aquellas inocentes víctimas regaba el pavimento, y à veces las varas de los esclavos les arrancaban pedazos de carne. El numeroso concurso que acudia á la fiesta contemplaba con respeto esta bárbara ceremonia; y tanto los hombres como las mugeres, no solo permanecian impasibles, sino que miraban con agrado una escena que en otro pais no hubiera podido menos de horrorizar al corazon menos sensible. Tales son los crímenes y atrocidades á que conduce siempre la superstición religiosa, y tal es la influencia que ejerce sobre nosotros la educacion.

A estas nocivas costumbres se unía la circunstancia, aún mas nociva quizàs, de ser el amor conyugal desconocido por las leyes. Los matrimonios no se efectuaban en virtud del amor y el consentimiento recíprocos; la suerte era la que unía á los esposos.... pero hemos dicho mal: en Esparta no habia esposos, habia solo hombres y mugeres que, obligados pór la ley, se unian con el objeto de proporcionar soldados á la patria. Así que las jóvenes llegaban á los veinte años, y los hombres á los treinta, debian casarse, pero lo hacian de la manera mas rara y singular. Se reunian las primeras, y entraban en un cuarto enteramente oscuro: en seguida entraban los hombres, y á la suerte y entre tinieblas, cada uno ponia la mano sobre la de una jóven, la cual era su muger en adelante. Sin amarse, y lo que es mas, sin conocerse, aquellas improvisadas parejas se dirijían cada una á la habitacion que de antemano tenia preparada; pero no para vivir juntos, pues el marido no acompañaba á su muger sino durante algunas horas de la noche. Los matrimonios, pues, nó tenian otro objeto, lo repetimos, que producir defensores de la patria, esto es, hombres que miraban como bárbaro y enemigo á todo el que no era su compatricio; hombres para quienes no habia mas humanidad que los espartanos, ni mas mundo que Esparta.

Pero otra costumbre aún mas odiosa endurecia el alma de aquellas mugeres hasta un estremo increible. Apenas nacia un niño era llevado ante un tribunal compuesto de ocho ancianos, y metido en un gran tazon lleno de vino, permaneciendo por cierto tiempo en aquel baño. Si esta inmersion no producia en el infante impresion alguna, era destinado á pelear algun dia por la patria; pero si la mas mínima señal indicaba que no habia tenido la suficiente robustez para resistir á aquella prueba sin recibir ninguna impresion, era condenado á muerte. Entonces era conducido á la cima del monte Taigetes; y no solo con conocimiento de sus padres,

sino aún con su aprobacion, la inocente criatura era desde aquella elevacion arrojada á los Apotetas, abismo destinado para aquel uso inhumano. Aquellos bárbaros, pues tal nombre es preciso darles, decian que los hijos no nacian para los padres, sino para la patria, y que ésta no debia admitir sino á los que fuesen sanos y robustos, por que los débiles le serian gravosos; y fundadas en este infernal sofisma, aquellas mugeres desnaturalizadas entregaban al verdugo el ser inocente que habian abrigado en su seno, acaso sin que las atormentára la imágen, que sin duda las perseguiria, de su hijo hecho pedazos en la profundidad del abismo. Júzguese pues cual seria la sensibilidad del corazon de las espartanas.

Esta educacion, como à primera vista se nota, es el estremo opuesto á la que reciben hoy las mugeres en los paises que se llaman civilizados. Ambas tienen sus defectos, y defectos gravísimos; y es esto tan cierto, que si pudiéramos evitar la influencia que sobre nosotros ejercen la costumbre y el espíritu del siglo, y atender esclusivamente á la razon, hallaríamos sin duda, al comparar ambas educaciones, que la de la moderna Europa no tiene sobre la de la antigua Esparta mas ventaja que la parte en que ha sido iluminada por el Evangelio: y hemos dicho *la parte*, porque desgraciadamente se separa en mucho de aquel Código divino. Los vicios de ambas educaciones son opuestos, es verdad, y algunos de un caràcter muy distinto ; pero no por eso son unos y otros menos perjudiciales. Sin embargo, la educacion de las antiguas espartanas desapareció, y del mismo modo desaparecerà la de las modernas europeas, siendo esta última sustituida por otra fundada entera y únicamente en la ley de Jesucristo, porque es la ley natural. Y aunque la época en que se efectúe tan feliz cambio no pueda preveerse, y aunque esa época esté muy distante, no por eso es menos cierto que ha de llegar algun dia, toda vez que la perfectibilidad humana es una ley de la naturaleza.

J. B.

VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

El Sacrificio.

Nos parece que por los acontecimientos referidos se habrá podido venir en conocimiento de la índole y carácter de Apio Cláudio, al que podia decirse con razon que no le cedian en nada sus cólegas. Los romanos veian con dolor y con tardío arrepentimiento, que cada uno de los legisladores se habia convertido en un tirano. Los mas acomodados emigraban á sus posesiones, si éstas estaban tan ocultas, ó eran tan inferiores, que pudiesen pasar desapercibidas á los ojos de sus opresores. Ya no se reunia el Senado para las decisiones, ni la asamblea del pueblo ó los co-

micios para las elecciones de los magistrados. Todo se hacia segun el capricho ó interés de los decemviros, y se habian abrogado éstos una autoridad tan lata, que los colocaba fuera de la ley que ellos mismos habian redactado. Sus enemigos particulares, y éstos eran casi todos los ciudadanos honrados y amantes de la libertad, gemian en el ostracismo, ó eran asesinados descaradamente por sus sicarios. Era tal el odio que todos les profesaban, que los mismos soldados, vencedores hasta entonces en cien combates, huían ante las enseñas enemigas, que tantas veces hollaran con sus pies; esta indiferencia ante el peligro de la patria, no podia atribuirse mas que al aborrecimiento que les inspiraban sus capitanes, pues segun uno de los capítulos del nuevo código, los decemviros habian de mandar los ejércitos. A tal estado conduce la tirania y la opresion, que hace estinguir en el corazon del hombre hasta el instinto de nacionalidad.

Dispénsennos nuestras lectoras estas frecuentes digresionespues nuestra alma se llena de indignacion al ver como aquellos tiranos sacrificaban á su ambicion y á su egoismo el bienestar de sus conciudadanos, y el sagrado depósito de la libertad que un pueblo crédulo les confiara.

Sigamos nuestra historia. Amaneció el dia citado para el fallo del juicio, que todos esperaban con ansiedad, y cuyo resultado temian los que amaban la tranquilidad pública; aunque bendecían al mismo tiempo la ocasion que se les presentaba de poder romper el yugo de tan ominosa tiranía.

El pueblo se dirijia en tropel hácia la plaza pública; y Apio, habiendo hecho bajar del Capitolio todas las tropas que en él habia, se encaminó con direccion al foro, precedido de sus lictores armados con sus haces, y llevando en sus labios la sonrisa del triunfo, y en su corazon el deseo de la venganza. No había perdonado medio alguno para conseguir la victoria que tanto anhelaba, y la que estaba seguro de alcanzar; pues había enviado un emisario al campamento, con la

órden de que de ninguna manera diesen licencia á Virginio para volver á la ciudad. Sus soldados cercaban la plaza, y los lictores estaban encargados de apoderarse de Icilio á una señal de Apio. . . . .

El decemviro recorria con la vista toda la plaza, y no podia distinguir á Virginia, ni á ninguno de sus amigos. Ya dudaba de que se presentase, cuando sonó la hora señalada. Un lictor llamó á la acusada por tres veces repetidas, y el mas profundo silencio obtuvo por respuesta. De improviso adviértese un movimiento en un ángulo de la plaza, y el pueblo, semejante á las olas del mar impelidas por el viento, se dirijía en tropel hàcia aquel sitio. Bien pronto retrocede silencioso, para dejar paso á dos personas, seguidas de un numeroso concurso, que formaba, por decirlo así, su comitiva. Los ojos de Apio brillan de alegria al reconocer á Virginia en uno de aquellos dos personajes; pero bien sea por la distancia, ó por el pueblo, que á cada paso se le interponia, no podia distinguir quièn era el otro. Hallábase éste en esa edad en que, formando el tránsito de la virilidad á la vejez, goza todavía el hombre del vigor y la fortaleza de la primera, y de la preeminencia y respeto que inspira la segunda. Sus facciones severas é imponentes, y un modo de andar grave y magestuoso, revelaban un temple de alma firme á toda prueba, endurecido por los peligros de la guerra. Este era Virginio, padre de la desventurada heroina de esta historia. Virginia, pálida y demudada, se apoyaba fuertemente en el brazo de su padre, y se dejaba conducir sin conocimiento, ensimismada en profundas reflecsiones y abrumada bajo el peso de su dolor.. . . . .
. . . .

Se continuará.





¿DEBEN LAS MUGERES MEZCLARSE EN LA POLÍTICA?



Al leer el epígrafe de nuestro artículo, algunos creerán que vamos á poner en ridículo á aquellas jóvenes que discuten con calor la legitimidad de tal ó cual rey, que hablan de elecciones de diputados, de crísis ministeriales, &c. &c; otros juzgarán que nuestro objeto es recomendar á nuestras lectoras la intervencion, á lo menos pasiva, en esos negocios; y habrá otros tal vez que califiquen este artículo de poco ó nada á propósito para ser leido por las que no deben, segun ellos, entretenerse con otra cosa que el tocador, el bastidor y el devocionario. Sin embargo, nuestro objeto es muy diferente de los dos indicados; y en cuanto á la inportunidad de nuestro artículo, el deseo de ser útiles nos hace arrastrar el ser inportunos.

Sería con efecto ridículo que una jóven se mezclara en un asunto tan árduo y borrascoso como es hoy la política en Europa: en un asunto tan difícil para su edad y conocimientos, tan peligroso para su debilidad, y en una palabra, tan impro-

pio de su secso. Sería tambien ridículo que tratáramos de aconsejar á las mugeres sobre una materia en que todas ó la mayor parte están conformes, y de lo que por lo tanto no podríamos sacar ningun fruto. No obstante, las mugeres son la mitad del género humano, forman parte de la sociedad, y tienen con respecto á ella derechos y deberes, y por consiguiente ha de haber algo en lo que se llama *política* que sea de su incumbencia: ese *algo*, pues, es lo que vamos ligeramente á ecsaminar.

Ha dicho el inmortal **Rousseau** que «los hombres serán siempre lo que quieran las mugeres»; verdad de muy importantes trascendencias, y demostrada no solo por la razon, sino tambien por la dilatada esperiencia de los siglos. Cuando las mugeres han sido livianas y voluptuosas, los hombres han sido viciosos y tal vez afeminados; cuando para las mugeres no ha habido mas cualidades recomendables que el honor y el valor, los hombres han sido valientes y pundonorosos,... Y así debía suceder. Las primeras impresiones que se esperimentan son las que se reciben en el regazo de una madre; impresiones indelebles, eternas, que duran tanto como la ecsistencia, que influyen poderosamente en nuestras ideas y aún en nuestro caràcter, y de las cuales depende muchas veces la suerte de los hombres. Pues bien, nunca se ha pensado en dirijir debidamente esa influencia poderosa; nunca se ha pensado en decir á las mugeres: «ved que de vuestros hijos depende la suerte del linage humano; mirad que segun los sentimientos que en su corazon desarrolleis, así serán felices ó desdichados, y harán feliz ó desdichada á la humanidad; en una palabra, sabed que el porvenir depende de vosotras.» Y ¿qué sucede? que los jóvenes, sin ideas fijas, sin rumbo, se lanzan en el mar de la incertidumbre y de la duda, y permanecen fluctuando acaso hasta la muerte ó á lo menos durante un largo periodo de su vida; periodo el mas peligroso, pues la crisis que en él se efectúa, si bien puede conducirlos á la verdad, tambien puede sumirlos en el escepticismo y el error.

Lo contrario sucedería si las madres educáran á sus hijos no solo como hombres, sino tambien como ciudadanos. Y no se diga que para esto sería preciso que aquellas hubieran cursado en una universidad, y que fueran políticas, economistas, &c.: nó; lo que sería preciso es que tuvieran algunas nociones sobre la ciencia social, nociones que deberia tener todo miembro de la sociedad, y que basta la razon para desarrollarlas suficientemente. Entonces podrían enseñarles, desde que tuvieron uso de razon, el papel que algun dia debian representar en el mundo; entonces les marcarían el rumbo que habian de seguir en la espinosa carrera de la vida: y entonces en fin los jóvenes, bebiendo del seno materno, y bajo las gratas influencias de la familia, ideas que necesariamente habian de ser saludables y seguras, no se espondrian á beber otras ideas emponzoñadas en las fuentes impuras de la relajacion ó del fanatismo.

Esta es sin duda la mejor educacion política, así como sería la mejor en todos ramos, si las mugeres recibieran por su parte la que es propia de su poder y dignidad. En ella se reunen las circunstancias mas á propósito para producir un feliz resultado. La esquisita é insinuante delicadeza propia de la muger, el amor materno, el cariño filial, la docilidad de los niños cuando se les sabe tratar segun su carácter, la estabilidad de las impresiones y de las ideas que en esta edad se reciben,.... todo conspira á hacer que esta educacion sea útil, necesaria, la única tal vez que puede producir la verdadera civilizacion. Las mugeres, pues, tienen una mision grande y sublime, mision que debieran conocer y poner en práctica, pero que por desgracia es generalmente desatendida; y por consiguiente, la política no debe serles absolutamente estraña, nó para que se mezclen en sus terribles vicisitudes, sino para que formen el corazon de los que deben mezclarse en ellas algun dia.

Ni nuestros escasos conocimientos, ni la naturaleza de este periódico nos permiten indicar cuáles son las ideas que

debieran las madres inculcar á sus hijos, siendo por otra parte inútil este trabajo, pues la razon y el amor son suficientes para instruirlas. La razon, ayudada por algunas nociones de la ciencia social, les enseñaría si los hombres deben ser libres ó esclavos: si una nacion debe rejirse por el capricho de uno solo ó por las leyes que ella misma por medio de sus representantes establece; si la humanidad ha de permanecer estacionaria, ó ha de seguir la senda del progreso, cumpliendo la ley de su perfectibilidad: si el haber pobres esto es, familias que no tienen lo necesario para subsistir, depende de la naturaleza, ó de la ignorancia y la ambicion de los hombres,..... en una palabra, si las bases en que ha estado y está fundada la sociedad son naturales y benéficas, ó son absurdas quizas ridículas, y opuestas á la felicidad del linage humano. Nosotros no podemos, por una de las razones indicadas, resolver estas cuestiones; pero lo repetimos, el sentido comun basta á resolverlas, teniendo en ellas las jóvenes un vasto campo para la meditacion, y para emplear útilmente el ingenio y la penetracion de que las dotara la naturaleza.

J. B.





LA RISA.

La risa, segun Buffon, es la cualidad distintiva del hombre. El es el único de los seres animados que manifiesta por este acto físico el placer que disfruta, y la felicidad de que está inundado su corazon.

Hobbes no tiene razon cuando dice que la risa es hija del orgullo, y que nace de una comparacion que se hace con la persona que es objeto del motejo, por supuesto favorable siempre al primero. El hombre orgulloso no se digna reirse, y tan solo asoma una sonrisa amarga de desprecio y de ironía. La persona que no hace mas que sonreirse debe calificarse de fria, recelosa, falsa y maliciosa: la que rie

mucho es susceptible de sensaciones mas delicadas, y se presta mas al trato social, á la ternura, al amor, á la dulzura, á la benevolencia y á todas las afecciones de la nobleza y amabilidad.

Generalmente se ríe mas franca y desahogadamente cuando el corazon es puro y candoroso: en tal estado se abre facilmente á la confianza, á la alegría y al placer; pero cuando se llega á conocer la corrupcion del mundo y la malicia, el alma se encierra en sí misma, y el labio se abre con trabajo á la espresion del contento.

En los dias de inocentes juegos y de dulces ilusiones, en la aurora de la vida, en la verde estacion en que todo se presenta bajo el prisma de la satisfaccion y del regocijo, se ríe sin reserva y sin temor; pero cuando principian las borrascas de la vida, los desengaños de los hombres y el conocimiento práctico de los escollos en que puede tropezarse y se tropieza por la escesiva confianza, se cambia el trato festivo en seriedad, la esperanza en temor, la franqueza en reserva y la sencillez y candor en disimulo.

La risa es, sin embargo, la espresion del contento. Decía un filósofo hablando de una escelente muger que estaba envuelta en disgustos y quebrantos: «He creido siempre que fuera muy desventurada, pues que nunca la he visto reir» Difícil es que se muevan ni aun á la sonrisa los trémulos labios del hombre que jime bajo el peso de los años y de las desgracias. La risa es el mejor adorno de la hermosura. Homero llama á Venus *Philomites,* la diosa de la risa. Dos ojos risueños brillan con una luz mas hermosa: una boca de rosa es mas linda cuando se asoma á ella la sonrisa.

Todo lo que es agradable, dulce y halagüeño tiene un aspecto risueño; los poetas pintan con colores risueños todos los puntos de belleza ideal. Se rie el cielo sereno, se rien los prados floridos, se rie la primavera, se rie la juventud, sonrie la esperanza, sonrie la fortuna, es risueña la mirada del hom-

bre feliz, risueño es el semblante del que acaba de hacer una buena accion; dulce es la sonrisa de la benevolencia, de la ternura y del consuelo; fina es y delicada la sonrisa del aplauso, de la alabanza, y de la aprobacion; lo es así mismo la que acompañá al amistoso saludo, á la amena conversacion y á los modales elegantes.

No puede hacerse un cumplimiento mas grato que el de contestar con una fina sonrisa à los discursos de otra persona; dirijir la palabra con la sonrisa en la boca es anunciar el deseo de agradar; recibir á un amigo con la sonrisa es la mejor prueba de lo agradable que le es su presencia. La sonrisa de una hermosa, es la mejor recompensa de ardientes suspiros; la sonrisa de la patria es el premio mas precioso de las fatigas guerreras.

Cuando uno está contento de las personas que tiene á sus órdenes, no puede espresar mejor su aprobacion que dirijiéndoles una dulce mirada, y una agradable sonrisa. El beneficio que se dispensa adquiere doble realce cuando va acompañado de un semblante risueño.

El que no ríe á lo menos una vez al dia, dice un filósofo ilustre, puede decirse que ha perdido aquel dia. La risa y aun la sonrisa, dice el sensible Yorik, alarga la medida de nuestra ecsistencia. El que no sabe reir, tampoco es capaz de llorar.

M. T.





MI AMBICION.

Mi espíritu cansado desfallece
Y angustiada se aqueja el alma mia.
¿Por qué la oscura noche me entristece
Y me entristece el resplandor del dia?
¿Qué secreto pesar al alma ofrece
Acentos de tenaz melancolía?
¿Por qué esquivo el aroma de las flores
Y el canto de los tiernos ruiseñores?

¿Dónde, dónde hallará dulce consuelo
Lánguido y mústio el pensamiento mio?
En las eternas horas de desvelo
¿Qué templará mi ardiente desvario?
Nada me inspira el tachonado cielo,
Nada el murmullo del sereno rio;
¿Dónde he de hallar la venturosa calma
Joya perdida de mi triste alma?

¿Qué me ofrece este mundo? De sus flores
Ninguna flor anhela el pensamiento:
Engaños son la gloria y los amores,
Y la amistad mudable como el viento;
En sus dichas ocultos hay dolores,
Sigue á la animacion el desaliento;
Y esperando y sufriendo desengaños
Rápidos se deslizan nuestros años.

Encantada ilusion, dulce poesía,
Sueño que mis pesares consolaba,
Préstame inspiracion.... el alma mia
Su esperanza en un tiempo en tí cifraba.
Por tí dichoso el porvenir veía,
Con tus coronas de laurel soñaba....
Oh! si tanta ventura me inspiraste,
Grata ilusion, ¿por qué me abandonaste?

Genio de la poesía, yo te adoro;
Ven, mi angustiado corazon te llama,
Vuelve, vuelve otra vez, sueño de oro,
Vuelve y mi yerto corazon inflama.
No te pido elevar canto sonoro
Que resuene en la trompa de la fama;
Solo te pido humilde en mi retiro
Inspirada por tí dar un suspiro.

ANTONIA DIAZ FERNANDEZ.





A MI AMIGO D. ADOLFO DE CASTRO,

escritor y poeta gaditano.

SONETO.

¿Que falta, caro Adolfo, á tu ventura,
Si en las virtudes, que te alientan, crece,
Y á tu amor respondiendo, amor te ofrece
La que elegiste célica hermosura?
Del claro Olimpo en la sublime altura
La inspiradora estrella resplandece,
Que te anima escritor, vate enardece,
Y nuevos triunfos á tu nombre augura.
La sabia antigüedad tus pasos guia,
Y ávido esplotas la sin par riqueza,
Que guardó España en sus edades de oro.
Te aplaude la amistad; y anhela el dia,
En que Gádes, emporio de grandeza,
Muestre en tus obras su mejor tesoro.

Francisco Rodriguez Zapata.

Cádiz: Juilo de 1849.



Impresiones de Córdova.

A mis queridos amigos D. Rafael y D. Ignacio García A. de Lovera.

Cordoue aux meisons vieilles:
A sa mosqueé où l' œil se perd
dans le merveilles.
VICTOR HUGO.

I

Templa, Guadalquivir, el régio brio
Contra ese puente que tu furia doma
Y al peso de los años se desploma;
Conserva esa cadena, noble rio,
Que echó à tu cuello la opulenta Roma.

Aquí está el pie de Cesar! aquí toco
La cifra de los grandes pensamientos
Que alborotaban su alma turbulentos;
Eran los hombres á su audacia poco
Y quiso encadenar los elementos.

¡Cuántos dias de gloria reflejaron
Esas corrientes aguas cristalinas!
¡ Cuántos templos en ella se miraron
De los que ya los siglos que pasaron
No han dejado siquiera las ruinas!

No temas que en acento dolorido
Te recuerde tu pompa y tu grandeza,
Noble ciudad, que solo del olvido
Voy á sacar tu imperio derruido
Para darle color, lumbre y belleza,

Paz respira mi canto, satisfecho
Sonríe cuanto miro en mis antojos;
Para sufrir el corazon deshecho
Y el infierno de horror que hay en mi pecho
Siempre tengo un Eden ante mis ojos.

Tengo el poder de un Mago, donde toca
Mi vara se alza el arruinado muro,
Abre su seno cóncavo la roca,
Y si los muertos mi cancion evoca,
No hay sombra que resista mi conjuro.

Tus palacios radiantes de alegria.
Cuyos recuerdos de placer encantan,
Súbito se alzarán á la voz mia,
Como al son del clarin que anuncia el dia
Las dormidas falanjes se levantan.

Y sonreirás á mi cancion de amores
Perdida entre tus bóvedas moriscas,
Tan blanda como el viento que entre flores
Alzaba el abanico de colores
Deleitando á tus bellas odaliscas.

II.

Ya descubren mís ojos la Mezquita
Del grande *Abderahman* sublime idea,
Epopeya con mármoles escrita;
Entre sus mil columnas, la infinita,
Sombra de Dios con magestad pasea.

¿Cómo entre gente que al cristiano suelo
Llevaron siempre la señal de guerra,
Naciste tú, de magestad modelo,
Tú, que puedes servir de breve cielo,
Para que habite Dios sobre la tierra?

¿Estaba escrito ya en el firmamento
Que el SEÑOR de su trono bajaría
A pisar tu anchuroso pavimento,
Y un ángel te esculpió en el pensamiento
Del grande Emperador mientras dormía?

Una voz vaga en tu recinto nombra
Siempre á mi Dios en cántico infinito,
Y de cada columna la ancha sombra
Pinta una letra en la tendida alfombra
Del nombre de mi Dios que allí está escrito.

Y en la trompa del órgano sonora,
Que en las estensas bóvedas resuena
Job lamenta el pesar que le devora,
David suspira, Jeremías llora,
Y la voz de Ezequiel airada truena.

Entre las nubes del incienso jira
La hermosa Zulamita ébria de amores,
Y al eco blando de su dulce lira
El cantor de los cánticos suspira
A través de los arcos de colores.

Mas como ha de pintar mi loco anhelo
Las maravillas que tu seno encierra?
Para copiar tan májico modelo,
Ni hay colores bastantes en el cielo,
Ni armonía cabal sobre la tierra.

III.

Una palmera! doliente
En las nubes del espacio
Oculta la altiva frente,
Por no verse entre la gente
Que hizo polvo su palacio.

—

Aquella torre asentada (1)
En medio de aguas y flores,
A cuya reja dorada
Un rey en trova acordada
La cantaba sus dolores

—

¿Porqué descubriendo el llano
Te elevas tan arrogante?
Miras con empeño vano
Si trás del monte lejano
Se distingue algun turbante?

—

¿Porqué á tocar los linderos
Del cielo atrevida subes?
No hallaste tus caballeros
Y vas á buscar guerreros
En el seno de las nubes?

—

Pobre palmera! tendida
Deja la verde melena
Por el viento sacudida,
Dame tu sombra querida
Que yo aliviaré tu pena.

—

Tu sombra! dichoso velo
Que arrojado sobre el snelo
En tus dias de esplendor,
Habrá velado algun cielo,
De alguna gloria de amor.

—

Quien sabe si el pie travieso
Bordando la verde alfombra,
Una niña en loco esceso
Sintió en sus labios un beso
Y cayó bajo tu sombra.

—

Y quien sabe si al dejar
La sultana el perfumado,
Baño de rosa y ázahar,
Vino á tu sombra à enjugar.
Su cuerpo en perlas bañado.

—

Y cuando en tu desconsuelo
La viste partir tan bella.
Quisiste con loco anhelo
Sacar tu tronco del suelo
Para arastrarte trás ella.

—

(1) «Plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenía maravillosas vistas, y en ella procedieron todas las que hay en España. Cuéntase que desde la torre solia contemplar el rey Abderahman aquella palma, la cual acrecentaba mas que templaba su melancolía por los recuerdos y memorias de su patria, en estas ocasiones hubo de hacer aquellos versos suyos de la palma.» (CONDE.—*Historia de la dominacion de los árabes).*

El autor de esta poesía ha visto una palma en Córdova que segun se asegura es la misma que plantó Abderahman.

Quien sabe si cuando huía
La luna allá en lontananza
Haciendo la noche umbría,
Mudarra à tu pie venía
A meditar su venganza,

—

Allí sus ojos brillaban
Cual los de un tigre en acecho,
Chispas de fuego lanzaban,
Relámpagos que anunciaban
La tempestad de su pecho.

Murió tu imperio! mas vuela
Por el mundo su memoria,
Y ahí estás tú siempre en vela,
Como mudo centinela
De esos despojos de gloria.

—

Mas, ay! aunque fuerte enseña
Resistes al viento ronco
Que silva de peña en peña:
¡Quien sabe si de tu tronco
Hará algun imbécil leña!

—

IV.

Una fuente, un arroyo cristalino
Y la sombra de un álamo frondoso,
Cansado ya del erial camino
Busco para gustar blando reposo.

Yo sé que de estas fuentes al murmullo
Oye cantos sublimes el poeta,
Que es á su lado ese doliente arrullo
La voz de Dios al oido del Profeta.

Yo sé que viven sombras en la calma
De este bosque que ajita el aura errante,
Que quizàs cada tronco encierra un alma
Como en la selva lúgubre del Dante.

Y sé que ese rio manso en sus menudas
Piedras una deidad guarda escondida,
Bella como las vírgenes desnudas
Entre las aguas del jardin de Armida.

Aquí reposaré! las bellas Hadas
Que habitan bajo el manto de la fuente,
En alegre tropel enamoradas
Sus velos colgarán sobre mi frente.

Y en estos mismos campos, aprendidos
Ellas me contarán cuentos tan bellos,
Que si les presto atento mis oidos,
Cosa será de enloquecer con ellos.

Me mostrarán las rosas y jazmines
De Medina de Azahra, su opulento (2)
Alcazar asentado entre jardines
Como ascua de oro iluminando el viento.

Y desde allí hasta Córdova el ambiente
Llevará mis canciones noche y dia,
Como los besos que á una amada ausente
En sueño de deleite el labio envia.

José Nuñez de Prado.

11 de Setiembre de 1849.

(2) Suntuosa ciudad de recreo que levantó Abderrahman Anasir á cinco millas de Córdova.



LOS OJOS.

Los ojos son el verdadero espejo del alma, pues en ellos se retratan fielmente todos sus sentimientos.

El espanto palidece el color; pero á mas de esta palidez, hace que las pupilas parezcan saltarse de sus órbitas, como las olas del mar cuando impelidas por el viento, amenazan romper el débil muro de arena que las contiene. La alegria hacer reir á los labios, pero si contemplais los ojos, encontrareis en éstos los mismos movimientos que en aquellos.

Con el dolor los labios y el corazon se contraen, y á veces no podemos ecsalar ni un solo suspiro, pero los ojos con sus consoladoras lágrimas despejan la atmósfera de nuestros padecimientos.

Un ciego es un jardin sin flores, una noche sin luna, un dia sin sol; sufre el martirio de Tántalo en el infierno de la vida, pues á cada paso toca con sus manos la belleza que no puede ver con sus ojos; y como siempre la imaginacion en-

grandece el objeto que codiciamos, de ahí dimana su infelicidad á la que ninguna puede igualarse.

Entre todas las impresiones que se retratan en los ojos, son las impresiones del amor las que se retratan mas fielmente. Venid conmigo á cualquier sociedad, y aunque los amantes estén separados, aunque el temor de ser descubiertos los haga no proferir una sola palabra que pueda descubrirlos, los ojos con sus miradas de fuego nos contarán toda la historia de sus amores. Sabremos el que está correspondido, el que está celoso, el que ama de veras y el que engaña..... Todo nos lo mostrarán esos espejos del alma.

Los amantes por medio de miradas entablan una conversacion muda, se espresan con mayor facilidad aún, que por las palabras, pues el lenguage de los ojos es el lenguage del amor.

Los hipócritas los fijan siempre en la tierra, pues si los levantasen de ella, se arrancarían la máscara con que nos engañan.

Los diplomáticos los cubren con gafas de turbios cristales pues los ojos nunca pueden mentir.

Los ojos es la mas bella de las facciones del rostro humano, y con ella se consigue destruir hasta el poder de las fieras, pues las miradas magnéticas son unos de los principales medios que emplean los domadores para convertir al leon en una oveja, y para hacer que el tigre y la hiena laman su mano como el perro mas leal.

M. Rodriguez Diez.





VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

El Sacrificio.

(*Continuacion.*)

=Valor hija, ya hemos llegado.

Virginia saliendo de sn abatimiento, dirgió una mirada á todos los circunstantes y habiendo divisado á Apio y á su confidente en el tribunal, se apoderó de sus miembros un fuerte temblor, entonces dirigiéndose á Virginio y á su amante que la seguia acompañado de una multitud de parientes y amigos, esclamó:

=Por los Dioses no me abandoneis, padre; ni vos Icilio.

=Descuidad, Virginia. Antes de tocar á uno solo de vuestros cabellos, tendrán que pasar por los cadaveres de todos nosotros.

La voz de los lictores repitíendo el llamamiento de la acusada: vino á poner fin á estas palabras.

Debemos antes de continuar nuestra narracion, esplicar la presencia de Virginio en el foro, que segun Apio y en virtud de las órdenes que había dado, debía á aquella hora estar en el campamento. Previendo Numitor la intencion del tirano, apenas salió el dia anterior de la plaza, cuando hizo partir al esclavo Servilio, para que con la mayor rapidez posible, enterase á Virginio de todo lo ocurrido, y el que tubo la dicha de llegar al ejército mucho antes que los emisarios del Decemviro. Viendo Virginio que la salvacion de su hija y de su honor, dependian de su pronta vuelta á la Ciudad, pidió su licencia por unos dias, y marchó hácia ella dando rodeos y apartándose de los caminos ordinarios; y cuando los mensageros de Apio llegaron á los reales ya se hallaba él dentro de los muros de Roma.

Debemos tambien decir que la presencia de Virginio y de su hija, causó una fuerte impresion en los ánimos de todos. Venian acompañados de sus parientes, que, en términos que no podrian por menos de conmover al pueblo, le preguntaban si era justo, que en tanto que un honrado ciudadano esponía su vida en defensa de la patria, quedasen sus hijos á merced de los malvados, y espuestos á los ultrages y vilipendios mas afrentosos. Virginio decía lo mismo con poca diferencia, y conjuraba à todos los que encontraba á su paso, que tomasen á su hija bajo su proteccion; pero solo las lágrimas de Virginia, su juventud, sus gracias y su belleza, conmovían aun mas á la multitud, que los ruegos y las súplicas de su familia.



GACETILLA DE MODAS.

Estamos en el otoño, en esa primavera sin flores en que se efectuan las crisis de la caprichosa moda. Los teatros, vuelven à cobrar su animacion. El de San Fernando nos ha ofrecido dos escelentes compañias, y el Principal trata de seguir sus huellas.

Desde el 1.° de Octubre comienzan los paseos de la calle de Castilla, en el barrio de Triana. Todo esto hace que penseis en los trajes y adornos que resaltan el encanto de vuestras gracias, y todo esto, me hace á mí, *Redactora y Editora responsable de la Gacetilla de Modas del Album de las Bellas*, el ojear con avidez los Periódicos Parisienses, para enteraros de las últimas novedades que ofrezcan.

Los almacenes de *Modas* empiezan á abastecerse de toda clase de adornos de Invierno. Una gran cuestion se agita entre las modistas sobre el corte de los vestidos, y si no estoy mal informada, creo que el de *faldetas* obtendrá la primacia. Entre tanto, los trajes que mas se llevan, son los de gró color gris, adornados con volantes picados.=Redingotes de gró verde, guarnecido por delante con cuatro ó cinco órdenes de estrechos volantes, oon encages de lana ó del mismo jénero =de fondo gris con pequeñas flores de color guinda las mangas muy anchas y festoneadas por abajo con dos órdenes de cintas de gró guinda; y manguillos de tul bordado.

Manteletas.=En general las mas elegantes se llevan de terciopelo negro, ó de un color subido, bordadas con cordones de seda, y festoneadas con una ancha franja ó con muchos galanes de seda.

Capotas.=Sombreros=Las que están mas en boga son de *satin*, con estrechas blondas de seda: algunas veces adornadas con plumas. Los sombreros tambien del mismo género, con cintas y trenzas de terciopelo, es decir, los unos guarnecidos de cintas de terciopelo, y los otros adordados en el fondo con trenzas formadas de *satin*, y terciopelo.

La variable Moda ha hecho volver los botines, pero no como los de otras veces sino con la mejora de los elásticos. Los botines, no se atan con cordones sino que entran como los guantes por medio de su elasticidad.

Trages para paseos y visitas.= Los vestidos de que hemos hablado anteriormente=Capotas de crespon rosa ó lila, cubiertas con un encage blanco, y adornadas por cada lado con un grupo de pensamientos de terciopelo.—Sombreros de crespon blanco, con plumas, de paja de arroz dobles, con adornos de gró violeta, flores blancas, ó una pluma muy rizada del color de los adornos.

Zapatos. Grises, de piel inglesa, con botines de gró del mismo color.

Sombrillas,=Rosa ó blanca.

Trajes para el campo.—Vestidos de **Jaconas** de fondo blanco con dibujos persas guarnecido con cinco volantes.=*Sobretodo* de lo mismo, con dos volantes formando una continuacion á los vestidos.

Redingotes.—De muselina de lana persa, festoneado por délante con un ancho liston de seda.

Capotas.—De gró blanco ó rosa.—*Sombreros* De paja con adornos de terciopelo verde ó de gró blanco.

Sombrillas.=Azul ó verde.

***



LA NOVELA.

I.

No es nuestro ánimo en este artículo dar reglas sobre la novela considerada como un jénero de literatura, pues ni es éste lugar á propósito, ni nuestros conocimientos y erudicion son tan vastos que pudiéramos decir algo de nuevo en una materia sobre la cual tanto se ha escrito. Tratamos solo de examinar una cuestion de mayor importancia de lo que á primera vista parece, á saber: si deben ó nó las jóvenes leer esta clase de escritos.

Desde luego se nos ofrecen dos opiniones diametralmente

opuestas. Dicen unos: "No hay razon para dejar de leer unas obras que nos entretienen agradablemente en los ratos de ocio, que cautivan nuestro interés, y nos hacen á veces derramar dulces lágrimas. Por mas que en las novelas se hallen ideas y doctrinas que no se ajusten à la razon y á la virtud, si nuestro corazon es bueno y nuestra razon despejada, en nada nos perjudicarán sus estravíos. Las novelas, pues, contribuyen á nuestra felicidad, toda vez que nos proporcionan con su lectura variados é inocentes placeres; y por consiguiente podemos leerlas sin escrúpulo de ninguna especie." Otros esclaman:» La novela!...... ¡qué necedad! la mejor no vale nada. Un libro en que se refieren los sueños de un demente, ó mejor, de un astuto, que trata de ganar la subsistencia á costa de los necios que leen sus mentiras y vaciedades. Y no es esto lo peor, sino que con sus pasiones criminales y sus romancescas y absurdas situaciones, pervierten el corazon de los jóvenes inespertos, y llenan su imaginacion de ilusiones ridículas y de desatinos: de modo que hacen al incauto lector tan malo y tan necio como lo es el autor Ningun jóven por lo tanto debe leer un libro tan despreciable, y por otra parte tan perjudicial.»

Ahora bien, si se nos pregunta cuál de estas dos opiniones, que sin duda no son formadas á nuestro capricho, es mas razonable, contestarémos que, á nuestro parecer, ambas son inadmisibles. Tanto la una como la otra son inesactas en sus principios, ademas de ser demasiado estensivas, pues comprenden en su aprobacion ó anatema á *todas* las novelas sin escepcion alguna. La verdad, pues, debe hallarse en un justo medio entre esos estremos, en los cuales la mayor parte de las veces solo se encuentra el error.

En efecto, hay novelas que, no ya por las jóvenes, pero ni aún por personas de mas edad y de distinto secso deben ser leidas. Escritas por seres depravados y enemigos de la humanidad, esas obras infernales pintan con colores risueños é incitantes las escenas mas groseras é inmundas á que dan lu-

gar los vicios y el embrutecimiento de los hombres.... Pero no debiéramos hablar de esas novelas. Cualquiera jóven á cuyas manos llegara una de ellas, no solo por su virtud, sino aun por su pudor y decencia la arrojaría con toda la indignacion y el desprecio que se merecen. No tratamos de las que no lo harían, porque á esas las despreciamos.

Otro género de novelas es el que produce males de la mayor trascendencia; aquellas que, abrigando un veneno sutil y corroedor que se introduce sin que se sienta en las mas delicadas fibras del corazon, cubren ese veneno con una capa de miel, para que el paladar no perciba su amargura. Y no se diga que con tal que nuestro corazon sea bueno y nuestra razon despejada, en nada nos perjudicarán las ideas y las doctrinas que no se ajusten á la razon y á la virtud: ese es un desatino. La costumbre ejerce una influencia muy poderosa en la naturaleza física y moral del hombre; de tal manera que, si bien nunca logrará variarla completamente, produce en ella muchas é importantes modificaciones, cuyo fenómeno ha dado orígen al antiguo proverbio de que *la costumbre es una segunda naturaleza*. Pues bien; si nos acostumbramos á ver sentados como axiomas principios falsos y altamente nocivos, á causa de la multitud de errores á que dan lugar, pues son tantos como consecuencias de ellos se deducen; si nos acostumbramos à ver cuadros repugnantes y horrorosos, encubiertos con cierto tinte de heroismo; si nos acostumbramos en fin á contemplar los vicios, las pasiones desordenadas y aún los crímenes, pintados con colores en lo posible agradables y simpáticos, ¿no será preciso mucho talento, gran fondo de sensibilidad, y una virtud profundamente arraigada en el corazon, indestructible, para dejar de ser hasta cierto punto arrastrados por la fuerza de la costumbre? Y si llegan á leer muchas de estas novelas las jóvenes, las cuales no pueden poseer por lo general todas estas dotes en el grado eminente que seria necesario, gracias à la pésima educacion que tambien por

lo general reciben, ¿no se llenará su inteligencia de ideas falsas, que tan perjudicialmente influyen en los sentimientos del corazon? ¿no se embotará su sensibilidad, perdiendo así una de las cualidades que mas embellecen á la muger, y uno de los atributos que mas ennoblecen al ser humano? y por último, ¿no se amortiguaià considerablemente su virtud, supuesto que se debilitaría el desprecio que naturalmente le inspiraba el vicio, y el horror que naturalmente le inspiraba el crimen?....

Esto es indudable. *El Conde de Monte-Cristo*, por ejemplo, que para nosotros, y perdónenos la gran reputacion de Alejandro Dumas, no es otra cosa que un cuento interesante; el **Conde de Monte-Cristo**, decimos, es una prueba de lo que acabamos de decir. Su argumento no es mas que una venganza premeditada y llevada á cabo con el mayor aplomo y sangre fria: su héroe no es mas que un hombre vengativo. Y sin embargo, ¿podrémos, mirar con odio á *Edmundo Dantés*? ¿podremos en algunas ocaciones interesarnos por sus víctimas? Si así sucediera, el interés de la novela desaparecería; deduciéndose de aquí que para que nos agrade su lectura es preciso que nos agrade la venganza, ó á lo menos que la miremos sin aversion. Pero tal es el talento diabólico del autor del *Monte-Cristo*: él nos interesa hasta con los mismos crímenes.

Nos parece, pues, probado que hay multitud de novelas cuya lectura es en estremo perjudicial para las jóvenes, y aún para cualquiera clase de personas, principalmente desde que la Francia, devorada en su seno por el cáncer de la desmoralizacion y el escepticismo, aunque muy adelantada bajo otro concepto, ha llenado el mundo de obras de esta clase; quedando por consiguiente demostrado que es inesacta y productora de muchos males la primera de las dos opiniones de que hablamos al principio de este artículo.

J. B.

IMPRESIONES DEL OTOÑO.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino
Como en mi mente imagino,

ESPRONCEDA.



aturaleza! ¡cuán variada te encuentro! ¡Qué ideas tan melancólicas despiertas en mi mente! De otra suerte te hallaba yo, cuando a sonreir la graciosa primavera, recorría enagenado los sombríos bosques y los encantados vergéles de mi patria. Tiernas flores, brotando del seno de la tierra, engalanaban tu semblante; mansas brisas, vagando en mi derredor, agitaban las altas copas de los árboles, que se inclinaban sumisos como si quisieran saludarte; pardos ruiseñores hacían resonar las sentidas quejas de su amor, y tal vez una ligera barquilla que encerraba alguna feliz pareja, se deslizaba blandame-

te por las plateadas aguas del poético Guadalquivir, mientras al batir de los remos, se oía la sencilla y melancólica cancion del marinero, que allá á lo lejos el eco repetía. Por donde quiera inspirabas amor, Naturaleza; por donde quiera me presentabas un porvenir de esperanza y de felicidad; pero hoy ¡qué distinta te muestras á mis ojos! Flores, brisas, arboles, todo, todo ha desaparecido. En vez de la risueña perspectiva que entónces me ofrecias, hoy solo encuentro un yermo solitario; en vez de las agradables tintas qué precedian á la venida de la aurora, hoy solo miro en el cielo densas nubes, que me anuncian la procsimidad de la tormenta. Naturaleza! tú eres ahora fiel traslado de los sentimientos de mi alma.

Pero no; tú aun conservas algunos restos de tu pasado esplendor, tú otra vez volverás á mostrarnos esos encantos, que al parecer has perdido, y que solo se han eclipsado para que con su privacion nos parezcan luego mas agradables; yo mientras ¿dónde volveré á hallar los sueños que he perdido? ¿Qué se habrán hecho las lágrimas que he derramado, los suspiros que han salido de mi pecho? Y la inocencia de mis primeros dias, ¿cuándo, cuándo volverá á purificar mi corazon...? Naturaleza! esas apiñadas nubes que cubren la atmósfera, bien pronto llamarán á la tormenta: ¡ay! el huracan de las pasiones ha tronado ya sobre mi cabeza. Su aliento impetuoso ha sofocado mis sueños de ventura, la amistad, el deseo de gloria, las sencillas ilusiones de mi infancia, todo, todo ha desaparecido ante mi vista. El amor es el único dueño de mi corazon.

Ese noble, ese sublime sentimiento podría hacer mi felicidad; yo he buscado sus delicias y sus padecimientos; yo he entregado en sus manos mi destino; pero en el momento en que elevaba mis ojos suplicantes al cielo, cuando una lágrima de fuego humedecía mis párpados, un grito sarcástico ha respondido á mi lamento; un terrible anatema ha caido sobre mi frente.

¿Y quién ha lanzado ese grito? ¿quién ha dirijido contra mí ese anatema?--*La sociedad*. ¿Y que es la sociedad...?

¡Ah! yo la detesto; yo quiero pasar mi vida retirado del resto de los hombres, en el delirio de una pasion correspondida, rodeado de todos los encantos de un verdadero amor; quiero sentir los latidos de un corazon, que solo palpite por mí; quiero escuchar constantemente la voz de una hermosa, que me repita que me adora; quiero beber en sus labios el aura de mi felicidad; y despues.... quiero rendir á sus plantas mi ecsistencia. Pero el delirio se habia apoderado de mi corazon.... mi frente está bañada en sudor.... mis arterias laten con violencia...... mi sangre hierve.... ¡Naturaleza! ¡Qué melancólicas ideas despiertas en mi mente! ¡Cuan loca es la imaginacion del hombre!

F. J. F. de S.





Con el mayor placer insertamos la siguiente composicion que nos ha remitido su autora enriqueciendo nuestro Periódico con una página de oro.

A LOS REALES SITIOS. (*)

Es grato, si el cáncer la atmósfera enciende,
Si plega sus alas el viento dormido,
Gozar los asilos que un muro defiende,
Con ricos tapices de Flandes vestido.

(*) Esta composicion fué escrita bajo la agradable impresion producida por los magníficos bailes dados por la Reina, durante el último verano, en su palacio de S. Ildefonso, y á los que asistió la autora viniendo de visitar el otro real palacio de S. Lorenzo del Escorial, al cual alude en algunos de sus versos.

Es grata la calma dulcísima y leda
De aquellos salones dorados y umbríos,
Dó el sol que traspasa por nubes de seda
Se pierde entre jáspes y mármoles frios.

Es grato el ambiente de aquellas estancias
Que en torno matizan maderas preciosas,
Dó en vasos de china despiden fragancias
Itálicos lirios, Bengálicas rosas.

Es grato que al Euro que huyó silencioso
Imiten las bellas, moviendo abanicos,
Allí dó cual tronos del muelle reposo
Se ostentan divanes de púrpuras ricos.

Y grato en la tarde con lánguido paso
Salir de entre sedas, y pórfidos y oro,
A ver cual oculta, llegando á su ocaso,
El astro supremo su ardiente tesoro.

Que allí para verle se tienen vergeles
Que nunca marchitan estivos ardores,
Con bancos de césped, con verdes doseles,
Y bosques, y fuentes y exôticas flores.

Asilos tan bellos no hubieron las ninfas
Que hollaron de Grecia colinas amenas,
Ni Náyades vieron tan plácidas linfas
Cual esas que guardan marmóreas Sirenas.

Por eso en las noches del férvido Estio
Es grato á ese Eliseo llamar los placeres,
Cubriendo de luces su verde sombrío;
Llenando su espacio de hermosas mujeres.

Y aromas, y bailes, y amores, y risas
En gratos insomnios disfrutan las bellas,
En tanto que vuelan balsámicas brisas,
Y en tanto que el cielo se puebla de estrellas.

¡Oh espléndidas fiestas! ¡Oh ledas veladas
Que brotan al soplo de régia hermosura!
¡Ni Silfos, ni génios, ni próvidas fadas
Os dieran encantos de tanta dulzura!

No, Granja, no envidies al noble palacio
Que allá San Lorenzo proteje vecino,
Pues hoy á las gracias encierra tu espacio
Y son los placeres tu plácido sino.

¡Esparce tú aromas, y amores, y risas,
En gratos insomnios disfruten las bellas,
En tanto que vuelen balsámicas brisas,
Y en tanto que el cielo se pueble de estrellas!

1849.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.



EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA E...

¿Ves esa luz que del brillante cielo
El astro soberano nos envía?
Pues mas bella eres tú, dulce consuelo,
Esperanza y amor del alma mia.
¿No has visto allá en la noche tenebrosa
Aparecer la luna plateada?
Pues eres tú mas bella y mas hermosa,
ídolo de mi alma enamorada.
Divina hurí, tus ojos son dos soles
Que abrasan con su fuego devorante;
De aurora los lucientes arreboles
Envidian el color de tu semblaute.
Mas esbelto es tu talle y mas flexible
Que de la palma el vástago frondoso;
Y al ámbar de la rosa es preferible
De tu aliento el perfume delicioso.
Naciente flor; que al despuntar el dia
Has abierto tu cáliz delicado,
Y solo en torno tuyo el aura fria
Besándote al pasar ha suspirado.

¡Quiera el cielo que rudos aquilones
Jamás te arrastren en su saña impía;
Ni que el récio huracan de las pasiones
Marchite tu verdor y lozanía!
Que cual á mí del mundo los rigores
No aflijan tu sensible corazon;
Sino que en dulce calma los amores
Te brinden su fantástica ilusion.
Goza, mi bien, tu juventud florida;
Goza el amor, tesoro del placer;
Que el prisma deslumbrante de la vida
Pasa veloz para jamás volver.

MANUEL DE QUERO.

Ofrenda á mi amigo D. F. J. Fernandez de Soto.

LA SEÑORA DEL CASTILLO.

Nada encuentro que me cuadre;
todo me cansa y dá enojos;
lágrimas de fuego, madre,
van abrasando mis ojos.

mi pecho abruma inclemente
desconocida amargura;
me consume lentamente
ardorosa calentura:
intenso dolor del alma
ha logrado hacerse dueño;
paso los dias sin calma,
paso las noches sin sueño,
llanto acerbo brillar hace
la luz que mi rostro hiere;
le sorprende el sol que nace
y le alumbra el sol que muere:
perdió mi faz el color
cual mi seno la quietud;
el cierzo quema la flor
de mi tierna juventud.
Miś árboles y mis flores
de tan suave fragancia,
esos campos seductores
donde trascurrió mi infancia,
y nuestra casa modesta
á las márgenes del rio
entre el valle y la floresta....
todo prodúceme hastío;
miro el paisage encantado
con el rabioso desden
de un precito condenado
á contemplar el Eden;
mitiga solo mi pena
ver en su fausto y su brillo
de gracias y hechizos llena
la Señora del Castillo.

—

—Algun filtro, madre mia,
esa Dama ensaya en mí,
pues que muero desde el dia
en que tan bella la ví.
Me domina de tal suerte,
de tal modo me arrebata,
que bendigo hasta la muerte,
por ser ella quien me mata;
y con tanta fé la adoro,
es tan viva mi pasion,
que guarda como un tesoro
su nombre mi corazon;
al despuntar de la aurora
el refulgente lucero,
cuando las campiñas dora
del sol el rayo postrero,
de Dios mismo con agravio
yo me olvido de rogar,
que solo puede mi labio
ese nombre murmurar,
se estremece al proferirlo;
y cuando el alma le invoca
no se atreve á repetirlo
no le profane mi boca.
Como un espectro medroso
vago en la noche callada
en torno del ancho foso
de aquella feudal morada,
tambien del dia al fulgor
cual génio de la tristeza,
lento giro alrededor
de la vasta fortaleza,
y busco con ansia vana
un sol de espléndido brillo.

asomada á su ventana
la Señora del castillo.

=

—A la fiesta del lugar
ayer concurrir me viste
¡ah! no fué por desechar
la pena del alma triste;
que el corazon que padece,
y amargo dolor oculta,
el júbilo le escarnece
y la alegria le insulta.
En danzas voluptuosas
entrelazaban sus manos,
las aldeanas graciosas,
los sencillos aldeanos,
y el compás iban marcando
de la danza pastoril,
de la flauta el eco blando,
los golpes del tamboril;
unos en beber gozaban,
mientras los otros reían;
aquellos de amor trataban,
éstos cuentos referían,
y mi tristeza funesta
nada á consolar alcanza,
ni el bullicio de la fiesta,
ni el deleite de la danza;
pareciendo aterrador
génio que al gozo dá fin;
fiel estátua del dolor
en la sala del festin;
la noche tendió su velo,
y el *sarao* concluyó
y á su albergue sin consuelo
el pobre Ginés volvió,
que al concurrir à la fiesta,
en el recreo sencillo
creyó ver gentil, apuesta,
á la Dama del Castillo.

=

— El ocho de Mayo vino
de la campiña á gozar,
y mi dichoso destino
en desdichado á tornar.
Un correo precedía
la elegante carabana;
anchos galones lucía
en su casaca de grana,
montaba blanco corcel
que encabritaba la espuela;
de su empleo signo fiel
una roja escarapela
su gorra de terciopelo
en ambos lados llevaba;
del concurso con recelo
su látigo chasqueaba.
tras dél en negros trotones
de airosa, brillante traza,
de perfectas proporciones,
de briosa y pura raza,
escolta de caballeros,
ginetes bravos, galanes,
hacen galopar ligeros
sus fogosos alazanes,
y cercan la carretela
donde se sienta orgullosa
doña Leonor de Tudela
condesa de Valle-rosa.

Los aldeanos lanzaron
flores à la comitiva
y entusiamados gritaron:
═viva la condesa! viva!═
Y entanto el pobre Ginés
fascinado por su brillo
esclamó ¡qué bella es
la Señora del Castillo!

═

—Espléndido el sol salía
dorando los horizontes;
y ardiente volcan fingía
en las cimas de los montes;
y yo trepaba á las lomas,
el arcabuz prevenido,
dó las salvages palomas
colocan su amante nido;
dos torcaces sucumbieron
á la terrible esplosion;
que los ecos repitieron
del vacío en la estencion,
y con alegría loca
llegaba mi *Turco* ufano
con las aves en su boca
á ponerlas en mi mano.
Tercera vez me apresté
mi arcabuz à disparar,
cuando cercano escuché,
de un caballo el galopar:
vuelvo el rostro presuroso,
y miro deslumbradora
sobre tordillo fogoso
del lugar á la señora;
porque mi respeto entienda
la saludo reverente:
recoje al corcel la rienda
y me observa fijamente;
de su voz insinuante
oigo el eco seductor;
═*Dios te dé caza abundante,*
mi gracioso cazador.═
Sonrió; yo sonreí;
y picando su tordillo,
pronto huyó lejos de mí
la Señora del Castillo.

═

—El sol su faz escondía
trás lejanos horizontes:
su rayo postrero hería
la cúspide de los montes:
sin temor á su combate
muestran la corola alzada
las flores del arriate
que cerca nuestra morada,
pues con abundante riego
las tornaba su vigor,
aliviándolas del fuego
de aquel astro abrasador;
la brisa voluptuosa
iba su cáliz abriendo,
su fragancia deliciosa
por el ambiente esparciendo:
me encontraba distraido
en muda contemplacion,
cuando prócsimo ruido
me sacó de la abstraccion;
y pronto acercarse ví
graciosa, bella, sin par,

en ligero *tilburi*
la Señora del lugar:
paró la yegua briosa,
y quedóseme mirando;
á presentarla una rosa
acerqueme yo temblando;
y por colmo de favores
dijo el labio lisonjero:
=*Que Dios conserve tus flores,*
mi gracioso jardinero.=
Benévola sonrió
acogiendo el don sencillo;
y despues despareció
la Señora del Castillo.

=

=En pescar yo me ocupaba
una noche en la laguna,
cuyas aguas plateaba
con luz pálida la luna;
y á lo lejos tristemente
eco blando repetía
aquella trova doliente
que padre cantar solía,
y en el silencio profundo
pude lúgubre entonar;
queja amarga del que al mundo
solo penas vino á hallar:
«*Distinto principio y fin*
«*á los hombres guarda el cielo;*
«*unos entran al festin,*
«*otros quedan para el duelo.*»
Este canto repetido
en la ribera lejana
parece el lento tañido
de la fúnebre campana;
oigo pasos mesurados,
y miro, el rostro al tornar,
seguida de dos criados
la Señora del lugar;
yo la ví cual bella maga
que en la noche misteriosa
por los aires libre vaga
y por un momento posa;
de su voz insinuante
oigo el eco seductor:
=*Dios te dé pesca abundante.*
mi gracioso pescador.=
Cual niebla se desvanece
del sol al fúlgido brillo,
á mis ojos desparece
la Señora del Castillo.

=

=Dicen que parte mañana
de su campestre mansion,
y vá radiante y ufana
á su grande poblacion;
allí la aguardan delicias,
placeres, felicidad,
de un amante las caricias,
el triunfo de su beldad;
de sus goces al través
no habrá recuerdos por cierto
del sin ventura Ginés,
que sus hechizos han muerto;
no sabe que estremecido
á los ecos de su voz,
vibrar la siento en mi oido
causándome daño atroz;

que siento dés que la plugo
clavarme mirada ardiente,
su impresion, cual del verdugo
el hierro infame candente;
que es un peso la existencia
que ya soportar no puedo,
que del alma á la dolencia
en edad temprana cedo;
que si dudé en terminar
la vida que horror me inspira,
fué solo por respirar
el aire que ella respira;
que es eterno mi dolor;
que ya no hay llanto en mis ojos;
que de una madre el amor
tambien me produce enojos....
Entre el fausto cortesano,
de su grandeza entre el brillo,
olvidará al aldeano
la Señora del Castillo.

=

-Parte mañana; anhelante
del placer de la ciudad;
del cariño de un amante,
de mayor felicidad;
deja del campo la calma,
que el gran mundo la convida;
y la mitad de mi alma
lleva á su amor ofrecida;
y si alguno la dijera,
que mi corazon la adora
en su labio apareciera
la sonrisa mofadora,
riera de mi cariño,
no conociendo mi afan,
ni que en el seno del niño
arde el cráter de un volcan.
Pronto caeré cual las hojas
del árbol en la otoñada,
que abatidas, mústias, rojas,
del tronco son arrancadas;
manda abrir mi sepultura
frente al castillo feudal,
y déla sombra y frescura
lloron triste y funeral,
coloca una flor en ella
que signo de dolor és
tras que esperanza destella,
y grava un hombre: GÍNÉS,
que cuando venga Leonor
condesa de Valle-rosa,
halle su pobre amador
en aquella humilde fosa,
quizá, madre, cuando advierta
la inscripcion de mi lucillo,
piadosa lágrima vierta
la Señora del Castillo.

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ

Sevilla 5 de Octubre de 1849.



ANTE LA TUMBA DE MI MADRE.

RECUERDOS.

De la pálida luna á los albores
Yo quiero recorrer esas moradas,
Y la prenda buscar de mis amores
En esas tumbas por mi mal cerradas.

¡Quién pudiera romper, Madre querida,
La losa de tu estrecha sepultura;

Infundirte mi aliento, darte vida,
Y tornar á tu rostro su hermosura!

Y quién leyera en tus rasgados ojos
Lo que otro tiempo con placer leyera,
Y ahogando de mi pecho los enojos,
El alma pura consagrarte entera!

¡Cuántas veces del Bétis en la orilla
Estasiado tu rostro contemplaba,
Y en el vivo carmin de tu megilla
Mi tierno labio con placer sellaba!

¡Cuàntas veces grabé de esas riberas
En el tronco del álamo sombrío,
Para que luego tú, Madre, lo vieras,
Tu nombre unido con el nombre mio!

¡Cuántas veces robé las gayas flores
Al verjel para ornar tu cabellera,
Y robé de sus nidos ruiseñores
Porque el encanto de tus ocios era!

¡Cuántas veces las blancas mariposas
Veloce por el prado perseguia,
Y al cogerlas posadas en las rosas
A buscarte gozoso me volvía!.....

Aunque ya en los vergeles no haya flores,
Ni cifras en el álamo sombrío,

Mariposas, ni pardos ruiseñores
En la màrgen cantando de aquel rio;

Y aunque sorda te muestres á mi queja,
Y ciega á los raudales de mi llanto,
Y mire por el viento cual se aleja
Sin conmoverte mi aflijido canto;

No por eso el olvido un solo dia
De mi amor apagar logró la llama:
Lo mismo que te amara, Madre mia,
Lo mismo ¡ay! mi corazon te ama.

Manuel Rodriguez Diez.





MARAVILLAS DE LA PLUMA. (*)

EL famoso hijo de Abdallah dice que se debe creer como un artículo de fé, que la pluma celestial que escribió el portentoso libro del Koran fué creada por la mano de Dios, que la materia de que se componía eran záfiros y perlas, la tinta una luz sutil sacada del sol y de los astros; y que solo el arcángel S. Rafael era capaz de tener unas letras delineadas con un brillo tan deslumbrador.

Se han concedido plumas al amor, al tiempo, al jénio y al pensamiento: se celebran las plumas de oro y las plumas de fuego. Cuando se quiere alabar una hermosa composicion se dice que está escrita cou elegante pluma. Si se quiere hacer el elojio de algun sabio escritor, se dice que es una pluma sublime. Para castigar á un desleal leguleyo se le quita la pluma.

Al hombre poderoso é inaccesible se le habla con la pluma. Las declamaciones humillantes y bochornosas se fían á la pluma. Una tierna doncella coje con mano trémula una pluma,

(*) Este artículo y el que se halla en la página 193 titulado la RISA, los hemos copiado, prendados de su belleza, de una biblioteca selecta de amena instruccion publicada en la Habana en 1837.

y sin ponorse colorada confiesa su dulce pasion. Un bondadoso monarca se vale de la pluma para ejercer actos de justicia, conceder gracias, y hacer los hombres felices.

La pluma acerca á los amigos y hace conversar con los ausentes. La pluma detiene las ideas fujitivas, hace circular la razon, y eleva el pensamiento à las rejiones sublimes. La pluma, ajente mas poderoso que el sonido pasajero de la voz, no puede ser encadenada, y los caracteres que traza se conservan.

Las estátuas, las columnas, y aun las grandes masas de mármol, no resisten á la destruccion del tiempo; todo perece menos los escritos inmortales. La pluma, en mano de un escritor elocuente, es tan fuerte como la cimitarra de Scanderberg; y pesa en la balanza mas que la espada de Brenno. La pluma tiene sus dias de valor como la espada del héroe.

El literato con la pluma en la mano está en la grande esfera de su accion, en el campo mas brillante de su gloria. Encerrado en su gabinete despide relámpagos, truenos y rayos; trasmite á la posteridad las heróicas acciones, inmortaliza los nombres ilustres, y difunde luminosas verdades. El escritor defiende la inocencia acusada, la virtud oprimida y el mérito atropellado; condena y persigue el vicio y fija el juicio del porvenir.

Dice un poeta inglés, que una gota de tinta que cae sobre un pensamiento, lo fecunda y lo hace estensivo á millones de hombres.

Decía otro poeta oriental, que la tinta de los sabios y la sangre de los mártires eran de igual precio en los cielos.

M. T.





VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

El Sacrificio.

(Continuacion.)

Nos parece escusado el describir la sorpresa, y el despecho que se apoderó de Apio, al reconocer á Virginio en el personage que acompañaba á Virginia. Su vuelta desconcertaba todos sus planes, pues temía que sostenido por sus numerosos amigos, se atreviese á impedir, por medio de la fuerza, la ejecucion de sus proyectos. Entonces se alegró de haber tomado la medida de concentrar en la plaza todas sus tropas. Para prevenir cualquier resistencia subió al tribunal, y espuso, con aquella emocion que causaba en él el deseo de

acabar su crimen; que no ignoraba los pasos dados por Icilio para sublevar al pueblo; pero que el quería que se supiese, que no le faltarían jamás fuerzas, ni poder, para castigar á los que pretendiesen turbar la tranquilidad pública, en seguida mandó á Apio, que en virtud de que se hallaba presente la acusada, espusiese su demanda.

—Nadie ignora, señores, dijo este, que los hijos de los esclavos pertenecen á los señores de estos; que forman parte de su propiedad, y que es un producto de ella. Apoyándome en este derecho, reclamo á Virginia, como hija de una de mis esclavas. Y si no es suficiente mi palabra, si esta no tiene la autoridad que se requiere para inclinar á mi favor la justicia de los jueces, he aquí una persona á quien nadie podrá rechazar, ni por falta de datos, ni por el interés que pueda tener en ello; este testigo, además de los innumerables que puedo presentar, es su misma madre. En efecto á una señal de Claudio se presentó ante el tribunal una muger. la que habiendo sido interrogada respondió, que era verdad cuanto su señor había espuesto: que ella llevada del amor á su hija, la había vendido á la muger de Virginio, y que no habiendo perdido jamás de vista á Virginia, la reconocía en la jóven á que su señor se refería

—Todo el pueblo conoció la falsedad de aquel testigo, al ver la indiferencia con que una madre demostraba la identidad de su hija, para reducirla al mas vil estado de degradacion, que ecsistía en aquellos tiempos. Apio, juez de una causa de la que era una de las principales partes, oyó con una satisfaccion bien marcada cuanto Claudio aduciera en su favor, y sus ojos no pudieron ocultar el júbilo de su corazon, al ver la estrategia seguida por su confidente, de hacer aparecer á una de sus esclavas como madre de Virginia.

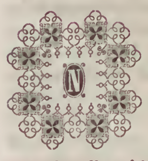


LAS ILUSIONES.

II.

Y no se diga que semejante mundo es imaginario: las perfecciones ideales, objetos de nuestras visiones, los desprendimientos que nos parecen tan fáciles, todas las risueñas imágenes de la virtud en el amor, y de la felicidad en la medianía, todo ello es verdad;ro: aun mas, es solo lo verdadero que hay en la tierra.

Aimé-Martin.—*Educ. de las madres de familias* lib. III cap. 17.



o hace muchos dias que algunos de nuestros amigos nos criticaban la poca variedad de nuestros artículos, y la monotonía que en ellos se echaba de ver, producida por no hablar á las jóvenes mas que de amor. Quizás preferirian escenas de viages, las mas de ellas fabulosas ó muy ecsageradas, artículos sobre

historia natural, ó algunos episodios de nuestra historia política. Poco trabajo nos costaba copiar, como suele hacerse, algunos capítulos de Buffon ó de Ewards, y en cuanto á la historia política, ni nuestra edad, ni nuestros limitados estudios, nos dan el suficiente discernimiento para juzgar con acierto de los hechos pasados. Pasemos á contestarles con respecto á lo primero. Podria ser que estemos equivocados, pero los que tales reflecsiones hacen, ó han olvidado la naturaleza de esta obra, ó tienen poco conocimiento del corazon de la muger. **El Album de las Bellas** es una obra, y así lo dijimos en el prospecto, que no tiene de periódico mas que la marcha de su publicacion; es una obra en que las jóvenes hallarán las nociones de moral mas conformes con la sana razon: en que se les hace conocer su influencia y predominio sobre los hombres, á fin de que puedan aprovecharse de él para la regeneracion social á que el mundo se prepara. Por otra parte la mujer ha sido formada para el amor. Su hermosura, su esquisita sensibilidad, su timidez misma, están índicando su inclinacion hácia la belleza y hácia la virtud, atributos necesarios del verdadero amor. Por esto último es necesario hablarle, es preciso valerse de ese sentimiento, como Moisés de su vara, para hacer brotar de su imaginacion los copiosos raudales de sensibilidad con que el Criador la enriqueciera; es forzoso antes de interesar su alma, conmover su corazon. Por el amor goza la muger de esa poderosa influencia en la sociedad, ella desarruga el severo semblante de un padre, dirije los pasos de un hijo y reina en el corazon de un esposo. Ha dicho uno de los mas profundos filósofos modernos (1) hablando de la muger: **«que ó los hombres se embrutecen en sus brazos, ó se civilizan á sus pies.»**

— —

(1) El autor del tema de este articulo.

La naturaleza, ademas de esto, ¿que es? ¿cuales son sus leyes, sino ese mismo amor? Oigamos al citado autor en su obra maestra, en esas bellas y sublimes páginas de su *Educacion*: «El amor..... esta es la ley de la naturaleza. La hallamos en todas partes, en el primero y en el último grado de la creacion, modificándose con la materia y divinizándose con el espíritu. Como afinidad atrae las moléculas; como atraccion sostiene los mundos; como fuerza productiva renueva la naturaleza ; como sentimiento abre las puertas del infinito. Pues sino solo la naturaleza toda y sus leyes, sino tambien el objeto á quien consagramos nuestros trabajos, no respiran mas que amor ¿que estraño es que no le hablemos mas que de él, ó mas bien dicho, que le hagamos comprender sus deberes, y ver las verdades morales á través del prisma seductor del amor y la virtud¿

. . . , . , ... ,

Hemos pretendido probar en nuestro primer artículo que ecsistía el amor, puro, verdadero, tal como le concebíamos en los ensueños de nuestra adolescencia, aun cuando no llegara á realizarse por las causas que espusimos, y que no necesitaba de las ilusiones para aumentar su belleza. Lo mismo podemos decir con respecto á la virtud. El amor es el sentimiento que nos impulsa hácia lo bello, y el amor hácia lo bueno es la virtud. Esta inclinacion á todo lo que es justo, es uno de los mas bellos atributos de nuestra alma; se une con el sentimiento de lo infinito, y nos eleva hasta Dios, que es la virtud misma. Poco le importan á el hombre virtuoso las injusticias, ni las ingratitudes de los demas, si su corazon le dice que hay otra ecsistencia mas allá del sepulcro , y que su alma no muere jamas.

El hombre virtuoso es aquel cuya voluntad espiritual es mas fuerte que la material. No todos los hombres, ni en todas las épocas han comprendido asi la virtud. Cada nacion, cada secta filosófica la hacía consistir, en la antigüedad, en una cosa diferente. Platon, ese sabio que venerarán los siglos, y

cuyo nombre será pronunciado con respeto mientras ecsista el mundo, hizo del hombre un ser semejante á la Divinidad, pues hasta entonces, la ignorancia de sí mismo, y el imperio que las pasiones tenían sobre la razon, le había confundido entre los irracionales; hizo mas, le dió un alma, pues que le enseñó á conocerla. Desde ese tiempo comenzó á considerarse la virtud bajo su verdadero aspecto. Empezáronse á comprender y á apreciarse en todo su valor las sublimes abnegaciones, la lucha del espíritu contra la materia. Y no se crea que consideramos como virtud el sofocar en nuestro pecho nuestras tendencias naturales, pues esto en vez de ser un sacrificio grato á los ojos de la divinidad, como créen, es mas bien una infraccion de sus sacras leyes, una oposicion á sus designios.

Es tan íntima la relacion que ecsiste entre el amor y la virtud, que cási podemos decir que son una misma cosa. Si el amor proviene de un sentimiento innato en nosotros, el sentimiento de lo bello; la virtud procede de otro innato, el sentimiento moral. Mas ó menos desarrollados, todos poseemos estos dos instintos, y mas tarde, la corrupcion de las sociedades y los desordenados placeres, ó el estudio de la naturaleza y la buena direccion de nuestros deseos, se encargan de amortiguarlos ó de elevarlos hasta su último grado de perfeccion. Se nos dirá que es imposible que llegue la virtud al grado de perfeccion á que queremos llevarla, ¡Imposible! Venid conmigo, abrid la historia; ved sus páginas y veréis á un *Sócrates* muriendo por la verdad; á un *Caton*, por no caer en manos de los tiranos; á un *Escipion*, que pudiendo apoderarse por la fuerza de una jóven á quien amaba con esceso, contiene el ímpetu de su pasion, y entrega la jóven á su mismo amante, y por último á un *Guzman* arrojando por las murallas de Tarifa su cuchillo para que degollasen á su propio hijo, por no faltar á su deber y á su honor. Aquí teneis varios ejemplos, de los que pudiéramos citar muchos, que prueban el aserto quo sentamos mas arriba. Hay mas. Nosotros no

creemos, que por muy encenagado que se halle un hombre en los vicios, por mas crímenes que haya perpetrado, esté desprovisto del todo del sentimiento moral. Si fuera posible penetrar en el corazon del hombre mas criminal, del que menos educacion tubiera y cuya inteligencia se hallara mas embrutecida, le veríamos al cometer un atentado cualquiera, darse antes ó despues una razon la mas convincente que encontrara, como para engañar á su conciencia. Abrid los fastos de los tribunales, y vereis que multitud de criminales, cuyo paradero era del todo desconocido á sus jueces, se han presentado ellos mismos á sufrir resignados la pena merecida por su delito.

Tampoco estamos por creer que el hombre contenga en sí ese tan decantado principio ó instinto, que lo induce á obrar el mal, y que no solo no se equilibra con el sentimiento moral, segun dicen los que de tal modo insultan al Criador, sino que le sobrepuja. Nosotros creemos, que cuando ejecutamos el mal, lo hacemos solo llevados por nuestras pasiones, que habiendo adquirido un poderoso influjo sobre nuestra razon, no deja al libre alvedrio presidir en nuestras deliberaciones. Siguiendo aquel error, hé aquí las deducciones que de él hacen aquellos, respeto á la marcha progresiva de la sociedad. »El hombre, dicen, no llegará nunca á ser feliz ni como hombre, esto es, en las relaciones del alma con el cuerpo, porque conteniendo en sí un instinto que le obliga á ejecutar el mal, no podrá nunca desarraigarlo de su corazon; lo mas que puede hacer, y eso es problemático, es equilibrarlo con el del bien ó con el sentimiento moral.» ¡Eso es desconocer el progreso de la civilizacion! ¡eso es no considerar la naturaleza humana!.... El hombre está compuesto de dos sustancias muy diferentes, de alma y de cuerpo; la una le coloca entre los animales, la otra lo hace semejante á Dios. En esto estamos conformes; mas por la union íntima que hay entre estos dos elementos, tienen necesidades con relacion á ambos, y estas

necesidades, ya lo hemos dicho otras veces, han de satisfacerse todas algun dia. ¡Cuando!, quizás dentro de cien años, quizás habrá de pasar mas tiempo que desde la creacion hasta el presente. ¿Y seremos por esto tan inconsecuentes que digamos que conseguido esto no le quede al hombre algo que desear?, no; lo repetimos, la felicidad completa no es de este mundo.

Probada ya su ecsistencia ¿que cosa mas bella que la virtud? Adormida en su regazo pasa los halagüeños dias de su adolescencia la candorosa jóven; fortalecida bajo su egída no teme ni á la seduccion ni á la perfidia, y sin pensar en que los remordimientos vengan á turbar sus sueños, aguarda con resignacion que llegue el momento de reposar en la tumba. Virtuoso nos figuramos el ideal de nuestros amores; virtuosa la madre que perdimos en la cuna, virtuosas todas aqnellas personas áquienes amamos, y virtuoso, en fin, el Dios que crió á la naturaleza, por que es la virtud misma. Luego si es un sentimiento divino, pues proviene de él; si por el le comprendemos le amamos; sí es lo mas puro y perfecto que ecsiste en la naturaleza, es claro que **las ilusiones no son elemento de hermosura en la virtud**.

J. M. Herrera.





LA AMISTAD.

Amistad, plácido don
que enagena el corazon,
tú formaste mi ventura;
tú fuistes en mi amargura
el iris de salvacion
....
....,.....
Un año trás otro año,
con breve planta corrió,
tu encanto el alma perdió,
y á la voz del desengaño
sus desengaños lloró.

Poes. del Autor dedicada á D. C. S. C.

Entre la multitud de sentimientos que agitan el corazon humano; hay uno, el mas dulce, el mas noble de todos;

un afecto íntimo y esclusivo; un precioso don del cielo, que forma el norte de nuestras ilusiones en la aurora de la vida, alivia nuestros padecimientos en las amargas horas en que somos víctimas de la desgracia, y hace que se deslicen tranquilamente nuestros dias, entre el placer y la ventura; este sentimiento, pues, es la **Amistad.**

Desde sus primeros pasos, se percibe distintamente en el hombre esa simpatía, esa inclinacion á un ser de su misma edad, que constantemente contribuya á sus juegos, que le acompañe en sus sencillas distracciones; y con el que desde luego le une una estrecha confianza, un cariño, que sinó el mas profundo, es al menos el mas sincero de la vida. Hay una época en que este sentimiento se desarrolla en el alma con mas violencia que nunca. Al llegar á la adolescencia, al verificarse en el hombre esa completa transformacion, ese paso decisivo, que pudiera decirse que le abre las puertas de la vida, cuando, al par que alhagan su juvenil fantasia mil risueñas imágenes, comienza á sentir los latidos de un corazon, que aun no había palpitado y las seducciones de un mundo ideal que aun no había conocido; entonces la amistad no es un deseo pueril, no es una idea pasagera, que ocupa un momento, pero que despues se aleja de la infantil imaginacion del caprichoso niño; es ya una necesidad, una ecsigencia que le es imposible dejar de satisfacer al ardoroso jóven, que por donde quiera escucha el injurioso sarcasmo de una sociedad que se burla, porque no los comprende quizás, de los únicos sentimientos que podrían hacer la felicidad del género humano.

En esta época es cuando nacen las tiernas confianzas, los generosos sacrificios, las sublimes abnegaciones que constituyen principalmente el verdadero carácter de la amistad. ¡Qué espectáculo tan bello ofrece á nuestra vista aquella sencilla jóven, que trémula, palpitante, ocultando su turbacion en el seno de una amiga querida, le revela el secreto de su primer amor! y ¡qué cuadro tan magestuoso presenta el jóven que arriesga gustoso su

vida, por salvar la de su compañero de infancia! Ah! el amor y la amistad son las únicas delicias que el mundo nos ofrece; sín ellas no puede haber placer, ni felicidad, y nuestra ecsistencia sería una continuada serie de sufrimientos, de los que solo la muerte podría librarnos.

Sin embargo, la hipocresía y el engaño suelen cubrirse á veces bajo la apariencia de una franca y leal amistad; y hé aquí por qué, enmedio de una sociedad corrompida, se encuentran hoy tan pocos seres en quien fijar ese afecto. Víctimas nosotros un tiempo de nuestra credulidad, hemos tenido que luchar con dolorosos recuerdos al trazar estas breves lineas; pero temeríamos abrir de nuevo heridas incurables en nuestro corazon, si continúaramos tratando de un asunto por el que tantos suspiros hemos ecsalado y por el que tantas lágrimas tenemos derramadas. Así, pues, concluimos este pequeño artículo, repitiendo que entre la multitud de sentimientos que agitan el corazon humano, la amistad es el mas dulce, el mas noble de todos: pero..... **¡felíz el que llegue á encontrar un amigo..!!**

F. J. F. de S.





ROMANCE MORISCO.

Sembrados de hermosas plumas,
Los purpurinos turbantes,
Y ornados de azules tocas
Y amarillos capellares,
Sin petos de limpio acero,
Ni damasquinos alfanges,
Entrando van en la Alambra
Los nobles *Abencerrages*,
Tan valientes en las lides
Como en las danzas galanes,
Y en el campo tan temibles
Como en el festin amables.
Cada cual lleva su mote
En una banda ondeante,
Colocada entre un emblema
Puesto en caractéres árabes.
Dos donceles que quizá
Por su bien llegaran tarde,
Vienen departiendo alegres
Y en sus dos divisas traen,
El uno, entre un sol de oro
Un corazon de brillantes:
Este de Granada y tuyo
Dicen las letras del márgen.
Una lanza tiene el otro
Con un brazo que la blande,
Y en dorados signos dice:
Por mi patria y por mi amante.
Ya del régio alcázar moro
Llegaban á los umbrales,
Cuando «por *Alá* no entreis,»
Esclamó saliendo un page.
«Ved que los fieros *Zegríes*
Dentro os esperan -¡infames!-
Llorad á vuestros amigos,
Esta qne veis es su sangre,»
«¡Su sangre! ¿y llanto nos pides?
Hierro y fuego... ¡zús cobardes!
Abenzulema, á las armas!
=A las armas, Abenzayde.»
Una hora despues Granada
Estaba al mar semejante
Cuando con montes de espuma
Las soberbias rocas bate.

PLACIDO.



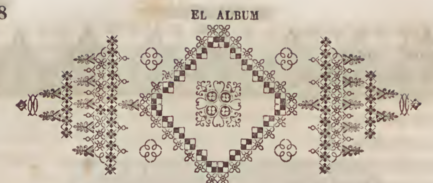
A....

SONETO.

Bendita el hora que sentí mi seno
Abrasarse á tu célica mirada,
Bendita la pasion arrebatada
Con la que á veces fatigado penol.
Cuando de dulces ilusiones lleno
Esperó el corazon, tu idolatrada
Imágen á mi alma enamorada
Horas predijo de placer sereno:
Mas ya que el tédio con su garra fria
Hiere cruel mi corazon ardiente,
Darme no puede tu memoria calma;
Mas llena de mortal melancolía,
De esas horas me arranca en que indolente
Es mi cuerpo el sepulcro de mi alma.

ANGEL MARIA DACARRETE,

Sevillá.—Abril de 1849.



EL TUMULTO EN EL PARNASO.

A la ingeniosísima poetisa la señorita Coronado.

En una hermosa mañana,
cuando el rayo de la aurora
el cielo viste de grana,
las cumbres del monte dora;
Cuando al viento dan las aves
de sus voces los sonidos;
el cisne en cantos suaves,
y la tórtola en gemidos;
En el Parnaso admirado
corre la nueva felice,
que el dios Apolo ha firmado
un decreto que así dice:

«Mando que de Carolina,
«envidia de los amores,
«cubran la frente divina
«de mi Parnaso las flores.
«Esto comunico solo
«á la española nacion.
«Lo firma: *Yo el Rey Apolo.*
«Certifica: —*Calderon.*»
Las poetisas se indignaron,
cuando tal razon oyeron;
y con armas se juntaron,
y ante el palacio acudieron.

La preciosa *Feliciana*
el tumulto dirijió,
la enemiga mas tirana
que *Lope* en sus tiempos vió:
Dama que en trage de hombre
estudió filosofía,
mintiendo su séxo y nombre,
que solo el Amor sabia.
Y en demanda de laureles
quiso á Salamanca ir,
cansada de los claveles,
que le dió Guadalquivir,
Tambien contra *Carolina*
mostró su aleve pasion,
la hermosa *Cristovalina*
del linage *de Alarcon*:
Que de envidia un tiempo esenta
pintó «*al serafin del cielo*
que á los ojos se presenta
del serafin del Carmelo»,
Poetisas son afamadas,
que ya por su buena suerte
se contemplan arrancadas
de los brazos de la muerte.
¡Justicia! claman en vano
ardiendo en rabia y enojos,
y armados de orgullo insano,
sus siempre divinos ojos:
A la envidia muy despiertos,
pero al desengaño esquivos,
porque alguna vez los muertos
han de envidiar á los vivos.
A serenar el tumulto
fué el jorobado *Alarcon*
mas solo sacó un insulto
entre uno y otro baldon.
Aun mas veloz que las horas,
va y les dice *Juan de Mena*:
«Catad, fermosas señoras,
«que es valadí vuestra pena.
«En las fembras honorables,
«ilustres y de alta guisa,
«fazañas tan espantables
«cosas son de mengua y risa.»
Con versos de amor y encanto
Lope á convencerlas llega;
mas no tuvo poder tanto
el galan *Lope de Vega*.
En esto *Alonso de Ercilla*
con el dulce *Garcilaso*,
llama, junta y acaudilla
á las tropas del Parnaso,
Sus broqueles, sus espadas,
y sus dardos voladores,
de las turbas rebeladas
no amedrentan los furores.
En la batalla la gloria
su beldad les asegura;
que siempre alcanzan victoria
las armas de la hermosura.
El ejército ya cede:
á aflojar la lid comienza;
y en tanto Apolo no puede
esconder su ira y vergüenza.
Contra enemigos tan fieros
buscan de triunfar los modos
en vano sus consejeros;
porque inútiles son todos.

Mas el retrato ha tomado
y versos de Carolina
un fraile viejo y taimado,
el buen *Tirso de Molina*.

Y al ejército cobarde,
que está deshecho y vencido,
de nuevo en vistoso alarde
junta, y le dice atrevido:

«En estas rimas hermosas
«que dictaron los Amores,
«se encierran mas tiernas rosas
«que el mayo produce flores.

«Por estos ojos divinos
«el mismo Amor tiene pena;
«por sus rayos peregrinos
«¿quién no gemirá en cadena?»

Al escuchar tal acento
el ejército camina,
y en alas del manso viento
vá el nombre de CAROLINA,

Tiembla la tierra al sentir
el pisar de los trotones;
por Carolína morir
anhelan los corazones

Disparan al aire flechas
contra el potente enemigo
las tropas, que ya rehechas
llevan al Amor consigo.

La luz del sol oscurecen
con sus dardos y sus balas;
mas luego se desvanecen,
y muestra Febo sus galas.

Las vencedoras poetisas
huyen sin freno ni ley,
y al cabo escuchan sumisas
los decretos de su rey.

De Apolo fué la victoria,
de Carolina las palmas:
dióle el destino la gloria,
la admiracion nuestras almas.

Adolfo de Castro.





EL AMOR DE UNA MUGER.

Á MI AMIGO D. F. G. DE L.

Présteme un ángel su armoniosa lira,
Déme su blando celestial acento,
Y en las alas del númen que me inspira
Hienda mi canto la region del viento:
Que aunque mi triste corazon suspira,
Que aunque llorando alivio mi tormento,
Son de amor mis suspiros y mi llanto,
Y do quier que hallo amor me inspiro, y canto.
¡Amor! palabra mágica, divina,
Que ofrece al corazon paz y dulzura,
Que halaga nuestra mente y nos fascina,
Y llena el alma de eternal ventura;
Que más que el sol los orbes ilumina
Con lumbre ardiente, esplendorosa y pura,....

Que salva de la muerte el hondo abismo,
Y vá á ostentar su luz al Cielo mismo:
Yo siempre te adoré, siempre estasiado
Contemplé tu beldad hija del cielo,
Y tan solo de tí, númen sagrado,
Esperé la ventura en este suelo.
Mi ventura era amar y ser amado,
Esta fué mi esperanza, este mi anhelo,
Y amé por fin con loco desvarío.....
¡Ay! á quien no responde al amor mio!
Mas.... ¿quién sabe?..... Mi boca silenciosa
Nunca osó proferir un solo acento,
Que á la muger que adoro candorosa
Mi pasion revelara y mi tormento,
¿Quien sabe si su alma en mi ardorosa
Mirada lée mi oculto pensamiento,
Cuando gozo felíz de su presencia,
Y por la suya olvido mi ecsistencia?....
¡Ah! locura..... ilusion! Ni ella me ama,
Ni sabe mi pasion y mi amargura;
Ella es el sol que clara luz derrama,.....
Yo soy la noche silenciosa, oscura,
Y aunque el fuego sublime que me inflama
Claro tambien y encantador fulgura,
Nunca, nunca mostró su luz divina.
Á ese sol celestial que me ilumina.
Mas ora, Federico, ora que ardiente
Á una amante beldad rindes amores,
Que amor te inspira la sonora fuente,
Que amor te inspiran las fragantes flores,
Que brillan para tí del sol fulgente
Vertiendo amor los puros resplandores,....
Que en donde quiera que tu vista alcanza
Solo encuentras amor, solo esperanza:

¡Ay! ¿no quieres que cante entusiasmado
Tu amor correspondido y tu ventura,
Cuando te miro de tu amante al lado
Adorando su célica hermosura?...
Sí, yo quiero cantar, quiero inspirado,
Un momento olvidando mi amargura,
Rendir humilde plácidos loores
Al númen celestial de los amores.

Quiero cantar, Federico,
Quiero cantar tu ventura,
Y la amorosa ternura
De tu adorada beldad;
Que al númen que de mis ojos
Hace brotar triste llanto,
Los sonidos de mi canto
Le inspiren tal vez piedad.
¡Ah! dichoso tú mil veces
Que á una muger adoraste,
Y en su corazon hallaste
Tambien amoroso ardor;
Mientras yo vivo infelice,
Mientras yo vivo llorando,
A una muger adorando
Que no responde á mi amor.
Para tí del prado ameno
Las aromáticas flores
Con mas hermosos colores
Y mas gala brillarán;
Y el murmurar misterioso
De los céfiros suaves,
Y los trinos de las aves,
Mas sonoros te serán.
Para tu mente ecsaltada,
La bella luz de la aurora
Que las altas cumbres dora
Con su divino fulgor,
Será la radiante lumbre
De los ojos de tu amada,
Cuando con dulce mirada
Te está diciendo su amor.
Tú verás la blanca luna
Con sus dulces resplandores,
Cual diosa de los amores,
Cual misterioso fanal,
Y la creerás de tu hermosa
Bella imágen que te halaga,
Cuando por tu mente vaga
En ilusion celestial.
Y del trueno horrisonante
El pavoroso estampido,
Y del rayo desprendido
El fuego deslumbrador,

Pasarán sin que tu pecho
Lleneñ de miedo y espanto,
Pues te adormece el encanto
De correspondido amor ..
¡Cuántas veces escuchando
De su boca los acentos,
Que para tí de los vientos
Páran el curso veloz,
Sentirás cual un instante
Pasar breves, voladoras,
De tu ecsistencia las horas,
Estasiado con su voz!
¡Cuántas veces al jurarte
Que su corazon te ama,
Que su pura, ardiente llama
Inestinguible será,
Creerás del monarca el trono
Asiento mezquino, inmundo,
Pues tu corazon del mundo
El monarca se creerá!.....
¡Ah! la creacion á tu vista
Será cual templo brillante,
Y tu corazon amante
Cual de ese templo el altar,
Donde puedas á tu bella
Tributar culto amoroso. .
Dó la puedas venturoso
Cual á una diosa adorar.
Goza, goza las delicias
De ese amor que te enagena,
Que tu pecho ardiente llena
De dulcísimo placer:
Goza los tiernos suspiros
De una vírgen bella y pura;
Goza tu inmensa ventura,. .
¡*El amor de una mujer*!

José Benavides.

Junio 25 de de 1849.





EL DIA DE DIFUNTOS.

Una visita al Panteon.

Ya el sol empieza á difundir sns rayos en el oriente y el funerario tañido de las campanas viene á despertarme de mi tranquilo sueño, para que eleve á Dios mis plegarias sobre las tumbas de los seres que he amado en la tierra. En esta hora, abandono los placeres que me rodean, y encaminándome con lentos pasos al solitario Panteon, parezco un espectro que va á buscar un asilo en ese santuario de la Religion.

Allí, entre las calles de apiñados sepulcros, fué donde há

poco tiempo pulsaba mi lira, consagrando **gratos recuerdos á la memoria de mi Madre**. . . , . Aquellos versos fueron escritos con mis lágrimas, sobre su misma tumba. Allí he pasado muchas horas al pié de los gigantes cipreses, que parecen los centinelas de los sepulcros.

Y hoy que es el dia dedicado por la Iglesia á la conmemoracion de los fieles difuntos ¿no he de visitar este sitio? ¿no he de cubrir la tumba de mi madre con las flores de mis vergeles? Es verdad que el espectáculo de una tumba es horroroso; pero en todas las tumbas hay grabada una cruz, y en esa cruz, siempre halla el filósofo la eternidad. ¡La eternidad! Desgraciado de aquel que no creyendo en ella, solo mira en la tumba un lecho de mármol, á donde rendidos por la edad ó por los padecimientos, venimos á sepultarnos en el abismo de la nada.

Para el justo es la tumba un lecho de galanas flores, donde con la corona del martirio ó con la de sns buenas obras, viene á reposar un instante, para elevarse despues en las alas de los querubes á ese mundo de eterna dicha.

Hoy que es el dia de la commemoracion de los fieles difuntos, es cada tumba un tribnnal, cada cadáver un juez, cada viviente un reo. Hoy venimos todos á esta lóbrega mansion. á dar cuenta de nuestras acciones á esos descarnados esqueletos ¡Y cuan pocos serán los que puedan presentarse ante ellos con la frente erguida!

La viuda trocó bien pronto su negro sayal por un vestido de rica seda; y rodeada de una turba de galanes, les muestra con el dedo un sepulcro, del que debiera alzarse una sombra para pedirla las lágrimas que el placer ha robado de sus ojos.

Allí está un jóven cubierto de harapos, en quien nadie repara, á quien todos desprecian. Los restos mortales que contiene esa urna que él besa con sus pálidos labios, debian animarse para decirle: «Hijo mio, hé aquí el castigo de tus mal-

dades. Yo te dejé una fortuna opulenta, con la que podías haber adquirido los tesoros de la ciencia; pero tú, que yacías encenagado en los vicios, te olvidaste de mis últimos consejos, y hoy no tienes ni un amigo que por compasion te socorra.»

Mas allá con los cabellos blancos como la nieve, pasea un anciano, fijando sus apagados ojos en un cenotafio, en el que se leen escritas con letras de oro estas palabras. «Era un ángel y los ángeles solo pueden vivir en el cielo.» Esa tumba es la de uua jóven que murió en la primavera de su vida. Hermosa flor arrancada del vergel por el huracan de las pasiones.

(1) Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud,
Despertó alegre una alborada hermosa.
Y á la tarde durmió en el ataud.
Una ilusion acarició su mente,
Alma celeste para amar nacida
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusion su vida.

Ella era pura como la brisa de la mañana, y su primer amor la arrastró á los brazos de la muerte; porque «Era un ángel, y los ángeles solo pueden vivir en el cielo.» Sn padre por no despojarse de la dote que la pertenecía, contrarió su afecto y hoy viene á llorar como un imbecil al pie de su belada sepultura

Si fueramos recorriendo uno por uno los nichos de este cementerio, podríamos llenar las páginas de nuestro *Album* con una coleccion de historias, en las que hariamos ver que es mayor el número de los que sucumben por los padecimientos del alma, que por los del cuerpo. Por eso me ha agradado siempre la meditacion en esta soledad. Aquí la muerte concede á cada cual lo que le pertenece, arrancando á los reyes su coronas, para ornar con ellas las tumbas de los justos y de los sabios.

MANUEL RODRIGUEZ DIEZ.

(1) Espronceda.—*El Estudiante de Salamanca.*



VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

El Sacrificio.

(*Continuacion.*)

Claudio prosiguió;

—En vista de lo que ha espuesto la verdadera madre de Virginia, creo que mis jueces no tendrán ya nada que dudar; apelo ademas á la justicia del Decemviro, que no se dejará sorprender por los gritos, ni por las amenazas de los partidarios de Icilio; ni conmover por las lágrimas de una jóven, cuya suerte en verdad inspira compasion; pero que habiendo nacido en la esclavitud debe volver á ella; por mas que haya sido educada como una persona de condicion libre.

Para destruir en el acto esta impostura representaron los parientes y amigos de Virginia; que su esposa había tenido muchos hijos y que si en su defecto, hubiese querido introducir un estraño en su familia, no hubiera recurrido al hijo de una esclava, y sobre todo á una hija, pudiendo haber elegido un varon; que sus parientes, sus amigos y todas las personas que tenian algunas relaciones con ella, la habian visto en cinta de aquella niña, y que era sabido que Numitoria la habia alimentado en sus pechos; lo que no hubiera podido ha-

cer, si, como Claudio había falsamente probado, hubiese sido estéril.

—Y es muy sorprendente, esclamó Icilio aquien no le era dado contenerse por mas tiempo, que ese impostor haya guardado un silencio tan profundo por espacio de 15 años, sin haber intentado hacer valer sus pretendidos derechos hasta el momento en que llegando Virginia á su juvenil edad, ha desplegado todos los encantos con qué la naturaleza la ha favorecido. Sí, ciudadanos, tiempo es ya que se rasge el velo con que la hipocresía pretende encubrir la maldad y la impostura; tiempo es ya que, ciegos, y confiados en una fingida apariencia, abrais los ojos ante la realidad.

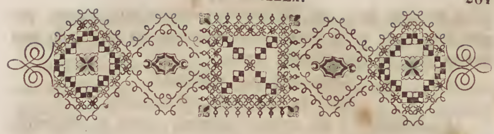
═La causa de la injusta persecucion que sufre esta jóven y de su infame acusacion, es solo sus gracias y su hermosura. Dicen que debe entrar en la esclavitud; ¿sabeis, romanos cual es esa servidumbre? la de la violacion, la del deshonor, y la afrenta, en donde gimen vuestras esposas y vuestras hijas.

Grandes muestras de aprobacion se hicieron oir entre la multitud; y Apio, temiendo que las palabras del tribuno hiciesen mucha impresion en los ánimos del pueblo, las interrumpió, bajo el pretesto que deseaba hablar el mismo. Entonces procurando revestirse de una serenidad de la que su falsa y dificil posicion no le permitía gozar.

═No quiero dar lugar, dijo dirigiéndose á la asamblea, á que los parientes de Virginia pretendan aprovechase del largo silencio de Claudio; por que mi conciencia me obliga á declarar que hay ya mucho tiempo, que tenía yo conocimiento de este asunto. Nadie ignora que al morir el padre de Claudio, me dejó por tutor de su hijo. Me advirtieron poco tiempo despues que en calidad de tal, yo debía reclamar á esa jóven esclava, como un efecto de la herencia de mi pupilo, para lo cual, tomé las declaraciones que me parecieron convenientes á los mismos testigos que hoy aquí se presentan. Es cierto, que nuestras disenciones domésticas, y los negocios públicos, me impidie-

ron entonces la continuacion del de un particular: pero el puesto que hoy ocupo no me permite rehusarle la justicia que debo dar á todo el mundo: así, en virtud de la autoridad que me ha sido conferida por el sufrajio universal del pueblo, y por el del senado; y de la facultad que me conceden las leyes, ordeno que Claudio recobre á esa jóven como su esclava.

Virginio, ultrajado en su honor de ciudadano, y en su autoridad de padre, no guardó ya consideracion al Decemviro. Se desprendió de los brazos de su hija, que pretendia detenerle, y adelantándose por entre la multitud, que deferente y resrespetuosa le abria paso, no sin dejar de ecsortarle á que confiara en ellos. y no cediera ante las tiránicas ecsigencias de Apio, se dirigió hácia el tribunal, subió la escalinata que conducia á él, haciendo lo posible por ahogar en su pecho el furor y la indignacion que le comunicaban fuerzas juveniles y que hacían correr la sangre por sus venas con el mismo ardor que al entrar en el primer combate. Llegó por fin á la balaustrada, y desde aquel sitio, tribuna de su honor ofendido, dirijió la palabra á sus conciudadanos: les hizo conocer que solo Apio Claudio era el autor de la impostura sostenida por su confidente: les hizo presente los medios inicuos de que se había servido para arrojar sobre la frente de un romano, que se hallaba combatiendo en defensa de la patria, una afrenta que sonrojaba el semblante y destrozaba el corazon; que ademas se había valido de ella como de un pretesto para saciar el ódio que el Decemviro profesaba no solo á el sino tambien al prometido esposo de su hija, en los que aquel habia siempre encontrado una constante oposicion á sus arbitrariedades despóticas y á todo lo que no estaba conforme con la justicia y la libertad; que ellos, en fin, no habian querido autorizar con su silencio las tropelías y violaciones de sus tiranos, y que el modo que tenia Apio de vengarse, era arrebatándole el único tesoro que le restaba, despues de haberle despojado de la libertad . . . , ... , . , . . .



Esperanzas y recuerdos.

Apenas el pensamiento del hombre despliega sus misteriosas alas, cuando los deseos le esclavizan. De los deseos nace la esperanza, deidad consoladora que endulza las amarguras de nuestra ecsistencia. Mas huye el tiempo veloz, y la realidad con su férrea mano deshoja una por una todas las brillantes flores que nacen en nuestra imaginacion al fulgor de la esperanza. Entonces como espectros aterradores se alzan en nuestra alma los recuerdos.

La vida es una cadena cuyos eslabones son formados de esperanzas y recuerdos, y nuestra ecsistencia presente no es mas que un tiempo que huye presuroso del campo de la esperanza, para sepultarse en el campo de los recuerdos.

El recuerdo y la esperanza son dos estremos que se disputan, digámoslo así, la preeminencia en nuestro corazon. Mil

veces he oído decir que un recuerdo inspira mas ventura que una esperanza; y un poeta contemporáneo ha espresado esta misma idea en estos lindos versos:

Grata será una esperanza,
Pero es mas grato un recuerdo.

Pensamiento á mi parecer falsísimo, pues es imposible que un recuerdo sea mas grato á nuestro corazon que una esperanza. Esta nunca nos entristece, y á su dulce inspiracion asoma á nuestros labios la plácida sonrisa que algunos recuerdos hubieran desterrado de ellos. Por muy desdichado que sea el porvenír, la esperanza siempre nos lo presenta halagüeño, y aunque la realidad derribe los aéreos castillos que levanta en nuestra imaginacion, somos dichosos en los momentos de contemplar las brillantes perspectivas que ella nos presenta. ¡Cuan diferentes son los recuerdos!.... De ellos, solo los que tengamos de nuestras buenas acciones pueden sernos gratos. De los demás ¿cuál habrá por risueño que sea, que no nos entristezca?

Si una persona es feliz, el recuerdo de otro tiempo en que no lo fué, hace pasar por su imaginacion una nube melancólica que eclipsa el astro de su dicha.

Si es desgraciada y recuerda sus perdidos goces ¿qué pena habrá que pueda compararse á la que sufre entonces su alma? ¡Con cuanta tristeza contemplará á otros en la brillante posicion que antes ocupára, y de la que ha tenido que descender! El jigante de Córcega ¿sería tan feliz en la isla de Santa Elena con el recuerdo de sus pasadas grandezas, como cuando á los rayos del sol de Austerlitz alhagaba su imaginacion la esperanza de dominar el mundo? ¡Cuántas veces al contemplar en su destierro las altivas olas que venian á estrellarse contra los duros peñascos que le rodeaban, procuraría ahogar en el murmullo de esas olas los grandes recuerdos que se elevaran de su alma! ¡Y cuántas veces los hubiera trocado por la mas leve esperanza!

¡Cuán desgarrador será el recuerdo de la patria para la persona que víva lejos de ella. El que en su ausencia no la recuerde con las lágrimas en los ojos, deberá tener un corazon empedernido é incapez de sensaciones! ¡Cuán desdichado deberá ser el hombre que contra su voluntad tenga que abandonar los patrios lares! ¡Con cuanta pena recordará los floridos campos donde cual plácido arroyo se deslizaron los primeros años de su vída! ¡Con cuanta pena recordará las prendas mas queridas de su corazon, padres, hermanos, amigos!... ... Dolor horrible que solo la esperanza puede mitigar.

Mas llega al fin un momento en que aquel hombre vuelve á su patria, y los recuerdos vienen á desgarrar su pecho! ¡Cuán diferente lo encuentra todo! ¡Cuánta variacion en tan corto tiempo! Su padre ha muerto, el dolor usurpando su poder á la vejez ha encanecido los cabellos de su madre, y el hermano que dejó en la cuna, es ya un hombre que puede blandir un acero en defensa de su patria: un hombre que abriga en su corazon las mismas esperanzas, la misma ambicion que él abrigaba en otro tiempo, y de las cuales ya no le quedan mas que recuerdos. Hasta lo mas insígnificante le entristece. Sus ojos recorren inquietos los paseos, las calles, las casas, los templos que otro tiempo mirára; y todo lo halla distinto.... Mas ¿qué mucho que todo esto haya variado, si su ecsistencia, si sus pensamientos han sufrido tambien tantas variaciones? Y este hombre anhelando esperanza y agoviado de recuerdos ¿podría hallar felicidad con ellos? Oh! no, nunca, nunca; los recuerdos son mas gratos que la esperanza. Una persona sin recuerdos sería acaso dichosa; sin esperanza no podría ecsistir.

El recuerdo es una flor seca y deshojada; la esperanza es un capullo lozano que ecsala suavísimos aromas.

El recuerdo es una punzante espina que hiere el corazon; es á veces la mano impía que arroja al hombre al abismo profundo del escepticismo.

La esperanza es el bálsamo benéfico que sana las heridas del alma, es la mano bondadosa que nos sostiene en esta vida; es el querub que nos remonta al cielo.

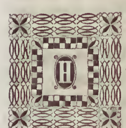
¡Desdichado el que vive solo de recuerdos! ¡Dichoso el que hasta la muerte conserva la esperanza!

ANTONIA DIAZ FERNANDEZ.



LA NOVELA.

II.



Hemos visto en nuestro artículo anterior que hay novelas que no deben ponerse en manos de las jóvenes, á causa de la perniciosa influencia que ejercen en su inteligencia y en su corazon; y mucho mas de lo que allí espusimos podríamos aducir en corroboracion de nuestro aserto, si no lo impidieran los estrechos límites en que debemos contenernos. Sin embargo, no porque haya tales novelas, no porque la mayor parte pertenezcan desgraciadamente á esa especie, hemos de deducir que todas son lo mismo, hemos de condenarlas á todas; tal manera de raciocinar sería opuesta á la

sana lógica. Examinen los padres las novelas que han de leer sus hijas, y al cumplir con este deber recuerden los principios de la buena moral y olviden las preocupaciones de una educacion atrasada y supersticiosa, y no condenen un género de literatura tan apreciable en su esencia, y que puede producir los resultados mas felices para la literatura misma y para la civilizacion, como en efecto los ha producido (*)

Si se presentara al mas timorato y escrupuloso padre de familias un libro en que se ofreciera á sus hijas el tipo de la muger virtuosa embellecida con esa aureola de gloria que la circunda; que les inspirára un ardiente deseo de imitarla, y un amor tierno y respetuoso hácia la virtud; que les hiciera ver los precipicios á que conducen los crímenes y las desordenadas pasiones, y que al par de todo esto las instruyera y las deleitara: si se le presentara un libro que las enseñara á dirigir y á moderar debidamente el amor, pasion que tarde ó temprano han de sentir, y de cuya buena ó mala direccion ha de depender necesariamente su felicidad ó su desdicha: si se le presentáran en fin libros en que la virtud se ostentára con todo su encanto y el vicio con toda su fealdad, inspirando al lector una irresistible simpatía hácia la primera, y por el contrario una irresistible aversion hácia el segundo, ¿dudaria un momento ese padre el entregar á sus hijas tales libros? decimos mas, ¿no se alegraría infinito de poder ofrecerles tan preciosas alhajas?... ... Pues bien; tales libros existen, aun cuando en corta cantidad; y para convencerse de ello, léase la **Matilde** de *Eugenio Sué*, la **Julia ó la Nueva Eloisa** de *Rousseau*, el **Pablo y Virginia** de *Bernardin de Saint-Pierre*, casi todas las novelas de *Arlincourt*, y algunas otras que pudieran citarse.

(*) Prueba de ello es el QUIJOTE en el siglo 17, y acaso los MISTERIOS DE PARIS y el JUDIO ERRANTE en el actual: bien que los MISTERIOS DE PARIS tienen algunos defectos, y el JUDIO ERRANTE muchos y muy notables.

La **Matilde**, al par que nos encanta y nos conmueve con sus bellísimas é interesantes situaciones, presenta á nuestra vista el origen, desarrollo y efectos de varios sentimientos y pasiones que obran con una admirable verosimilitud. Todas sus páginas respiran la mas sana moral y la mas profunda filosofía. Cuando conocemos á la *Sra. de Maram* y al *Conde de Lugarto* no podemos menos de odiar á todos los malvados, y cuando conocemos á *Ursula* y á *Lancry* no podemos menos de compadecer con cierta mezcla de desprecio á todos los viciosos. ¿ Y *Matilde*? ¿y *Emma*? ¿y el *marqués de Rochegune*?.... Parece qne Eugenio Sué habia visto á los ángeles del cielo para retratárnoslos eu esas tres divinas creaciones;.... mejor, parece que habia visto á los ángeles para crear á *Emma*, y que habia visto al género humano en su estado de perfeccion para crear á *Rochegune* y á *Matilde*.

Sué en sus novelas nos ofrece frecuentemente escenas demasiado bajas y groseras, nos presenta el crímen y el vicio bajo su mas repugnante aspecto, sin duda con la plausible intencion de hacérnoslos mas aborrecibles. Pues bien, si esto puede calificarse de defecto, tal defecto no existe en la **Matilde.** La jóven mas pura é inocente puede leer todas sus páginas sin ruborizarse; y si alguna vez sus mejillas se encienden y se cubren de un vivo carmin, será en fuerza de la ira que le habrá inspirado el crímen, ó del entusiasmo que le habrá inspirado la virtud. Por el contrario, hay escenas en esa novela preciosa que no pueden menos de arrancar dulces suspiros á cualquier corazon sensible. Los diálogos entro *Matilde* y *Rochegune*, cuánta verdad, cuánta ternura, cuánta virtud respiran! y la descripcion de la felicidad de *Matilde* en su casita de *Chantilly*, que es la mas bella apología del matrimonio y la mas esacta pintura de la dicha celestial que solo puede ser hija de un amor puro y verdadero, inunda el alma de un placer inesplicable. Aseguremos, pues, que la **Matilde**, siendo una obra tan bella, tan moral y tan filosófica, ha de proporcio-

nar necesariamente á sus le tores placer, moralidad é instruccion; y que, por consiguiente, su lectura debe ser, no solo permitida, sino aconsejada á las jóvenes, y en general á toda clase de personas.

¿Y qué diremos de la **Julia** de *Rousseau*, de esa novela inmortal, en la prática de cuyas doctrinas estriva en gran parte la verdadera civilizacion del linage humano? Baste decir que las jóvenes que se parezcan á la divina *Julia* son otros tantos ángeles de cuya posesion no es digna nuestra sociedad.

En fin, el **Pablo y Virginia**, las novelas de *Arlincourt*(salvas algunas escepciones y algunos defectos de que todas las de este autor adolecen) y algunas otras, son joyas sumamente estimables, no solo por su mérito, sino por su corto número; son los pequeños *oasis* que se hallan esparcidos en un inmenso desierto.

Reasumiendo lo que hemos dicho en nuestros dos artículos, resulta; que muchas, y acaso la mayor parte de las novelas, son perjudicialísimas á la juventud, á causa de las ideas y doctrinas erróneas y altamente desmoralizadoras que encierran; que por el contrario hay otras, aunque en corto número, que poseen cualidades enteramente diversas; y que por lo tanto ni tienen razon los que las admiten todas, ni los que á todas las condenan, debiendo quedarse en un justo medio esto es, debiendo leerse las que sean buenas, y de ningun modo las que sean malas. Tal vez dirán algunos que todas las novelas, por buenas que sean, tienen el défecto de aficionar á las jóvenes à situaciones romancescas, haciéndolas de esta suerte *románticas*: á los que tal digan contestamos por conclusion que si todas las mugeres fueran *verdaderamente* románticas, sería por hallarse la humanidad en un alto grado de *verdadera* civilizacion.

J. B.



LA PUREZA.

La pureza, bellas lectoras, es una de las virtudes mas agradables á los ojos de Dios. La pureza en una jóven es lo mismo que el aroma en la flor. La rosa mas purpurina es despreciada de vosotras, si el aroma de su cáliz no corresponde al color de sus pétalos. Dios ha sido tan amante de la pureza que quiso nacer de una vírgen, siendo esta creencia una de las bases fundamentales de nuestra religion.

No tan solo entre los cristianos la pureza ha sido considerada como una virtud, sino tambien entre los gentiles, que la personificaron en la luna, en ese fanal de la noche, á quien consagraron templos tan suntuosos como el que incendió Erostrato para eternizar su nombre. Las jóvenes de familias mas esclarecidas eran las destinadas para el servicio de esos templos, y eran tantas las prerogativas que gozaban, que ellas po-

dian librar en el mismo suplicio á los reos condenados á muerte.

Algunas historias pudiera contaros de esas sacerdotisas, cuando olvidadas de sus votos profanaron el templo con sus amores. Básteos decir, que una vez probado el crímen, se las condenaba á ser enterradas en vida en una estrecha sepultura. Allí, sin luz, sin alimento y sin aire, morían infaliblemente, despues del mas lento y cruel martirio. Y si la pureza merecía estas consideraciones entre aquellos gentiles ¿qué no merecerá entre los que profesamos la civilizadora religion del crucificado?

Los jóvenes mas depravados no pueden menos de apreciar la pureza de una vírgen, y tiemblan delante de ella como unos cobardes, cuando no pueden vencerlas y humillarlas con sus torpes encantos. Espronceda en su *Cuento del Estudiante* se espresa de esta manera:

Tu eres muger un fanal
Transparente de hermosnra
Ay de ti! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Este cristal misterioso es el de la pureza de la muger, que una vez roto la conduce á su perdicion. Los mismos que antes la alhagaron para seducirla, son los primeros en despreciarla; y las mismas de su secso que la arrastraron al borde del precipicio, son las que se muestran mas sordas á sus lamentos, cuando la miran perecer en el abismo de la deshonra.

Conservad, bellas lectoras, vuestra pureza como el mas preciado tesoro; y sabed, que ella es tan agradable á la vista de los hombres, como á la de Dios.

Manuel Rodriguez Diez



Con el mayor gusto insertamos la siguiente composicion, última qne escribió el eminente literato **D. Alberto Lista,** *en la convalecencia de uno de los ataques de su enfermedad.*

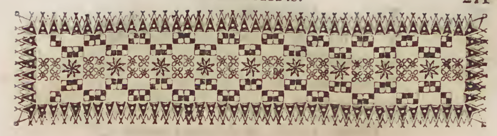
A MI SOBRINA CECILIA GARCIA Y AGUDO.

Tú, de hermosa madre hija,
Y como tu madre hermosa,
Delicia de tus hermanos
Y de tu familia gloria;
  Oye de un anciano TIO
Las voces afectuosas,
Conque, al volver del sepulcro,
A ser felice te exorta.
  Ese don de la hermosura,
Por el que tanto blasona
La juventud, é inesperta
Sus verdes años malogra:
  Flor es que caduca yace
Cuando el noto airado sopla;
Cualquiera lluvia la anega,
Cualquier sol la descolora.
  Todo muere: mas el cielo
A tí, beldad lastimosa,
Dos muertes te ha destinado
Para ajar tu orgullo y pompa.
  Una, cuando el fiero tiempo
Vibra la guadaña corba:
Entonces el oro es nieve
Y son arrugas las rosas.
  Otra, cuando del sepulcro
Se abre la funesta losa,
Y á la beldad y á la bella
Prende por siempre en sus sombras.

  Solo la virtud, Cecilia,
La muerte y vejez ignora;
Los años la fortalecen
Y la tumba la acrisola.
  Fija en ella tus deseos:
Las flores que la coronan,
Hacen dichosa la vida
Y en la eternidad se logran.
  Y pues belleza, heredada
De tu amante madre gozas,
Hereda, y seras felice,
Las virtudes que la adornan.

ALBERTO LISTA.

Sevilla: Mayo de 1848



TEMPESTADES DEL ALMA.

Era un hermoso y apacible dia
De luz, de amor, y de placer queri
De esperanza leal que el seno hench
De dulces ilusiones que he perdido
Atmósfera de amores,
Favonio que perfuman blandamente
Las aromosas flores
Halagaba mi frente,
Y un suspiro del alma se exalaba,
Un suspiro de májica dulzura,
Y en él mi corazon se enajenaba,
Y en él probaba sin igual ventura.

Pero rujió la tempestad: airado
Estendió el Austro sus terribles alas,
Y dejó en su furor mi pecho helad(
Y el verjel de mi vida sin sus galas.
Los férvidos ensueños
Huyeron cual las vagas creaciones
Que en momentos risueños

Nos conceden sus dones;
Y en un mar de amargura sumergida,
De tinieblas espesas rodeada,
Maldije mi existencia aborrecida,
Envidiando el reposo de la nada.

Porque soñaba en deliciosa calma
Cuando sonó la voz de la tormenta,
Que imprevista y cruel llenó mi alma
Cuando se hallaba de placer sedienta.
Desperté zozobrosa,
Miré en mi rededor.... ¡desgracia insana!
Sin ilusíon hermosa,
Sin esperanza vana,
Sin fé, sin dicha, sin amor, sin gloria,
Sola con la verdad de mi quebranto,
Brotó de tanto bien á la memoria
Por mis mejillas áridas el llanto.

Así cantando alegre barquerola
En góndola jentil cruzando el lago,
Un sonido escuchando en cada ola
Sin temer ni esperar su crudo amago,
Feliz barquero surca
El encantado golfo de Venecia,
Mientras con pipa turca
Fuma, y al mar desprecia;
Cuando súbito el viento se desata,
Muje el fiero jigante en remolino,
Y sepulcro le dá su faz de plata,
Siendo el barco sudario del marino.

Así cruzando el elevado espacio
Altanera cerniéndose en las nubes,
Escabel del magnífico palacio
Donde pulsan sus liras los querubes,

Ave hermosa pasea
Su arrogante cabeza y su plumage
Que el aire blando orea
Cual flor entre el ramage,
Cuando herida por dardo ponzoñosó
Cäe bañada en la abrasada arena,
Y muere contemplando al alevoso
Cazador, que tirano la condena.
¡Sombras y oscuridad! Esto conservo
De la ventura que soñé envidiable;
Con ciego llanto y afliccion me enervo,
Presa soy de destino inecsorable.
Sin *hoy* qne me consuele,
El *pasado* en recuerdos me devora,
Y por mas que lo anhele,
Sin dicha seductora
Distingo un porvenir oscurecido
Por amargo dolor, por pena grave,
Donde cada placer es un gemido,
Y el corazon de desventuras llave.
¡Oh! que es cruel al empezar risueña
La vida de ilusiones coronada,
Cuando amor delirante siempre sueña,
Cuando vive en rejion embalsamada,
Y entre luz hechicera
Armonía y pasion, gloria y delirio,
Se remonta á la esfera
Do goza sin martirio
De una tierna ventura embelesante,
Es muy cruel mirarla deshacerse,
Y cual vapor levísimo y brillante
A los rayos del sol desvanecerse.
Así la miré yo; y así un momento,
Bastó para robarme tal tesoro,
Así fué mi verdugo el pensamiento,

Mi amor la soledad, mi goce el lloro.
Así pájaro triste,
Pobre flor sin color y sin aroma,
Cuyo cáliz reviste
El alba cuando asoma
De agraciado matiz, que roba fiero
El ábrego en su vuelo, me marchito
Sin amor y sin fé, y el mundo entero
Se muestro sordo á mi doliente grito.
Por eso cuando clara y arjentina
La lámpara de amor alumbra el suelo,
Contemplo con dolor su faz divina,
Y encuentro al contemplarla mi consuelo
Ella ha sido testigo
Del dulce bien que el corazon aspira,
Ella vela conmigo,
Ella mi llanto mira;
Ella escucha la férvida plegaria
Que dirijo al Señor, y ella recibe
Enmedio de la noche solitaria
Los suspiros que el céfiro percibe.
¡*Tempestades del alma* son las penas
Que abruman mi razon! Son *tempestades*
Que de angustia y de horror se miran llenas,
Mensajeras de fúnebres verdades!
Por ellas yace muda
El árpa que formaba mi delicia,
Y por ellas desnuda
De su beldad ficticia
La existencia que paso entre dolores,
Me hace anhelar como postrer deseo
Tumba escondida entre modestas flores,
Tranquila soledad para recreo.

AMALIA FENOLLOSA.

C. de la Plana 21 de Setiembre de 1848.



A LA NOCHE.

¡El sol¡ el sol magnífico,ꞋꞋ luciente
Me agovia con el peso de su lumbre:
¡Oh! nunca llegue el astro del oriente
A traspasar del monte la alta cumbre!
BERMUDEZ DE CASTRO.

Ven, yo te adoro, noche silenciosa,
Con tu cielo azulado y tus estrellas;
Al contemplar tu luna candorosa
Mi corazon acalla sus querellas.
Porque tienen influjo poderoso
En mi alma sus tibios resplandores,
Y olvido mi destino rigoroso
Admirando sus célicos fulgores.
Hora dichosa en que el amante espera
Escenas amorosas repetir,
Prometiendo á su amada fé sincera,
Juramento de amor hasta morir.

Hora en que vírgen inocente y pura
Ve brillar en su mente una ilusion,
Y dorados ensueños de ventura
Alhagan su sencillo corazon:
Hora en que el vate su cantar eleva
Porque arrebatas tu su fantasía,
Y la brisa suave su voz lleva
Rica de inspiracion y de armonia.
Y yo estasiada 'al admirar tu encanto
Bendigo tu ecsistencia, noche umbrosa;
Si de mis ojos se desliza el llanto
El aura los enjuga cariñosa.
Si algun triste pesar el alma siente
Se apaga al palpitar mi corazon...
Ven y darás á mi ajitada mente
Un momento de plácida ilusion.
Ven, que te adoro, noche silenciosa,
Con tu cielo azulado y tus estrellas;
Al contemplar tu luna candorosa
Mi corazon acalla sus querellas.

CARMEN DE BERRÓSTEGUI.





A L. A.

¡¡MI FE!!

¡Dudar de tí. prenda mia!
desconfiar de tu amor,
que es mi orgullo, mi alegria,
la estrella que al bien me guía
con su vívido fulgor!

¡Yo dudar de tu fé pura,
de la constante vehemencia
que tu afecto me asegura;
cifrándose mi ventura
en esta sola creencia!

No puede mi corazon
hacerte tan duro agravio;
yo confio en tu pasion,
pues su tierna confesion
pude alcanzar de tu labio:

tan preciosa confianza
es de mi vida el encanto,
y mi esclusiva esperanza;
que no sospecha mudanza
el que llega á querer tanto;

porque su ardiente querer
férvido culto acrisola,
haciendo al amado ser
de un ángel aparecer
con la radiante aureola;

ángel puro, tutelar,
que próvido la acompaña
sus pasos para guiar,
y que no puede engañar,
porque un ángel nunca engaña

¡Dudar de ti! si llegara
tu mudanza à concebir

la fé del alma arrancara,
y en mi despecho negara
hasta mi propio existir.
Que el alma tras cruda guerra
si el pesar solo la inspira,
cuanto creado se encierra
en el cielo y en la tierra,
todo lo juzga mentira;
espíritu revelado
contra el poder de Dios mismo,
del paraiso lanzado,
para siempre encadenado
en el tenebroso abismo.....
¡Dudar de tí! no; primero
torcerá su curso el mar,
del Bóreas el silvo fiero
cual céfiro lisongero
podrá el vergel fecundar;
antes que de tu desvio
sufra yo los sinsabores
habrá nieve en el estío,
en la primavera frio,
y en el crudo invierno flores:
antes el rapaz halcon
perseguirá la paloma
del aire por la region,
y se prestará el leon
cual dócil potro á la doma;
la sanguinaria pantera
cesará de causar daño;
irá la cabra ligera
con la tigre carnicera
en apacible rebaño.....
Vosotros los que teneis
incredulidad por lema,
que en todo mentira veis,
y de todo escarnio haceis
por repugnante sistema;
Reid de mi corazon,
osad de mi fé reir
con amarga decepcion;
si es creer vana ilusion
con ella quiero morir;
un tesoro es la fé mia;
sol que ilumina mi amor;
mi solo bien, mi alegria,
y la estrella que me guía
con su vívido fulgor.

Sevilla 13 de Octubre de 1849.

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.



EL SUSPIRO.

Deten, deten un instante
¡oh brisa! tu blando vuelo,
y dile á mi pecho amante
porqué ciego y delirante
se abisma en amargo duelo?
¿Porqué al llegar á mi oido
tu dulcísimo rumor,
mi corazon afligido
ecsala triste gemido,
hijo de acerbo dolor?
¿Es que en tus alas quizá
llevas la ilusion riente,
que un tiempo alhagó mi mente,
y que jamas volverá
á brillar sobre mi frente?
Ah! cuando en la selva umbrosa
los pétalos de la rosa
agitas con dulce son,
brisa, tu voz misteriosa
¿qué dice á mi corazon?
¿Traes acaso algun consuelo
á mi afanoso ecsistir,
ó condenado en el suelo
á padecer y á gemir
me brindas paz.... en el cielo?
Responde, que el alma mia
comprender tu voz ansía;
¿qué me dice tu clamor?
Y allá un eco respondia:
«es un **suspiro de amor.**»

Julio de 1849.

F. J. Febaandez de Soto.



VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

El Sacrificio.

(Continuacion.)

Luego, dirigiéndose al Decemviro, esclamó:

=Quiero que sepas, malvado, que no he criado á mi hija para prostituirla á tus infames placeres; se la he concedido á Icilio, y estoy dispuesto á no dejármela arrebatar por un vil ràptor de jóvenes. ¿Has podido creer que los romanos sufriesen que les robasen sus hijas para satisfacer la pasion de un tirano?... ..

Inútil nos parece referir el efecto que produjeron estas

palabras en la multitud. Aquel anciano de una honradez á toda prueba, y cuya juventud se habia empleado en la defensa y en el bienestar de sus conciudadanos, ultrajada tan ignominiosamente por su mas odioso opresor, obligado á dejarse arrebatar á su hija, jóven virtuosa y llena de atractativo, que pálida y medio desmayada se mostraba á los ojos de todos en los brazos de su nodriza; aquella energía é intrepidez con que echaba en cara al tirano sus crímenes, en los que cada uno recordaba una efrenta que vengar, ó preveía una deshonra que temer: y últimamente, aquel grande amor paternal, que se dejaba ver entre el sentimiento de su honor ofendido y de su dignidad rebajada, causaron en los circunstantes una impresion imposible de describir. No se oía por todas partes mas que gritos de indignacion, amenazas é imprecaciones. El pueblo, abrumado por largo tiempo bajo el peso de tan ominosa esclavitud, creyó llegada su vez; pero le faltaba, por decirlo asi, una cabeza, era necesaria una voz que lo llamase á la pelea, una persona que le mostrara el camino y marchase delante; porque el pueblo no gusta de palabras pomposas, desea ver obrar, para obrar él tambien; quiere que se arriesgue algo para arriesgarlo todo. Todos esperaban con impaciencia la señal; semejantes á una gran mina preparada con infinidad de combustibles, capaz de reducir á polvo y ceniza á cuanto le rodea, pero que no pudiendo obrar por si sola, espera la mas ligera chispa para estallar....

Apio irritado al ver sus planes descubiertos, mandó á sus soldados que rodeaban el tribunal que hiciesen retirar al pueblo.

Y tú, añadió, dirigiéndose á un lictor, ve, separa á la multitud y haz abrir paso á un señor para que se epodere de su esclavo.

El pueblo, que se agrupaba al rededor de los parientes de Virgínio, y que parecia dispuesto á prestarles toda clase de aucsilios, viéndose rechazar por los soldados, se aparta, y entrega

á Virginia a la feroz pasion del tirano. Entonces el desgraciado padre, viendo lo poco que podia confiar en la multitud, y conociendo en su desesperacion que la inocencia iba á ser oprimida por un poder que él no podia contrarrestar, pidió al decemviro, afectando una calma y una serenidad que contrastaban con el furor y el sentimiento que abrigaba su corazon, que le fuese al menos permitido, antes de poner á Claudio en posesion de su hija, el hablar un instante con Fulvia á fin de que, si no hallaba algunos indicios de ser el verdadero padre, pudiese volver al campamento con menor dolor y amargura.

Apio no vió ningun inconveniente en concederle lo que le pedia, y solamente le impuso la condicion de que no saliese de la plaza.

Virginio entonces, penetrado del mas vivo dolor, se encaminó hácia su hija, la coge entre sus brazos y la estrecha repetidas veces contra su corazon=Hija mia, le dice, hé aquí el único modo de salvar tu honor; y arrebatando un puñal á uno de los soldados mas inmediatos, lo sepulta en el corazon de Virginia, lo saca rojo y humeante, y.....

=Por esta sangre inocente, grita á Apio, conjuro tu cabeza á las furias infernales. (1)

El pueblo que acude en tropel de todas partes, arroja gritos de indignacion y maldice la tirania del decemviro que obliga á un padre á ser el asesino de su hija. Apio manda con furor desde lo alto de su tribunal, que se detenga á Virginio, pero éste se abre paso ayudado de su puñal, y favorecido por la multitud que se interpone entre él y sus perseguidores, hasta que consigue ganar la puerta de la ciudad, y se dirige rápidamente al campamento acompañado de algunos amigos.

(1) Histórico.



CONCLUSION.

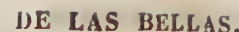
Despues de la huida de Virginio, Numitor é Icilio permanecieron cerca del cadáver de Virginia como para protegerle; lo espusieron á la vista de todos y ecsortaron al pueblo á no dejar su muerte sin vsnganza. Los romanos, al saber lo acontecido, corrieron en tropel hácia la plaza, de todos los cuarteles de la ciudad. Lucio Valerio y Marco Horacio, que se habian opuesto valerosamente á la continuacion del decemvirato, se dirijen á ella de los primeros, acompañados de un gran número de jóvenes patricios. Apio, temiendo su crédito y su elocuencia, les manda retirarse y comunica la órden á sus ministros de que desaloje el pueblo la plaza y retiren de ella el cadáver de Virginia. Los romanos permanecen impasibles ante este mandato, y van estrechando poco á poco el círculo en que se encuentra el decemviro; semejantes á esas tormentas, cuyas negras y apiñadas nubes vemos aprocsimarse lentamente en el mas profundo silencio, prócsimas á estallar sobre nuestras cabezas. Irritado Apio con la muerte de Virginia, y posteriormente con el desprecio con que veia eran recibidas sus órdenes, avanza con sus lictores para arrestar á los parientes de su víctima; mas el pueblo le rechaza con furor, hace pedazos las haces de aquellos, le persigue con encarnizamiento, y le obliga á huir cubierto el rostro, y á

ocultarse en una casa vecina para escapar de la furia de sus perseguidores.

Valerio y Horacio colocan entre tanto á Virgínia, bella aun con la muerte misma, en una litera descubierta, y bajo el pretesto de conducirla á la casa de sus padres, hasta tributarle los últimos deberes, la hacen pasar por las calles mas públicas de Roma, para escitar la indignacion de todos los ciudadanos. Estos salian de sus casas atropelladamente para ver la fúnebre comitiva, los hombres arrojan perfumes sobre la litera y las mugeres corouas y guirnaldas de flores. . . . .

En cuanto á Virginio, entró en el campamento rodeado de sus amigos y bañadas aun sus manos con la sangre de su hija. Todos le rodean, le preguntan la causa de la alteracion de sus facciones, qué significaba aquella sangre y la multitud de gente qne le acompañaba. Virgínio le refiere lo acontecido, y despues de pintarle con los mas vivos colores la maldad del decemviro, les dice:—mas viendo yo que el tirano queria hacer de mi hija, de la hija de un ciudadano romano, una esclava para poder deshonrarla, el amor de padre me ha hecho cruel. He preferido perder á mi hija á conservarla en la deshoora; pero los dioses me son testigos, que no hubiera sobrevivido ni un momento, si no hubiese esperado vengar su muerte con vuestro aucsilio. Ciudadanos, no desperdicieis la ocasion que se nos presenta de vengar á la inocencia y de salvar á nuestra patria del ominoso yugo que la oprime. Los soldados arrojan gritos de indignacion al escuchar estas palabras, y bien pronto la diosa de la venganza, la implacable Némesis, hace ondear las enseñas romanas prontas á teñirse con la sangre del tirano.

Los decemviros que mandan el ejército se oponen á marchar contra Roma, ó mas bien dicho, contra Apio Claudio; mas los soldados, despreciando sus órdenes y amenazas se dirigen hácia la ciudad capitaneados por sus centuriones á cuya cabeza marcha el desgraciado Virginio.





SAFO.

Es tan conocido de todos el nombre de Safo, y tan sabida su historia, que parecía escusado repetir aquí lo que tantas veces se ha dicho de ella. Sin embargo, siendo este un periódico dedicado al bello secso, y en el que han escrito algunas poetisas, parecía muy en el órden decir algunas palabras de la primera célebre que se conoce, inventora de los versos endecasílabos, llamados por esta razon sáficos.

Sabido es, que todas las noticias de la antigüedad, principalmente de la poética Grecia, están tan unidas con la fá-

bula, que seria dificil distinguir lo cierto de lo falso. Por la fábula se saben las célebres guerras y la destrucion de poderosas ciudades; la fábula en fin, es la historia de los tiempos heróicos. Embelleciéndolo todo, nos presenta tambien á Safo interesante, siendo víctima de una pasion vehemente que la conduce al suicidio.

Hay opiniones sobre sí la muerte horrible que se atribuye á Safo, es verdadera ó es de pura invencion. Alejándonos de una cuéstion tan árdua para nuestros escasos conocimientos, y en la que frascasarían las personas mas instruidas, tratándose de un hecho de tan remota antigüedad, haremos una ligerísima reseña de lo que ha llegado á nuestra noticia de la célebre y desdichada poetisa.

Safo fué natural de la ciudad de Mitilene en la isla de Lesbos, y vivió por los años 600 antes de J. C. Dícese que estuvo casada con un habitante de la isla de Andros, y que despues de viuda fue cuando se dedicó á las letras, Ninguna particularidad se sabe de sn marido, pero lo que si se debe creer, es que ella desde niña sería afecta á la poesía, aunque despues de la muerte de aquel, fuera cuando se dedicara á cultivarla. Entregada al estudio y hallando en él un placer superior á todos, quiso inspirar su mismo gusto á las mugeres de Lesbos, y bien pronto reunió muchas discípulas, á las que instruia afablemente, y á las que amaba con toda la ternura de su alma sensible y apasionada. Bien pronto comenzaron á criticar de ella que tenía un lenguage demasiado libre para su secso, y que sus costumbres no eran las mas puras. Apesar de lo que hemos dicho antes con respecto á la oscuridad de los acontecimientos antiguos, nos atreveremos á dar nuestro dictámen sobre esto, uniendo nuestra humilde opinion á la de un autor francés, El corazon humano ha sido siempre el mismo, y la envidia es la pasion que lo domina, Las poderosas lesbianas, humilladas al ver la superioridad de Safo, y no pudiendo, por ser ignorantes, tildar

nada de sus escritos, tratarian de zaherir su conducta, y acaso la calumnia, fué quien vistió de siniestros colores la opinion de la poetisa. Pero las armas de la envidia no son siempre las mas fuertes, y sus tiros son rechazados por los conocedores del verdadero mérito. Pronto la fama estiende por todo el mundo el nombre de Safo: Atenas entusiasmada, le da el honroso dictado de *décima musa*; Lesbos, manda grabar su imágen en la moneda; Sicilia, la erije una estátua; y los hombres poderosos é ilustrados de todas las naciones, la escuchan con admiracion y respeto. Algunas mugeres escentas de las mezquinas pasiones de las demas, la amaron tambien con ternura, y Safo pudo probar la felicidad que inspira una amistad verdadera, desconocida de las almas vulgares, y rara por cierto entre personas en quienes pueden mediar rivalidades. Querida de muchos y admirada de todos, pudo vivir feliz, pintando con vivos colores en sus divinos versos cuanto la naturaleza presentaba bello y admirable á su fecunda imajinacion. (*)

(*) Dos composiciones y algunos fracmentos es lo que ha llegado á nuestros dias de Safo, admirables, dicen, por su hermosura y delicadeza. Yo no he podido leer de ella mas que los siguientes versos, traducidos al frances por Boileau.

Feliz aquella que por ti suspira
Y amante escucha tu palabra tierna,
Dulce sonrisa tu mirada inspira:
¡De un Dios es esta la ventura eterna!
La sutil llama que de vena en vena
Circula al verte y al oir tu acento,
No me es dado esplicar, tal me enajena
Transporte dulce que en el alma siento.
Sobre mi vista, cual confusa nube
Se estiende en torno, mi razon embarga,
Y opresa, y sin aliento. al rostro sube
La sensacion fatal que me aletarga.

Traducidos por D. F. G.

Hablemos ahora de sus amores con Faon y de su muerte. Safo había siempre escuchado con desden todas las palabras de amor que le habían dirigido hombres célebres y eminentes poetas, pues jamas había querido esclavizar su corazon. Pero un incidente destruye todos sus propósitos. Al pasar por una de las calles de Atenas, vé por primera vez á Faon, jóven poeta de Erithea, y en el momento sintió en su corazon una mudanza notable. Desde entonces, la memoria de Faon la persigue sin cesar; si duerme, aquella imájen querída se le presenta en sus sueños: si está despierta, cree ver en todas partes aquellos divinos y adormidos ojos, que tanta impresion han hecho en su alma, á pesar de la indiferencia con que la miraran: quiere hablar, y el nombre de Faon se escapa sin querer de sus labios. Faon es su ídolo y ser amada de éste, la única esperanza que desde que lo conoció brilla en su alma. Por él olvida á sus amigos y hasta se olvida de sí misma. Ciega, loca, perdida de amor, corre y declara al fin las ilusiones de su alma al mismo que las había inspirado. Faon la escucha al principio con frialdad,mas despues, cruzando por su imaginacion la idea de lucir la conquista de la muger mas célebre ds aquel tiempo, afecta estar tambien apasionado, y le jura un amor eterno. Safo engañada, se cree la muger mas feliz del mundo, pero pronto conoce en la indiferencia de su amante, que no es su amor correspondido como merece. Faon gustaba únicamente de la hermosura física, y Safo estaba privada de este precioso don de la naturaleza. »Safo, dice un autor; era de pequeña estatura, estremadamente morena, y tenía los ojos muy pequeños, aunque brillaba en ellos el fuego de su alma. La llama del génio y de la sensibilidad se pintaban sucesivamente en su semblante , ó mejor dicho, se unían haciendo que su fisonomía fuese de las mas admirables. Apesar de todo, no agradaba á Faon, que preocupado por otro tipo muy diferente, creía ver en ella la figura mas horrible de cuantas se habían presentado ante sus ojos. Cansado de ella , y no pudiendo seguir espresando mas

tiempo un amor que estaba muy lejos de sentir, la abandona ingratamente. Safo, loca de sentimiento, corre, grita, pregunta á todos por su querido Faon, y sabiendo al fin donde está, vuela en su busca muerta de cansancio y de pena. Al cabo de dos dias encuentra á su amante. . . . mas ¡de cuantos tormentos se hubiera libertado su alma si no lo hubiese vuelto á ver mas! Faon arrodillado á los pies de una muger hermosa, recitaba con simpática voz y acento apasionado, los versos que inspirada por él, habia compuesto la desventurada Safo. Esta, oculta y silenciosamente lo observa todo. ¡Cuan superior es su rival á ella! ¡Cuán hermosa era! Venus la había dotado de todos sus encantos; la juventud de Hebe brillaba en su semblante; el pudor coloraba sus alabastrinas mejillas, y la modestia daba una dulce languidez á sus ojos azules como el cielo. Safo lo advierte todo momentaneamente, y sigue escuchando silenciosa. ¡Con cuanto fuego pronuncia Faon los mismos juramentos de amor que pronunciara con tanta frialdad ante ella en otro tiempo! No pudiendo ocultar por mas tiempo las sensaciones de su alma; se presenta ante ellos y con voz imperiosa le recuerda á Faon los lazos que á ella le ligaban. La amada de Faon huye asustada, y éste, algo mas repuesto de su sorpresa, rechaza á Safo bruscamente y tiene la inhumanidad de confesarle que él jamás había sentido por ella amor, pues aquella jóven divina con quien lo había encontrado, era la única que había podido inspirarle una pasion verdadera y eterna. Safo avergonzada, huye de allí á buscar en otros sitios la tranquilidad que había perdido su alma. Mas, ay! la esperanza se aleja de ella, y los recuerdos de su perdido amante por todas partes la persiguen. En vano quiere hallàr dulce consuelo en la poesía..... las musas la han abandonado. No se atreve á recurrir á la amistad, pues en otro tiempo olvidó por Faon á sus amigos, y éstos la recibirían ahora con desprecio. Está sola, sola en el mundo, y en todas partes sería humillada y aborrecida, sin que haya una persona que se interese por ella. Este pensamiento acaba de trastornar

su razon, y de repente reina en su alma el deseo de dar el terrible salto de Leúcade.

En uno de los estremos de la isla ó península de Leúcade, había una montaña cuya base estaba carcomida por la impetuosidad de las olas. Encima de ella había una roca suspendida, amenazando precipitarse en el mar. Dicen que un jóven llamado Leúcade se arrojó de allí para huir de Apolo que lo perseguía, y que desde entonces quedó su nombre á la isla. Los griegos creían que el salto dado desde lo alto de la roca al mar, era el remedio mas eficaz que se podía aplicar á un amor vehemente y desdíchado. En efecto, todos cuantos se arrojaran sanarían de sus pasiones, pues la muerte es el único remedio que puede sanar las dolencias del alma.

Al saberse la determinacion de Safo, un gentío inmenso acude á Leúcade atraido por la curiosidad de conocer á la célebre víctima. Esta llega al fin; ¡cuanta diferencia había de la Safo de otro tiempo respirando vida y ajilidad, á la mujer moribunda que allí se presenta! Todos la miran atónitos. Asquerosos andrajos cubren apenas sus descarnados miembros, una mortal palidez se estiende por sus alteradas facciones, sus cabellos desgreñados vuelan á merced del viento; sus ojos desencajados vagan inquietos por todas partes sin fijarse en ninguna. y de su boca entreabierta, por donde pasa con trabajo su fatigado aliento, se escapan de cuando en cuando palabras sin órden ni sentido, pronunciadas con espantosa voz. La multitud la deja paso mirándola con temor, pues mas bien que persona humana, parecía un espectro, Las madres, todas se aprovechan de la ocasion de presentar á sus hijas aquel triste ejemplo, y le hacen ver el miserable y vergonzoso estado á que una violenta pasion ha reducido á aquella mujer tan sabia y tan respetada poco antes. Safo llega con paso firme al borde del precipicio. Todas las miradas se fijan en ella.... un profundo silencio reina por todas partes, pues ninguno se atreve ni aun á respirar siquiera, por no perder ni aun el menor

movimiento. Un instante de conservacion que ecsiste hasta el último momento de la vida, hace que Safo retroceda horrorizada al contemplar la espantosa profundidad por donde tiene que arrojarse, y al escuchar el ruido de las alborotadas olas que han de recibirla. Algunos espectadores gritan animándola para qne salte sin temor. La infeliz entonces, como volviendo de un profundo sueño, dirije una mirada inquieta hácia aquel inmenso populacho que la rodea, y avergonzada acaso de ser el ludibrio de tantos curiosos, corre presurosa y sin vacilar un momento se precipita en el mar.

Mil gritos de temor y sentimiento suceden al silencio que reinaba poco antes. Las mujeres lloran, los hombres se enternecen, y algunos diestros nadadores sacan á la desdichada de las ondas. Su corazon palpitaba todavía. Safo abre con trabajo sus ojos sin brillo; una sonrisa amarga aparece en sus amoratados labios..... balbucea el nombre de su amante y espira.

Faon, despreciado á su vez de la muger que amaba, sufriendo de ella lo mismo que él había hecho sufrir á Safo, agoviado de crueles remordimientos, venía á llorar todos los dias á la orilla de aquel mar, donde la célebre poetisa había voluntariamente dejado de ecsistir.

ANTONIA DIAZ FERNANDEZ.





Para el Album de mi apreciable amiga la S.ra D.a J. I. de Garcia Luna.

LAS ORILLAS DEL GUADAIRA.

Corre manso el Guadaïra
Entre adelfas encarnadas
En sus márgenes sembradas
Por el Supremo Hacedor,
Que un eden maravilloso
Formó allí de la natura,
Donde el ambiente murmura:
«Bendito séa el Criador»

Y «bendito sea» repiten
Trinando los ruiseñores,
Escondidos entre flores,
De granados y azahar;
Cuyos árboles unidos
Forman rama tan espesa,
Que le dicen al sol: *cesa*,
Y no se atreve á pasar.

Se enlazan vides silvestres
A silvestres zarzamoras,
Y murtas encantadoras
Sus ramos dejan caer
Sobre punzantes abrojos
Que guardan rosas sencillas;
Sobre leves campanillas,
Que hace el aura estremecer.

Al pie del *alto algarrobo*
De antiguo bosque quedaron
Los árboles que hoy formaron
Caprichoso cenador:
Y á tenderle va el Guadaira
De plata movible alfombra,
Y á buscar llegan su sombra
Las aves de flor en flor.

Graciosa calle estendida
De chopos que ayer no eran
Y en sus copas reverberan
Del sol las ráfagas ya,
Puerto es al grupo de ánades
Que en el manso Guadaïra
Ya se pierde, ya se mira,
Ya se acerca, ya se va.

Dulce allí camina el rio
Entre un monte y otro monte,
Que dan muerte al horizonte,
Vida al mundo y al zarzal:
Y ya baña las adelfas,
Ya de murta una guirnalda,
Ya columnas de esmeralda
En gentil cañaveral.

Y de aquel estrecho cielo
Que entre dos montes se mira,
Vá pintando el Guadaïra
Azulado el esplendor.
Mas allá luce *Oromana*;
Mas allá la hermosa *Aceña*,
Donde el agua se despeña
Con magnífico rumor:

Y gozando ven los ojos,
Cual de inmensa catarata,
De aquel torrente de plata
Las espumas levantar:
Del soberbio, entonces, rio
Las orillas magestuosas
No á las cámaras suntuosas
Pueden el oro envidiar.

De esmeralda son paredes
Sobre alfombra de diamante
Que tornasolan brillante
Del cielo el oro y zafir,
Pues del puro firmamento
Se ve el celage dorado,
Y el espléndido azulado
Bajo las ondas lucir:

De aquel sublime paisage
Vecino el altivo monte,
Va á decir al horizonte
La belleza sin igual.
Y de su cumbre empinada
Agrestes ramos de flores
Cuelgan de varios colores
Enredados á el zarzal.

O algun tronco solitario,
Añoso ya, se derrumba,
Buscando en el agua tumba
Tan grande cual su altivez,
Allí el monte y su verdura,
La luz, el agua, y el viento,
La tierra y el firmamento
Arrebatan á la vez.

Si de emociones sublimes,
En sí no cabiendo el alma,
Anhela sosiego y calma,
Sombra y silencio despues;
Hay cercano un bosquecillo
De tan agreste riqueza,
Que ya por tanta maleza
Hasta se hieren los pies;

Dó penetrar nunca pueden
Luz, ni ambiente ni ruido;
Donde nace adormecido
Un manantial sin rumor
Y del limpísimo arroyo
Al querer seguir la suerte,
Simulacro de la muerte
Contemplamos sin horror.

Cuatro cipreses, y enmedio,
A un sepulcro asemejado,
Antiguo torreon labrado
Por algun moro andaluz.
Y en la cúspide gastada
De la fábrica moruna
Dó brilló la media luna
Hoy levántase una cruz.....

De Alcalá los manantiales
Guardan bellas tradiciones
Que revisten de ficciones
Los poetas en su ardor.
Inmediata está de uno
Gruta antigua y arruinada,
Donde diz que una *tapada*
A ocultar fué su dolor:

Y era el agua que bebia
Triste llanto de sus ojos;
Y su lecho era de abrojos,
Y su cántico gemir:
De Raquel, bella judía,
Murmurando vá otra fuente
Que á su límpida corriente
Fué el bautismo á recibir.

De tan lejanas historias
Ya, quizas en otro dia,
Vestirémos de poesía
Lo que tengan de verdad.
Pues en tanto el pensamiento
Entre ilusiones delira,
Sueña el alma, y no suspira
Por la triste realidad.

Ora ya del Guadaïra
La ribera abandonemos;
Pero no, que aun hablaremos
Dos palabras de Alcalá.
A aquesta villa los griegos
Hïenipa, dicen, llamaron,
Por el agua que le hallaron
Y oculta en sus montes vá

Iberos, Griegos, y Godos,
Cartagineses, Romanos
Y aun los primeros humanos
Hijos del grande Noé;
Que en su recinto vivieron
Aseguran tradiciones:
Si verdades ó ficciones,
Asegurar yo no sé.

Es lo cierto que las cuevas
Del monte de su castillo
Acreditan fué sencillo
De esas gentes el vivir.
Hombres que en tierra dormian,
Y era el monte su palacio,
Y su techumbre el espacio
De magnífico zafir.

Felices si en esas cuevas
(En la tormenta su abrigo)
Encontraban un amigo,
Hoy difícil de encontrar,
Y vestidos rudamente
Sin diamantes y sin oro,
No vertian tanto lloro
Cual se suele hoy derramar.

Pero no, que eran humanos,
Y caminar por abrojos,
Regados con nuestros ojos
Es la humana condicion......
Del cerro por la alta cumbre,
Las pobres cuevas hollando,
De piedra en piedra saltando
Domínase la estension

De las mágicas orillas,
Dó la vista se derrama
Por grandioso panorama
Del increado pincel.
Cinco torres arruinadas
Solo quedan del castillo:
Ya no hay puente, ni rastrillo,
Ni castellano hay en él.

Solo piedras en ruina,
Solo altivos jaramagos,
Que del tiempo los estragos
Anunciando van dó quier.
Solo pájaros nocturnos,
Sabandijas y reptiles,
Dó brillaron los fosiles
A la luz del sol ayer.

Penetremos.... qué silencio
En esta torre se halla!
Y el eco murmura, «calla
Porque aqui la muerte está.»
¿Y aquellos hombres felices
Que en este cerro habitaron?
Repite el eco «pasaron,
Como todo pasará.»

¿Y los espléndidos sabios
De los atléticos juegos?
Dice el eco: «de los griegos
A la tumba fué el saber.»
¿Y los hijos ambiciosos
De la del mundo señora?
El eco murmura «llora,
El tiempo es mas que el poder»

¿Y aquellos feroces godos
Que desde el norte vinieron?
Repite el eco «murieron
Cuando el árabe llegó»
¿Y los altivos señores
De aqueste torreon moruno?
Responde el eco «ninguno,
De la muerte se escapó.»

«Iberos, griegos, romanos,
Cartagineses y godos,
Entre polvo yacen todos,
Que fué de polvo su ser.
Atomos leves nacieron,
Como gigantes se alzaron,
Cual relámpagos pasaron
Los que brillaron ayer.»

Aquesto el eco murmura
Entre piedras desgastadas,
Que son páginas sagradas
Donde la muerte escribió.
Por el dedo de los siglos
Vá cumpliendo la sentencia
Que de Dios la omnipotencia
Contra el hombre fulminó.

Mas dominando los siglos
Que á sus pies pasan rodando
Está los siglos contando,
Inmoble la eternidad,
Para acoger en su seno,
Despues que el último cuente,
El polvo que fue inocente
De la triste humanidad.

Rosa Butler.

Puerto-Real 21 de Agosto de 1849.



Octava, sobre un sepulcro.

Ven, dulce madre, dó en paterno duelo
Te espera el polvo de familia pía:
Ven, no á mis brazos (pues lo ordena el cielo)
Cual yo á los tuyos ¡ay! correr solía.
¡Contigo fué mi dicha y mi consuelo!
Y para alivio de la pena mia,
Solo es dado grabar, madre amorosa,
Mi nombre con el tuyo en esta losa.

Juan Maria Capitan.



MIS LAGRIMAS.

Á*****

¿Ves ese prado hermoso que atesora
Bellezas mil y que respira amor?
¡Ay! ese prado, al despuntar la aurora,
Vió en mis ojos el llanto del dolor.
Y el trinar melodioso de las aves,
Y del aura apacible el murmurar,
De mi lánguida voz ecos suaves,
Repitieron mi triste suspirar.

¿Ves esa flor lozana y orgullosa
Ostentarse la reina del pensil,
Besada por ligera mariposa,
Mecida por las auras del abril?
¿Ves cuál la frente perfumada inclina
Al verse por el céfiro alhagar?
La ves?... pues esa flor, muger divina,
Con lágrimas creció de mi penar.

¿Ves ese claro arroyo que murmura,
Que mil soles refleja seductor,
Cuyas sabrosas aguas dan verdura
A la yerba y matices á la flor?
¿Lo ves manso correr, y en su corriente
Ensanchar las orillas? di, ¿lo ves?...
¡Ay! pues nació de cristalina fuente,
Y creció con mis lágrimas despues.

———

¿Ves de la noche en el oscuro manto
Silenciosa la luna fulgurar,
Llenando el alma de inefable encanto,
De amor haciendo al pecho palpitar?...
¡Ay! pues al ver el llanto de mis ojos
Lloró tambien, y triste se ocultó
Tras los celages por la tarde rojos,
Y que ella con su luz plata tornó.

———

¿Ves del cenit en la elevada cumbre
Brillar escelso el rubicundo sol,
Que allá en oriente al ostentar su lumbre
Al mundo envuelve en mágico arrebol?...
Pues de mi amargo inconsolable lloro
Las lágrimas ardientes al mirar,
Cubrió su frente con cabellos de oro,
Y á ocultarla corrió dentro del mar.

———

¿Ves las gotas en fin que en esa fuente
Sonando melancólicas están,
Y que forman cristálica corriente
Cuando en un cauce á confundirse van?
¿Ves reflejar en ellas misterioso
De la pálida luna el resplandor?...
Pues esas gotas son, ángel hermoso,
Mis silenciosas lágrimas de amor.

José Benavides.



LA TEMPESTAD.

Rompa el cielo en mil rayos encendido
Y con fragor horrísono cayendo
Se despedace en hórrido estampido.
HERRERA.

Oid mortales: con estruendo horrible
Se rasga el cielo airado;
Retiembla el mundo, y de furor armado
El Dios de las venganzas,
Sañudo esgrime la potente espada.
Temed, impíos, que retumba el trueno,
Y hundid la frente osada.
¿No oís la ronca rueda
Del carro del Señor? ¿Adónde ireis
Que su eterna justicia no lloreis....? !

Dó quier rayos flamígeros serpean;
Relámpagos sin fin dó quiera cruzan,
Y allá entre nube ardiente
La voz se escucha de Jehová potente.

Oíd mortales, y temblad prímero:
«¿Y eres tú, y eres tú, débil criatura
«Salida de la nada,
«La que osaste insultar el poder mio?
«Ah! caiga desde ahora
«**Mi eterna maldicion** sobre el impío.»

Dijo el Señor; y al escuchar su acento
Temblaron cielo y tierra;
El mar embravecido,
Con ímpetu violento
Sus crespas ondas levantó atrevido;
Rugió la *Tempestad*, gimió el profundo,
Y dejó de ecsistír el ímpio mundo.

Sevilla: 1847.

F. J. Fernandez de Soto.





A***

DESENGAÑO.

Yo te amaba, muger; en mi delirio
tu imágen vía esplendorosa y pura,
y era el perderte mi cruel martirio,
y era el mirarte mi eternal ventura.
  Era tu amor un bálsamo de vida
que natura benéfica vertiera
en la profunda y ulcerada herida
que el sufrimiento y el pesar abriera
  Yo te amaba¡ insensato¡ las auroras
tiñendo el cielo de matices rojos,
apresuraban sin sentir las horas
que te robaron á mis tiernos ojos.
  Si el ruiseñor amantes nos miraba
al recoger su luz el sol fulgente,
la alondra mas amantes nos hallaba
al despuntar el alba en el oriente.
  Los árboles que espesos nos cubrian,
el verde césped que lijera hollabas,

las claras fuentes que do quier corrian,
retienen fijo lo que tú jurabas.
Solo tú lo olvidaste ; yo recorro
los sitios dó gocé de tus caricias,
y en vano ¡ay triste! con anhelo corro
en pos de un tiempo de mi amor delicias
¿Que es para el hombre sin amor el mundo ?
Es un desierto en que se pierde el alma
y donde en vano en su dolor profundo,
hallar pretende su perdida calma.
Es solo un campo desolado y triste
su mente inquieta que afanosa vaga,
si el ser á quien amara ya no ecsiste,
ó con desdenes su ternura paga.
Y si el aura se agita es un suspiro,
y ayes murmuran las movidas hojas,
y gime la paloma en su retiro:
y sus arrullos son tristes congojas.
El que dichoso de su ardor en alas
cantara del amor el dulce encanto,
ó de natura espléndidas las galas,
hoy ya no sabe modular su canto.
Solo le queda, en su cansada vida,
mente de hielo que el pesar embota,
tristes recuerdos de ilusion perdida,
y pobre lira en su locura rota.

José M. Herrera.

Sevilla—1849.





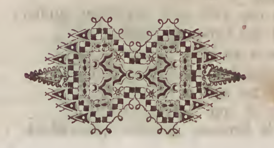
EL ANGEL DE MIS SUEÑOS.

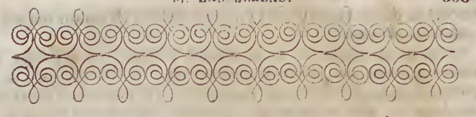
Yo adoro á una muger con tal locura
Que olvidarla no puedo un solo instante,
Pero solo en mis sueños de ventura
Contemplarla me es dado;
Entonces á mi lado,
Me prodiga sus mágicas caricias,
Huyendo presurosa en raudo vuelo,
Apénas del letargo me desvelo.
Mas bella es para mí que lo esperanza
Que al náufrago enloquece,
Cuando á mirar alcanza
El puerto bendecido,
Donde ya no creyera
Que con vida otra vez llegar pudiera.
Y las horas de angustia
Que á su lado no estoy
Atormentan mi ardiente fantasia,
Que un siglo es cada hora
Para el que ausente vive
De la hermosa muger á quien adora.

Nada calma mi pena,
Ni del prado las flores,
Ni la fuente serena
Do vienen á cantar los ruiseñores,
Cuando apenas el sol regala al dia
La luz que roba la ventura mia.
Mil veces he querido
Realizar mis doradas ilusiones,
Y á una bella he rendido
Mi pobre corazon pedazos hecho,
Un altar erigiéndola en mi pecho.
Unas con sus desdenes me han burlado,
Otras con sus traiciones me han vendido,
A algunas con delirio las he amado,
Ninguna por mi mal me ha comprendido.
Y tras breves placeres,
La amarga realidad con mano impía
Una por una deshojó las flores
Del mentido vergel de mis amores.
Solo el ángel hermoso de mis sueños
En la noche callada,
A enjugar ha venido
De mis mejillas el acerbo llanto,
Trocando en dicha mi tenaz quebranto,
Mi vida es sueño, pues soñando vivo,
Y la noche es mi dia;
Pues en ella ha encontrado
Mi loca fantasía
De hermosura y virtud un fiel modelo.....
Un ángel de los ángeles del cielo!

Setiembre 26 de 1849.

MANUEL RODRIGUEZ DIEZ.





VIRGINIA.

NOVELA HISTORICA.

Fin de la concluсion.

Pocas horas despues ya se sabía la noticia en el ejército opuesto á los sabinos, é imitando el egemplo de sus hermanos se levantan en masa y se encaminan á unirse con ellos para participar de su gloria y de sus peligros.

Los dos ejércitos entraron casi al mismo tiempo en Roma, sin causar el menor desórden, y atravesando pacificamente la ciudad, se dirigen al monte Aventino, desde donde enviaron á decir al senado; que no se separarian, ni depondrian las armas, hasta que se le entregasen á los decemviros para juzgarlos; para lo que pedian tambien el restablecimiento del tribunado.

Reunido el senado y oido el parecer de todos, llaman á los decemviros, y los obligan á renunciar. Estos, y en particular Apio Claudio, acosados por los remordimientos, ruegan unicamente al senado que no los entreguen al furor de los soldados capitaneados por sus mas implacables enemigos. Los senadores envian á decir al pueblo por medio de Valerio y Horacio que había sido depuesto el decemvirato, y que lo república recobraba el estado que tenía antes de la institucion de aquella magistratura; y que para no anublar un dia tan felíz para Roma se concedía un olvido á todo lo pasado. El pueblo en el mayor grado de entusiasmo y de alegria elige un entrerey que nombra cónsules á Valerio y Horacio: los soldados crean unos nuevos centuriones con el nombre de tribunos militares; restablécense los tribu-

nos de la plebe y entre ellos Virginio, Icilio y Numitor son elegidos los primeros.

Roma ha vuelto en sí, la ciudad celebra con regocijos y fiestas públicas tan fausto acontecimiento. La tiranía yace sepultada bajo los escombros del decemvírato y el ángel de la libertad despliega sus alas en torno del Capitolio. Solo ecsisten dos hombres, dos honrados ciudadanos á quienes el dolor y el deseo de la venganza no les permiten gozar de aquel placer; pues le han arrebatado lo que mas amaban, á el uno su hija, cándida y pura cual la diosa de la virtud; á el atro su amanie, bella, cual las divinidades del Olimpo.

Virginio creyó que ya era llegado el tiempo de concluir su obra; en calidad de tribuno de la plebe demandó á Apio en público juicio y se hizo su acusador. Este apareció ante la asamblea vestido de negro, conforme al estado presente de su fortuna. El pueblo vió con placer á aquel altivo decemviro en el mas triste y profundo abatimiento venir á dar cuenta de sus actos á aquellos mismos á quienes tan ominosamente habia oprimido, y en la misma plaza á donde pocos dias antes se dejaba ver rodeado de sus satélites y amenazando altanero á la multitud con el imponente aparato de sus lictores. Virginio, empero, tomando la palabra y dirigiéndose al pueblo dijo: Yo acuso, romanos, á un hombre que se ha hecho el tirano de su patria; que os ha obligado á recurrir á las armas para defender nuestra libertad; que por satisfacer sus infames placeres, no ha vacilado en arrancar á una jóven de condicion libre de los brazos de su padre, para entregarla al infame ministro de sus maldades; y que, ultimamente, por un juicio injusto y cruel ha reducido á un padre á dar la muerte a su hija. Despues, volviéndose hácia Apio le dijo: que aun sin detenerse en el detalle de sus crimenes, de los que el menor merecia los mas grandes suplicios, le demandaba solamente razon del juicio pronunciado contra Virginia. — Si, malvado añadió, la sangre inocente de mi hija, de la que se vé aun teñida esta plaza clama desde su tumba contra su asesino, y sus manes que evocados por las sombras de la noche, vienen á agitar tus sueños ecsigen un pronto castigo á tus maldades. Apio se turba, y en el mas completo desconcierto apenas acierta á murmurar algunas palabras, repuesto algun tanto, responde con voz bastante trémula, que apelaba al pueblo, y que se prestaba gustoso á su decision. — Aun cuando apelaras cien veces ante el pueblo, gritóle Virginio, ordeno que te

se arreste, á fin de que tantos crímenes no se escapen á la justicia de las leyes. Los amigos del decemviro pretenden estorbar este acto, pero rechazados por el pueblo dejan á Apio en manos de su acusador que le conduce á una prision, librándole con gran dificultad de las amenazas y acometidas de la multitud, porque solo la generosidad de Virginio pudo salvarle á duras penas.

Al dia siguiente, los amigos de Apio Claudio pidieron al senado, que no permitieran que un noble se entregara de aquel modo al furor popular; que se le desterrára de Roma en buen hora en tanto que se seguia su causa, pues seria vergonzoso para aquella república en los siglos venideros, que el que habia dado leyes á Roma estuviese sepultado en una prision, confundido con los asesinos y salteadores. El senado accedió a su demanda, pero no tubo que arrepentirse de esta debilidad, porque el mismo Apio se había encargado de satisfacer la vindicta pública. (*) El decemviro se habia envenenado. Se le encontró en el estado mas deplorable y horroroso que darse puede, sus vestiduras desgarradas, sus miembros despedazados y sus músculos aun contraidos por la fuerza de las convulsiones, efecto de la poca actividad del tósigo que le produciria una muerte horrorosa y terrible. . . . .

Poco nos queda ya que referir. El pueblo creyó que los amigos de Apio le babian sustraido á una muerte afrentosa, suministrándole aquel veneno, y en su defecto, cayó su justicia sobre dos cólegas de aquel, los demas debieron *su* salvacion á la huida En cuanto á Virginio tardó poco en seguir á su hija, y respecto á Icilio, se consagró todo al servicio de la patria, señalándose por su intrepidez y desprecio á la muerte en los combates, de los que mas de una vez volvió á Roma ornada su frente con la corona del vencedor.

He aquí como concluyó el imperio de los decemviros, por la muerte de una jóven inocente, cuyo nombre estará siempre escrito con caracteres de oro en los fastos de Roma, como origen de una nueva era de felicidad para aquella republica, que se hizo mas tarde célebre, rica y poderosa por sus conquistas é ilustracion, y que al leer uno de sus hijos el hecho que acabamos de referír esclamó: **He aquí como mueren los tiranos.**

José María Herrera.

(*) Tito Livio.

LA REDACCION
DEL ALBUM DE LAS BELLAS
á sus suscritores.

Aunque al anunciarse el Album de las Bellas ofrecimos que cada año formaria un tomo, creyendo que nuestra publicacion duraria el tiempo necesario para cumplir esta oferta, poderosas causas nos obligan á abandonar por ahora nuestra empresa, sintiendo solo no poder realizar por completo las esperanzas que acaso habiamos hecho concebir á las personas que nos han honrado con su suscricion, No tuvimos en cuenta la debilidad de nuestras fuerzas; no tuvimos en cuenta que este era el primer paso que dábamos en la árdua carrera de la publicidad; y de seguro, si escritores adornados del talento y la reputacion que á nosotros nos falta, no nos hubieran favorecido con algunas de sus producciones, el Album de las Bellas ocuparia el último lugar entre todas las obras de su género.

Nosotros hemos hecho cuanto ha estado de nuestra parte para acercarnos en lo posible al fin que nos habiamos propuesto: si no lo hemos conseguido, no ha consistido en nuestra voluntad, sino, lo repetimos, en la debilidad de nuestras fuerzas. Tambien ha contribuido á no cumplir en parte nuestras ofertas, el haber salido á luz el Album en una época en que, lejos de encontrar proteccion las publicaciones de este género en el poder público, solo encuentran obstáculos, á veces insuperables, obstáculos que causarán los efectos mas perniciosos para la ilustracion del pueblo.

Por último, damos las gracias á todos los que han honrado el Album con sus producciones, y del mismo modo á nuestros suscritores, deseando nosotros con las mas vivas ansias, que otras plumas mejor cortadas que las nuestras, den cima á la empresa que nos habiamos propuesto, haciendo asi, en nuestro entender, un señalado servicio al bello secso á quien hemos dedicado nuestros trabajos.—LOS REDACTORES: *Manuel Rodriguez Diez.—José Benavídes.—Miguel Hüe y Gutierrez.—José M. Hererra.—Francisco J. Fernandez de Soto.*

ÍNDICE.

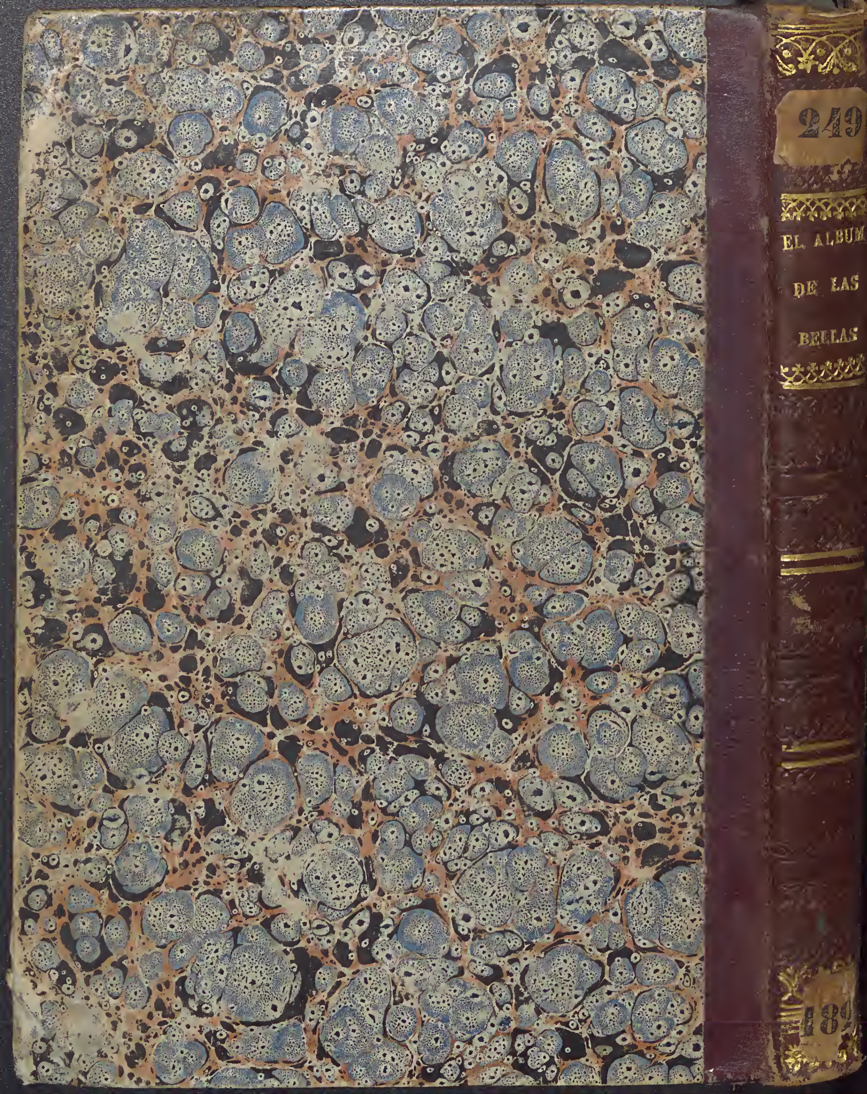
Composiciones en prosa.

POESÍAS.

ERRATA NOTABLE.

Pájina 59, líneas 9 y 10, dice: de los tronos de Jerges y Alejandro; y debe decir; del trono de Ciro y de Jerges.




249
EL ALBUM DE LAS BELLAS
189